

ANTONIO RODRÍGUEZ

El Libro
de
ESPINOSA
DE LA *R*IBERA
(LEÓN)

IMP. ALONSO Y FERNÁNDEZ
LEÓN - 1951

472567

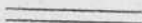
C.

JT
COM

EL LIBRO DE ESPINOSA

por

Antonio Rodríguez, Pbro.



1951
IMP. ALONSO Y FERNANDEZ
LEÓN

EL LIBRO DE ESPINOSA

por

Antonio Rodríguez Pbro.

1951
IMP. ALONSO Y FERNÁNDEZ
LEÓN

Nihil obstat.

Dr. Antonio Viñayo

Oviedo, 3 de Febrero de 1951.

*A los linotipistas de Proa;
con todo afecto*

El Autor

Imprimatur.

Dr. Josephus Cuesta.

Oveti, 9 Feb. 1951.

(Hay un sello que dice: «Obispado de Oviedo»).

1880

Dr. Antonio Viana

Quinta 3 de Febrero de 1881

Imprenta

Dr. Francisco Llorente

Quinta 11 de Feb. 1881

Quinta 11 de Feb. 1881

PROLOGO

En realidad, el autor de «**EL LIBRO DE ESPINOSA**», Don Antonio Rodríguez, hijo del pueblo y Párroco hoy de Riaseco de Tapia, no necesita ser presentado en la república de las Letras, pues ya sus aficiones literarias son conocidas por sus colaboraciones circunstanciales en la prensa de la capital de León.

Ahora da a la estampa su primer libro. Y éste sí que necesita ser presentado por el mero hecho de salir a la palestra. Y lo hacemos con gusto.

Toda monografía sobre un pueblo, y más si éste es rural, resulta siempre simpática. Suele reflejar, con la narración más o menos escueta de su origen, lo que siempre llega a ser interesante, los matices, las vicisitudes y las particularidades más ingenuas y, por lo mismo, llenas de encanto.

En verdad, la Historia está hecha con la sutil urdimbre de las cosas menudas que, agrupadas con la solidez que les da la argamasa de la fidelidad del investigador y de la realidad objetiva, forman el pedestal sobre el que se alza, algunas veces, la fama, y siempre, la notoriedad.

«**EL LIBRO DE ESPINOSA**», pueblecito de la ribera del río Luna, de la provincia de León, es una prueba de nuestro aserto. Sus páginas rezuman esa simpatía de que hablamos y en ellas se reflejan con minuciosidad breves notas históricas, algunos documentales, memorables efemérides, típicas costumbres y tradiciones, y diversas particularidades que hacen del contenido del volumen que nos ocupa un entretenimiento no desprovisto de interés sobremanera atrayente y encantador.

La vida pueblerina tiene matices muy diferentes a los de la ciudad. Los afectos mismos se sienten de otro modo, pues

hasta el ambiente les hace más íntimos, más profundos y, por tanto, más singulares.

Para los que no conocen la vida de los pueblos, muchas de sus inquietudes, de sus gustos, de sus angustias y, en fin, de sus afecciones, pueden paracerles rayanos, muchas veces, en la puerilidad. Y realmente no es así. Todo en la vida de los pequeños pueblos tiene un alcance de seriedad, de interés colectivo, de gravedad, a veces, y siempre de novedad atrayente y llamativa. Cada acontecimiento, trascendente o trivial, atrae y cautiva la atención de los pobladores, impresiona su ánimo, excita su apreciación y queda sedimentado con caracteres indelebles en lo más hondo del sentimiento de cada uno. Por eso, después del tiempo, surgen vivos los recuerdos y se reproducen con vigorosa pujanza las afecciones. Con las añoranzas de las cosas pasadas se revisan una y otra vez, y sobre todo en los ausentes y en los ancianos, los lejanos acontecimientos y se vuelven a sentir de nuevo los goces o las penas pretéritas.

En los pueblos pequeños las gentes parece que no atienden a nada, pero lo saben todo: lo que costó al vecino el jato, las gallinas que ponen, a lo que fué el mozo a la ciudad, cuándo se casa la hija mayor y por qué no fué ayer a la escuela el rapazuelo...

La vida pueblerina es sencilla y ñoña... al exterior, pero en lo íntimo es profunda y agitada. Hay envidias, pasiones, dolores, contrariedades, éxitos, fracasos, satisfacciones, quebrantos, apuros y defecciones. Lo puramente humano es en los pueblos rurales más vivo, más pronunciado, más sentido.

La naturaleza, por su parte, ejerce en los aldeanos una influencia muy decisiva y cautivadora. El recuerdo del prado, del puente, del río, del árbol, de la casa, de la fiesta, de la venida de la cigüeña, de la procesión solemne, del entierro del vecino, de la «fucendera», del Concejo abierto, del accidente fortuito, de las desavenencias, de los amores, de las fiestas familiares y de otras mil cosas y acaecimientos que forman la trama de la vida diaria personal y colectiva de los pueblos, son fuente inagotable, raíz fresca y motivo suficiente para futuras y claras añoranzas que no abandonan jamás al que las vivió y las sintió en el ambiente propicio de su vi-

da anterior, bien en la niñez alborotada, bien en la juventud andariega y enamoradiza, bien en la madurez comprensiva y sosegada.

La paz de la aldea, con sus íntimos goces de la vida individual y familiar, con sus afanes por el cuidado de la hacienda, el trabajo de la tierra, el cuido del ganado; las satisfacciones del hogar en bautizos, bodas, misa nueva, fiesta del pueblo, matanzas, majas y siegas; las alegrías del juego de bolos, de las infantiles raterías, las picardías juveniles, la socarronería senil, el animado baile que alegra la bulliciosa dulzaina, la saltarina pandereta o el tamboril alborotado; la grave solemnidad de la misa mayor honrada con previas y concienzudas abluciones de agua fresca, camisa limpia y trajes domingueros; el sosiego invernal y el trajín canticular; los anhelos y las discusiones colectivos expuestos mil y mil veces a los que mandan, siempre esperados en su realización y jamás cumplidos; las mismas rencillas recíprocas, las mismas pastones sentidas, las mismas penas y los repetidos goces, todo eso, en fin, que afecta a los cuerpos y a las almas en el desenvolvimiento de la existencia de los habitantes de un pueblo, es sedimento de afecciones inextinguibles y, por lo tanto, de recuerdos inolvidables.

Recoger esos motivos, descubrir esas raíces, alumbrar esas fuentes de sentimientos, de recuerdos y de afectos y ofrecerlo como exponente y verídico a los interesados, es la finalidad inmediata de una monografía pueblerina.

Y eso es lo que contiene, con más o menos amplitud, el libro que prologamos.

La obra está dividida en dos partes. En la primera, además de los datos y notas históricas pertinentes, relata noticias sobre instituciones locales, devociones, usos, costumbres, tradiciones y matices peculiares, efemérides y primorosas muestras de la Musa popular, siempre atinada, sencilla y candorosa; en la «segunda parte» inserta algunos esbozos literarios de colaboradores que recogen en pinceladas luminosas y evocadoras notas, matices y escenas de la vida del pueblo con el consiguiente anecdotario que comedidamente da al relato visos de cosa vivida, de la que cada cual se siente cada uno protagonista, o por lo menos, parte interesada; narraciones

evocadoras y emocionales, en pena o alegría de hechos y acontecimientos que caracterizan, individualizándolo, el ser peculiar del terruño tan amado; descripciones ingenuas y sencillas de parages o sucesidos que todavía se rememoran con regusto inefable, con particularidades y detalles íntimos, singularidades exclusivas que dan a la evocación descrita más entretenida amenidad, algunas semblanzas de los hijos más destacados del pueblo, terminando con una referencia a los nativos ausentes y un directorio muy útil a los que une íntima camaradería o un cordial paisanaje.

A pesar del modesto campo sobre el que se desenvuelve la labor del autor, no está su contenido exento, por cierto, de interés, pues sus datos vienen a completar las noticias que sobre dicho pueblo puede necesitar algún día algún interesado y más universal historiador.

Ni tampoco ha sido mermado el trabajo que suponen la búsqueda, la ordenación y la compulsa de esos datos que vienen a avalorar el contenido de la obra. Labor paciente, minuciosa y perseverante y por tanto meritoria, que revela las buenas cualidades que tiene el autor para emprender en lo sucesivo obras de más envergadura en amplitud y en interés más general.

La obra que nos ocupa está dividida en capítulos, y éstos a su vez y cuando la materia lo exige, en párrafos; todo ello corto, exacto y dicho lisa y llanamente, sin altisonancias ampulosas, ni pretensiones literarias, muy a tono, por tanto, con el carácter y el estilo leoneses.

El autor ha tenido también el buen gusto de ilustrar el texto con fotograbados que vienen a completar la información más exacta y el conocimiento más preciso de su contenido.

Los nativos de Espinosa, presentes y ausentes, recibirán y leerán con alegría este libro escrito para ellos, que viene a revelarles noticias que quizá no conocían, a recordarles escenas por ellos ya vividas, repetirles goces legítimos y gustados y tal vez abrirles horizontes nuevos en orden al progreso espiritual, moral y material de sus actuaciones en la vida, así como también al engrandecimiento del pueblo amado que les vio nacer y que cada cual, por ser el nuestro, amamos, cada uno el suyo, con inefable amor sobre todos los demás.

Libros como este hacen falta, y ¡ojalá que todos los pueblos tuvieran el suyo!

En resumen, podemos augurar para el libro, por parte de los hijos de Espinosa, una entusiasta acogida, para su generoso inspirador un unánime aplauso, y para el autor un rotundo éxito.

JOSE D. MONAR, Pbro.

León 9 de Febrero de 1.951.

PREAMBULO

Para ti hijo de Espinosa, quienquiera que seas, como quiera que te llames y dondequiera que vivas, sólo para tí ha sido compuesto este libro, el primero que en letras de molde llega a tus manos para hablarte de este pueblo querido en que por vez primera se abrieron los ojos de tu cuerpo a la luz natural del sol, y los de tú alma a la luz sobrenatural de la fe. No tiene pretensiones literarias; sólo aspira a ser un modesto libro de familia, la gran familia espinosana, el cual hará desfilas ante tus ojos, memoria e imaginación, vistas de paisajes y sitios, nombres de personas, cosas y hechos para tí muy amados, pero que acaso los años y las distancias han borrado de tu memoria o desvirtuado de tu corazón.

¿Qué circunstancia dió origen a este toleto? —Un acto más de amor filial del hijo predilecto de Espinosa, D. Leoncio Martínez, que con su reciente visita en 1948, y el extraordinario rasgo de largueza con que la ha acompañado, dió días de gloria y júbilo a su patria chica, inflamando de amor hacia ella, el corazón de sus compueblanos que le testimoniaron su profundo agradecimiento dedicándole un elegante álbum en que van reseñados cuantos actos se celebraron en su honor, durante aquellos días de emoción nunca igualada. Y como siempre está dispuesto a secundar cuantos proyectos se encaminen al engrandecimiento y utilidad del pueblo nativo, no se conformó con aprobar entusiasmado mi idea de publicar este libro, sino que con la espontánea liberalidad que le caracteriza, se ofreció, como espléndido Mecenas, a costear la edición. Así nació, paisano lector, esta obrita en la que además del texto íntegro del álbum dicho, hallarás una breve reseña histórica de la que fué Villa Real de Espinosa, así como de su iglesia, ermitas, cementerios, cofradías, escuelas

y Concejo, con todos los datos que he podido tomar en el archivo parroquial y fuera de él; en ella se consignan muchos detalles triviales y de ningún interés para los de fuera, pero que los de casa, a quienes se dirige el libro, los leerán con tanto placer, como la descripción de las bodas, bautizos, entierros, y de los Reyes, o de las majas e hilanderos, así como los versos de los ramos, bailes y rondas, junto con otras costumbres y tradiciones para ti desconocidas u olvidadas, cuyo recuerdo y evocación te trasladará en espíritu a la época y ambiente en que pasaste aquellos dulces días de tu niñez y adolescencia, rodeado de tus padres, abuelos y tantos otros contemporáneos pasados ya a mejor vida.

En un libro de familia no podía faltar un capítulo dedicado a la Madre común y su casa solariega, el Santuario de Campo Sagrado que debe ocupar lugar destacado en el pensamiento y corazón de todo espinosano bien nacido.

Me ha parecido conveniente poner un directorio, con los nombres y direcciones de todos los nacidos en el pueblo y que en la actualidad residen fuera del mismo; lamento que la lista no resulte tan completa y exacta como sería de desear, porque hay algunos tan descastados de su patria y familia, que ni aún ésta conoce su paradero; se trata de individuos desnaturalizados a quienes ¡ojalá! estas lecturas devolviesen el sentimiento familiar y patriótico.

Al final va un plano, que si estás ausentes del pueblo, te ayudará a dar un paseo mental por las calles del mismo, permitiéndote localizar la casa en que naciste y te criaste, la iglesia donde fuiste bautizado, confirmado y recibiste la primera Comunión y tu madre te enseñó a rezar; la escuela en que aprendiste a leer, escribir y contar; las plazas y sitios de tus juegos infantiles y hasta el cementerio en que reposan los restos de tus padres y deudos difuntos. A continuación verás un mapa detallado, que sin escala ni precisión topográfica, pone ante tu mirada, los montes y valles, prados y pastos en que guardabas los rebaños y las vacas; el "Vago", la "Senra", "los Sotillos", con las roderas y presas por donde ibas a echar el agua para regar las patatas o el otoño; las eras donde trillabas y las tierras de "Cantocorto" o "Canteondo" donde echaste los primeros surcos o ségaste las primeras

gavillas. Puede ser que este mapa te recuerde hasta el triste día de tu despedida, al ver el camino del "Valle" por donde tal vez saliste en el viaje de tu emigración.

En la segunda parte del libro, puedes leer, artículos y escritos de varios compaisanos tuyos, que más o menos lejos de la tierra de su origen, cantan sus glorias o ensalzan sus tradiciones, demostrando que ni el espacio, ni el tiempo, que de ellas les alejan, ni la riqueza y prosperidad de los países en que se hallan, ni el recuerdo de la estrechez y pobreza con que aquí se criaron, han podido arrancar de su alma el recuerdo, ni de su corazón el afecto, hacia esta Espinosa de sus amores, que sigue siendo su madre, aunque sea pobre, aunque algunos hijos ingratos la olviden, y unos pocos mal nacidos la denigren (quien tal hace es traidor a su cuna y a la fe que en ella aprendió). No seas tú uno de esos: a una madre se la quiere, se la defiende y se le ayuda; y quien hace lo contrario, no sólo es indigno del título de hijo, apenas merece llamarse hombre.

No te extrañe ver en este libro algunas cosas e ideas repetidas; sus diversos colaboradores han escogido libremente el tema, y como el corazón de todos abunda en los mismos sentimientos, nada tiene de particular que de sus labios y pluma broten expresiones parecidas, por aquello de que a iguales amores, iguales decires.

Si después de la publicación de esta obra, todos los espinosanos de dentro y de fuera, especialmente estos últimos, se sienten más unidos entre sí, más entusiastas y orgullosos de su terruño y cumplen mejor sus deberes cristianos, familiares y patrióticos, daremos por bien empleado nuestro trabajo cuantos por esos fines hemos colaborado en ella.

Espinosa y noviembre 1950.

ANTONIO RODRÍGUEZ
(Presbítero)

En consecuencia, el presente informe debe ser
entendido como un informe de carácter informativo y no
de carácter de recomendación, al ser el Consejo del Valle, por tanto,
el que debe emitir las recomendaciones.

En consecuencia, el presente informe debe ser
entendido como un informe de carácter informativo y no
de carácter de recomendación, al ser el Consejo del Valle, por tanto,
el que debe emitir las recomendaciones.

En consecuencia, el presente informe debe ser
entendido como un informe de carácter informativo y no
de carácter de recomendación, al ser el Consejo del Valle, por tanto,
el que debe emitir las recomendaciones.

En consecuencia, el presente informe debe ser
entendido como un informe de carácter informativo y no
de carácter de recomendación, al ser el Consejo del Valle, por tanto,
el que debe emitir las recomendaciones.

El presente informe fue emitido el 15 de mayo de 1970.

ANTONIO RODRIGUEZ

(Presidente)



DATOS HISTORICOS Y ESTADISTICOS

- 1.—Espinosa, Villa Real.
- 2.—Catastro del año 1752.

1

DATOS HISTÓRICOS

Y
ESTADÍSTICOS

1.- Época de Villa Real.
2.- Catálogo del año 1752.

1.—Espinosa, Villa Real

Hasta principios del siglo XIII, fué Espinosa una Villa Real o de realengo, que no tenía otro señor que el Rey. En el año 1211, Alfonso IX, hijo de Fernando II, toma a San Isidoro de León cuanto éste tenía en Castrobal y Villalba para la repoblación de Mayorga, y en compensación le donó las villas de Espinosa, Noceda y Pinos, completamente, con toda su jurisdicción civil y criminal y con todo el realengo.

En Espinosa nombraba el abad de San Isidoro, juez, teniente juez y escribano por un año o el tiempo de su voluntad, dos o tres más, como en todos los concejos del señorío y si le placía cada tres años enviaba juez de residencia.

En 1427 el abad y cabildo dan la encomienda de Espinosa a don Pedro Alvarez Osorio, señor de Villalobos y guarda mayor del Rey, por todo el tiempo de su vida.

En 1448 dan la encomienda de Espinosa a don Pedro Alvarez Osorio, Conde de Trastámara.

En 1483 sostienen pleito con el Conde de Luna, que teniendo la encomienda de Espinosa pretende apropiarse de ella.

En mayo de 1567 nombran el abad y cabildo juez de residencia para Pinos, Espinosa y Alcoba, mandándole no esté en cada pueblo más de quince días.

En 27 de agosto de 1582, en vista de que Felipe II quería vender la jurisdicción de Espinosa y un enviado del Rey les invitó a presenciar la medición de los terrenos del pueblo, mandan acá una comisión que la presencie.

En enero de 1583 sigue el pleito sobre la jurisdicción de este pueblo y el cabildo acuerda defenderlo con empeño y regalar al juez y escribano tres pares de gallinas.

En 11 de septiembre de 1599, «visto que a causa de la peste y universal mortandad ha quedado esta tierra tan desolada», se acuerda cultivar directamente las propiedades de San Isidoro, en varios lugares, entre ellos Espinosa, pues se quedaron sin colonos y desiertos por la peste; para labrarlos con los criados, bueyes y carros del cabildo, determinan fundar granjas y caseríos, para desde ellos labrar estas heredades y hacer corrales y aprovechar los pastos y montes con ganaderías propias, y de esta manera no se arruinaría la hacienda y los pobres no carecerían de pan, pues de otra manera los campos quedaban incultos y abandonados forzosamente.

En julio de 1601 acuerdan que el prior se encargue, como sus antecesores, de tomar a su cargo las granjas de ganados de Espinosa.

Aun se conservan bastantes expedientes de residencia de la villa de Espinosa y por ellos descubrimos su organización social. Después de posesionado visitaba el juez de residencia el arca del concejo donde se archivaban los documentos bajo dos llaves. Luego visitaba la cárcel y advertimos que en todos los expedientes de residencia siempre el juez halló desocupadas las cárceles del señorío abacial en todos sus concejos, prueba de la moralidad de los mismos, y en la cárcel de Espinosa había cepos con su candado y grillos con sus pinas. Luego visitaba la fuente y caminos del concejo.

En la residencia de 1761 figura también la visita de la horca, y el rollo de la villa, y halló que el rollo, que es de madera de roble con cuatro brazos en lo alto y en cada uno una argolla de hierro y al pie cuatro *manposteros* que la sostienen, se hallaba en peligro de ruina a causa de estar carcomido el pie de dicho rollo, por lo cual el señor juez mandó a los regidores expresados que luego, sin dilación, la derribasen, cortasen lo podrido del pie y que luego volviesen a fijar, haciendo el hoyo correspondiente y poniéndole con toda seguridad con dichos *manposteros* o pies sin que tuviera otro defecto alguno.

Sigue la entrega del «pote» y medidas del concejo por los regidores de la villa; presentan un cuartal, medio celemin y

un cuartillo de madera, herrado, con sus raseros, una media cántara, medio azumbre y cuartillo de barro, "potado" por el de la ciudad de León, una balanza de hierro con una pesa de dos libras y una de media, sin entregar la vara de medir porque entonces no la tenían en el concejo.

Habia, en la residencia de 1762, en la villa, dos sastres, diez tejedores, dos herreros, cuatro molinos de maquila y dos taberneros, obligados de dicha villa, a todos los cuales se prueban las medidas con las del concejo.

El interrogatorio de preguntas para fiscalizar el comportamiento del Juez ordinario, escribano, regidores y alcaldes de la Santa Hermandad, nada se diferencia del de los otros concejos, repitiéndose mucho en él la pregunta de si el señor Juez, Alcalde y Regidores, "han cuidado de que se mantuviese en la parte y sitio que es costumbre, de día y de noche, la horca que en esta villa está, así para el terror de los malhechores y gente bandida, como para reconocimiento del señorío en ella. De lo cual se infiere, que no se hacía uso alguno de la horca, la cual se tenía nada más como símbolo de justicia. (Véase "Historia de la R. Colegiata de San Isidoro" por don Julio Pérez Llamazares. 1927).

Los ancianos se acuerdan perfectamente de los grillos y cepos que estaban en el sótano de la antigua escuela, habilitada para cárcel del concejo, así como algunos casos de encarcelamiento de vecinos o personas maleantes por orden del alcalde del barrio. Esto es sin duda vestigio de la autonomía con que se gobernaba el pueblo cuando era de realengo y señorío. Algunos dan fe de oír llamar "plaza de la horca" a la explanada que existía entre el arroyo, por arriba del puente y las casas de María Teresa y Concepción Gómez. Era hasta hace sesenta años la plaza del pueblo donde se tenían los bolos, el baile y jugaban los niños a la sombra de unos ne-grillos que en ella había.

El documento que nos da la noticia más antigua sobre Espinosa, es un pergamino que figura con el número 258 en el catálogo de documentos del convento de Santa María de Otero de las Dueñas, con la ficha siguiente: "D. Aparicio

dota a Doña Maria, su mujer, en arras de la mitad de su heredad en Spenosa. Era 1240. Año 1202. Octo kolds. febr. Sabado. Perg. origi. part. 254/154 m.m. Min. frane. Hecha en el concejo de Espinosa. Nicholaus me notuit. Regnante Rey Aldefonsus cum regina Berengaria.—Eps. Dns. Joanes in sede scl. salvatoris”.

Al final del libro va la fotocopia de este documento, facilitada amablemente por D. Raimundo Rodriguez, canónigo archivista de la S. I. Catedral. Me complace en expresarle las más rendidas gracias.

El num. 357 del referido catálogo es otro pergamino también relativo a Espinosa cuya ficha dice: “Doña Loba y su marido Roi López venden a Pedro Ordoñez y a su mujer Doña Velasquida una tierra en territorio de Ordás, en la villa de Espinosa por un maravedí.—Era 1282, año 1244”. A continuación otra carta de venta a los mismos por D. Domingo Isiciez de Borja, de dos tierras con frutales en el lugar llamado Barrio de Yuso. Entre los linderos ponen “la moral mayor y la otra moral, el quifón de D. Rubén, la perla, los prumales y el Bogo”.

En él se hace mención de el Barrio de Suso, arroyo de Salienza y ejido de la villa. Merino mayor D. Juan de Villarodrigo y D. Antonio de Quintanela.

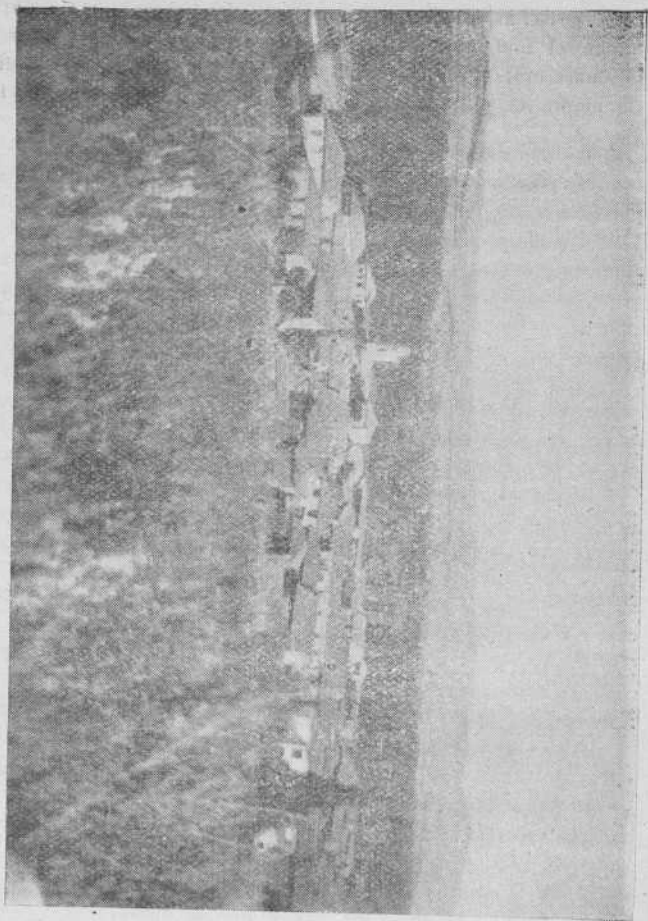
Por estar deteriorado y bornoso salió muy obscura su fotografía que es ilegible.

En el catálogo de incunables y libros raros del archivo de San Isidoro de León, publicado por D. Julio Llamazares en 1943, se relacionan los siguientes documentos relativos a Espinosa; todos en pergamino:

- Num. 772. Venta de un prado en Espinosa, año 1445.
- Num. 773. Donación de un huerto a un clérigo de Espinosa, año 1445.
- Num. 774. Venta de unas tierras en Espinosa, 1456.
- Num. 777. Venta de un prado en Espinosa, 1458.
- Num. 778. Carta de donación de bienes raíces, 1459.
- Num. 780. Venta de huerta con su moral, 1460.
- Num. 781. Venta de cuatro linares al pago de Mata-reonda, año 1460.

En la página 103 de la citada historia de la Real Cole-

giata de San Isidoro se lee: "Estos son los fueros de Espinosa. Por la fiesta de San Martino deben dar ocho panes dinerales et señas tarracas de vino, et qui matare puerco dar el lombo et una yantar al abad en carnaval et otra yantar en la cuarema; el merino debe dar un bué o tres maravedies. De monte et de vega el cuarto. De las iugurias el tercio".



Espinosa.-Vista general

2—Catastro del año 1752

Este importante documento contiene datos muy interesantes sobre el pueblo hace dos siglos. Es algo así como el millar de hoy, pero de más amplitud pues abarca no sólo la riqueza rústica sino la urbana y pecuaria, constituyendo un estudio económico y estadístico muy completo del pueblo en aquel entonces.

Fué hecho por orden del Marques de la Ensenada ante el escribano D. Joaquín Aguado, actuando de testigos el párroco D. Joaquín del Arrenal, el juez D. Nicolás Martínez, los regidores Francisco Álvarez y José Martínez y como peritos Manuel Palacios, Bernardo Rodríguez y Francisco García, nombrados por la justicia (el Juzgado del pueblo), Regimiento 7.º (Junta) y mayor parte de vecinos. Se les hizo el interrogatorio el 24 de julio de aquel año.

He aquí un extracto de las respuestas que dieron a las preguntas más importantes:

1.º La población se llama "Villa de Espinosa de la Ribera". (Aún conserva esa categoría como consta en el nomenclator de 1940).

2.º Que es de Señorio del abad de San Isidoro de León y que por esta razón no se paga derecho alguno.

(Algún anciano hay que se acuerda de ver la pareja de bueyes de San Isidoro que venían a transportar el grano de las rentas que se guardaban en la parera situada en la actual casa de Juan Díez (derrocero). Este señorío de San Isidoro duró hasta la mitad del siglo pasado).

3.º El término tiene de circunferencia cuatro leguas y media y trescientas cincuenta y dos varas. De oriente a poniente, 1.104; de norte a mediodía, 2.302; linda al norte con término de Rioseco; al mediodía con Secarejo y Cimanés; al oriente con Ferrel y poniente con Villarrodrigo.

(Están confundidas las cifras de las dimensiones pues la de Este a Oeste es muy superior a la de Norte a Sur).

4.^a Superficie labrada. Nueve mil veinte medidas y dos celemines y medio distribuidos así: tierras centenales ferreñales; 53 medidas y media; linares que dan un año lino, otro trigo y otro cebada; 1.691 medidas y dos celemines de primera; 91 medidas y dos celemines de segunda, y 14 medidas y medio celemines de tercera.

5.^a Producción. El cuartal de tierra ferreñal produce por término medio unos años con otros 6 cuarterales de grano.

El cuartal de tierra centenal de primera produce unos años con otros 5 cuarterales; el de segunda 4, y el de tercera 3.

El cuartal de linar regadio de primera da 4 cuarterales de trigo, 6 de cebada, 2 de linaza y 2 fejes de lino.

El cuartal de prado cercado da un caño de hierba.

El cuartal de prado abertizo de regadio da "a un palo", 3 montones.

Los carros se componen de cuatro montones. El otoño se pasta en común.

Los árboles dan por término medio unos con malos 30 arrobas de fruta y tres fanegas y media de nueces.

6.^a Cultivos.—Los principales frutos que se cosechan son: centeno, trigo, cebada, lino, linaza, hierba y frutas.

(Nótese que no se menciona la patata; aún no había llegado a este país).

7.^a Fruta. Que en las tierras que llevan declarados hay algunos árboles frutales como perales, camuesos, brunaes, nogales.

8.^a Precios.—Un cuartal de linaza vale 5 reales; de trigo 3 y medio; de centeno 3 reales; de cebada 2 r.s.; un feje de lino 5 r.s.; un carro de hierba 15 r.s.; una arveja de faja 4 r.s.; un cuartal de nueces 3 r.s.

9.^a Ganadería.—Hay las siguientes especies de ganado: vacuno, yeguas, jumentos, lanar, cabrio, cerda, ternas muasres y del natural.

(No dan los iperitos el número de cabezas por no haberles

entregado los dueños relación. En 1950, posee 286 de vacuno, 30 caballar, 380 ovino y 290 cabrio.

Un ternero vale 44 r.s.; el macho o mula de cria 200 r.s.; el potro 60 r.s.

10.^a **Colmenas.** Hay 163 pies de abejas; rinden de utilidad a sus dueños 5 r.s.

11.^a **Palmas.**—Hay un solo palmar; dá de utilidad a año 80 r.s.

12.^a **Molinos.** Hay siete molinos harineros de una piedra y muelen con el agua del río de la villa; cuatro son propios de Francisco Alvarcz, Manuel García, José Menéndez, vecinos de la villa; los restantes mancomunadamente de la mayor parte de los vecinos. Dan de utilidad al año una carga.

13.^a **Casas.**—Hay en esta villa 91 casas habitables y una arruinada; dos paneras, una de San Isidro y otra de la Iglesia. Aunque es de señorío no paga derecho alguno por establecimiento de suelo, pero cada vecino contribuye al convento de San Isidro por derecho de foro y fumazgo con una gallina o su valor de 2 r.s.

14.^a **Corrales.**—Hay cuatro casas de campo para recogimiento del ganado cabrio y lanar en tiempo de primavera.

15.^a **Hospital.**—Hay una casa hospital para pobres y enfermos agregada a la cofradía de Santa Colomba, pero por no tener renta ni otra disposición, cuando llega algún enfermo se pide limosna por los vecinos para su alivio.

16.^a **Taberna.**—Hay una sola taberna que reditúa al común 624 r.s. por razón de sisa y al que la tiene arrendada no le deja ganancia alguna, antes bien en el tiempo de su acuerdo todos tuvieron quiebra.

17.^a **Propios.**—Este común no tiene más propios que dos tierras centenales de 24 y 25 cuartales, que siembran alternativamente para pagar al escribano, al guarda de campo y el voto de Santiago.

18.^a **Fiestas.**—Este común paga 200 r.s. cada año en la procesión del Corpus, una función de ánimas el primer viernes de mayo y en las funciones de Nuestra Señora de la Asunción y San Roque y que por voto de concejo este día re-

parten pan y vino a los pobres vecinos y forasteros por valor de 400 r.s.

19.º **Alcabalas.**—Los alcobalas de esta villa están enajenadas al Marqués de Villafrañca; no saben si fué por servicio pecuniario u otro motivo, pagando cada año a su administrador en Ponferrada 756 r.s. de vellón. Este comun está cargado de servicio ordinario y extraordinario a Su Majestad el Rey paga en las arcas de León 117 r.s.

20.—**Profesiones y oficios.**—Hay un solo escribano, Don Alejandro Bernardo, vecino de Otero; tiene de ganancia al año 131 r.s. Hay dos herreros, cinco tejedores, un sastre que por dedicarse a la labranza la mayor parte del año se calcula su ganancia en real y medio diario. Hay un zapatero, vecino de Gijón, que solo trabaja en primavera y verano; se calcula su ganancia en tres r.s. ó 2 y medio, incluso la comida tasada en real y medio.

21.—**Vecinos.**—Tiene esta villa 77 vecinos incluyendo las once viudas, el Cura Párroco y el Capellán.

En el año 1839, según Madoz en su "Diccionario geográfico", Espinosa pertenecía al Ayuntamiento de Benllera. Su clima sano y benigno, pues no se padecían otras enfermedades comunes que algunas tercianas y pulmonías. Tenía 80 casas, escuela de primeras letras durante los cuatro meses de riguroso invierno, dotada con 360 r.s., a ella asistían 60 niños de ambos sexos. Una fuente de buenas aguas para el consumo del vecindario, los caminos locales. Recibía la correspondencia por León. Producía trigo, lino, cebada, centeno, garbanzos, con alguna otra legumbre. Caza, liebres, perdices y pesca de truchas, barbos y algunas anguilas.

Industrias: Preparación del lino, o molino de aceite de linaza y varios harineros.—Población, 80 vecinos —450 almas.

En 1887, tenía 112 familias y 439 almas.—En 1902, 115 familias y 482 habitantes.—En 1920, 472 habitantes y 144 edificios.—En 1950 tiene 98 vecinos, 426 habitantes, 65 edificaciones de una planta y 90 de dos plantas.

Emplazamiento primitivo de Espinosa

Este pueblo se quemó en casi su totalidad hace cerca de tres siglos, el año de 1655; por eso no cabe duda que estuvo situado en lo que a causa de aquel incendio se llama «La Quemada», se extendía por los prados del «Lobo» y acaso del «Rocin», cruzando lo que hoy es carretera hasta la falda del monte que ocupa el actual cementerio; así se explica que la iglesia antigua, en cuyo solar fué construido éste, que dase tan lejos del pueblo al ser este desplazado a donde hoy está.

En los prados del «Lobo» se hallan vestigios de una calle empedrada y enfrente, entre la carretera y el cementerio al pasar el arado se han producido hundimientos, descubriéndose cimientos y restos de edificaciones.

En los prados del «Rocin» quedan aún huellas de una fuente que según la tradición fué la fuente pública.

Sin duda no estaba todavía construída la que conocimos en nuestra muchachez en el Arrabal, cubierta con aquella magnífica bóveda de piedra caliza en mala hora destruída e inutilizada; la rica calidad de aquella agua estaba reconocida por propios y extraños, especialmente por los arrieros y carromateros que jamás pasaban por su lado sin que se detuvieran a refrescar. A esto se refiere la siguiente sentencia que se atribuye al Párroco que fué de Espinosa don Francisco González (alias D. Farrucón): «en este pueblo hay tres cosas buenas, las campanas, el agua de la fuente y el Cura.. cuando se marcha».

Numeración de las casas según el plano

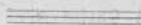
(Entre paréntesis nombre de los antiguos dueños)

- 1 Eliseo Vega (Cantero). (De nueva construcción).
- 2 Domingo Alonso (Adeodato).
- 3 Bernardo García. (De nueva construcción).
- 4 Francisco González. (Taller mecánico de carpintería).
- 5 José Antonio Álvarez (Bernardo Torné).
- 6 Solar del antiguo cementerio (El de arriba).
- 7 Tomás Fontano (Cipriano Zapico — Las Mocitas).
- 8 José Antonio Álvarez (Perico Torné).
- 9 Emeterio Alonso (Santines).
- 10 Herederos de Carolina Urbina (D. Roque).
- 11 Ana Maria Villalba (Sabelin — Juan Villalba).
- 12 Maria (Manuel del tío Santicos).
- 13 Justo Arias (Agustín de Cayetana).
- 14 Ramiro Diez (Jaquín el Ciego — Sira).
- 15 Leoncio Martínez (Quicón — Vicente).
- 16 Amaro Fontano (Tío Sidorin — Tío Jeremo).
- 17 Donato Román (D. Gregorio — La Papuda).
18. Hilario Álvarez Villalba (Blas de Rosalia).
- 19 La Casa Nueva.
- 20 Honorino González (Taller de carpintería—Tío Fermín).
- 21 Filiberto Zapico (Tío Gasparin y Bernardin).
- 22 Iglesia Parroquial.
- 23 Petronilo Rodríguez (Tío Angelón el campanero).
- 24 Juan Diez (Fábrica de gaseosas — La Panera).
- 25 Agustina Álvarez (Ricardo García—Antón el tabernero)
- 26 Eladio Rodríguez Diez (Pedro el Cura—Tía Baltasara)
- 27 Eladio Rodríguez (Casa de Abajo).
- 28 D. Saturnino García (Párroco) (El Montañés).
- 29 Amalia Pérez (Mauricio — La tía Ferrera).

- 30 Florancio Castellano (Feliciano Rodríguez) M. Fortugoso
- 31 Crescencio Clemente (Tomasin — Santiago Tatin).
- 32 Basilia Alonso (Urbano).
- 33 Antonia Rodríguez de Celestino (Del Abogado).
- 34 Victorino Martínez (Higinio — Tío Sidrón).
- 35 Leonardo Valle (Pedro Valle).
- 36 María Fernández (Perfecto Martínez — De Mariana).
- 37 Aurentino Pérez (Bernardo del tío Higinio — Juan Lanás).
- 38 Isidoro Zapico (Pepe Rubio — Domingo de Matea).
- 39 "El Polvorin" (Maruja de la Cuesta).
- 40 Francisca Díez (De Leonardo — Tomás Díez — Tía Escolástica).
- 41 Vitalino García (La Zapatera — Del Rey).
41. Vitalino Valcárce García (La Zapatera — Del Rey).
- 42 Emilio Fuertes (Lin de Pascuala).
- 43 Isaac García (Tío Leonardón — Tío Ramón).
- 44 Constantino García (Tío Furriel — Marquinez).
- 45 Pablo Fernández (De San Andrés — Tío Santicos).
- 46 Primitivo Martínez (Celedonio de Santicos).
- 47 Rogelio Álvarez Villalba (La Abejera).
- 48 Bautista Díez (Marí-Teresa).
- 49 Perfecto García (Felipe — Tío Enrique).
- 50 José García Fontano (El Sargento).
- 51 Wenceslao García.
- 52 Rogelio García Álvarez (Manolón).
- 53 Marcelo Fernández (Tía Caminera).
- 54 Emilio Fuertes (Tía Jacoba).
- 55 Ignacio Rodríguez (Apolinar).
- 56 Manuel Lombó (Herrerón).
- 57 Doroteo García (Ponciano — Ti. Rual — Lombó).
- 58 Felipa Martínez (Meregildón—Fragua del tío Isidoro).
- 59 Faustino Díez (De María Teresa — "El Pego").
- 60 Escuela (Antigua panera y calabozo).
- 61 Benjamín.
- 62 Vicenta (Antonio Regueiro).
- 63 Generoso Martínez (Tío Sidrón).
- 64 Benjamín S. (Cuadra de Celis).
- 65 Santos Martínez (Columbo).

- 66 Solar de Miguel de Cayetana.
- 67 Daniel Díez (Tío Concho — Melchorete).
- 68 Leonardo Vega (Cantero) (La Cuesta).
- 69 Ascensión García (Bernardo de Juan Lanas—Toribion).
- 70 Ubaldo Martínez (Manuel de Casimira).
- 71 Hermógenes Tascón.
- 72 Aquilino Martínez (Tío Desiderio — Del Escribano).
- 73 Higinio Zapico.
- 74 Cesáreo Zapico.
- 75 José Fernández (Moreno de Elías).
- 76 Sixto Zapico.
- 77 Ulpiano Robla (Tío Benito — Juan).
- 78 Anastasio García (Del Truchero).
- 79 Anastasio García (De el Truchero).
- 80 Ricardo Martínez (Victoria — La Macheta — Juana de la Fuente).
- 81 Higinio García (Carpintero) (El Tómico).
- 82 Ramona Blanco (Tío Bernardin).
- 83 Federico Fontano (Caminero — Juan el Portero).
- 84 David Álvarez Villalba (La Carbaya).
- 85 Faustino Martínez.
- 86 Santiago García (Felipe el Tendero).
- 87 Casa de Concejo.
- 88 Salón de baile.
- 89 Alipio Martínez (Demetrio — Ti Cuca del tío Jeromo).
- 90 Francisco Fernández (Moreno Luis — Beranzos).
- 91 Herminio Tascón (Tío Lázaro — María del Rojo).
- 92 Isabel Tascón.
- 93 Isidoro García (Tía Florenta — Lin de María).
- 94 José Alonso Fuertes (Tía Serafina).
- 95 Gonzalo Fontano (Constantino de Leonor).
- 96 Blas Román ("El Rojo").
- 97 Cesáreo Martínez (De Paulino Alonso).
- 98 Herederos de Juan Antonio Alonso (Tía Felipina).
- 99 Manuel Sevillano (José el Albañil).
- 100 Solar de la Hermita de San Roque.
- 101 Juan de Pascuala (Tía Tomasa).
- 102 Hermenegildo Fernández (A. el Mocho—Felipe Barte).

- 103 Vivienda de la Sra. Maestra y locales en construcción.
- 104 Solar de la casa de la Pastorina.
- 105 Huerto del tío Zapico.
- 106 Taller-carpintería (Tonsisco y Portugoso).
- 107 Manuel Lombo Ronson (Manuel de Felipa).



II

INSTITUCIONES LOCALES

1.—Iglesia Parroquial

A.—Retablo Mayor

B.—Imágenes

2.—Ermitas

A.—Santa Colomba

B.—San Roque

II

INSTITUCIONES LOCALES

1.- Iglesia Parroquial

A.- Retablo Mayor

B.- Imágenes

2.- Ermitas

A.- Santa Colomba

B.- San Rodón

1 Iglesia Parroquial

La primitiva iglesia estuvo edificada en el solar que hoy ocupa el cementerio, a la desembocadura del Valle de la Iglesia, que le dió su nombre.

Por haberse quemado el archivo parroquial cuando ardió el pueblo en 1655, han desaparecido los libros que nos pudieran suministrar noticias interesantes acerca de ella. Véanse algunos datos que figuran en el libro de cuentas más antiguo abierto en 1705. En 1716 se manda "allanar los pisos de la iglesia. Para empedrar la sacristía y gradas del altar mayor y acarreo de la piedra, 30 r.s. En acta de visita de 1735 por D. Francisco Arango Valdés se dice: "Habiendo visto su merced lo mal reparada que está la iglesia y el poco uso de ir a misa a ella por la distancia del lugar a ésta y haber en el pueblo dos capillas en que ordinariamente se dice misa y habiéndose informado de que patronos y vecinos desean mudar la iglesia al lugar, por el riesgo que habia de que la robasen o robasen el lugar estando en misa y reparando este daño, daba licencia para mudarla conviniéndose patronos y vecinos, y en el caso de que no se convengan, mandó se reparase la iglesia, poniéndola con la decencia debida". Parece que no se convinieron, pues en la visita de 1737 se escribe: "Por la necesidad y precisión de tener iglesia decente y en parage que no esté expuesto a insultos, mandamos se cumpla el decreto anterior."

En alguna partida de defunción he leído que el cadáver se enterró al lado de la puerta principal, de donde se deduce que tenia la iglesia antigua más de una puerta; así se explica el que hubiese dos pórticos.

En las cuentas de 1744 figuran 791 r.s. de la obra del pórtico de abajo, y en las del año siguiente pone el mayordomo las siguientes cantidades: "Al maestro que hizo el pór-

lco, 884 r.s.; clavazón, 44 r.s.; postes para id., 11 r.s.; 300 adobes para refaldo, 24 r.s.; de hacer la huesera, 115 r.s.". En 1748 se datan 348 r.s. de los gastos que se hicieron para componer el pórtico bajero de seis pernilles que se regalaron "a Madriz" para conseguir casulla, amito, alba, corporales y frontal para el altar". En 1721 gastó el mayordomo 50 r.s. vellón en madera y portes de hacer unas gradas y monumento y alrededor de balaustre a torno.

No desaparecen las dificultades para el traslado de la iglesia, pues en 22 de octubre de 1751, D. Mateo Díez de Catáneo, Vicario de San Millán (Benavente), visitador general de este arcedianato de Babia, en su auto de visita pone entre otras cosas la siguiente: "Y en atención a hallarse la precitada iglesia en estado miserable e indecente disposición, demasiado apartada de la población, haciéndose difícil la asistencia al templo con gran desconsuelo de los feligreses especialmente en invierno, por lo que regularmente cargan en este país las aguas y las nieves, motivo por el cual de muchos años a esta parte, se puso y existe Sacramento en la ermita de San Roque (intramuros) para alivio de esta feligresía, informando del ansioso deseo y firme ánimo en que éstos se hallan de construir nueva parroquia situándola dentro del pueblo, valiéndose para en parte de su coste de la piedra, madera y demás materiales de la existente, daba, las providencias conducentes para la nueva construcción y demolición de la actual, previo reconocimiento de maestros y peritos, traza y condiciones". "Asimismo mandaba y mandó al Cura actual, D. Joaquín del Arenal Celis, dar puntual noticia de esta primera providencia al Señor Abad y canónigos de la Real Casa y Convento de San Isidoro de León para que como patronos y partícipes de los diezmos y derechos que se causan en esta villa, coadyuven a que tenga efecto el ánimo de estos feligreses en dicha nueva construcción y tasación de la parroquia."

A pesar de tan repetidas instancias y exhortaciones continuó en el mismo sitio la iglesia, hasta que en decreto de visita pastoral el 15 de septiembre de 1753 el Sr. Obispo de Oviedo, D. Martín Ovejero, insistiendo en los mismos motivos de los anteriores visitadores, añade que la ermita de San

Roque, donde se celebraban los cultos en invierno, "se halla sin aquella capacidad y decencia que la hagan suficiente para la ayuda de la parroquia y constándole de los intensos deseos y vivas ansias con que los citados feligreses anhelan se traslade dicha iglesia, construyéndola de nuevo en sitio cómodo dentro del pueblo para lo cual cuenta con caudales suficientes, mandó a D. Joaquín del Arenal, Cura actual, que a la mayor brevedad, traiga maestro arquitecto de su satisfacción que haga plano y condiciones de la nueva construcción, sacándola a público pregón o ajustándola particularmente". Si los caudales de la fábrica no fuesen suficientes, dió facultad al mencionado D. Joaquín "para que pueda vender en pública almoneda, además de los bienes que tiene la fábrica de la iglesia, también los del Santuario de Nuestra Señora de la Asunción, que en ella se venera y los materiales de la actual iglesia, demoliéndola que sea, poniendo en medio de ella una cruz para memoria de que fué lugar sagrado".

Y termina el decreto con estas palabras: "Amonestamos a los feligreses y parroquianos a que como buenos hijos de la Iglesia y en atención a que la obra mandada hacer se refunde en su comodidad y utilidad concurren no sólo con la conducción de materiales sino también con limosnas que les dictase su piedad y devoción que procuren esforzar". Tan decisiva fué esta orden que debió comenzar inmediatamente a cumplirse pues en las cuentas cerradas del 28 de diciembre de 1754 suma el cargo 24.646 r.s. producto de la venta de las fincas que la fábrica poseía.

Como limosna sólo se consignan las siguientes cantidades: De la limosna del Santo Cristo, 32 cuartales de centeno y 4 de trigo, hacen 164 r.s. De San Antonio Abad, 301 r.s. La data (3) arroja la suma de 24.066 r.s. gastados en las obras de la nueva iglesia. Véanse algunos partidos de gastos: **Mano de obra.**—A Jerónimo Cuervo, maestro principal, por venir a reconocer el sitio de la iglesia, hacer plano y condiciones y el cuidado de poner oficiales, y varios viajes que hizo a reconocer la obra, 716 r.s. Se abonaron 6.144 r.s. a 10 oficiales por 963 días de trabajo a razón de 5, 6, y 8 r.s. de jornal. A 8 peones, por 963 días de trabajo, se les pagaron 3.826 r.s. a razón de 3 r.s. y medio de jornal. Se especifi-

can los nombres, días y cantidades de cada uno. La duración de las obras debió ser 230 días que son los que trabajó en ella el sobrestante Antonio del Llano. **Materiales.**—81 carros de cal a 7 cuartos el cuartal, 3.299 r.s. 15 chopos que se compraron en Benllera, sierro de ellos y lo demás que se serró de negrillos y álamo, 1.148 r.s. De los chopos comprados a los vecinos, para pared, nudillos y sierro, 240 r.s. De un arco de piedra que se compró a María Martínez y un chopo, 133 r.s. De asentar el arco principal de puertas y el talud de la espadaña, 200 r.s. **Tejera.**—Se construyó una tejera en que se hizo todo el ladrillo y teja necesarios para la obra. Según la tradición estuvo en Los Pozos de la cuesta (4) Se consignan los gastos siguientes: De talegas, azadones, palas y más materiales para la tejera, 62 r.s. De refrescos al concejo, "siempre que fueran a facendera" a dicha tejera, 203 r.s. De los derechos de nueve hornos que se cocieron a cantaro de vino cada uno, 178 r.s. De sacar el barro y hacer horno 1.111 r.s. y 17 ms. De los jornales de 5 oficiales en la tejera 2.218 r.s. y 22 ms. De 60 carros de arces a 6 r.s. carro, 360 r.s. De las cerraduras, visagras, veletas, verjas y demás clavazón que hizo Jorge, 300 r.s. Se pagaron 1.800 r.s. a Manuel Morán, vecino de León, por la conclusión de la espadaña, hacer el coro, portales, huesera y blanqueo del cuerpo de la iglesia. De los suelos de la casa a Manuel Martínez para solar de la iglesia, 125 r.s.

Año 1782. Manda el visitador que los vecinos contribuyan para enlosar el pavimento de la iglesia.

Año 1793. Se hicieron los 8 arcos de la iglesia y pórtico empleándose 4.940 ladrillos traídos de Cimanes, Montejos y Ferral, que importaron 463 r.s. De serrar tabla para la cimbre de los arcos, 125 r.s. Al maestro Fernando Díez, vecino de Orzonaga, por su trabajo de 92 días, 1.236 r.s. A Gregorio Rey, de Mataluenga, 517 r.s. A Domingo Puente, natural de Galicia, 263 r.s. Sigue una lista de jornales a otros 10 obreros y peones. De 81 jornales a dos carpinteros de Las Omañas, y uno de Villapodambre, 468 r.s. Más 230 r.s. que llevó Francisco Díez, vecino de Ardón, maestro de albañilería, por blanquear toda la iglesia, sacristía y portal y

por "fingir" todos los arcos, hacer la cornisa y pintar el calvario. Mas 79 r.s. de una veleta para encima de la entrada de la iglesia.

En 1799 se realizaron obras de consideración en la iglesia, sin especificar cuáles han sido. En ellas se gastó 5.087 ladrillos, 7 carros de cal y se pagaron 121 jornales. Acaso fué en la torre. Mas 118 r.s. de una calzada, su empedrado y allanar ante las puertas de la iglesia. 10 r.s. de aceite y ajo para la fachada.

En 1883 se datan 700 r.s. del pleito seguido en Benavente contra los canónigos de San Isidoro, obligándoles a costear albas y un terno nuevos para la iglesia por ser patronos.

Año 1846. 562 r.s. a los canteros por componer parte de la torre que se hallaba deteriorada. Una piedra labrada para la entrada de la iglesia, 143 r.s.

Año 1853: Es data 940 r.s. de la escalera de caracol, que se hizo en la torre, incluso el acarreo de la piedra.

Año 1864. Se construyó la cajonería de la sacristía; costó 1.062 r.s.

Año 1865. Se hicieron de yeso las cornisas de los arcos.

Año 1866. Fueron relocados los altares laterales y se pintó el techo del presbiterio o capilla mayor.

Año 1876. Dió la fábrica al pueblo 300 r.s. para ayuda de comprar el pendón, el último que se usó y que ya no existe.

Año 1883. Se hizo por 220 r.s. el confesionario nuevo, que está a la puerta de la sacristía vieja. Se puso el tornavoz al púlpito en 24 r.s. El púlpito se había hecho en 1775 por 100 r.s.

Año 1885. El depo de ánimas del Santísimo una peseta. Estas son las primeras cuentas que se ponen por pesetas.

Año 1886. Se puso la vara o tirante de hierro que sostiene el balaustre del coro.

Año 1888. Se compraron los cuadros de los Sagrados Corazones, que están a los lados del retablo mayor.

Año 1889. Se hicieron los ropones encarnados para los monaguillos en 34 ptas.

Año 1890. Para comprar el palio se emplearon 252 pesetas de San Antonio y 23 que dió un particular.

Año 1891. Por colocar la campana pequeña en la torre, 5 ptas. Estuvo unos años en el hueco de la aguja.

Año 1893. Se hicieron los dos hacheros del presbiterio, 14 pesetas.

Año 1899. Se hizo la verja que cercaba la pila bautismal.

Año 1906. Se hizo la verja de hierro que cerraba el presbiterio. Pesaba 18 arrobas, a 9 ptas. arroba.

Año 1948. OBRAS DEL RELOJ.—La más importante reforma hecha en esta iglesia desde su construcción comenzó el 31 de marzo de 1948 con las obras para la instalación del reloj, donado por D. Leoncio Martínez. Para ello se derribó el campanario viejo y la aguja de la torre añadiendo a esta un nuevo cuerpo de 2,90 metros con lo que la altura total de la espadaña es de 20 metros.



Estado de las Obras el día de la inauguración del reloj.

El campanario se hizo de nuevo sobre vigas de hierro y

piso en rasilla embobedada. Lleva cuatro arcos (1) sobre los que estriba la caseta del reloj, que en cada una de sus tres paredes lleva una esfera de 1,15 metros, de cristal con iluminación; la cuarta esfera va en el hueco de la torre mirando a la carretera. El campanario y escalera del mismo tienen una bonita balaustrada de hormigón.

Siguiendo el ejemplo de sus antepasados, el Consejo, la Cofradía de ánimas y los mayordomos de San Antonio también aportaron fondos, cooperando a sufragar las obras de reparación del caracol y sus peldaños, revoco del cuerpo inferior de la espadaña, restauración del muro exterior, así como del pórtico, cuya verja de madera y pared fueron sustituidas por tres arcos de ladrillo fino.

El importe total de los gastos arroja la suma de 41.600 pesetas. De ellas 33.000 habían sido giradas desde Méjico en 1947 por D. Leoncio, a quien los vecinos no le permitieron pagar la diferencia como era su deseo; diferencia que se distribuyó así: Cofradía de ánimas, 4.300 pesetas. Junta vecinal 3.000 ptas. Mayordomo de San Antonio, 1.300 ptas. Van a continuación algunos capítulos de gastos: Reloj y accesorios, 16.220 ptas. Mano de obra, 7.600. Hierro, 1.850. Cemento, 1.600. Ladrillos (que fueron 12.400), 2.882 ptas. Campana de 254 kgs. 7.708 ptas. Esta campana ocupa el hueco de la antigua grande, que fué puesta al reloj por no haberse recibido a tiempo aquella.

En el cuerpo inferior de la torre, al frente, se colocó una lápida de mármol con esta leyenda: "A D. Leoncio Martínez, hijo predilecto de Espinosa y su esposa doña Carmen Però, hija adoptiva, donantes de este reloj e insignes bienhechores de esta parroquia. El pueblo agradecido, 15-5-1948"

El dueño primitivo del solar en que está edificada la iglesia, a la que se le vendió en 125 r.s. el año 1754, muy ajeno estaría de pensar que 194 años después habrían de realizarse estas obras precisamente a expensas de un descendiente suyo que con ello tanto glorificó su apellido.

Posteriormente se han efectuado en esta iglesia otras reformas de menos importancia, cuales son traslado del pulpito para delante del arco principal a su izquierda, y de la pila bautismal a la derecha del mismo; el bautisterio se

ha convertido en capilla de San Roque, cuya imagen junto con la de San Isidro y algunos otros se colocaron sobre un altar que se construyó.

En 1949 se estrenó un servicio de bancos sufragado por D. José Alonso, así como en el presente año se puso nuevo tablado al piso gracias a un donativo de 3.000 pesetas hecho por D. José María Rodríguez, que después de los muchos y valiosos ornamentos y ropas que hace años viene regalando a la parroquia, tiene méritos sobrados para otorgarle el título de insigne benefactor.

Que tales ejemplos de desprendimiento cundan entre sus compatriotas dotados por Dios en bienes de fortuna, empleando a go de ellos para decoro y conservación de la Casa de Aquel que se los dió.

Cerramos este capítulo con una relación de los sacerdotes que han regentado esta iglesia y parroquia desde el año 1659 hasta nuestros días:

Año 1659, Ldo. D. Francisco Díez (Teniente Cura).

Año 1661, Ldo. D. Pedro de Contreras (Párroco).

Año 1666, Ldo. D. Juan de Ribas.

Año 1669, D. Domingo Ordás (Teniente Cura).

Año 1671, D. Pedro Blanco, canónigo de San Isidoro el Real de León y Prior de Espinosa.

Año 1682, D. Domingo Fernández Lorca (Excusador).

Año 1684, D. Francisco González Revero Castañón, canónigo de San Isidoro y Prior de Espinosa.

Año 1729, D. Nicolás García (Excusador).

Año 1730, D. Alejandro Palacios de San Pedro (Párroco).

Año 1738, D. Baltasar Campelo (Excusador).

Año 1740, D. Joaquín del Arenal Celis (Párroco) natural de La Libana.

Año 1758, D. Manuel Antonio García (Excusador).

Año 1759, D. Baltasar González Getino (Párroco).

Año 1780, D. José Domínguez Bedoga.

Año 1781, D. Luis Sánchez.

Año 1782, D. Juan José Fernández.

Año 1789, D. Manuel Ibáñez, de Villanueva del Monte, Saldaña (Palencia).

Año 1817, D. Manuel Díez.

- Año 1825, D. Melchor Santos.
 Año 1829, D. José María Charro.
 Año 1830, D. Manuel González Pérez, de Anllares del Sil (León).
 Año 1859, D. Miguel Suárez, natural de San Pedro de Luna (León).
 Año 1882, D. Manuel García. ,
 1883, D. Francisco González, de San Martín de la Ier-
 cia (León).
 Año 1894, D. Antonio Díez Canseco, de Vegarienza (León).
 Año 1897, D. Antonio Díez Huera, de La Magdalena-Canales
 Año 1915, D. Benigno González, de Santibáñez-Ordás.
 Año 1919, D. Gregorio Rabanal, de Canales.
 Año 1926, D. Feliciano Redondo, de Villaquejida.
 Año 1927, D. Saturnino García, Párroco actual, y que con
 sus 84 años rige la parroquia con vigor y
 celo impropios de su edad. Es natural de Cam-
 posalinas.

A—Retablo Mayor

Parece que el de la iglesia antigua no sirvió para la nueva porque en la visita de 1755 dice el Vicario de San Martín (Beravente): «Enterado que el retablo que se halla en la iglesia, es de la ermita de San Roque fundada en el casco del pueblo, restituyase a la misma una vez que se haga el nuevo que hacen o falta considerable para la capilla mayor, hágalo el cura cuanto antes, pidiendo ayuda a los fieles y patrona.

En 4 de febrero de 1760 don Baltasar González, Párroco, Francisco García, Blas Carbajo, Bernardo Alvarez e Isidro Rodríguez, vecinos de Espinosa firmaron un contrato con Francisco Velasco Corde, vecino de León, que se obligaba a construir un retablo, ajustado en 400 ducados de vellón (que son 4440 rs. vellón), «que se pagarán 50 luego, otros 50 el día de San Miguel, otros 100 en el tiempo que se ejecute la obra, y lo demás al tiempo en que se asiente el retablo. Este ha de llevar: 1.º su pedestal y cuatro repisas de planta talladas con buen arte; su custodia de más levante con su sagrario, todo con sus adornos correspondientes al arte; 2.º su al-

za correspondiente con cuatro columnas doradas. Entre las columnas dos cajas a cada lado en concha; 2.º en le medio ha de llevar otras dos cajas apinazadas con su entrepaños y sus adornos correspondientes al arte; 4.º cornisa con su cierre y esto ha de llevar dos columnas con su caja para un San Miguel que se ha de hacer y a los lados dos cajas acompañando. Se ha de dar terminado en 1761». El día de Nuestra Señora de 1760 se tomaron las medidas. Se montó en octubre de 1762. Se pagó 78 rs. al maestro y dos oficiales por ocho días que trabajaron en asentar el retablo.

Fondos para pagarlo.— Solicita el párroco autorización para invertir en el retablo: 2200 rs. que tiene la imagen del Santo Cristo de Santa Colomba, donados por José Menéndez vecino de esta villa y 364 que tiene San Antonio Abad, puesto que dichas imágenes se han de colocar en dicho retablo. «Del sobrante de las limosnas que se dieron por asentar a muchas personas por cofrades de Nuestra Señora del Rosario 150 rs. De la madera que dió el convento de San Isidoro de León 400 rs. Más del lienzo y estopa que se vendió de José Vetas, ausente, por no haber resultado dueño cierto y en caso que resulte lo satisfará la iglesia 152 rs. Dió el lugar de limosna que dieron cada uno de sus vecinos en lino, madera y pajas de taberna 1407rs. Yo el cura de la villa di de limos a sin otras cosas 287 rs. De multas a diversas personas 100 r.».

Dorado del retablo mayor.— En 28 de febrero de 1768 se contrató el dorado del retablo con Manuel García, maestro dorador, vecino de Astorga, por la cantidad de 5.200 rs. de vellón que fueron pagados el 6 de noviembre del mismo año. Como ingreso para costar el dorado se consignan 15 cargas de centeno de la tierra de las Vezas, sembrada por el cocejo para este fin. Se pagaron 50 rs. a Manuel García Castañón por haber dado la casa para los dorados. De refrescos y trabajo 48 rs.

Retablo del Bendito Cristo del Amparo.— De él sólo se sabe lo que dice la inscripción siguiente que lleva en su pie: «Año de 1688. Hizose esta obra siendo prior don Francisco González Castañón, canónigo del Convento Real de San Isidoro de León y mayordomo Antonio». Lo restante está borra-

do. Debió ser muy venerada esta imagen antiguamente a juzgar por las limosnas que se registran en los libros. En este verano de 1950 se hizo en él una importante restauración por valor de dos mil pesetas sufragada por don José María Rodríguez Alonso. Fué limpiado todo él, se le puso cruz nueva de nogal, a la imagen, la cual también fué restaurada; también se hizo nueva mesa de altar cuyo frontal, así como la hornacina van tapizados de terciopelo encarnado; en este importe va incluida también la mesa del altar para la nueva capilla de San Roque.

Retablo de Nuestra Señora del Rosario.— La más antigua noticia de él, dice que ya en 1761 estaba al lado del Evangelio, donde hoy.

B—Imágenes

Pocas noticias se hallan en el archivo sobre las imágenes de la iglesia vieja. En ella existían las de San Antonio y San Miguel para las que se hicieron unos «balcones» por 15 rs. y se doró a San Antonio por 14 rs. en 1761.

También existía la Concepción pues en 1747 en vista de que dicha imagen se halla sobrada de caudales y la fábrica muy pobre, autorizan para que se gaste parte de ellos en la iglesia dejando lo necesario para la conservación de dicha imagen.

Construí a ya la nueva iglesia, en 1761 se consignan para los santos que se han mandado hacer 100 rs. No sabemos cuales son. En el año 1768 las hechuras de las imágenes de la Santísima Virgen del Carmen y San Miguel costaron 300 rs. De la hechura de la imagen de Nuestra Señora 172. No dice cual es ésta; probablemente se trata de la imagen de la Asunción colocada en la hornacina sobre el sagrario.

Nuestra Señora de la Portería.— Se la nombra varias veces en los libros parroquiales en los que se consignan las limosnas recogidas para ella. Su imagen seguramente es una que está retirada en la trastera.

Se conserva la imagen de Santa Columba que nunca debió ser retirada del culto por haber sido de tanta veneración en la parroquia.

También se ofrecían muchas limosnas al Bendito Cristo de

Santa Colomba que se halla en la hornacina más alta del retablo mayor.

Nuestra Señora de los Dolores tallada y donada a esta iglesia por el escultor don Joaquín Álvarez hijo del pueblo.

La de San Isidro, donada en 1924 por la Colonia de Esprinosa en Méjico.

La del Sagrado Corazon de Jesús, adquirida en 1925 por el Apostolado de la Oración.

Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa comprada por suscripción en 1947.

Imagen del Niño Jesús, adquirida en 1949.

2—Hermitas

A—Ermita de Santa Colomba

Abundan en los libros parroquiales los datos que demuestran haber existido en el pueblo una capilla en honor de Santa Colomba. No se ha podido localizar, pues, ni siquiera por tradición había noticia de su existencia, pero teniendo en cuenta que el barrio de arriba lleva su nombre, no es aventurado creer que la ermita estuvo construida en lo que hoy es solar del cementerio antiguo, a la entrada del pueblo por el Norte.

En la visita de 11 de octubre de 1747 hacese constar que la capilla de Santa Colomba se encuentra indecente y se manda al cura notifique a sus patronos la orden de repararla en el plazo de 30 días y si no lo hacen, manda Su Merced que el párroco y mayordomo de la iglesia la «hagan demoler» trasladando sus despojos en beneficio de la iglesia, junto con cualquier dotación, ornato y rentas de ella. ¿Sería derribada a raíz de esta visita? Lo ignoramos, pero es probable, pues de esa fecha en adelante, no aparecen más datos de gastos como estos que son anteriores: Retejar la Ermita de Santa Colomba 6 rs. Una cadenilla para la puerta de Santa Colomba. Compostura de la cerradura 2 rs.

Existía una capellanía fundada en esta ermita con cargo de 52 misas que se celebraban en ella todos los sábados del año.

No habiéndose presentado en esta visita de 1747 el capellán don Gabriel Rodríguez para acreditar el cumplimiento de sus cargos, manda Su Merced se secuestren los bienes y efectos de la capellanía, mientras no se presente dicho capellán.

En 1749 don Gabriel Rodríguez acredita haber descargado las 52 misas de la capellanía.

En 1775, es requerido de nuevo el capellán de Santa Co-

lomba al cumplimiento de las 52 misas. De esto se deduce que la capellanía sobrevivió a la desaparecida ermita.

Se conservan de esta Ermita la imagen del Bendito Cristo en la cimera del altar mayor y la de la patrona titular.

B.—Ermita de San Roque

La devoción a San Roque es algo consustancial a Espinosa donde antiguamente alcanzó gran esplendor. En lo que hoy se llama huerta de San Roque estuvo emplazada su Capilla de la que nos quedan pocos datos. En 1.616 se manda hacerle sacristía que importó 200 rs. «Corrobra de la Sacristía 2 rs.» y en 1713 se datan 100 rs. de la tribuna o Coro de San Roque, lo cual da a entender que era una ermita grande, algunas veces le llaman la iglesia de San Roque. En 1744 se gastan 17 rs. de una cadena para la campana de San Roque: es seguramente una de las dos pequeñas que están en el campanario. En 1755 manda el visitador que el retablo de San Roque, que habían llevado para la nueva iglesia, sea devuelto a su lugar y encarga al Sr. Cura y vecinos «que por ningún pretexto hagan demoler dicha ermita». Desafortunadamente fué desobedecido este mandato un siglo después en que quizás cuando la desamortización, fué vendida y derribada o dejada arruinarse por los compradores que al parecer sufrieron en castigo una invasión de parásitos que alcanzó a la familia entera la cual tardó en verse libre de lo que todos sus convecinos interpretaron como un castigo. Para aplacar al Santo, hizo el voto, que siguen cumpliendo sus descendientes, de salir con el cepillo durante la misa de la fiesta vi- diendo la limosna a la voz de ¡Devotos de San Roque!.

El año de 1753 el Cura que construyó la actual iglesia hizo donación de una capellanía en honor de San Roque sobre diversos bienes especificados en la fundación, de que fué testigo entre otros don Manuel Fernández Origa (Maestro de Cirugía de esta Villa).

Probablemente desapareció la Capellanía cuando la Ermita en cuya ruina o derribo habrá perecido el retablo antes dicho del que no hay más noticias ni vestigio. La imagen tan majestuosa se trasladó a la iglesia.

Casi todos los años se cantaba el ramo dedicado a San

Roque y con más devoción y solemnidad cuando amenazaba alguna epidemia.

He hallado el que a continuación transcribo en sus versos más importantes, cantado el año 1.855 para implorar del Santo Enfermero su protección contra el terrible cólera morbo que asolaba los pueblos de la Península.

Debió cantarse el día de Nochebuena o Navidad puesto que los doce primeros versos están dedicados al Nacimiento de Jesús y Adoración de Pastores y Reyes. Probablemente lo compuso Benito Tascon, Padre de Lázaro y María (del Rojo) que también versificó varios ramos. Comienza el ramo con los versos de ritual:

Lo primero pues pedimos	Por vuestro amor te pedimos
al Señor de las alturas	Divino y Espiritu Santo
gracia para bien cantar	Corazón humilde y tierno
y permiso al S. Cura.	para cantar este ramo.

Siguen once versos relativos a los Misterios de Navidad que pondremos en otro lugar, y entra en materia de la manera siguiente:

Y supuesto que a San Roque	Tu gran paciencia buen Roque
dirigimos este ramo	el Señor probar intenta
principiemos pues a hablar	y te envia una gran fiebre
de su vida y sus milagros.	y un carbunco te atormenta.
De Montpellier natural	Viéndote con estos males
de linaje esclarecido	y olvidado de las gentes
y para nuestro consuelo	a un monte te retiras
hasta España habéis venido.	y con sólo pan te mantienes.
Para enseñarnos virtudes	Un perrito cariñoso
desde muy niño comienzas	de la mesa de su amo
a disciplinar tu Cuerpo	os lleva un panecillo
con ayunos y asperezas.	Roque para alimentarlos.
Das a los pobres tu hacienda	Vuelves por fin a tu tierra
de doce años Roque hermoso	y sin nadie conocerte
y te encaminas a Roma	tu tío te juzga espía
tan contento y tan gozoso.	y en una cárcel te mete.
La gente apestada y triste	Y después de cinco años
en Aguapendente hallaste	en obscuro calabozo
hiciste cruces sobre ellos	al Cielo Santo Bendito
y al momento los sanaste.	has subido victorioso.

En fin, ya que de la peste
mueres, Santo peregrino
libranos de este contagio
y de todos los peligros.

Acobardada la España
con este mal repentino
se os ha puesto en novenas
a vos, Santo Peregrino.

El cólera morbo, es
el contagio repentino
que se metió en nuestra patria
este año cincuenta y cinco.

Y por vuestra intercesión
parece milagro ha sido
el cesar tan de repente
en algunos pueblecillos.

Al mismo tiempo Buen Santo
parece también he visto
aumentada la limosna
que os daban estos vecinos.

Pues hace más de ocho años
os veíamos sin capa
y este año cincuenta y cinco
os la han puesto muy guapa.

Por la mucha devoción
que os muestran estos vecinos
libradnos si nos conviene
de este contagio maligno.

Y que después de esta vida
por vuestra intercesión
nos dirijáis por Jesús
a gozar siempre de Dios.

Que el buen Santo les escuchó, lo prueba el libro de defunciones, que sólo registra en aquellos años dos fallecidos por el cólera y precisamente forasteros que estaban de paso en el pueblo.

Aunque vino al suelo la Capilla por culpa de aquellas leyes secularizadoras, no se arruinó la fe y devoción de este pueblo hacia su poderoso favorecedor, cuya magnífica imagen va a ser instalada en la Capilla especial que se le está preparando en lo que hasta ahora fue bautisterio.

Sigue siendo tan concurrida y devota como en sus mejores tiempos la procesión del Santo con el tradicional recorrido por la Calleja de su nombre, seguida de la misa solemne y fiesta que en su honor se celebra desde tiempo inmemorial, acerca de ella encontré en el archivo esta única nota algo pintoresca:

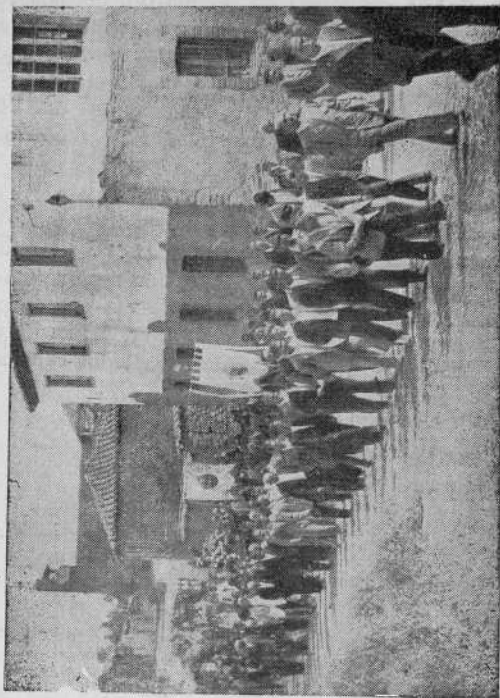
El visitador de 1779 escribe: «Informado su merced de que los vecinos y feligreses de esta parroquia comenten varios excesos en comer y beber en el día del Glorioso San

Roque con la ocasión de que celebran aquel día la fiesta del Santo en la que emplean todo el día con pérdida de trabajo y caudales contraviniendo reales órdenes promulgadas en el Reino, mandó que en adelante no se cometan tales excesos y que dicha fiesta si quisieran celebrarla la hagan el primer domingo siguiente sin gastos en comida y bebida y de éste modo no pierdan su trabajo por ser aquel tiempo de recogimiento de «granos».

No fueron de éste parecer nuestros antepasados a quienes como a sus actuales descendientes, no les duele interrumpir las faenas de recolección durante tres o más días para honrar con la mayor solemnidad posible la Asunción de Nuestra Señora y San Roque su Glorioso Protector y a la vez proporcionarse un bien merecido descanso y entregarse a un honesto y alegre esparcimiento que éste mal informado visitador califica injustamente de excesos.



Procesión de San Roque



Procesión de San Roque

III

COFRADIAS Y ASOCIACIONES

1.—Cofradías

- A.—De Sta Colomba
- B.—Del Carmen
- C.—Del Rosario
- D.—De Almas

2.—Asociaciones

- A.—De Hijas de María
- B.—Del Apostolado de la Oración

1.—Cofradías y Asociaciones

La prueba más demostrativa de la religiosidad de nuestros antepasados nos la dá el número de cofradías que existieron en esta Parroquia.

A.—Cofradía de Sta. Colomba

Probablemente es la que primero se estableció. El único libro que de ella se conserva, de cuentas, fué abierto en 1728 y de su estudio se colige que la cofradía se hallaba en su madurez con una vida ya larga.

Aunque no hemos encontrado sus estatutos, conocemos sus fines por un informe, que a petición del visitador, dió el párroco en 1817, en que dice: «Los ejercicios de esta Cofradía, son: Asistir a los hermanos enfermos especialmente de noche cuando lo necesitan; cuando muere el enfermo tocar las campanas, para que lo encomienden. llevar las andas a la casa del difunto llevarlo a la iglesia y asistir a los entierros aunque sea de un pobre mendicante o pasajero si muere en el lugar; pagar cada año y hermano 3 rs. por una misa por los fundadores, bienhechores, hermanos y encomendados. Es cuanto puedo informar junto con los estatutos que envío».

Parece que el fin primario de esta Cofradía era la asistencia de enfermos pobres, porque a la pregunta núm. 30 del catastro del Marqués de la Ensenada año 1752, contestan los peritos: «Hay en esta villa una casa-hospital para pobres y enfermos, agregada a la Cofradía de Santa Colomba, pero por no tener renta ni otra disposición, cuando llega algún enfermo, se pide limosna por los vecinos para su alivio».

La principal fuente de ingresos eran las vacas que tenía a medias. En las cuentas de 1728 se consignan 568 rs. por 6 vacas para la Cofradía; en 1731, se compraron 7 vacas en 740 rs.; estas vacas, pasado el plazo del contrato se «desquifionan» (su-

bastan) o sacrificaban y vendían muertas; así vemos en las cuentas, partidas como estas: Gasto de matar las vacas, 9 rs.; de asaduras, cabezas y sebo, 16 rs.; un pellejo 36 rs.; Dos vientres, 24 rs. De los cuartos de las vacas 115 rs.

Era muy frecuente designar a las personas por el sobrenombre; por ejemplo: «Una libra de cera que se gastó cuando se sacaron las achas para el entierro de la moza del niño y del gordo», o este otro: Cuentas de Manuel Martínez de Pelayo. Manuel Rodríguez de Isidro, Antonio Martínez de Sebastiánico, y Juan Rodríguez de Mangano. El 31 de diciembre celebraban la función de la Patrona con 4 sacerdotes, y elección de cargos.

En 1860 se forma una comisión para re-actar una reforma de los estatutos a fin de sacar a esta antigua y venerable Cofradía del estado de decadencia, ya que muchos hermanos no cumplen lo que exigen los estatutos antiguos a menos que se les lleve a los tribunales, cosa odiosa para una Cofradía. Firman don Jose María Rodríguez, Saturnino Martínez, Tomás Alonso, Francisco Martínez, Baltasar Díez y el párroco don Miguel Suárez.

Esta reforma no dió el resultado apetecido ya que en 1874 en vista de que desde 1867 los hermanos abandonaron por completo la Cofradía por falta de recursos, se da comisión al párroco de Callejo para que haga la liquidación definitiva de ella, declarándola extinguida en 20 de Agosto de 1875.

En 1776 tenía 83 cofrades, siendo Abad don Blas Carbajo y Secretario Saturnino Fuertes. En 21-1-1796 hay 156 y en 1.800, 148. En 1835, 133. En 1843 era Abad don José María Rodríguez. En 1864, 132. Última junta nombrada en 1869 para 1870: Abad, Gaspar Zapico; Prior, Isidro Alvarez; Suplente, Francisco Martínez Menroy.

B.—Del Carmen

El Misionero Apostólico P. Francisco Colmenero dió en esta Parroquia una Misión y al final de ella erigió la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen el 17 de noviembre de 1769. Celebraban la fiesta del Carmen y cultos el tercer domingo de cada mes.

Hasta el 1780 hay inscritas 375 personas, no solo del pueblo sino también forasteras; así por ejemplo bajo el epígrafe, Religiosos de Otero aparecen en lista doce nombres de monjas de aquel desaparecido Monasterio de Bernardas.

La lista de inscritos en 1830 está encabezada por don José María Rodríguez, Abogado y por don Manuel Pérez, Párroco. Después de esta fecha no se tienen más noticias de esta Cofradía.

C.—De Ntra. Señora del Rosario

Conocemos su existencia por el siguiente dato, único que he visto: «Del sobrante de limosnas por asentar a muchas personas por cofrades del Rosario 150 rs. (Cuentas del Retablo, 1760).

D.—Cofradía de Animas

Tampoco podemos precisar la fecha de su fundación

La primera noticia que de ella tenemos es la copia legalizada de un Breve del Papa Clemente XI, expedido en Roma, junto a Santa María la Mayor el 1.º de Junio de 1719. Por él se otorga a los hermanos de esta Cofradía, además de otras indulgencias parciales, las plenarias siguientes: Primero, el día de su ingreso; segundo, en el momento de su muerte; tercero, en cuatro días cada año a elección de la Cofradía.

En hoja aparte se lee el Decreto del Comisario de Cruzada para ejecución de dicho Breve, expedido en Madrid el 21 de abril de 1721, así como la licencia de publicación de sus indulgencias, dada en Benavente el 5 de Agosto del mismo año.

En su origen fué esta una cofradía de características análogas a la de Campo Sagrado. (Véase el encabezamiento de un libro de actas y cuentas que parece ser el primero). «Libro de cuentas de la cofradía de las Benditas Animas del lugar de Espinosa. Lo compró el Sr. Pedro Carbajo siendo Mayordomo, por mandato del Sr. don Francisco Gorzález Castañón, Abad de ella, y Secretario, don Diego Rodríguez Pbro. vecino de Rioseco y por primer auto capitular se acordó lo siguiente: En 25 días del mes de abril de este año de 1721, se juntó la venerable Cofradía de las Animas del Purgatorio del lugar de Espi-

nosa en la parroquial del glorioso San Saturnino, Patrono a hacer los Oficios dispuestos en su regla para el servicio de Dios Nuestro Señor y sufragio de las Benditas Animas; asistieron todos los señores hermanos gobernadores, «némine discrepante», que guardaron la regla como en ella se contiene; dió este día la comida la Sra. María Rodríguez, hermana y toca la primera a la Sra. Isabel Díez, quien se dió por avisada. Salió de limosna tres libras de lino y seis cuartos; dió la misa mayor el Sr. Abad, y quedó encargado para la primera junta con la misa mayor, y en esta formalidad se feneció dicho Cabildo porque firmó Su Merced y firmé. Francisco G. Castañón. Diego R. Gavilanes».

De la lectura de esta Acta se deduce que en la Cofradía eran admitidos vecinos de otros pueblos y que el número de hermanos tenía que ser limitado por razón de la comida que daban por turno en las tres juntas que tenían cada año.

En las Cuentas de 1721 que se consignan 8 r.s. por traer de Madrid el despacho para aprobar la regla, lo que prueba su reciente fundación.

En dicho año ya se hacía el nombramiento de Oficios el día de San Saturnino como en la actualidad. Se mencionaban los siguientes: Abad, Mayordomo, Secretario, Tenedor de velas, abogados, fiscal, petitorio y contadores.

Para celebrar sus Cabildos y comidas durante el poco tiempo que éstas duraron, construyó la Cofradía una casa cuyos gastos se incluyen en las cuentas de 1723. Esta casa parece que se arruinó 21 años después, puesto que en las cuentas de 1754 se cargan varias cantidades por teja y maderas vendidas de la casa de la Cofradía.

Paulatinamente fué la Cofradía adquiriendo bienes, producto de las cuotas de los hermanos y de las donaciones. La primera que consta dice: "29 de Noviembre de 1723 dió de limosna una pobra de 2 años, D. PEDRO LOPEZ, residente en esta villa, que la lleva en aparcería Bernabé Rodríguez. La primera cria para él y después a medias". Por este procedimiento llegó a poseer varias cabezas de ganado vacuno cuyo producto aparece en los cuentos expresados en esta o parecida forma: de una vaca que se "desquionó" para la Cofradía 50 r.s. De la "descomunia" de dos jatos, 69 r.s. Se vendió la vaca más vieja a Angel Rodri-

guez en 160 r.s. En poder de Francisco Fontano una vaca grande y una novilla; de una cabrita que se vendió 17 r.s. De 1825 a 1852 se lee este dato: 122 r.s. importe del pasto, llamado Regacho, agregado a la Cofradia por débito de la vecindad por las vacas de Animas que dieron de raciones a los franceses en la guerra de la Independencia.

Con estos préstamos realizaba la Cofradia una labor social benéfica, pues con una ganancia módica ayudaba grandemente a los pobres que sin esas facilidades difícilmente llegarían a tener ganado propio.

Los visitantes excitaban constantemente a continuar esa labor benéfica reprobando todo afán de lucro y así en la visita de 1775 se dice: "Evite el párroco cualquier abuso (y) como soldadesca, matanza de vacas y tratos ilícitos, impropios de una Cofradia".

Erón diligentes administradores los mayordomos de la Cofradia, discurriendo y empleando todos los medios honrados de aumentar sus caudales, como lo prueba el detalle de poseer unos puertos de tapiar que alquilaba, produciendo anualmente de 8 a 17 r.s. Por ese procedimiento llegó a poseer varias fincas, compradas unas y donadas otras que le producian en 1791, las tierras 27 cuartales de centeno que fué vendido a 17 r.s. fanega, y los prados 474 r.s. de renta.

Estos fondos, después de abonar los gastos propios de la Cofradia, se invertian en obras de utilidad pública; así vemos que desde 1730, hasta que la amortización le despojó de su hacienda en 1868, pagaba todos los años 400 r.s. al maestro de los niños para ayuda de su sueldo.

JUBILEOS.—Se han perdido los Capítulos y reglamento primitivo. Los que hoy se leen en la junta o cabildo del día de San Silvestre son simplemente reforma de algunos de ellos redactada en 1860 por una comisión nombrada al efecto.

Los fines de la Cofradia los exponía el Párroco D. MANUEL IBANEZ en solicitud al Sr. Obispo el 1 de septiembre de 1817, diciendo:

"El principal instituto es aliviar a las benditas ánimas con oficios, misas y otras oraciones y el provecho espiritual de los fieles, hermanos de ella por medio de las indulgencias que ganan confesando y comulgando en los tres días de jubileo que hay señalados, que son: el Viernes de Pasión, la vigilia de San Andrés y la víspera de la Natividad de Nuestra Se-

hora; para esto es necesario, llamar cada jubileo nueve o diez confesores a costa de la Cofradia como siempre ha sido y los mandan sus capítulos (y cada uno echa un oficio de difuntos y aplica una misa por dichas ánimas) para que se puedan confesar todos los hermanos que son muchos pues pasan de 120.

Los gastos precisos para dar una comida muy moderada a los confesores, no obstante ser días de ayuno (de los tres días del jubileo dos) y estar confesando muchas veces hasta más de mediodía y venir muchos con grande trabajo y peligro a causa de venir el río muy levantado las más de las veces y no poderle pasar no siendo con carros, así para ir como para volver, que todos son costos pero necesarios como podrá informarse S. S. I.; pues todos estos gastos y los que se dan por los sufragios, han sido prohibidos por el Señor Visitador Samuñiz y por lo mismo privadas las benditas Animas de los sufragios y los hermanos del provecho espiritual dicho. Lo que jamás ha sucedido en cerca de cien años que hace que está fundada esta Cofradia aunque había sido visitada por varios señores visitantes, como consta de todas las visitas antiguas y modernas".

Termina la solicitud suplicando al Señor Obispo anule la prohibición contra lo que protesta.

Por lo copiado se ve que esta Cofradia no se limitaba como hoy a enterrar y aliviar a los muertos, sino que tenía por objeto también santificar a los vivos a quienes hacía frecuentar los sacramentos y otras prácticas piadosas. Al principio era el segundo jubileo el día 7 de Agosto que llamaban de San Caetano ó Cayetano. En 1864 sólo se habla de dos jubileos, el de Cuaresma y el de San Saturnino. En 1869 no se hace más que el de San Saturnino que se menciona por última vez en 1885.

El año siguiente comienza a cantarse en la víspera del día del Patrono, la vigilia que aún se conserva; el día de la fiesta se hacía procesión con la Imagen del Patrono, costumbre desaparecida que debía restaurarse. A esta Cofradia pertenecen actualmente la casi totalidad de los vecinos residentes en el pueblo y muchos ausentes que a pesar de la distancia que les separa levantan los cargos y participan de los

sufragios que como cofrades le corresponden; esto debieran hacerlo todos los hijos ausentes: solicitar, desde cualquier punto donde se encuentren, su admisión en la cofradía que constituye un fuerte lazo que a pesar de la lejanía los mantendrá unidos a sus compueblanos vivos y difuntos.

Insertamos una relación de Abades y Secretarios que han gobernado la cofradía durante los últimos 93 años para que muchos de los lectores tengan el gusto de leer en ella los nombres de sus abuelos o padres, que han ejercido algún cargo en la misma.

.....

ABADES Y SECRETARIOS

- 1857.—Don Bernardo Martínez y don Gaspar Zapico.
- 1858.—Don José María Rodríguez.
- 1860.—Don Joaquín Alonso y don Sautrínino Martínez.
- 1862.—Don Miguel Suárez y don Vicente Martínez.
- 1865.—Don Roque García y don Benito Tascón.
- 1867.—Don Gaspar Zapico y don Isidoro Zapico.
- 1869.—Don José Alonso y don Casimiro Martínez.
- 1871.—Don Casimiro Martínez y don Francisco Martínez Valcárce.
- 1873.—Don Manuel Valerio Alonso.
- 1875.—Don Santiago Fontano y don José Alonso.
- 1877.—Don Pedro Lombó Fontano.
- 1899.—Don Francisco Díez y don Juan Rodríguez.
- 1881.—Don Manuel Díez y don Manuel Martínez.
- 1883.—Don Santos Román y don Francisco Martínez Carbajo.
- 1885.—Don Higinio García y don José García.
- 1886.—Don Pedro Lombó y don Francisco Martínez.
- 1887.—Don Isidoro Zapico y don Enrique Anuncibay.
- 1889.—Don Felipe García y don Manuel Fernández.
- 1892.—Don Benito Alvarez.
- 1895.—Don Manuel H. Rodríguez.
- 1898.—Don Gaspar Zapico y don Enrique Anuncibay.
- 1900.—Don Juan Martínez Carbajo.
- 1902.—Don Bernardo García.
- 1905.—Don Pedro Alvarez y don José Antonio García.
- 1907.—Don Bernardo Alonso.
- 1909.—Don Pedro Martínez Lombó.
- 1911.—Don Celestino Alvarez y don Antonio García.

- 1913.—Don Urbano Rodríguez.
1915.—Don Manuel García y don Filiberto Zapico.
1917.—Don Blas Alvarez y don Anastasio García.
1919.—Don Mauricio Pérez y don Urbano Rodríguez.
1921.—Don Gaspar Zapico y don Pedro Rodríguez.
1923.—Don Manuel Lombó y don Anastasio García.
1925.—Don Pedro Rodríguez y don Bernardo Martínez.
1927.—Don Juan Antonio Alonso y don Fernando Díez.
1929.—Don Fermín Martínez y don Filiberto Zapico.
1931.—Don Generoso Martínez y don Herminio Tascón.
1933.—Don Filiberto Zapico García y don Isidoro Zapico.
1935.—Don Higinio García y don Isaac García.
1937.—Don Filiberto Zapico y don Aurentino Pérez.
1941.—Don Isidoro Garcai y don Clemente Zapico.
1943.—Don Anastasio García y don Ignacio Rodríguez.
1945.—Don Victoriano Martínez y don Cesáreo Zapico.
1947.—Don Ramiro Díez y don Gonzalo Fontano.

2.-Asociaciones pías

A.—Hijas de María

Otra Cofradía de la que sólo hay noticia oral y que funcionó en esta Parroquia es la Congregación de "Hijas de María.

Nada hay escrito de ella y su vida parece que fué corta; su fundación fué fruto de unas misiones celebradas en Espinosa hacia el año 1875. Fueron algo extraordinario por la enorme concentración de gente que a ellas vino no sólo de todos los pueblos del contorno sino de algunos tan distantes como Murías de Paredes, Riello y Carrizo. Todos los actos de la misión hubieron de celebrarse al aire libre en la Plaza de la Escuela (la Panera), donde se instaló un altar, sirviendo de púlpito el corredor de la Escuela, por resultar incapaz la Iglesia para la cuarta parte de la concurrencia. Dieron la misión los R. P. Marruri y Ubieta S.J. que al decir de los pocos ancianos que sobreviven cosecharon abundante fruto de conversiones haciendo subir el fervor cristiano de esta Región a un nivel alto en que perseveró muchos años.

A raíz de estas misiones nació aquí la Asociación de Hijas de María, siendo su primera presidenta doña Maria Tascón (del Rojo), a quien sucedió doña Serafina Fuertes, última, al parecer, que ejerció este cargo extinguiéndose después la congregación.

Las tan renombradas misiones se dieron por iniciativa y a expensas del entonces párroco don Miguel Suárez, que animado sin duda por aquel éxito hizo una fundación con cuyo producto se sufragasen los que de tiempo en tiempo se han venido teniendo en distintos pueblos del Arciprestazgo.

A cuenta de esa función se han repetido en Espinosa en los años de 1923 y 1941 a cargo de los P.P. Franciscanos.

B.—Apostolado de la Oración

Fué agregada esta Parroquia a tal Asociación en 31 de

Enero de 1924 por iniciativa del entonces Párroco, D. Gregorio Rabanal. El 20 del mes siguiente se organizaron los 180 socios en seis coros cuyas primeras celadoras fueron:

DONA VICTORIANA ALONSO
DONA NIEVES RODRIGUEZ
DONA FELISA ALVAREZ
DONA LEONIDES MARTINEZ
DONA NATIVIDAD LOMBO
DONA FILOMENA GARCIA.

La primera Junta Directiva estaba integrada por las señoras siguientes: Presidenta, DONA MARIA FERNANDEZ; Vicepresidenta, DONA MARIA FONTANO; Secretaria, DONA LEONOR VALLE y tesorera, DONA ROSA FONTANO.

No se ha borrado aún de la memoria el recuerdo de aquellas solemnidades nunca vistas en Espinosa, para la bendición de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús con un triduo dirigido por el P. Mariano de Guetaria que se cerró con aquella MAGNA Y EMOCIONANTE PROCESION de 29 de Junio de 1925.

La Cofradia perdura con mucha vitalidad.

IV

DEVOCIONES

- 1.—Espinosa y Ntra. Señora de
Campo Sagrado.
- 2.—Espinosa y San Isidro
Labrador.



Santuario de Campo Sagrado

1.—Espinosa y Camposagrado

Durante los años que llevas ausente de tu patria chica o grande, cuántas veces habrá resonado en tus oídos y memoria este nombre que evoca en tu alma tiernos y lejanos recuerdos de la infancia, haciéndote trasladar en espíritu a la tierra en que naciste.

¿Te acuerdas? Eras niño aún. Las campanas de Espinosa volteábanse alegremente una mañana de mayo anunciando que momentos después iba a salir la Rogativa para Camposagrado. Con qué pena veías marchar hacia allá a tus padres y hermanos a los que no te era dado acompañar por ser todavía muy pequeño. En tu imaginación se reproduce ahora con todos sus detalles aquella procesión de Rogativa que salía por la calle del Madral a la mañana y que tú seguías hasta Los pozos de la Cuesta en donde se deshacía a la ida y se rehacía al regreso. Te parece que aún estás viendo a la cabeza de la procesión aquel pendón tan vistoso, el mejor, el de Espinosa, que cautivaba los ojos con los colores ondeantes de sus siete paños, y a continuación las insignias, la cruz parroquial reluciente, los faroles en que se reflejaba el sol... ¡Con qué santa envidia te quedabas mirándolos alejarse hasta que se perdían de vista y te volvías represso para casa aguardando con impaciencia que llegase la "tardocina" para salir a esperarlos un largo rato, y al divisarlos de lejos tu corazón saltaba de gozo y anticipadamente saboreabas las sobras de la merienda que tan rica te sabía por venir de Camposagrado.

Fuiste haciéndote mayor y llegó para ti también el ansiado día de tu primera visita a esta casa solariega de tu Madre del Cielo. ¡Qué impresión tan dulce aquella! De seguro que no la has olvidado. Tal vez no recuerdes a punto fijo qué día fué; si el de la Rogativa, el 8 de septiembre, o alguno de los siete primeros martes a cumplir alguna promesa que por

ti habian hecho tu madre o tu hermana. Después repetiste las visitas a Camposagrado al ir al servicio o a la guerra, quizá cuando tu boda o la de algún familiar o amigo; quizás antes de embarcarte sino en persona al menos en espíritu te presentaste ante Ella para implorar su protección en la travesía que hiciste felizmente, y en la nueva vida o negocio que has emprendido con tanto éxito gracias a Ella. ¿Te acuerdas cómo es? Por si has olvidado su fisonomía aquí tienes su estampa. Mirala con cariño; es el retrato de tu segunda madre. Tu primera madre, la que con lágrimas te dió el abrazo de despedida cuando emigraste, tal vez ha pasado ya a mejor vida. Ella, que te enseñó a amar y rezar a la de Camposagrado, quiere que la pongas a Esta en su lugar para que flaga contigo sus veces. Aquí tienes también una vista del Santuario con su típica torre. Si vieras qué pobre, qué ruínosa está por dentro y por fuera, te daña pena. De seguro no te gustaría recibir el día menos pensado una noticia como ésta: La ermita de Camposagrado se ha venido al suelo. Para que esto no ocurra están proyectadas obras de reparación para las que es preciso tu ayuda. Dáte prisa a entregar tu donativo que sumado al de los otros permite realizar su restauración. Tu corazón de hijo bien nacido no podrá sufrir que la casa de tu Madre siga en estado ruinoso, inhabitable, indecoroso. Puedes entregar tu limosna, en Buenos Aires, a D. Eduardo Salguero, Calle Godoy Cruz 2724; en Mar de Plata a D. Miguel Román; en Madrid a D. José Alonso, Francos Rodríguez 54; en Méjico, a D. Leoncio Martínez, Newton 256.

Composición poética del P. Lombó, S. J.

En su proyección histórica
siempre Espinosa ha tenido
al sol naciente un santuario
y al sol poniente un castillo.

El castillo es el de Ordás;
desde él en pasados siglos
defendiase la tierra
cuando corría peligro.

La región hoy duerme en paz
no hay moros, no hay enemigos
El Conde de Luna ha muerto
mas revive en el Caudillo.

De Santa María Ordás
el fuerte castillo antiguo,
hoy camina hacia la ruina
porque no existe peligro.

.....

Camposagrado al naciente
baluarte de la fe
de una región que a su pie
le dice así balbuciente:

«Virgen Sagrada María,
desde ese santuario
mira este tributario,
el feudo que en Tí confía.»

Baluarte de la fe,
Camposagrado bendito,
si tú en el monte te alzas
fuerte resistiendo siglos,
también nuestra fe firmísima

resistirá los peligros;
pero si envuelto tú en ruinas
desapareces de tu sitio,

o abandonado de todos
te arruinas como el castillo,
entonces nuestra esperanza,
nuestra fe y amor, son tibios.

.....

Reparad el Santuario,
dadle el esplendor antiguo,
entonces la Virgen Madre
os bendecirá de fijo.



Padre Clemente Lombó

A continuación de esta hermosa poesía del P. Lombó, leed otra composición hecha con menos arte, pero con el mismo amor a la Virgen e igual entusiasmo por Camposagrado; su autora, también de Espinosa, muchos la conocisteis y todos la habéis oído nombrar. Se llama María Tascón (María de el Rojo); tenía tanta facilidad para versificar que al instante

sacaba cuantos versos le pedían las mozas para cantar en las bodas, novenas, ramos, etc. En 1898, en que los pueblos estaban consternados por la guerra de Cuba, los jóvenes salieron a pedir "para un ramo" a la Virgen de Camposagrado, acudiendo como siempre a que les "sacara los versos" la "ti Mariina del Rojo", la cual, después de leer el relato que el señor Miranda, en su libro, más adelante citado, hace de la



Ntra. Señora de Campo Sagrado

batalla histórica, la puso en copla, como la vamos a reproducir aquí, tomada de ese archivo viviente llamado Avelina, y lo restante de un antiguo y casi ilegible manuscrito, con muchas lagunas que hemos rellenado de la propia cosecha.

Dicen así:

Ramo en Honor de la Virgen de Camposagrado

Señor Cura de Ríoseco,
en este local sagrado
el permiso le pedimos
para cantar este ramo.

A este nuestro Señor Cura,
el de Espinosa decimos,
con gran gozo y alegría
le acompañan sus vecinos.

Por ser la primera misa
que dice de rogativa
a la Virgen pediremos
largos años le dé vida.

Aquí en este despoblado,
Sagrada Virgen María,
hoy nos hemos congregado
para hacerte compañía.

Virgen de Camposagrado,
hoy a Ti nos dirigimos
con este pequeña ofrenda
que han dado los vecinos.

Por la limosna que han dado
¡Oh, Señora Celestial!,
defiéndolos de peligros
y dales buen temporal.

Cuando afligidos nos vemos
al momento te invocamos
y Tú corres presurosa
¡Oh, Señora! a remediarnos.

Pues los campos se entristecen
y los vemos agostados,
luego te pedimos lluvia,
Virgen de Camposagrado.

Eras Madre compasiva
que luego a tu Hijo llamas
y le dices: «Hijo mío,
dales a los campos agua».

¿Cómo queremos, hermanos,
del buen Señor alcanzar
que a los frutos mande lluvia
si es tanta nuestra maldad?

En este mundo, Señor,
tus leyes no respetamos.
¡Qué indignidad! ¡qué insolencia!
¡qué impiedad y qué descaro!

Pide, Madre Celestial,
a tu Hijo soberano,
que a penitencia nos traiga,
pues deseamos salvarnos.

Principiemos, pues, a hablar
de la sangrienta batalla
que se libró en este sitio
y por quiénes fué ganada.

Virgen de Camposagrado,
valerosa Capitana,
desde el trono de ese muro
Tú has ganado la batalla.

Los ejércitos cristianos
contra el moro caminaban
mandados por D.n Pelayo
para hacerles guerra santa.

Una legua más o menos
el sarraceno distaba
de este paraje desierto
donde Pelayo acampaba.

No se atrevía Pelayo
a entrar en la batalla,
porque con su escaso ejército
no confiaba ganarla.

Pelayo y también Colinas
acobardados estaban,
viendo las fuerzas del moro
que a las suyas superaban.

Mas vió en sueños Pelayo
a Santiago, y le asegura
que si invoca a María
saldrá triunfante en la lucha.

En seguida el gran Pelayo
a la Virgen ha invocado,
y en término de Benllera
e rodillas se ha postrado.

Ayudadnos, Madre mia,
vamos a entrar en batalla;
sin vuestra ayuda, Señora,
nunca podremos ganarla.

Y la Virgen le contesta:
«Entra en batalla y no temas,
que a ayudaros bajaré
con mi ejército y banderas.»

Y luego que comenzó
la dolorosa batalla,
con su ejército María
del cielo empíreo bajaba.

Con su espada reluciente
la celestial Capitana,
contra el sarraceno ingrato
desde el aire peleaba.

«Animo, pues, hijos míos,
hijo la Reina Sagrada,
no se burle el sarraceno
de la religión cristiana.»

El cielo se esclareció
en la sangrienta batalla,
pues alumbrando María
día y noche peleaban.

Aquel sarraceno ingrato
atemorizado estaba,
pues a la Virgen veía
y con respeto miraba.

Luego el capitán Colinas
a Pelayo le pidió
quinientos azadaneros
y al instante se los dió.

Pues en hacer contrafosos
Colinas ha discurrido
para libertar la vida
y vencer al enemigo.

A los pueblos inmediatos
Colinas se ha trasladado,
a buscar los azadnes
que al punto le fueron dados.

En corto espacio de tiempo
trece pozos han cava o,
y los soldados cristianos
en ellos se han emboscado.

Y ocurrió que al día siguiente
los moros se encaminaban
hacia el valle a beber agua
sin sospechar la emboscada.

Y cuando al valle llegaban
se quedaron asustados,
pues se creían vencedores
y allí quedaron cercados.

Sin recelo ni temor,
los cristianos se lanzaron
hasta el fondo de aquel valle
a los moros atacando.

Adiós, adiós, sarracenos,
les decían los cristianos,
porque en este triste valle
moriréis a nuestras manos.

Por iros a beber agua,
bárbaros, al valle ameno,
habéis perdido las armas
y la vida que es primero.

Santiago por el valle
de Cordemoros llamado,
con su caballo valiente,
a los moros ha arrojado.

Adiós, adiós, morería,
no vuelvas más a la España,
que aquí está la defensora
para vencer vuestras armas.

Concluida la batalla,
padres y madre lloraban
viendo muertos en el campo
los hijos de sus entrañas.

Siete señores Obispos,
con el Arzobispo Urbano,
las almas de los caídos
a Dios las encomendaron.

Más de una legua en contorno
de este monte bendijeron,
y a los soldados difuntos
tierra sagrada les dieron.

Este suelo bendecido
y en cementerio trocado,
ha recibido por ello, el
nombre de CAMPOSAGRADO.

Hablemos algo también,
Madre de toda piedad,
de los mozos españoles
que a Cuba a la guerra van.

Dicen adiós a sus padres
y con pena se irán,
pues los padres les responden:
hasta el Valle Josefát.

Virgen de Camposagrado,
Madre de toda piedad,
protege a los españoles
que a esa guerra injusta van

El ilustre mayordomo
de este santuario real,
reciba y cuide este ramo
de la Reina Celestial.

Adiós, Sagrada María,
adiós, amparo y consuelo,
adiós, la única que quitas
las penas de este suelo.

Adiós, la que tanto quieres
a todos los que aquí estamos,
danos tu bendición, antes
que a nuestros pueblos volvamos.

Para cerrar este breve capítulo sobre Camposagrado, transcribimos una crónica que bajo el título «Interesantes datos de la Archicofradía de Camposagrado» publicó El Diario de León con fecha 7 de junio de 1948, que dice:

En los siete primeros martes de los meses de abril a octubre, ambos inclusive, siguen celebrándose en este tan histórico como desconocido santuario los cultos vulgarmente llamados «jubileos» que tiene establecidos en sus estatutos la Venerable Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario de Camposagrado, que radica en el mismo desde tiempo inmemorial.

Se desconoce la fecha de su fundación. En su libro «Antigüedad de la milagrosa imagen de Camposagrado» don Antonio Alvarez Miranda hace remontar el origen de ella a la época de la erección del templo en tiempo de la Reconquista. En otro escrito suyo del 29 de mayo de 1683 dice que en su primera fundación se componía de ocho sacerdotes y cuatro seglares, por lo que se llamaba «Cofradía de los Doce», a diferencia de la de San Bartolomé, sita en este santuario y que en tiempo de su niñez tuvo fin.

En 1652 hizo un viaje a Roma dicho Sr. Miranda comisionado por la Cofradía, que le autorizó para redactar nuevos estatutos calcados en los primitivos cuyo espíritu procuró conservar. Fueron sometidos a la aprobación de la Santa Sede que

Una de las modificaciones introducidas en los nuevos estatutos fué acerca del número de cofrades, jue para los seglares se fija en seis, mientras para los sacerdotes no se limita. Gracias al impulso que le imprimió este gran amigo de Camposagrado vivió la cofradía con tal pujanza, que fué aquella su edad de oro. En carta del 8 de mayo de 1674 describía el Abad al Sr. Abad de San Isidoro el florecimiento de la cofradía que contaba por hermanos «a tres obispos, los Marqueses de Camposagrado, canónigos y dignidades de León, Oviedo y Segovia, preladados gravísimos de religiones, todo lo lucido del estado eclesiástico de estas montañas, con seis hidalgos de los nobles de ella, reuniéndose por término medio en este despoblado unos cincuenta hermanos».

Véanse algunas citas del libro de actas que demuestran cómo estaba extendido por las diversas regiones de la provincia. En 1675 era cofrade don Antonio de Rebolín, teniente alcalde mayor del Reino de León. En 1667 es admitido el Cura de las Arrimadas. En 1680 la Abadesa del Convento de Santa María de Otero. En 1678 don Tomás Bernaldo de Quirós, Arcediano de Babia. 1689. A petición del Sr. Cura de Huergas de Babia, es admitido don Sebastián Flórez de Quñones, de Santibáñez de Arriba, 1685. Ingresan las curas de Matallana, Villafañe Villanofar, Candanedo. En 1693 admisión de don Bernardino de Porras, Señor de la Casa de Murias. En carta del 13 de marzo de 1719 comunica el Cura de La Majúa, de parte del Marqués de Valdecarzana, el fallecimiento de la marquesa, su madre, hermana de esta cofradía.

En una dependencia adosada a la torre, existe la cocina de hogar y un comedor llamado el «tinelo» con el ajuar y vajilla correspondiente. En 8 de enero de 1677 es elegido «tinelero» Bartolomé García, ermitaño de Camposagrado.

Cada martes da o costea la comida un hermano por turno; así en 25 de marzo de 1697 dió la comida el cura de Torrebarrio y en 2 de febrero de 1732, el de Quintanilla de Babia, distante más de 60 kilómetros.

Estos datos prueban con evidencia la gran importancia que este santuario alcanzó y la mucha devoción que existía hacia la Reina de la Montaña, como entonces se llamaba esta imagen. Se mantuvo vigorosa hasta fines del siglo pasado, que vivió un período de aguda decadencia en que fué sostenida por la devoción y tesón de un puñado de verdaderos amantes de las tradiciones religiosas y patrias, gracias a los cuales es la única fundación que sobrevive entre tantas célebres similares como existieron anejos santuarios. Hoy se halla en período de franca recuperación de su pasado esplendor y presta excelente servicio para la solemnidad del culto y conservación del templo.

El primer martes del mes en curso tuvo el honor de recibir como huéspedes a don Leoncio Martínez y su esposa doña Carmen Pero, devotos beneméritos de este santuario por cuyo decoro han trabajado con entusiasmo en México, donde residen, habiendo dado a conocer la hermosísima estampa de la Virgen y el santuario, a los hijos de esta tierra allí residentes y haciendo entre ellos una colecta que arroja la suma de 2.000 pesetas.

Los rectores del santuario al hacerse cargo de dicha cantidad eligieron como se merece este rasgo mariano y patriótico de los donantes cuyos nombres y limosnas para edificación y estímulo de la futuras edades, quedaron consignados en el libro de fábrica, como aquí los reproducimos.

Don Leoncio Martínez, de Espinosa, 250 pesetas; don Leonardo Martínez, de idem., 150; don Heliodoro Martínez, de idem., 150; don Gerardo Fuertes, de idem., 150; don Francisco Fontano, de idem., 150; don Domingo Fontano, de idem., 150; don Antonio Zapico, de idem., 150; don Benigno Alonso, 90; don Adolfo Gutiérrez, de Benllera, 450; don Higinio Alvarez, de Riosco, 150; don José Alonso, de Espinosa, 100; don Sabas García, 100. ¡Muy bien por estos buenos hijos de la colonia leonesa en México!. Que la Virgen de Camposagrado os lo pague como Ella sabe hacerlo y vosotros merecéis.

(El Corresponsal)

2.—Espinosa y San Isidro Labrador

(Crónica publicada en "El Diario de León" el 15 de mayo de 1949).

Con gran animación y concurrencia de forasteros, han celebrado los labradores de este pueblo la fiesta de su patrono. Desde primera hora ondeaba en la torre la bandera nacional que se enarbola en las fiestas de primera clase. A las once dió comienzo la función religiosa con la procesión encabezada por otra bandera española, seguida del estandarte de San Isidro y la imagen del mismo. Seguidamente comenzó la Santa Misa celebrada por don Antonio Rodríguez, que al ofertorio pronunció breves palabras, haciendo notar que este año son las bodas de plata de esta fiesta, celebrada por primera vez en este pueblo el 15 de mayo de 1924 siendo párroco el inolvidable y nunca bastante llorado don Gregorio Rabanal, que fué quien bendijo la actual imagen del Santo donada en aquella época por la colonia de Espinosa en México.

A continuación dió lectura de los nombres de los donantes que nos complacemos en consignar aquí para que les conozca y admire la nueva generación posterior a ellos y los recuerden sus contemporáneos que les hayan echado en olvido. Son los siguientes: Don Isidro Fuertes Miranda, don Leoncio Martínez, don Gerardo Fuertes, don Leonardo Martínez, don Antonio Valle, don Francisco Fontano, don Agustín Fernández, don Benigno Alonso, don Tomás Labrador, don Domingo Martínez, don Paulino Martínez, don José Alonso, don Tomás Fontano, don Domingo Fontano, don Antonio Zapico, don José Alvarez y don Secundino Fernández.

Para algunos de ellos que ya han pasado a mejor vida, encargó el celebrante a los presentes una oración al Señor por su eterno descanso y para los demás, les encomienden a San Isidro para que les alcance larga vida y salud, así como prosperidad en sus negocios, para que con su ejemplo y desprendimiento sigan honrando y enalteciendo al pueblo que les vió nacer, como el año pasado lo hizo don Leoncio donando el reloj de la

torre y en el presente lo hacen con José Alonso y don José María Rodríguez al costear la restauración y reformas que se están efectuando en la iglesia parroquial.

Por la tarde, pese a lo desapacible del tiempo, se congregó numerosa juventud de los pueblos circundantes, habiendo muy alegre la romería.

(Un Asistente)

El 7 de Junio de 1949, en su sección titulada "Vital", que está a cargo del Dr. Rabanal, publicó "El Diario de León" el siguiente artículo:

Desde Espinosa de la Ribera

Esas corresponsalias que llegan a los periódicos provincianos desde los lugares más inéditos del agro regional, siempre han sido para mí un producto periodístico de muy honda delectación.

Yo mismo las he enviado muchas veces. Y hasta puedo decir que ellas fueron la ingenua palestra en que hice mis primeras armas profesionales.

Aun ahora, cuando aparto los ojos cansados de recorrer páginas de un libro filológico editado en extraña lengua; cuando me saturo—y me saturo pronto—de las preocupaciones políticas que difunden desde sus columnas los grandes rotativos, procuro buscar el necesario sedante en las crónicas lugareñas de los modestos diarios, dedicadas a referir los estragos de la sequía, al marcha de las cosechas, las buenas notas del estudiante del barrio, la generosidad nupcial de la tía Mezuca que casó a su hija Maruja con el hijo del señor Alcalde.

Inefable y genuino periodismo éste de los corresponsales rurales, cuya lengua tiene algo de monumental dialectal, y folklórico. ¡Periodismo de artesanía!

Hacia muchos meses que ningún texto periodístico había conseguido emocionarme tanto como acaba de emocionarme una corresponsalia enviada desde Espinosa de la Ribera a "El Diario de León".

Espinosa de la Ribera —topónimo digno de un buen ensayo por parte de cualquier pensador del 98— es una villita labriega, levantada en las márgenes del alto Orbigo leonés. A sus tálpaes de aspecto asiático, a su mínima escuela blanquiazul, a sus tierras de pan dar, y a la escalera

de caracol de su torre parroquial... tiene el cronista asociados buena parte de los mejores recuerdos de su infancia.

Pues bien, la reciente corresponsalia de Espinosa, que guardo como oro en paño, me refiere que el sacerdote don Antonio Rodríguez, en su homilia o panegirico del día de San Isidro, hizo notar a los espinosanos que el culto al santo labrantin celebraba en la parroquia sus bodas de plata, ya que habia sido inaugurado "el 15 de Mayo de 1924, siendo párroco el inolvidable y nunca bien llorado D. Gregorio Rabanal, que fué quien bendijo la imagen del santo, donada en aquella fecha por la Colonia de Espinosa en Méjico".

Ya comprende el piadoso lector que el relato del corresponsal de este lejano lugar del agro-leonés ha conseguido poner el dedo en una de las fibras más dolidas del corazón que habla aquí.

Por eso la libertad que me tomo de agradecer a la corresponsalia, y a cuantos nombres en ella se mencionan, todo el aire de homenaje póstumo a uno de mis muertos más queridos, que en sus palabras endierran.

Los humildes corresponsales son gentes honestas que se saben de memoria la "salubris cogitatio" del Libro de los Macabeos. ¡Dios se lo pague!

(Doctor Rabanal)

V

OTRAS ENTIDADES

1. —Cementerio
- 2 — Escuela

1.—Cementerio

Es sabido que antiguamente se enterraba a los muertos en el interior de las iglesias. La partida de defunción más antigua de este archivo, es de un niño muerto en 1666, que fué enterrado en el arco de arriba de esta iglesia; así suelen señalar el sitio de enterramiento, por ejemplo al lado de arriba o abajo de la puerta del coro, junto a las gradas, etc.

La fábrica percibía derechos por las sepulturas. Se llamaba osario o fosario. Hay esta data: 7 cargas de cal para componer las sepulturas de la iglesia.

El vistador en 1787 encarga al párroco con arreglo a las reales ordenes: "promueva entre sus parroquianos la fábrica de un cementerio público donde se sepulten los muertos fuera de la iglesia a fin de que por medio de una obra tan útil se precava de la infección y peste que suelen ocasionarse en varias parroquias por enterrar en las iglesias".

Los pueblos se mostraron reacios a esta innovación y hubieron de insistir repitiendo las ordenes y exhortaciones a este respecto.

En este pobló, como en casi todos los de esta región, no se construyó apenas cementerio alguno antes de 1830. El antiguo de Espinosa (el de arriba), se construyó en 1833. Léanse algunos capitulos de su coste: canteros, 850 r.s., carpinteros por echar la cubierta a la capilla, puertas y portal, 640; 50 carros de piedra; 200 de tierra; piedra labrada de la portada.

Este cementerio se clausuró a causa del abandono casi sacrilego en que se le dejó, ya que por haberse caído las tapias entraban en él las bestias a pastar. Se hizo en 1947 la exhumación de todos los restos allí existentes, que previa una cava profunda; fueron recogidos y trasladados procesionalmente al cementerio actual (el de abajo), en donde fueron enterrados con la solemnidad litúrgica, en el ángulo sureste. De este último cementerio que ocupa el solar de la antigua

iglesia, sólo se halla en el archivo un plano hecho en 1872. Inauguróse en 1892. .

Está proyectada una ampliación y reparación del mismo que esperamos lleve a efecto el actual y celoso abad de la Cofradía, D. Ramiro Díez, por orden del cual se han acarreado parte de los materiales el año pasado.

2.—Escuela

Omisión imperdonable sería no decir algo en este libro sobre una institución tan esencial para la vida de un pueblo como lo es la escuela en la que aprendimos los rudimentos de las Letras y Ciencias y a la que van asociados tantos recuerdos de nuestra niñez y adolescencia.

En otro lugar queda dicho que desde el año 1.730 se abonaban de los fondos de la cofradía de Anímas 400 reales anualmente «al maestro de los niños para ayuda del sueldo». Esta es la más antigua y única noticia que sobre la escuela hallamos en el archivo parroquial.

Su emplazamiento primitivo lo ignoramos en absoluto; los más ancianos ya la conocieron donde hoy está; en su planta baja se hallaba la cárcel en la que el Alcalde de barrio estaba autorizado para encerrar algún vecino ratero o revoltoso, que maltratase a su mujer e hijos, de lo que recuerdan algún otro caso las personas de cierta edad, así como de los cepos y grillos que en dicha cárcel había y se conservaron hasta fines del siglo pasado. Ese sótano se conocía también con el nombre de la «Panera», celebrándose allí el concejo cuando había conviada para los vecinos y el «cabildo» de la cofradía el día de San Saturnino.

El primer maestro de que hay memoria fué don Benito Tascón, oriundo de La Terruca y al casarse en el pueblo introdujo en él su apellido que aún perdura entre nosotros. Le sucedió otro paisano suyo llamado don Fortunato, al que siguió don Felipe Álvarez González, natural de Murlas de Ponjos, nombrado en 30 de septiembre de 1.885 para la escuela mixta incompleta de Espinosa con la dotación anual de 400 pesetas, según reza el título expedido por don Juan Rodríguez Arango, Rector de la Universidad de Oviedo. Aún viven varios discípulos suyos quienes recuerdan con agrado lo que llamaban «Fiesta de los escolines», por él establecida manera de estímulo y premio a la aplicación.

Previamente se hacía una especie de concurso para seleccionar a los más aventajados, para lo cual ponía el Sr. Maestro un ejercicio escrito a todos los alumnos, que después presentaban sus «planas» al párroco, quien hacía la calificación. Según los puntos en ella alcanzados, el Sr. Maestro a judicaba a cada cual el título de rey, capitán, alférez, obispo, paje, reina, princesa etc. Cada cual iba preparando el uniforme e insignias correspondientes a su título o dignidad, y llegado el día elegido se revestían con gran aparato y vistosidad, organizándose la marcha hacia algún pueblo inmediato, (ordinariamente Rioseco) escoltados por los compañeros de escuela, todos con su banderita de pañuelos de seda. A la entrada del pueblo les esperaban los alumnos de aquella escuela y previos los saludos de rigor, les era presentada una cuenta o problema escrito en el hueso limpio y pulimentado e la paletilla de ura vaca, pues aún no se usaban las actuales pizarras. Sacada la cuenta por el rey de los visitantes, quedan éstos autorizados para recorrer el pueblo pidiendo de casa en casa el tradicional «torreñe» y otros aguinaldos comestibles. Al abrirse la puerta recibían a la dueña de la casa cantándole este verso:

¡Oh! ya viene la señora	que en el cielo la veamos
con el socorro a los niños,	por los siglos de los siglos.

Luego cada personaje hacía su propia presentación cantando o recitando algunos versos como los siguientes:

Yo soy el rey de mis gentes	si no lo quieren creer
entre todos coronado,	aquí traigo la bandera,
no por mi traigo corona,	que la gané con mi "plana"
es por la gente que mando,	sin borrón y sin enmienda.
que aunque chiquillos y niños	
son valerosos soldados.	

Yo soy la reina, señores	Soy la doncella señores
y no digo la de España,	{de mi señora, la Reina,
que digo la de la escuela	si no lo quieren creer
por mi maestra nombrada.	aquí estoy al lado de ella.

Yo soy alférez mayor	Arzobispo soy, señores,
de los niños de la escuela,	de la ciudad de Toledo,
	muchas indulgencias traigo
	para las mozas del pueblo.

Que se empenen con sus madres	Yo soy el paje
en darnos un buen torrezno	del arzobispo, claro,
y si no lo hacen así	para quitarle la mitra
yo les buscaré el sendero	cuando sea necesario,
lleno de espinos y abrojos,	y volvérsela a poner
que de hocicos caigan luego,	cuando sea menester.
y de allí no se levanten	
hasta el año venidero.	

Con el producto de estas peticiones y algo que añadían las madres preparaban un copiaro banquete o «función», que constituía el mayor gozo del año escolar; no faltaba en este festín la consabida azumbre de vino, que para no hacer daño a tan tiernos bebedores, venía un poco rebajado, contra lo cual protestaban con esta coplilla:

Estos malos taberneros	y esto no deben hacerlo,
arderán en los infiernos,	que a los pobres escolines
por echar agua en el vino	también nos cuesta el dinero.

El momento más divertido de esta fiesta se lo deparaba a los escolines el Sr. Maestro, regalándoles un gallo con el que hacían por la tarde en la plaza un juego parecido al de la «pita ciega», que divertía a pequeños y grandes. Para ello enterraban el gallo en un hoyo dejándole la cabeza a la vista; luego vendaban los ojos de los que actuaban en el juego, siendo regalado el gallo al que acertase a cortarle el cuello con su espada. Era de ver la risa que en el público, especialmente el infantil, producía el despiste de los jugadores, dando mandobles en el suelo o en el aire.

Una práctica escolar muy edificante y educativa de aquella época, era la manera de ir a misa los niños en corporación los domingos y días festivos. Al toque de las campanas se congregaban en la escuela desde donde en filas, encabezadas por una cruz y presididas por el Maestro, se dirigían a la iglesia cantando himnos patrióticos.

A la muerte de don Felipe y después de un corto intervalo de don Bernardo, de San Martín, ejerció la enseñanza con excelente resultado doña Francisca Varela, de tan grato recuerdo en este pueblo que, aún a los nacidos muchos años después de ella irse, nos es familiar el nombre de doña Paca, como aquí se

la llamaba. A continuación de ella actuó de maestro don Pedro Lombó, hijo del pueblo, conocido vulgarmente por el «tio Periquín» de extraordinaria habilidad en el manejo de la palmeta. A este siguió don Filiberto Zapico, también hijo del pueblo, que ejerció durante los años 1.914-1.930. De esta época data la Fiesta del Arbol, con tanta ilusión esperada y celebrada. En la memoria de todos se reproduce al vivo, aquel desfile, en que con nuestra banderita de papel en la mano, salíamos por la calleja de la Nogafina y el Carbajo en dirección al Arenal, seguidos de nuestros padres o hermanos mayores, con la planta que habíamos de espetar en el plantío. Después venían los «relatos», el himno del árbol y los confites, volviendo sobremanera satisfechos a casa, mientras cantábamos aquello de:

Adiós tierno arbolito	con cariño y afición,
que mi mano plantó,	ofreciéndote los riegos
ella vendrá a cuidarte	en los ardores del sol.

Otro imborrable recuerdo de nuestra vida escolar es el grito estentóreo de ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!, con que puestos en pie saludábamos a cualquier persona extraña que entrase en la escuela durante la clase y el respeto con que nos descubríamos y besábamos la mano a los ancianos con quienes cruzábamos en la calle, así como a nuestros padres y abuelos cuando entrábamos en casa, al regresar de la escuela.

Al jubilarse don Filiberto, vino la maestra doña Natividad en cuyo recibimiento, le cantaron las niñas entre otros este verso.

Las niñas de esta escuela	pero pasando algún tiempo
estamos poco instruidas,	no seremos conocidas.

Siguieron a ello los maestros don Pantaleón, don Wenceslao, don Agustín, don Atanasio, doña Gumersinda, don Rogelio, doña Carmen, doña Concepción y durante algunos meses de guerra fué regentada por don Tomás Fontano. En la actualidad está regida nuestra escuela don Dámaso Ocampo, que con su labor inteligente y asidua desde el año 1.937 ha transformado por entero nuestro panorama docente, acabando con el atraso intelectual padecido durante un largo período, por nuestro pueblo, que hoy gracias al esfuerzo suyo y de sus inmediatos ante-

tesores, puede codearse con los más adelantados del contorno. Alumno sa ventajados de esta escuela son los seis estudiantes que cursan la carrera eclesiástica en los Seminarios de Valdedios y Oviedo, uno en Guernica y otro en la Universidad Gregoriana de Roma. el primer espinosano, seguramente que ha visitado y vivido y estudiado en la Ciudad Eterna. De la misma escuela han salido ootros dos que en León están haciendo el bachillerato con gran brillantez.

En otro lugar de este libro aparecen varias crónicas publicadas en El Diario de León, firmadas por «El vecino C.», seudónimo usado por don Dámaso, que en ellas con su bien cortada pluma ha contado las glorias de Espinosa, que por estê y otros servicios de carácter particular y colectivo, le debe perpetua gratitud.

En 1.929 fué creada la escuela de niñas, cuya primera maestra doña Rita Trejo ha dejado entre nosotros recuerdo imperecedero en la excelente formación intelectual y espiritual. ella dada la varias generaciones femeninas que son las actuales y futuras madres del pueblo.

En nada desmerece de ella su inmediata sucesora doña Julia Suárez, que la viene regentando desde 1944 con celo y satisfacción de alumnas y vecinos a quienes apenó profundamente la noticia de su próximo traslado.

Si en el orden intelectual están hoy nuestras escuelas a la altura que pide su misión, no se puede decir otro tanto en el aspecto material, pues sus locales y viviendas. semirruinosos hasta el punto de caer las goteras sobre los niños en días de lluvia son un baldón denigrante para el vecindario y sus presidentes.

Afortunadamente parece que está llegando la hora de que termine tan afrentosa incuria, gracias al celo de la nueva Junta Vecinal presidida por don Donato Román, que con la colaboración y aliento de los vocales don Agustín Alvarez y don Eladio Rodríguez, está decidido a llevar a cabo proyectos elaborados hace más de veinte años, y que se habían quedado en el papel o a lo sumo han llegado a los cimientos. Bajo sus órdenes y dirección están comenzando a construir nuevos locales emplazados al S. E. del puente del arroyo. Si estos nuevos locales resultan inferiores a lo que piden las modernas corrientes peda-

gógicas e higiénicas, ni está a tono con lo que Espinosa se merece, más que la falta de arrestos y celo de la junta, será debido a la escasez y carencia de fondos en que el concejo se desenvuelve. He aquí una linda ocasión, que brinda a los emigrantes más o menos acaudalados, para hacer un excelente servicio a su tierra madre. Las colonias argentina, mexicana y madrileña harían una gran aportación a esta obra, efectuando entre ellas una suscripción con tal fin.

VI

MISCELANEA

- 1.- El toque de Oración
- 2.- Un día de Maja
- 3.- Los Reyes
- 4.- Dos fechas memorables
 - A.- Así se hace Patria
 - B. -Saludo de la Escuela de Niños
 - C.-Saludo de la Escuela de Niñas
 - D.- Bienvenida de la Parroquia
 - E.- Inauguración del Reloj
 - F.- Entrega del Pergamino
 - G.- Ntra. Señora de Agosto en Espinosa
 - H.- Fiesta Recuerdo
- 5.- Un testamento del siglo XIX

1.—El Toque de Oración

En un libro que pretende abarcar los aspectos más interesantes de la vida e historia de un pueblo, no puede pasarse en silencio algo tan clásico como es en Espinosa "el toque de oración", que constituye uno de los recuerdos más vivos de nuestra infancia en cuyos felices días nos despertaba el armonioso repique de campanas tan hábilmente tañidas por el tío Angelón, al mismo tiempo que nuestros cristianos padres le acompañaban con el no menos armonioso eco de rezo del "angelus" contestado por la familia entera.

Cuando después salíamos a guardar los ganados, estábamos pendientes del toque de "las doce" para volverlos a casa o esperar el desto de la apetecida comida.

¿De cuándo data esa tradición en nuestro pueblo?—La plaza de campanero fué creada en 1818 por D. Manuel Ibáñez, párroco de ésta, natural de Villanueva del Monte (Saldaña), (Palencia), el cual en su testamento dejó "una memoria pia para tocar las tres Avesmarías todos los días, tres veces, mañana, mediodía y anochecer, cuya memoria pia dejó sobre las posesiones siguientes: una linar en Cardosas, de siete cuartales de linaza; una linar en los Sotillos de abajo, de una fanega; otro quición en los Sotillos de arriba de once a doce cuartales; un prado en el Sobeco de dos carros de hierba, cuyas posesiones lleva y goza Baltasar Rodríguez, vecino de este lugar, el que nombró D. Manuel Ibáñez, imponiéndole dicha obligación sobre cuyo cumplimiento encarga y dá facultad a sus sucesores para que no hacer con puntualidad los tres toques puedan multarle o removerle a su arbitrio. Todo espinosés al oírlas debe dedicar un recuerdo al fundador.

Algo bueno ha perdido la familia o individuo espinosano que, al oír el toque de la oración, sea en casa, en la calle o en el campo, no se descubre y santigua, como lo vió hacer a sus abuelos, para saludar a Nuestra Señora en compañía del Ángel y rogar por sus hermanos vivos y difuntos.—Pueblo o familia que no es capaz de conservar esta herencia de sus mayores, es indigno de ellos.

2.-Día de Maja

La aparición de las degranadoras a motor ha quitado a nuestras faenas de era, la nota más divertida: la maja. Era este un día tan señalado en el año agrícola que le daban el nombre de "la matanza de agosto".

En la víspera, después que el amo de casa había matado un res de los más gordos del rebaño, las mujeres se ocupaban en hacer morcilla, pelar los callos, hacer abundantes provisiones de bacalao y arroz junto con el indefectible pellejo de vino, a cargo del dueño; todo ello era necesario para que criasen fuerzas todos los que al día siguiente habían de realizar dura tarea. También se ablandaba la paja con la que hacían las cebillas de atar el balago y se daba un repaso a los rastros, forcas, baleos, codojos y demás herramientas que se había de usar al día siguiente.

No era necesario madrugar mucho porque el rocío es un impedimento para esta faena cuyo factor principal es el sol: después que este había bañado el suelo durante un par de horas, por el camino del "Reguero la fragua" o por el de "La canal" se dirigían a la era bien aguadada y barrida la víspera, y abriendo la morena tendían por el suelo una capa de paja de treinta centímetros de espesor, "a manojo tendido", como decían entonces. Mientras el sol calentaba la tienda, ellos tomaban, bien en casa, bien la misma era, un fuerte almuerzo que consistía en rancho y hondo cazuelo de sopas de ajo, seguido como segundo plato de una gran tartera de carne y patatas, muy bien remojado todo ello con la salsa tinta del barril, que pasando de mano en mano y de boca en boca, ponía los músculos en tensión y alegraba los ánimos con el sonoro iglo- iglo- iglo! que producía al vaciarse. Bien almorzados los majadores recogían las herramientas que estaban ablandando en el reguero y colocados cuatro o seis por parejas frente a frente, comenzaban a retumbar los golpes de los "piertagos", que haciendo saltar los granos hasta el rostro

subían y bajaban lentamente al grito de ¡bou! ¡bou! que les servía de compás para medir sus movimientos. Cuando después de vacíos "forfogados" iban desfalleciendo los majadores se excitaban mutuamente y gritando más fuerte el ¡bou! ¡bou! o diciéndose frases como éstas: ¡Ay, hermano.—¿Dónde vamos? A lo que contestaban: "Mira qué niños, mira qué hermanos".

Otras veces se estimulaban unos a otros, fingiéndose de pueblos distintos y rivales: "Aquí los de Samario".—"Ahí los de la Utrera".

Terminada la primera majadura llamada palva, se retiraban los majadores a refrescar dándole "un tiento" al barril, mientras las mujeres, volvían la era poniendo la paja de abajo, para arriba, después de lo cual los majadores hacían la segunda vuelta o "bina", menos pesada que la anterior, y al acabar cantaban esta tonada, que era contestada por los de otras majas de las eras de arriba, las del valle o tras de las cascas o del Huerto del tío Zapico, que en aquel momento estaban también acabando de binar.

Que me voy fuera...

En el campo campiña

de la serena

átame niña el pelo

hasta que vuelva

átame niña el pelo

que me voy fuera...

.....

La perdiz en el monte

sus alas tiende,

no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

.....

Que me voy fuera...

.....

El zapato, la media y la liga
y el agua nieve

a la sombra del árbol

la niña duerme...

Y rubricaban la ronda con los correspondientes ¡jujús! que resonaban de un extremo al otro del pueblo.

A continuación se hacía la sacudida de la paja, elevándola con una forca de madera, para ser golpeada en el aire con una vara o ahijada que más de una vez iba a dar en las espaldas del forqueador que iba delante.

Separada por este procedimiento la paja del grano, las mujeres se ponían a "escolmar", llevando la paja mejor para el colmero, y la restante, la "engavillaban" para atarla en

"fejes". En este momento es cuando ellos y ellas se gastaban la inocente y muy rizada broma de envolver a alguien en la paja y atarle en el "feje".

Una vez recogido y amontonado el cuerno y bálago tendían de nuevo la era para la tarde. Con esta operación solía coincidir el toque de las doce a cuyas primeras campanadas, soltando los rastros, codojos y forcas, caían de rodillas sobre la paja al oír una voz fuerte y varonil que decía: "El ángel del Señor anunció a María..." ¡Qué bien sabían nuestros mayores combinar la oración y el trabajo, que, si era más pesado que el de sus descendientes, lo llevaban con una alegría y conformidad de que hoy no somos capaces!



Un día de maja

Acabada la tienda, volvían a casa a la comida que era a base del carnero recién matado, cuya cabeza bien descarnada y lavada era presentada en la mesa a manera de postre, comiéndose los sesos el que de un puñetazo la rompíese; parece que eran muy contados los capaces de ejecutar esta hazaña en la que se llevó el premio muchas veces Victoriano de Ma-

ria Teresa. Otras veces se daban al que había roto la morena sacando el primer manojó por bajo; operación que exige un brazo forzado. En la corta sobremesa salpicada de chistes y alegres charlas, siempre se erguía algún humorista, que en el centro del comedor o sobre la misma mesa divertía a sus comensales, bailando el Mambrú, cantando por alguna de aquellas alegres mujeres, como la tía Baltasara Melcón, a quien en más de una maja, se la oyó acompañar al bailaror con aquellos famosos cantares:

Mirandón, mirandón, mirandela, si vendrá por las Pascuas,
Mambrú se fué a la guerra, mirandón, mirandón, mirandela,
no sé cuándo vendrá si vendrá pōs las Pascuas,
ni sé cuándo vendrá, no sé cuándo si por la Navidad.

Si pararse a dormir la siesta iban de nuevo a la era, para hacer la segunda ralva y bina en igual forma que a la mañana. Hecha la recogida del cuélmo y atado el bálago, se traía la merienda a la era; sentándose en corros a la sombra de alguna palera, tendían los blanquísimos manteles de lino sobre el césped y a los mayores en platos y a los pequeños en cazuelos o tarteras, para comer "al rancho", les era servida una riquísima arroz con los menudos y callos de carneiro, seguida de unas grandes fuentes llenas de tajadas de bacalao suelto, empapado en aquella salsa que hacía chuparse los dedos. Levantados los manteles se ponían a barrer la era y se hacía el muelo, en cuya cima era trazada una cruz con el rastro y en su base se hacía un cerquillo alrededor, que le daba una presentación muy artística. Después venían las apuestas y desafíos para saltar el muelo en que se ponía a prueba la agilidad de los jóvenes y mozos que eran abucheados cuando se quedaban espetados en el grano. Terminado el trabajo con el día, al oscurecer volvían a casa la gente en animada ronda que en el silencio de la noche llenaban el espacio comprendido entre el "Molin Viejo" y el "Bago", las "Ulindes" y el "Soto", con las alegres notas de:

Cuando salí de Cabrales
lloraba una caballiera,
me volví a ella y le dije,
no llores, que me da pena.

O esta otra:
Ay madre, madre busque usted,
un barbero que a mí me sangre
que yo me muero...

A esta tonada replicaban los de otra maja con aquello de:

Me cai, me cai,
quien me levantará
un amante que tengo
que la mano me dá

que la mano me dá
y eso no puede ser
más allá de "Aguadiana"
tengo yo mi querer.

En este ambiente de **algazara** comenzaba la **cena** que acababa con un animado baile en que casados y solteros se embriaban en el manejo de la pandereta y castañuelas, alternando el baile del país con la jota o el mismis, tan graciosamente bailado por el tío Toribión y el tío Constantino de la Torre al son de estas coplas:

Mismis ven acá,
ven acá mismis,
mismis ven acá
deja la perdiz.

¡Ay! que me la llevó el gato
¡ay! que me la llevó el mis
mismis ven acá...

En este ambiente de **algarara** comenzaba la **cena** que

Al introducirse las máquinas de malacate movidas por bues, se perdieron un tanto las costumbres antes descritas, pero retiradas las máquinas a causa de muchas roturas, volvió el "piértago" más con otro estilo, importado de Villarrodrigo, con el nombre de la "charpeta" más ligero y los golpes más rápidos y a menudo.

Al aumentar el volumen de paja por la roturación de los quñones, se hizo imposible desgranarla a mano, imponiéndose la necesidad de los motores de majar, que ahorran el esfuerzo hercúleo del "piértago", y reduce el tiempo, pero acabaron con el bullicio y alegría de las majas, que se han vuelto mudas y tristes a causa de la rapidez con que se llevan y por que el ruido de la máquina impone el silencio a la gente impidiendo las chispeantes expansiones de la maja de antaño.

3.—Representación de "Los Reyes" en Espinosa de la Ribera.

Antes fueron paseadas triunfalmente las Autoridades en carros engalanados.

Continuando una tradición establecida por sus mayores hace cerca de cien años, la juventud de este pueblo tan unida y entusiasta como siempre, hizo una vez más el pasado día seis la representación de "LOS REYES", quienes les premiarón anticipadamente, trayéndoles el apetecido y perdido regalo de un día radiante de Sol, muy necesario para el buen resultado de estas funciones al aire libre.

El sonoro y alegre volteo de campanas en la vispera anunció a los pueblos del contorno que el siguiente era día de gala para Espinosa. Desde primera hora ondeaban en la torre y en la plaza las dos magníficas banderas donadas al pueblo por su hija adoptiva, Doña Carmen Però, para lucir en festividades como ésta. A la salida de misa, tres carros engalanados a la antigua usanza, y tirados por sendas yuntas de bueyes, con los clásicos esquilonés, pasearon triunfalmente por las calles principales al anciano y venerable Párroco, Autoridades y personas destacadas, entre los que ocupaban lugar preferente el hijo predilecto de Espinosa, DON LEONCIO MARTINEZ, DON JOSE ALONSO, industrial en Madrid y DON FELICISIMO GARCIA, empleado de Zorrilla y Compañía.

A las dos de la tarde y presidiendo desde la Tribuna de Honor D. Leoncio y su esposa, en cuyo homenaje se celebraba este acto, como despedida a su regreso a Méjico, dió principio la representación que constituyó un éxito en todos los órdenes.

La Plaza, preparada con mucho gusto, el Arco de entrada enramado con la insustituible yedra. Al saliente "El Palacio" de Herodes, al frente la caseta o tienda para Simeón, Ana, el Aya y el "Contra"; a la izquierda el portal de Belén con el

taller de San José, a su lado y a continuación de éste el "Sitio" por los Sabios.

El público, atraído por la bien ganada fama del Cuadro Artístico Espinosano y por lo delicioso del tiempo concurrido en número tan extraordinario de todos los pueblos limítrofes la plaza y sus alrededores con los balcones y ventanas de las casas circundantes estaban literalmente abarrotadas como nunca se vió. En el aspecto artístico se van superando de año en año estos jóvenes actores, suprimiendo algunos anacronismos de la indumentaria y corregidas algunas adulteraciones del texto y expurgando ciertas adiciones inconvenientes, ésta obra tan arraigada en el alma de esta Región, llegará a una representación perfecta.

Todos muy bien nos complacemos en dar sus nombres: San José, Jacinto Martínez; La Virgen, Lela García; Herodes, Manuel Tascón; "Emperador", Emilio Arías; Capitán, Eliseo Vega; "Rey Moro", Isidoro Fontano; "Rey Cristiano", Segundo Alonso; "Embajador", Leonardo García; "Paje", Lopecinio García; "Simeon", Manuel Salgero; "Sabios", José Díez y Gonzalo Fontano; "Defensor", Horacio Álvarez; "Contra", Ovidio García; "Guardias", Emilio Díez y Quilio Fernández; Angel: Isidoro Díez Magaz, Isidoro Tascón, Aurelio García y Manuel Fernández; "Ana", Amancita Álvarez; "Aya", Anunciación Pérez. No puede faltar en esta lista el nombre del director de escena, Aurentino Pérez, que con el "Cuaderno" heredado de su padre Mauricio, sigue manteniendo esta tradición tan simpática en el pueblo.

Los Reyes (1)

No podemos precisar con exactitud la fecha de su primera representación en Espinosa hecha por la mocedad de Montejos allá por los años 1880-1885.

De ellos aprendieron los del pueblo que años después los hicieron animados y dirigidos por el "tío ANGEL DE MONTE-

(1) Véase más adelante lo que sobre este tema escribe el P. Lambó en su artículo titulado "Espinosa, sus tradiciones, etcétera".

105" a quien el vecindario le gratificó permitiéndole llevarse de nuestro monte varios ramos de urces, regalo muy estimado en aquel lugar que carecía de leñas.

Después ya dirigió los ensayos su hermano MAURICIO, sustituido a su muerte por su hijo AURENTINO PEREZ, quien en la actualidad sigue siendo el "ensayador".

No resisto la tentación de transcribir algunos trozos más conocidos que con gran empaque "relatábamos" en nuestra adolescencia por haberlos aprendido escuchando junto a las ventanas y puertas de la escuela mientras tenían los ensayos.

¡Cuántas veces ha resonado en nuestros oídos el eco de aquellos versos cantados por la escolta cuando se dirigían a la Plaza para dar comienzo a la función:

ESPAÑA feliz
ESPAÑA "ficz"
Ya vienen los Magos
A adorar al Niño, ya.

Nosotros también
vamos, vamos ya.
a esperar los Reyes
con amor y caridad.

Y presenciaremos
esta caridad
en señal de dones
de la cristiandad.

Dios nos lleva a todos
al Cielo a gozar
y nos dá la gloria
para descansar.

¡Todos sabéis de memoria aquellos versos con que entra en escena el Rey Moro:

Todo el mundo se prevenga
vamonos desembarcando

pues corrimos tanta tierra
ninguno tiemble, ¡SOLDADOS!

Por la grande de la Meca...

Tampoco habéis olvidado la réplica del Rey cristiano que empieza:

Detente, bárbaro impio!...

Como aquella primera intervención de Herodes:

Venganza contra mi trono?
Contra mi trono venganza?

Es imposible que eso pueda
Ser verdad...

Así como la entrada en escena del Emperador:

Y yo como emperador
de la religión cristiana

a mi ejército la encargo
por el rigor de mi espada...

Todos hemos tarareado muchas veces estos versos que cantan los Magos cuando se dirigen al Palacio de Herodes:

Una estrella que en el aier
presente manifestaba
Anunciando a los tres Reyes
que habitaban en la Arabia.

En el medio del camino
la estrella se les perdió
y luego salió al encuentro
el Rey Herodes Traidor.

O aquellos que cantan al despedirse de la Virgen:

Quédese con Dios, Señora,
que nos vamos a la Arabia
par publicar la fe
que llevamos en el alma.

Id con Dios que esta visita
no os será pues en vano
este niño os tendrá
como ovejas de su atajo.

Id con Dios, Reys de Arabia,
Id con la guía del Cielo
que llevéis felicidad
para ir a vuestro reino.

La bendición os pedimos
humilde y pobre Señora
caminemos a la Arabia
nos veremos en la gloria.

Finalmente recordad algunos versos de la emocionante
"MARCHA REAL" a cuyo compás salen desfilando los actores,
terminando la representación:

Sale el mayor
con su espada en la mano
mandando su división
tranlarán...

Ese nos ha de llevar, tranlarán
Ese nos ha de llevar.

Salgan los Magos
de Oriente ensalzando
a Aquel que nació en Belén
tranlarán, a Aquel
que nació en Belén...

A gozar la eterna vida
el que tenga
fe, esperanza y caridad, tranlarán
fe, esperanza y caridad.

Salga la Virgen, su esposo
y el Angel
con el Rey Universal
tranlarán; con el Rey Universal.

Muy santos dias disfruten ustedes
pues tiene que dispensar, tranlarán
todas las faltas que hayamos tenido
que Dios nos perdonará, tranlarán.

Ese que lleva
la Virgen en brazos

De puetra en puerta
nos vamos pidiendo
una corta caridad, tranlarán.

En paz, a'egres, con vino y toreznos
rompen la marcha Real, tranlarán.

Cerramos este Capitulo copiando la reseña de la última
representación publicada en "El Diario de León".

4.—Dos fechas memorables

Los días de mayor emoción y júbilo vividos por este pueblo en su modesta historia, son indudablemente el 29 de abril de 1948, con el apoteósico recibimiento dispensado a don Leoncio Martínez, y el 15 de mayo siguiente en que se bendijo e inauguró solemnemente la torre reformada y el reloj público por él costeadó.

No podía omitirse en este libro publicado a sus expensas, el relato de tan faustos sucesos por redundar tanto en honor suyo como de sus paisanos.

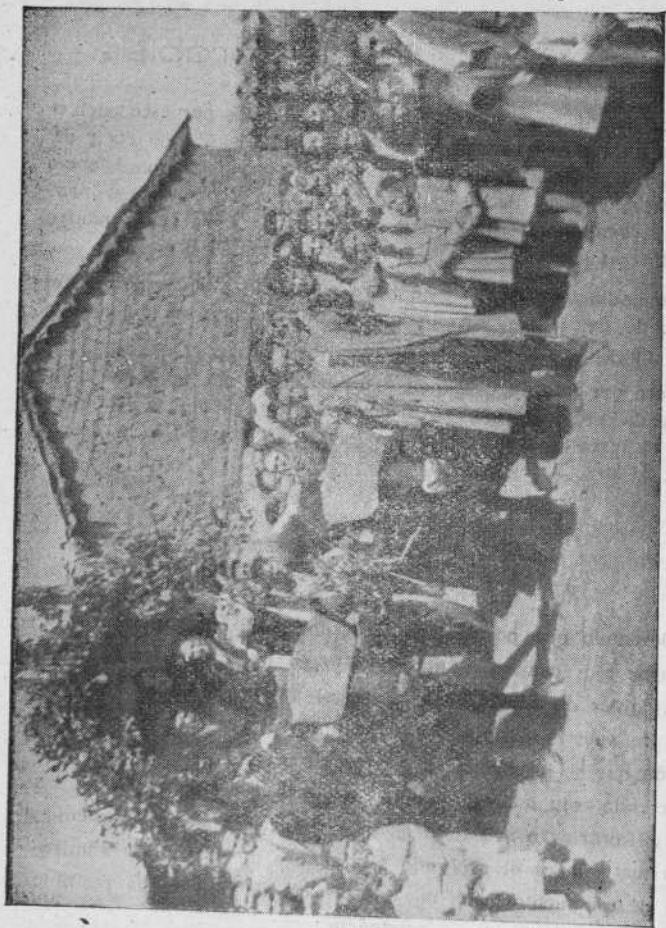
Para dar noticia detallada a los ausentes que no tuvieron la dicha de presenciarlos, va transcrito literalmente a continuación el texto íntegro del álbum que se le entregó a su despedida.

Dedicatoria Leoncio y Carmen

Deseando que poseáis un recuerdo gráfico que ponga ante vuestros ojos cuanto se hizo y dijo en honor vuestro los días inolvidables de vuestra entrada en el pueblo y de la inauguración de vuestra magna obra, la Junta pro-reloj, cumplida la misión que se le encomendó, se complace en cerrar su actuación ofreciendo este modesto álbum, cuyo valor no busquéis en las galas literarias o artísticas de que carece, sino en su contenido espiritual que es el profundo sentimiento de gratitud y admiración de un pueblo hacia dos hijos suyos de quienes ha recibido el mayor beneficio de su existencia.

Espinosa y septiembre de 1948

LA COMISION



UN HOMENAJE.—Recepción de D. Leoncio y esposa, bien-
hechores de Espinosa.

A.—Así se hace Patria

Día de Júbilo en Espinosa de la Ribera.
Emocionante homenaje a un hijo del pueblo

LEONCIO, como familiarmente todos le llaman y su encantadora esposa, acompañados de sus dignos amigos don Gerardo Hidalgo y de su gentil esposa, recibieron el día 29 de abril una de las emociones más grandes de su vida al ver al vecindario de Espinosa de la Ribera vibrar como nunca de entusiasmo y alegría al dar la bienvenida a su coterráneo predilecto, aquel que un día lejano, siguiendo la estela que en los mares dejó Cortés, llegó al país de los Aztecas donde con su talento, honradez y laboriosidad hizo algunos ahorros que le permiten ejecutar obras de caridad y utilidad pública: su mayor anhelo y satisfacción.

Espinosa lucirá en breve un magnífico reloj en la torre de la iglesia donado por su hijo predilecto Leoncio, que perpetuará en estos contornos su memoria.

A la entrada del pueblo son recibidos los donantes y sus acompañantes, que el pueblo declara huéspedes de honor, por todo el vecindario al que se adelanta el Sr. Cura Párroco de la localidad, los Sres. Curas Párrocos de Mataluenga y Rioseco de la Pía, hijos preclaros de este pueblo, los Sres. Maestros, Junta Vecinal y Comisión de las Obras en ejecución, que les saludan y dan la bienvenida.

Un hermoso arco triunfal tras el cual se halla todo el pueblo que frenéticamente los aclama al darles vista.

La niña Victorina se adelanta, y en hermosa poesía, les dedica elogios merecidos y ofrece a las señoras lindos ramos de flores. Dejan el magnífico automóvil y son subidos a un carro de bueyes ataviado a la antigua usanza, y en medio de todo un pueblo que les vitorea entusiasmados, música del país, voladores y cánticos de coplas alusivas, compuestas por los poéticos del lugar, llegan a dar vista a la iglesia en donde los niños Rogelio y Laude les muestran la obra que a su cargo se está realizando y dan lección eterna a grandes y pequeños, mostrando a éstos lo que pueden en la vida llegar a ser y a aquellos lo que se debe ser.

Continúan todos hasta la casa que fué su hogar, hoy jaula vacía, donde se le ofrecen hermosos presentes magníficamente pre-



Presentación de regalos a D. Leoncio y esposa en su casa paterna.

sentados por lindas jóvenes de la localidad que derrochan arte y delicadeza en su atavío

El joven Ovidio, todo emocionado, más con el corazón que con la palabra, le presenta el espectáculo de todo un pueblo que profundamente conmovido sabe agradecer. Leóncio dice... gracias... gracias; no puede hablar.

Acto seguido, todos a la misa que celebra el párroco de Matluenga, asistido de los de Espinosa y Rioseco. El sermón estuvo a cargo del párroco de Rioseco, que le presentó el hogar donde se le abrieron los ojos a la luz de la fe y se formó espiritualmente, haciéndolo con frases tan sencillas y apropiadas que a la mayoría de los asistentes se les nubló la vista por la emoción.

A mediodía suculento banquete costeadó por todo el vecindario y servido por las impáticas jóvenes de la localidad, Teresa, Amalia, Argimira, hecho a base de productos del país.

Por la tarde, baile de jota, tomando parte parejas de todas las edades, a la antigua usanza en el que participaron hasta algunos forasteros que casualmente pasaron por el pueblo y les contagiaba la emoción, y cantos en los que se lució una vez más el conocido tenor de la localidad don Tomás Fontano.

Al finalizar la tarde, el pueblo en masa viene a despedir a los espléndidos visitantes que son aclamados sin cesar.

EL VECINO C.

(Crónica publicada en "El Diario de León" el 8 de mayo de 1948).

B.—Saludo de la Escuela de niñas

Bienvenido, bien llegado
sea a su pueblo natal
el hijo amante y honrado
que tras una larga ausencia
a vernos ha regresado.

¡Bienvenido! El pueblo entero
hervir de puro entusiasmo
y os saluda por mi boca
que enmudece y titubea
de admiración y de pasmo.

Porque aún es corta mi edad
y nunca mis ojos vieron
tan alegre novedad:
un paisano recibido
por toda la vecindad.

Espinosa agradecido
bendice a la Providencia
a la cual hemos debido
gozar hoy de la presencia
de Leoncio tan querido.

Oh Leoncio! ¿Cómo no daros Sea también bienvenida
el parabién más cumplido vuestra buenísima esposa
cuando tanto enaltecisteis y a los dos os deseamos
con vuestro rasgo magnánimo que sea larga y feliz
el pueblo en que habéis nacido? vuestra estancia en Espinosa.

Coplas compuestas por las poetisas y cantadas por los jóvenes del pueblo, en el recibimiento.

I
A Don Leoncio y su esposa
con su digna compañía
les recibe el vecindario
con júbilo y alegría.

II
Con muchísima alegría
gozosas le saludamos
y en nombre de todo el pueblo
la bienvenida le damos.

III
Hemos pedido con fe
a la Virgen milagrosa
tuvieran feliz viaje
hasta llegar a Espinosa.

IV
El amor que el pueblo tienen
con obras lo han demostrado
quedando de manifiesto
en magníficos regalos.

V
Las gracias más expresivas
con toda el alma le damos
por el reloj estupendo
que en la torre está sonando.

VI
A Doña Carmen Pero
le agradecemos de veras
el feliz gesto que tuvo
donándonos dos banderas.

VII
Aunque no nacida aquí
y vive en lejanas tierras

es hija ya de Espinosa
con derecho a ser su reina.

VIII
Nuestro saludo también
a Don Gerardo y Señora
nos costa por referencia
que quieren mucho a Espinosa.

IX
Don Faustino Goicoechea
con su arte proverbial
ha dibujado los planos
de esta obra colosal

X
El gran maestro Sampedro
otra vez se ha acreditado
ejecutando el proyecto
con acierto no igualado.

XI
Don Leoncio y su señora
han sido pues los donantes
y el Párroco de Ríoseco
también trabajó bastante.

XII
Todos los días venía
movido por la ilusión
animando los trabajos
hasta instalar el reloj.

XIII
A todos estos señores
les despedimos cantando
y a la Virgen pediremos
que en el cielo nos veamos.

C.—Saludo de la Escuela de niños

Al tener el gusto de conocerle y saludarle, en nombre de todos los niños de la escuela le doy la bienvenida y le deseo una feliz estancia en este pueblo querido, donde se le estima y agradece el obsequio que le hace.

Esa obra que nos hará mirar muchas veces hacia Dios, a usted más que a nadie da honra, y seguirá dándole vida y nombre eternamente; pues las sucesivas generaciones pronunciarán agradecidas el nombre de su autor... LEONCIO.

La obra que estáis realizando sirva de lección a grandes y pequeños: a éstos les dice que con el trabajo y la honradez se consigue en esta vida honores y bienestar; a los grandes les dice que el mejor destino que se puede hacer de las riquezas es emplearlas en obras de utilidad pública, en remediar las necesidades de los pobres y en facilitar medios para que los niños y jóvenes se eduquen y lleguen a ser ciudadanos útiles.

Para los ricos que destinan sus riquezas a darse tono y comer bien... nuestra indiferencia y desprecio.

Para los ricos como Leoncio... nuestra mayor consideración y aprecio. Y si su economía lo permite, siga prodigando el bien, pues además de agradecérselo los hombres... se lo premiará Dios.

¡Viva Leoncio! ¡Viva Espinosa! ¡Viva España!

¡Viva la Colonia Española en Méjico!

D.—Saludo del Pueblo y Autoridades

SEÑORES LEONCIO Y CARMEN: Cuando el corazón habla, debe callar la lengua y ya véis con cuanta elocuencia está hablando el corazón de vuestros compueblanos que ponen todo el cariño y entusiasmo de su alma en este afectuoso recibimiento que os están dispensando.

Ante esta espontánea y emocionante manifestación sobran las palabras y las pocas que voy a pronunciar en nombre de la Junta vecinal, de la Comisión pro-obras del reloj y de la juventud masculina y femenina, tienen por objeto haceros el ofrecimiento de este homenaje y de estos obsequios, modestos en sí, y

pequeños para lo que merecen vuestras personas, pero grandes por el afecto y sinceridad con que se os hacen.

En nombre, pues, de toda esta gente que os rodea y aclama ante la casa de vuestros padres, ¡SEAIS BIENVENIDOS!

También nuestra bienvenida cordial y afectuoso saludo a vuestros distinguidos amigos don Gerardo Hidalgo y señora, a quienes Espinosa se complace en declarar sus huéspedes de honor.

LEONCIO: De parte de este pueblo que te vió nacer y cuyo nombre tanto habéis enaltecido tú y tu esposa con vuestros magníficos regalos: ¡Muchas gracias!

Y para terminar: Recibe este abrazo en que va encerrado el abrazo de todos y cada uno de los habitantes de este pueblo que te quiere de veras.

E.—Bienvenida de la Parroquia

De corazones bien nacidos y cristianos es propio el ser agradecido; el primero que tiene derecho a esa gratitud es el dador de todo bien, Dios Nuestro Señor. Es la gratitud un sentimiento que hace vibrar a los corazones generosos. Las dos almas más nobles que han paado por la tierra son, sin duda, las de Jesucristo y la Virgen. El a cada instante daba gracias a su Padre; Ella después del anuncio de la Encarnación, en un arrebato de agradecimiento, improvisó aquel sublime himno de acción de gracias, el Magnificat, que millares de labios han repetido desde entonces, y seguirán repitiendo hasta el fin de los siglos.

El agradecimiento es, por tanto, una virtud eminentemente cristiana. Sed agradecidos, escribe San Pablo, y dad siempre gracias a Dios por todas las cosas". Esa gran educadora de los hombres que se llamó Madre de la Iglesia, nos da diariamente excelentes lecciones prácticas de esta virtud. Cada día millarse de veces repite por boca de sus sacerdotes en el prefacio de la Misa: "Demos gracias a Dios Nuestro Señor". "Digno y justo es", responde el ayudante, y replica el sacerdote: "Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable el que siempre y en todas partes demos gracias a Ti oh, Dios omnipotente! por medio de Cristo Nuestro Señor".

Pues bien, este acto religioso, esta misa que estamos cele-

brando, es de acción de gracias a la Providencia, a la cual he-
me debido gozar hoy de la presencia de Leoncio tan querido,
como acaba de decir la niña que recitó la poesía de salutación.
Por eso la primera visita de estos recién llegados tenía que ser
para el Primer Vecino del pueblo, para el Dueño de esta casa,
Jesús Sacramentado, dándole gracias porque nos los ha devuelto
sanos y salvos, después de 13 años azarosos y llenos de peli-
gros. Por eso nuestro homenajado, después de entrar en la
casa paterna, donde por primera vez vió la luz material, tenía
que entrar en esta otra casa de familia, en que los ojos de su
alma se abrieron a la luz de la fe que recibió con las aguas
regeneradoras del bautismo.

En esta casa, donde entró la primera vez traído por sus pa-
drinos, después en brazos de su madre o de la mano de su pa-
dre; más adelante, durante su niñez y juventud, para cumplir
como buen cristiano sus deberes religiosos, en esta casa, repi-
to, era justo que entrase hoy con todos los honores correspon-
dientes al feligrés más benemérito de la parroquia, tan engran-
decida y realzada por su gesto de grandeza y dependimien-
to hacia ella, que gozosa se asocia a este jubiloso recibimiento, y
que por mi boca le dirige desde este sitio sagrado, el saludo
a la vez oficial y amoroso de una madre que, con los brazos
abiertos, recibe al hijo bueno que vuelve de tierras lejanas
y cuya ausencia tanto añoraba.

¡Bienvenido seas, Leoncio!, te dice también esta tu madre
espiritual que es la parroquia; y vosotros, feligreses de Espino-
sa, aprended y practicad la elocuente lección de religión y pa-
tria que con su ejemplo os enseña vuestro ilustre compaisano,
cultivando como él, en vuestra alma, los tres grandes amores
que ennoblecen al hombre: Amor a Dios; amor al prójimo y
amor a la patria chica y grande.

F.—Inauguración del reloj

El día de San Isidro, festividad que este pueblo celebra des-
de hace muchos años, en que por iniciativa de aquel otro gran-
de espinosés don Isidro Fuertes (q. e. p. d.) y costeadado por él
y sus compañeros "mejicanos", fué donada a esta parroquia la
imagen del Santo, se inauguró y bendijo el reloj donado por
don Leoncio y su señora doña Carmina.

Como nobleza obliga, obligado estaba este pueblo a dar prueba pública de su agradecimiento, y lo hizo este día perpetuando el recuerdo de sus donantes, a quienes nombró hijos predilectos y adoptivo respectivamente, en duradera piedra de mármol y artístico pergamino, que en nombre del pueblo les ofrece don Antonio, párroco de Rioseco, hijo de este pueblo y dirigente de las obras, las que gracias a su diligencia y esfuerzo de los competentes maestros de obras, Sres. Sampedro y Vega, ayudados por sus oficiales, fueron terminadas en esta fecha luchando contra los elementos, y lo hizo don Antonio por encargo de nuestro aciano, culto y venerable párroco, don Saturnino, a quien la humildad más que la falta de fuerzas, le incitó a ello.

Empezó la fiesta con voladores y dianas ejecutadas por la música local "Orquesta Labrador". A las once, Misa solemne oficiada por el culto párroco de Villarroquel, asistido por los párrocos de Mataluenga y Rioseco, preclaros hijos de este pueblo. El sermón estuvo a cargo del R. P. Honorato, agustino, quien nos presentó al santo como modelo en tres aspectos: cristiano, labrador y esposo. La iglesia estaba completamente llena por fieles, entre los que había muchos forasteros, no faltando el señor Hidalgo y su gentil esposa.

A la salida de misa, bendición de las obras y descubrimiento de la lápida y entrega del pergamino. Don Antonio, con el agrado de todos, nos relata la historia de aquel templo y el esfuerzo que nuestros antepasados hicieron para construirle. Dando las gracias a todos los colaboradores de las obras en general y muy especialmente a los donantes y al inolvidable finado don Isidro, por quien todos los presentes, emocionados, rezaron un Padrenuestro, y quien sugirió la idea a don Leoncio, con aquellas cosas tan suyas, pues al remitirle a Méjico una participación de Lotería de Navidad, le dice: "Si toca el "gordo", reserva 50.000 pesetas, para poner un reloj en la torre de tu pueblo", a lo que contestó don Lucio: "Toque o no toque, se pondrá el reloj, Dios mediante; enviad presupuesto".

Bien por don Leoncio y su señora doña Carmina... Bien por Espinosa.

EL VECINO C.

(Crónica publicada por "El Diario de León", el 2 de junio de 1948)

G.—Entrega del Pergamino

Por el vocal primero de la Junta Administrativa) (15 de mayo de 1948).

Señores Leoncio y Carmen: Según aquel refrán castellano que dice «A tal señor, tal honor» esta junta que me honro en representar, al repetiros su profundo agradecimiento, se com-



Entrega del pergamino

place en otorgaros el más alto honor de que ella es capaz, y que a nadie del pueblo ha sido concedido hasta el presente pues ninguno ha demostrado su amor al pueblo de manera tan eficaz y convincente como vosotros, por lo cual ha estampado en su libro de actas el acuerdo siguiente:

«La Junta Administrativa de Espinosa, en cumplimiento del anhelo unánime del vecindario, acuerda nombrar a don Leoncio Martínez y a su esposa doña Carmen Peró, hijo predilecto el primero e hija adoptiva a la segunda, en consideración a su acendrado amor al pueblo que una vez más han demostrado con la espléndida donación de un reloj y dos ban

deras para la torre e Iglesia del pueblo honrando altamente la tierra que les vió nacer.

Y para que conste y entregar a los interesados se extiende este pergamino.

El Presidente.— Higinio Zapico (Rubricado). El Secretario.— Anastasio García (Rubricado).

Dignaos aceptar este modesto pergamino que sirva para perpetuar vuestra generosidad y nuestra gratitud.

H.—Nuestra Señora de Agosto en Espinosa

El día 15 Asunción de Nuestra Señora, fué una festividad apoteósica y sentida por los caritativos, hidalgos y afonosos labriegos de estas tierras.

Cuando las densas sombras de las noches huían y se diluían como el humo ante el beso casto y fecundo de la roscita aurora, la banda de música rasgaba el espacio con sus notas armoniosas y vibrantes, que despertaban los soñolientos campesinos, hormigueando al punto por las calles un sin número de personas.

Eran las once de la mañana. Redoblaban las campanas de la esbelta torre, a cuya llamada acudían grupos ya de niños alegres en cuyos labios se dibujaba una dulce sonrisa, ya de jóvenes en cuyos ojos se regocijaba la bóveda celeste, ya de hombres que rodeaban a su hijo predilecto don Leoncio, husmeaban acá y allá... y todos al fin fueron a postrarse a las plantas benditas de la Virgen para contarla quedamente sus culíes.

Terminado el evangelio dirigió la palabra un orador agustino. En el momento de la consagración el espacio fué rasgado por armonicasas notas de cristal que infundían respeto hasta la médula de los huesos. Terminada la misa, en solemne y ordenada procesión, el Santísimo Sacramento se dignó recorrer las calles de este pueblo entre cánticos y oraciones.

Por la tarde en dos boleras, lucieron su arte todos los aficionados de estos contornos y hubo armonioso baile en «la huerta de las Mocinas».

El día dieciséis comenzó en los primeros albores de la madrugada la fiesta pueblerina. Ante el tañido de la campana, todos acudieron a la tradicional procesión de San Roque(dirigiéndose al lugar, en el que según la tradición existió una ermita en su honor, de la que hoy solo queda ¡oh dolor! los recuerdos.

Espinosa, pueblo de ilustre prosapia y célebre por sus fiestas religiosas, se siente feliz y dichoso al cobijar bajo sus alas a don Leoncio y doña Carmina, acompañados de los señores Hidalgo, así como también a don José Rodríguez, don José Alonso, Félix García, Bernardo García y otros muchos, todos ellos comerciantes e industriales de Madrid y al recuerdo de don Isidro Fuertes (q. e. p. d.) y su esposa doña Petra Buceta, a los que debe Espinosa la merced de tener un magnífico reloj, dos hermosas banderas, vallosos ornamentos de iglesia y tantas imágenes que algunos forasteros exclamaron espontáneamente al salir de la procesión: ¿Pero todos estos Santos son de la Iglesia de Espinosa?

Las fiestas se esfuman cual olas de mar y así van los hombres rodando a la par.

Espinosa tu fiesta ha cesado, y en alas del viento partió; pero esbelta y señera ¡Oh Leoncio!, tu memoria en la to-
[Irre quedó.

(EL VECINO C.)

(Artículo publicado en El Diario de León el 17 de Agosto de 1.948).

I.—Grato recuerdo

En Septiembre último por iniciativa de nuestro venerable párroco, ha pagado nuestro pueblo una deuda de justicia hacia sus bienhechores, celebrando un funeral solemne por las obligaciones de los mismos, particularmente por el finado don Isidro Fuertes Miranda, fundador en Méjico de la Colonia Espinosina, que a propuesta suya, donó a esta Iglesia hace 24 años, la imagen de San Isidro Labrador, cuya fiesta se celebró varios años a sus expensas quedando establecida definitivamente en la Parroquia.

Otro bienhechor sobresaliente es don José María Rodri-

guez, que sin ser nacido en el pueblo, se ha hecho acreedor al título de hijo adoptivo, por el afecto que siempre le ha tenido y demostrado con valiosos ornamentos donados a la Iglesia y las abundantes y frecuentes limosnas que todos los años distribuye entre los pobres del pueblo durante su veraneo. Como buen católico es verdadero devoto de la Santísima Virgen, en cuyo Santuario de Camposagrado, el día de su fiesta principal, fué estrenada una magnífica casulla que él regaló.

En dichos sufragios se hizo mención especialísima por los difuntos de la familia de don Leoncio Martínez, hijo prebendado de Espinosa, que después del funeral, presencié emocionado la solemne bendición de una soberbia campana que lleva la siguiente inscripción: «Donado por don Leoncio Martínez desde Méjico, año 1948». Deja con ello tras sí, un recuerdo imperecedero, porque si el tiempo o los elementos pudiesen algún día borrar esas letras de bronce o las de mármol de la lápida que se le dedicó al inaugurar el reloj de la torre nada ni nadie será capaz de borrar las que cada uno de sus convecinos lleva inscritas en la carne viva de su corazón, que a cada golpe del badajo dará un latido de gratitud hacia quien les hizo tanto honor y beneficio.

Como buen español que es, empleó gran parte de su estancia en España en visitar casi todas las provincias de la Patria grande, comprobando personalmente las hermosas realizaciones del Movimiento Nacional al que prestó su entusiasmo y arriesgada colaboración desde su puesto en la Falange exterior de Méjico.

Este no fué obstáculo para que dedicase lo más y mejor a la Patria chica, de cuyas tradiciones religiosas y populares es un verdadero enamorado, gustando de vivir entre sus compatriotas por cuyo bien de estos se interesa grandemente, participando de sus asambleas concejiles en las que les daba prudentes consejos y normas de buen gobierno y administración vecinal.

Donde más patentizó su amor al terruño fué con su activa participación en las clásicas fiestas de Nuestra Señora y San Roque, este año, de concurrencia extraordinaria, atraída por su presencia y por el deseo de conocer la obra de engrandecimiento por él realizada en el pueblo que le viera nacer.

No podía silenciarse en esta reseña sus dos visitas a Camposagrado: una en junio para hacer entrega de las limosnas por él recaudadas en Méjico para el Santuario, y otra el 8 de septiembre para dar gracias a la Virgen por la protección que le ha dispensado desde aquella otra fiesta de 1921 en que con otros compañeros de la misma había «puja'o» su imagen en esta procesión.

El acto terminó con un breve discurso de don Antonio que excitó a todos, particularmente a los niños y jóvenes, a que demuestren su agradecimiento a los donantes, tratando con el mayor respeto para que no sufran desperfectos, la fachada de la torre, esferas, campanario, escaleras, etc., y conservando cuidadosamente las dos preciosas banderas, primorosamente bordadas por las MM. Trinitarias de Puebla de los Angeles, por encargo de doña Carmen.

Terminó felicitando por su feliz actuación a la comisión de obras que finalizó su cometido, ofreciendo a don Leoncio un artístico álbum que contiene fotografías, poesías, crónicas, discursos y cuanto en honor suyo se hizo y dijo en estos homenajes. Dicho álbum ha sido magníficamente presentado por el insigne pintor don Faustino Golco-Aguirre a quien por nuestro conducto, el pueblo y autoridades agradece públicamente los excelentes servicios que con este motivo les ha prestado.

(Crónica publicada el 9 de Octubre de 1948 en El Diario de León).



Descubrimiento de la lápida dedicada a
D. Leoncio y señora

5.—Un Testamento del siglo XIX

Suponiendo sea del gusto de mis lectores conocer cómo hacían los testamentos nuestros abuelos, pongo a continuación la copia de uno otorgado el 11 de enero de 1814, no muy antiguo, pero sí lo suficiente para que nos demos cuenta de la mentalidad y usos de una época no muy distante, pero muy diferente de la nuestra. Va transcrito literalmente por contener pormenores muy curiosos acerca de los nombres de prendas de vestir y objetos que entonces se usaban. Dice así:

«In Dei nómine. Amén. Sepan quantos vieren este mi testamento q.e yo Franc.^o Carvajo, vez.^o de este de Espinosa de la Ribera, hallándome enferma de enfermedad q.e Su Majestad fué servido darme, pero en mi sano juicio y conocimiento natural. Creyendo firmemente en el mysterio de la Ssm.^a Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los mysterios de Ntra. Sta. Fe Católica, en cuya fe he vivido y protexto vivir y morir, poniendo por mi intercesora y Abogada a María Ssma. y a todos los santos de la Corte celestial que rueguen a Dios por mí, ordeno y dispongo este mi testamt.^o en la manera siguiente:

Primeramente, mando mi alma a Dios Ntro. Señor q.e la crió y redimió con su preciosísima sangre, y el cuerpo a la tierra de q.e fué formado y q.e sea sepultado en la iglesia de este pueblo y q.e a mi entierro (q.e quiero sea mayor) v autos asistan cuatro sacerdotes y el párroco y q.e se apliquen por mi ánima ochenta misas, dos por mi marido, otra por mi antecesora, otra por mis padres, otra por mis suegros primeros, otra por los padres de Sebastn. y q.e la limosna de ellas sea de a quatro rrs. Y t. a los santos y santas de mi devoción once misas de a seis rrs. cada una. A mi hijo Pedro perdono, todo le he dado y si mi marido Sebastn. le pidiese algo de lo q.e gastó, se lo pague a cuenta de mis bienes.



Tribunal presidencial del homenaje

Y t. por las rentas q.e le debo, le mando el quifión de los Sotillos y la zerrada del Moratín. y si viniese que se le haga a mi costa un vestido entero de somonte con su capa.

Y t. le mando un arca nueva con su llave y todo quanto hay en ella; excepto una coleta de pana, y un sayo para Sebastián y un justillo de sempiterna para Fulgencia.

Y t. le mando lo q.e valgan quatro machos, los mejores, y que se los guarden y den cuando venga.

A mi marido Sebastián le mando cuanto le quepa en manda y para pagarle una vaca, un novillo de tres años, un jato y una jata, ambos de dos años, q.e trajo al matrimo- nio, le mando el buey negro, el novillo y la potra, un arca de negrilla con su llave, una caldera mediana y el caldero en q.e se hacen las sopas, una cama con su jergón, dos sá- banas buenas de estopa, una manta y un retal nuevo, seis ca- bras y seis ovejas, los aperios y el carro, por sus días le man- do la casa de Baltasar, con sus entradas y salidas excepto la mitad de lo nuevo que mando a dcho. mi hijo a quien quie- ro que venga en muriendo Sebastián; Y que todo se lo com- ponga a mi costa.

A mi hermana mando dos quartales de trigo, un pernil y cincuenta rrs. en dinero. A las dos niñas grandes de Quico, a cada una una cordera, a la pequeña una borrega blanca, y a los dos niños y a Saturnino, a cada uno lana para unos calzones; a la mi Theresina una saya de estameña suelta. una almilla de sempiterna verde, un pañuelo bueno y unos zapatos y a su hermano Snto. una montera malagueña y a cada, una oveja blanca. A Agustina y a Fulgencio vara y m.^a de estameña azul para un justillo a cada uno. Toda la ropa de vestir a cada día, la mando a la criada y a su ma- dre y a ésta un feje de lino; medio feje a Rosaura, otro me- dio a Vicenta; a mi comadre de Mataluenga un mandil y una mantilla nuevos y un feje de lino. Otro mando a Jacin- to, otro a Gra., otro a Columba y otro Ant.^a la de Roquino.

Y a dha. mi hija Fulgencia por asistir sobre mi sepultu- ra le mando la tierra de los Cascajones, la mayor.

Por testamentarios nombro a mi yerno Pedro, a mi ma- rido Sebastn., y a Quico, a quienes doy todo mi poder para que de los más bien parado de mis bienes vendan en almo-

neda o fuera de ella, hasta cumplir enteramente todo lo contenido en este mi testamto., y de lo restante que quedare deo por herederos a dhos. Fulgencia y Pedro Alonso, para que lo gocen con la bendición de Dios.

Y por este testamto. anulo y revoco otra cualquier disposición hecha antes. y quiero q.e valga sólo esta q.e hago oy, once de Enero de mil ochoztos. catorce, siendo testigos mis convezos. Dom.^o Marz. y su hijo Sant.^o, Raymundo Mrz., Franc.^o Alonso, menor, y Juan Alvarez, q.e para q.e conste lo firmaron.»

Texto del Pergamino

Divina precedente virtute cujus imperio cuncta geruntur et alterna sorte connubia celebrantur.

Cujus divina lux tradidit honestorum vivorum turba opusuit cum in principio Deus contutueret et omne procreasset dixit quoque Deus: non est bonum esse hominem solum faciamus ei adjutorium similem sibi.

In nomine ego dominus Aparitius tibi uxor mea Maria Roderici in domino DeDo eterno solutem amen.

Placuit mi pro bano opere pacis voluntas pronto corde et clara mea mente ut facian tibi carta de dotis arrarum de mea hereditate quanta ego et debeo habere in Spenosa de meo patrimonio vel de comparacionis ant de ganancias. De ista hereditate do et conciedo medietatem a vos María Rodríguez en arras casas, solares, montes, exitum, divisum cesum vel regressum.

Ita ut de odie deicire meo excita et iuro confirmata biban tibi et tibi qui tibi fuerit voluntas usque in finem seculi amen.

Si quis vel parentum meorum aut extraneorum contra hanc cartam venerit presentum disrumpet sedeat maledictus et excommunicatus et cum iuda traditore in inferno demisso et in super pectet centum maravedisorum.

Ad tibi María Rodríguez ante qui voci tue tenuerit et ipsa hereditate duplata vel triplata in simile loco meliorata et vos in preceptum esbituro. Facta carta dotis arrarum notum die quoderit sobato et quod dum octo kalendas februarii in era millesima ducentesima m. c. c. quadragésima. Ego dom apa-

ricio a ti María Rodriguez hanc cartan donacionis manus meas roboravi et signum feci. Regnante rex adefonsus cum regina berengaria in león et in gallezia et in asturias et in stremadura.

Signifer regis Fernando García. Villico regis garciá gun'e salvus episcopus dominus joannes in sede sancti salvatoris. tementi ordas simon sanctus submanu ejus roi frailliz moiorno gonsalvo pata. Fernan pedriz confirmat — don adam confirmat — don stevano confirmat. Qui presentes fuerunt qui acidierunt et viderunt consejo de Spenosa.

Petro, Pelagio, Martino, testes.

Nicolaus me notuit.

divina pcedente uirtute eius imps circa gerit. talia forte conubia celebrant. Cuius
 ua lux tradidit bonisq; uiror; causa pposita, dum ipncipio de constructet rone percellit
 chi eque deus. No e boni ee homine solu faciant ei aduozu siml sibi. In mine ego dom
 mul aparuit e uxor na maria rodrici. Ihuo de gno salute am. Placuit in pbono ope poci
 mulat puto cede iclara ma nre ut facio e karta de doctis artatu demu hereditate qsta ego e
 debeo abere. ispenosa. Ihuo partimento. ul decoparationis aut agnacionis. dila ereditate do rcon
 ebo. medietate auos maria rodriguez enatal casu solares nices extra diuisu cellam ul regressu. ka
 ut deodie deuiri meo exerta iuso confirmata. hila e qst fuerit uolunt ulq; i fine soli am. Sicut u
 parituz uiror; aut extraneor; eora hanc karta pmet pmetu pmetu distripe sicut maledicta rconu
 unicat rconu uidi traditoe inferno diuill. q ilup pect. e. grolabatos. ad maria rodriguez aut
 quoci tue tenuit. q ipsa hereditate diuilla ul grolata. simul loco mclorata, uos impetiu abi
 turo, facta dicit artat; ncu die qd erit flauo. i qd du. octo. kds. februari. In epa. q. ce. qbra
 iesima. Ego donapario de maria rodriguez hac eura donacionis man mas roborau. Ihuu feci.
 Regitate rex adfonsi citregua berégaria ilon sigallera. iusturial. iustemadura. Sigufer regis
 fernado garcia. iustico. regis garcia guonila. epe dñi ioanes fidei. i saluatoris. reuex e.
 das simon lanchis. filio manu eius roi frolar. maximo grolauo para
 ferna pdriz ihs. don adam. af. donstuanio. af
 Qui pscntes fuer qandoc; uidet consello desponsa

test
 Salagio
 Salagio



Traducción libre del documento del siglo XIII

(Véase su texto latino en la página 118)

Con la ayuda de Dios, por cuyos decretos se rigen todas las cosas, y en cuyo nombre varón y mujer contraen sus desposorios.

Cuyo divino resplandor sacó de la nada la caterva de los vivientes, y al comienzo del mundo el mismo Dios, al crear al hombre, dijo: No está bien que el hombre se encuentre sólo; hagámosle una ayuda semejante a él.

En su nombre, yo, don Aparicio, a tí, mi esposa, María Rodríguez, salud en el Señor y eterno Dios.

Me he determinado, en bien de la paz, con todo cariño, y después de bien pensado, de escriturar en dote de arras, toda la hijuela que tengo y deba tener en Espinosa, de mis bienes patrimoniales, de compras y acreces. De esta hijuela doy y otorgo la mitad en arras a María Rodríguez: es a saber: casas, predios, montes, con entradas y salidas. De tal manera que, desde hoy con escritura por mi mandato hecha y con juramento confirmada, queda a todo tu derecho y voluntad, por los siglos de los siglos, amén.

«Si alguno de mis deudos a extraños se levantara contra esta escritura, quede maldito y excomulgado, y sea arrojado en los profundos infiernos, con Judas el traidor; y además pache la multa de cien maravedíes.

Por tí, María Rodríguez, o por el que tuviere tu representación quede la heredad, para siempre, para que sea mejorada, y si fuera posible, doblada y aún triplicada.

Se hizo esta escritura de dote de arras, hoy sábado, a 8 de las calendas de Febrero de la era mil doscientas cuarenta (1202).

Yo, don Aparicio, para María Rodríguez, subscribí y firmé de mi mano esta escritura de donación. Reinando el rei Alfonso IX con la Reina consorte, doña Berenguela, en León, en Galicia, en Asturias y en Extremadura.

Siendo Aléferes del Rey, Fernando García, Mayordomo Palatino, García Gonzalo; siendo don Juan, obispo de la Sede episcopal del Salvador (Oviedo). Defiende la Torre de Ordás Simón Sánchez, y bajo su mandato Ruiz Froil; Mayorino, Gonzalo Pata.

Confirman esta escritura: Fernán Pérez, don Adán y don Estebán; quienes estuvieron presentes, de oído y de vista, en el lugar de Concejos de Espinosa.

Son testigos: Pedro, Pelayo y Martín.

Siendo notario, Nicolás.

VII

MUSA POPULAR

- 1.—Cantares de boda.
- 2.— » de baile.
- 3.— » de Ramos.
- 4.— » al Sr. Obispo.
- 5.— » a los Diputados.
- 6.—Epístola riberana.

1.—Cantares de boda (1)

Uno de los números más típicos del programa de bodas, eran los clásicos cantares a los novios, interpretados con acompañamiento de pandeteras por una pareja de «cantadoras» que, junto con el cortejo, escoltaba a los recién casados, cantando algunos versos en cada una de las paradas que hacían de trecho en trecho, por el camino, desde la Iglesia a la casa nupcial, engalanadas las calles con las vistosas «tanlanqueras» o colgaduras suspendidas de las ventanas de ambas aceras en las que ondeaba en policromada combinación los pañuelos de seda y mantos de ramo o de raso.

Es una pena que gran parte de los novios de hoy, a causa de un malentendido modernismo, desdeñen a estas castizas y alegres manifestaciones que están casi desaparecidas.

Para que al menos se conserven en la memoria de los que oyeron en su niñez y puedan tener noticias de ellos las generaciones futuras, ponemos a continuación algunos versos más enjundiosos de tantos como había.

Tengan muy felices días
el Sr. Cura y los novios
que con el Cuerpo de Cristo
se desayunaron todos.

La enhorabuena les damos
a los novios y padrinos
les venimos a obsequiar
con muchísimo cariño.

Toma niña agua bendita
con la tu manó derecha

la primera de casada
la última de soltera.

Sal casada de la Iglesia
piso la piedra labrada
que esta es la primera vez
que la pisas de casada.

Sal casada de la Iglesia
salir no salgas llorando
que no digan que te pesa
porque le diste la mano.

(1) Permítame el P. Clemente completar lo que él escribe sobre las bodas en la página añadiendo estos datos que él no poseía al redactar su trabajo.

Miradla que linda sale
por las puertas de la Iglesia
miradla que linda sale
con todas las reverencias.

Hoy te sacaron la cruz
de plata para casarte
delante del Crucifijo
la palabra entregaste.

Compañera, a misa fuiste
soltera, y vuelves casada
ya no puedes deshacer
el nudo de la lazada.

Apártense para un lado
Señores y Caballeros
dejen pasar adelante
los recién casados nuevos.

Que te dijo, casadina
el Sr. Cura en el libro
que, después de amar a Dios
amarás a tu marido.

Hoy al despuntar la aurora
cantaban los ruiñesores
y en el cántico, decían:
hoy se unen dos corazones.

Salgan al campo, Señores
verán al verde romero
y verán la niña ir
al lado del caballero.

Cuando al altar te acercaste
con el corazón contrito
y de alimento te dieron
el Cuerpo de Jesucristo.

Casada, ya estás casada
con los libros de San Pedro
la Virgen te hace dichosa
y los Angeles del Cielo.

Hoy se deshojan las hojas
de las hermosas paleras
y se despide la niña
de todas sus compañeras.

Si tienes algún sentir
de todas tus compañeras
dínoslo por todo el día
que hoy te despidas de ellas.

La señora novia de hoy
parece que viene triste
con tan buena compañía
no tiene por qué afligirse.

Esta calle está enramada
con ramos de perejil
que la enramó el Sr. novio
cuando la vino a pedir.

El novio es alto y buen mozo
y de presencia bastante
no despreciando al padrino
que también es elegante.

Oiga Usted, Sr. Padrino
el de la faja de seda
saque su petaca de oro
y reparta lo que hay en ella.

Si no sabe las costumbres
el padrino generoso
en este pueblo se usa
dar un puro a cada mozo.

Nosotras nada pedimos
no somos interesadas
a recibir cuatro duros
ya estamos acostumbradas.

Esta señora madrina
tiene una cara de rosa
y todos sus procederess
son de ser muy generosa.

A la señora madrina
ya no le pedimo nada
una rosca de cien libras
nos tendrá ya preparada.

A lterminar esta calle
y al revolver de esa esquina
ya se divisa el palacio
dónde habitaba la niña.

Adios casa de tus padres
ventanas de cuatro esquinas
ya se fueron para ti
las entradas y salidas.

Otra nota muy típica de las bodas la constituía el «baile del bollo y la rosca».

La madrina tenía que regalar un bollo a los mozos y una rosca para las mozas, que por la tarde los «ballaban» pasándolos sucesivamente de mano en mano cada pareja de bailarines a la siguiente, después de tenerlos cogidos con una toalla por el tiempo de un cantar. En este baile se solían echar vivas poéticos como este:

Vivas los señores novios el padrino y la madrina
y el Cura que los casó los convidados y yo.

Al anochecer se reunía la juventud en la casa de la boda para partir la rosca entrelas mozas, y para los mozos el bollo cuy cabeza era cortada, reservándola para el vencedor en las reunidas y apasionantes «Carreras» que se celebraban el día de la tornaboda.

Abran las puertas, Señores.
Abranlas de par en par
dejen entrar a la niña
dentro de su palomar.

Salga la señora madre
por ese portal barrido
a recibir a su hija
casada con su marido.

Pájaro que bien volaste
entre la planta y la hoja
qué buena muchacha llevas
de este pueblo de Espinosa.

Ya puede tirar la barra
por encima del sombrero
qué buena muchacha llevas
para pueblo forastero.

La Virgen va por el Cielo
diciéndote. ¡Adiós querida!
nosotras con el pandero
te damos la despedida.

2.- Cantares de baile

"Todo lo nuestro se va perdiendo", exclaman con pena nuestros ancianos al contemplar cómo se divierten los jóvenes de hoy.

Y al decir esto se refieren principalmente a los bailes. "Los de antes, si que eran bailes"; aquellos nos cuadraban bien porque eran nuestros, es decir españoles y regionales, no extranjeros como los de hoy de los que ni siquiera el nombre entienden nuestros bailadores. Además de ser nuestros son más artísticos; en el baile suelto y en la jota del país se pone a prueba la agilidad y garbo del bailarín para acompasar los movimientos de sus manos y pies con los de su pareja. Era por lo mismo una danza difícil que requería aprendizaje y entrenamiento para adiestrarse tanto en la ejecución del baile como en el manejo de pitos y castañuelas. El animado espectáculo que ofrecían los pueblos en la tarde del domingo, con la plaza llena de gente de todas las edades que se recreaba ante dos filas de bailarines, cuyos ligeros movimientos junto con el sonido de las castañuelas y las voces de las cantadoras alegraban el ambiente, contrasta con los bailes nocturnos de hoy, mudos, y sin vida, en que las parejas dan vueltas de noria, sin orden ni arte y tropezándose mutuamente al son de una música chillona y exótica, que ni entienden ni ajustan a ella sus movimientos.

Pero un tercer defecto, el más grave, de gran parte de los bailes hoy en boga, es su falta de moralidad. La primera y esencial condición para ser buena una diversión es que sea honesta; si le falta esta circunstancia, es totalmente reprochable. Y es evidente que los bailes hoy en uso, por sus contactos y ademanes, horas y lugares en que se celebran, son un poco contagioso para el alma y cuerpo de nuestros jóvenes.

Se condenan así mismos esos bailes que huyen de la luz y para no ser vistos se esconden entre las cuatro paredes de

un salón con atmósfera viciada y enrarecida, física y espiritualmente, al contrario de aquellos bailes nuestros que se hacían a plena luz y sol de media tarde y en el medio de la plaza, constituyendo un sano y honesto esparcimiento, no sólo para los bailadores, sino también para los espectadores, que eran el pueblo entero.

A la puesta del sol se recogían (cuando volvían los ganados) no haciendo del día noche, y de la noche día como ocurre hoy. En los descansos o intermedios de aquel baile al aire libre, los mozos hacían el "corro" y echaban la ronda rematada por aquellos ¡jujú! que hacían llegar la alegría a las casas más apartadas.

Un elemento esencial de estos bailes eran los cantares que cantaban los mismos tocadores de pandereita reforzadas a veces por una o más cantadoras. Había larguísimo repertorio de estos cantares, iguales o muy parecidos en todos los pueblos, y algunos propios de cada uno.

Aunque a la verdad no tienen mucha chispa los que he seleccionado, os placará su lectura por haberlos oído en vuestra niñez y mocedad, y porque han sido cantados por nuestras madres y abuelas, que con sus voces hicieron volar sus notas por el espacio desde la "huerta de las mocinas" y la plaza, a las calles de Santa Colomba y Madral...

Aquí me pongo a cantar
no sé si seré segura,
porque tengo poca voz
y la gracia no me ayuda.

La primera ya canté
la segunda voy cantando
si no tienen bailadora
ya la puedan ir buscando.

Y con esto ya van dos
y a las tres va la vencida,
si no lo quieren creer
les canto la despedida.

Bailadores vi bailar,
bailaban con mucho garbo,
pero no he visto ninguno
como los que están bailando.

Por encima del aro
de este pandero,
veo la media luna
y el sol entero.

¡Ay de mí! que la perdí,
la gracia de cantadora;
¡ay de mí! que la perdí
en el monte siendo pastora.

Por el aro del pandero
que estoy tocando,
no veo la hermosura
de los que están bailando.

Hoy te dejo, hoy me voy,
hoy te perdí dueño mío,
con qué pena lo refiero,
con qué pena lo escribo.

Las lágrimas de mis ojos
se desprenden como un río,
aunque quiera yo no puedo
remediarlo, dueño mío.

Desde que te vi en la cuna
mandé poner veladores,
dos estrellas y un lucero,
con un ramito de flores.

Roble, ruda, palma y pino,
acebo, salvia y peral,
naranja parra y olivo,
picdralipez, naranjal.

Dame de tu parra un higo,
un racimo de tu higuera,
de tu peral una rosa
y de tu rosal una pera.

Tengo que quererte a ti
aunque le pese a una estrella,
aunque contra mí se ponga
fuego, viento, mar y tierra.

Los ojos del bien que adoro
tienen el mirar extraño,
que matan en una hora
más que la muerte en el año.

Todos los cuatro elementos
aire, tierra, mar y fuego,
son pocos para igualar
lo mucho que yo te quiero.

De tanto mirarte a ti
como tú me estoy volviendo,
como el mar está azul
de tanto mirar al cielo.

Ojos negros, cara blanca,
cabellos de oro teñido,
lucero de la mañana
mira que por ti lo digo.

Rosita de los rosales
dime cómo no te casas,
si pretendes algún rey
cuatro tiene mi baraja.

El de bastos no lo quiero,
el de oros no me agrada,
el de copas es borracho,
cásate con el de espadas.

El de espadas es valiente,
amigo de pelear,
que se ganó la batalla
en el Peñón de Gibraltar.

Tus ojos son dos luceros,
en el mirar son de flores,
tus dientes letra menuda,
tus labios son amadores.

En el jardín del amor
cinco rositas cogí,
y son los cinco sentidos
que tengo puestos en ti.

A la fuente del amor
con esperanza llegué,
¡ay! qué dolor me entró
cuando seca la encontré.

Para qué mandas tocar
las campanas del olvido,
si sabes que no se apaga
el fuego de amor encendido.

Por quererte olvidé a Dios
mira que gloria perdí,
ahora me voy quedando
sin Dios, sin gloria y sin ti.

La cadena del amor
es muy mala de romper,
llegando a los cien años
a veinte quiere volver.

La cadena del amor
es una cruel cadena
unos andan por salirse
y otros por entrar en ella.
Después de quererte tanto
me pagas con tal olvido,
no se puede fundar torres
donde el aire es combatido.

Quisiera que me entendieras
en una palabra sola,
ya sé que no estás agusto
hablando con mi persona.

Hablando con tu persona
yo si estoy agusto, prenda,
sólo quisiera saber
si tu voluntad es buena.

La mi voluntad es buena
pero propongo,
hasta no saber la tuya
yo no dispongo.

Tengo yo una compañera
que es como el oro brillante,
hasta en el cantar me dice
si estoy ronca que no cante.

Canta mi garganta canta,
canta mi garganta alegre,
no voy a sitio ninguno
garganta que no te lleve.

El pájaro en la jaula
se divierte con la alambre,
también yo me divierto
con las rejas de la cárcel.

Pájaro que vas volando
y en el pico llevas hilo,
dámelo para coser
mi corazón que está herido.

Si supiera que eres firme
como la caña de verano,
yo te entregara las llaves
de mi pecho soberano.
Dentro de mi corazón
no puedo meter a nadie,
porque tengo un candado
y mi amor tiene las llaves.

Un pajarito verde
picó en tu boca,
creyendo que tus labios
eran dos rosas.

Todas las mañanas voy
a las orillas del río,
a preguntar a los peces
si han visto al amor mío.

Del otro lado del río
tengo yo los mis amores,
aunque no los comunico
de ellos tengo favores.

En el mar me crié yo
y una concha fué mi cuna,
si no me caso con Concha
no me caso con ninguna.

Si supiera que eres firme
te hablara con confianza,
más como no lo sé
tengo el amor en balanza.

Amor mío si te vas
déjame una demudanza,
en el castillo de Ordás
un ramito de esperanza.

Ojos que te vieron ir
por aquel camino llano,
cuándo te verán venir
con la licencia en la mano.

Me quisiste y me olvidaste
y no te volví a querer
zapato que yo he desecho
no vuelve a entrar en mi pie.

Para qué dices a nadie
lo que remdio no tiene,
si con el agua pasada
el molino ya no muele.

El amor y el interés
salieron al campo un día,
y más pudo el interés
que el amor que te tenía.

Porque te quiero, mis padres
me castigan con rigor,
mucho puede la obediencia
pero más puede el amor.

Camino de la Rioja
llevaban preso a un gitano
porque se encontró una capa
antes de perderla el amo.

Dorada es la manzana
que rueda por tu aposento.
no la rompas con navaja
que va mi corazón dentro.

En el medio de la mar
hay una piedra redonda,
donde Cristo puso el pie
para subir a la gloria.

Las mocitas de ahora
son pocas y a menos van,
pediremos a San Pedro
que no lleguen a San Juan.

Allá va la despedida
metida en una naranja,
y rodeándola va
un ramito de esperanza.

Allá va la despedida
metida en una avellana,
no quiero tocar más
porque no me da la gana.

Mi compañera me manda
que cante la despedida,
y yo cantando le digo
adiós, compañera mía.

Mozo feo y sin dinero
enamorado y celoso,
lo camparan en mi pueblo
a la carabina de Ambrosio.

Una moza fregando
dijo al puchero,
ojalá te volvieras
mozo soltero.

Amor mío come y bebe
y échate a dormir la siesta
que me tienes tan segura
como el agua en una cesta

Tengo la mano pesada
no la puedo aligerar,
soy hija de un labrador
que me manda trabajar.

Tengo de mandar hacer
un coche con esquilones,
para sacar a bailar
los mozos de los rincones.

Esta noche la ronda
es de las mozas,
porque los mozos quedaron
haciendo alforjas.

Vale más una aldeana
con vestido de percal,
que todas las señoritas
vestidas de tafetán.

Aquí me pongo a cantar
sin cobardía y sin miedo,
el que no tiene delito
no le llevan prisionero.

Para empezar a cantar
no pido licencia a nadie,
que la tengo yo de mío
que tengo el amor alcalde.

No sé qué cantares cante
que no ofendan al Señor,
todos los cantares tienen
sus palabritas de amor.

De los árboles frutales
el olivo es el mejor,
que es de donde sale el aceite
para alumbrar al Señor.

Para empezar a cantar
licencia les pediré,
que no me digan mañana
que sin licencia canté.

Mi compañera está ronca
canta con paciencia, canta
y yo salgo al desafío,
que yo cantaré contigo.

Este pandero que toco
tiene el aro de nogal,
la mocita que lo toca
de Espinosa natural.

A la orilla del río
sembré lino y cogi flores,
aunque tú no me has querido
a mí no me han faltado amores.

Tengo una pena en mi pecho
y una congoja mortal,
que me hallo entre dos caminos
sin saber por cuál tirar.

Amores que te olvidaron
no los vuelvas a querer,
que son hierbas del campo
para volver a prender.

Todos los leoneses
han salido de León,
en busca de dos ladrones,
morena tus ojos son.

Cuatro duros me costó
el reloj de mi morena,
cuatro duros me costó
tres y medio la cadena.

El corazón de mi amante
lo tengo puesto en un libro,
y aunque mi amante se muera
el corazón queda vivo.

Quisiera abrir en tu pecho
una pequeña ventana,
para ver tu corazón
con quién se comunicaba.

Ausente del bien que adoro
ningun placer me divierte,
alegría para mí,
todo lo que veo es muerte.

Amor mío no me lleves
a vivir a la montaña,
que hace frío y nieva mucho
y soy niña delicada.

Ausente del bien que adoro
vivo yo sin libertad,
prisionero y sin delito
y a lo mejor de mi edad.

Cuando yo empecé a quererte
fué sin intención de amarte,
y llegué a un grado tan alto
que jamás puedo olvidarte.

Majo si vas a rondar
lleva la perra contigo,
que si te dan calabazas
te servirá de testigo.

Por quererte tanto a tí
a mí padre yo no conozco,
a mi madre la olvidé
y amigos ya no conozco.

En el campo entre las flores
te busqué y no te encontraba,
cantaban los ruiseñores
y creí que me llamabas.

En el jardín del amor
he sembrado varios años,
he sembrado pensamientos,
y he cogido desengaños.

Dices que me quieres mucho
es mentira que me engañas,
que en mi corazón tan chico
no pueden caber dos almas.

El árbol de la humildad
dicen que se va secando,
pero el de la envidia no
que son muchos a regarlo.

Acuérdate que diliste
a la orillita del agua,
que se acabaría el mundo
primero que tu palabra.

La gracia para cantar
ni se compra ni se hereda,
la dá Dios a quien quiere
y a mí me dejó sin ella.

Por aquella cuesta arriba
subía una labradora,
con el pañuelo en la mano
que a todo el mundo enamora.

El mundo no se ha acabado
pero tu palabra sí,
la culpa la tuve yo
que me he fiado de ti.

Al pie del juramento
con sangre estaba tu firma,
también se borra la sangre
como se borra la tinta.

Si me quieres di que sí
y si no, no me desprecies
que tú como tengas truchas,
no te bajas a los peces.

Al pie de una fuente fría
me puse a llorar mis penas,
y el agua me contestó:
no las hagas, no las temas.

A las puertas de la cárcel
no me vengas a llorar,
ya que no me quitas penas,
no me las vengas a dar.

Si me quieres di que sí,
si no dime que me vaya,
no me tengas al sereno
que no soy cántaro de agua.

Si me quieres dar la muerte
cuchillo te daré yo,
afilalo con mi sangre
para que corte mejor.

Algún día por tu calle
alegre me paseaba,
y ahora la paseo triste
sin esperanza de nada.

Algún día era yo
de tu plato mejor sopa,
y ahora soy el veneno
de los labios de tu boca.

Algún era yo sola
la que tu jardín regaba,
y ahora veo que van muchas
a tu pozo a buscar agua.

Mucho siento que tú sientas
en mi pecho alguna duda,
si sabes que en mí no cabe
más amistad que la tuya.

Para qué me escribes cartas
si no tengo quién las lea,
ya puedes saber amante
que yo no he ido a la escuela.

A la escuela de amor
por la mano me llevaste,
y a la primera lección
prisionera me dejaste.

Algún día fuentes claras
bien manaban por tu corrientes,
ahora pides por Dios
agua de las otras fuentes.

Tengo cuatro pañuelines
todos cuatro colorados,
cuatro galanes me rondan
y tres viven engañados.

Los mocitos de ahora
son pocos y mal unidos.
andan por las chimeneas
como gatos arrecidos.

Los mocitos de ahora
gastan mucho ringorrango.
un pañuelo en cada bolso
y la moquita colgando.

Con el pantalón chanchullo
la cachá y el corbatín.
parecen a los ministros
paseando por Madrid.

Todo el mundo me lo dice
y yo también lo considero.
que el que no tiene cabeza
no puede gastar sombrero.

Si quieres que te quiera
ha de ser con el ajuste,
que tú no has de hablar con nadie
y yo con el que me guste.

Si quieres que yo te quiera
ha de ser con condición.
que lo tuyo ha de ser mío
y lo mío tuyo no.

Ayer fui a la iglesia,
confesé con un auto,
de penitencia me dio
que no te quisiera tanto.

Tienes unos ojitos, de picaporte
cada vez que los cierras,
me das un golpe.

Ese mozo que va ahí
con el reloj de pulsera,
ayer tarde lo vi yo
guardando burros en Selga.

Por la calle arriba va
la mi perra,
con la zuela bajo el brazo
que es carpintera.

Casada, ya estás casada
con los libros de San Pedro,
Dios te dé más fortuna
que al mi borrico negro.

Siete años tuvo la sarna
y otros siete tuvo el muermo,
y a los catorce años,
le quitaron el pellejo.

Tienes unos ojitos niña,
como ruedas de molino,
que roban los corazones
como granitos de trigo.

Allá va la despedida,
y con ella ¡ea! ¡ea!
que no me crió mi madre
para ser tamboritera.

Si quieres que te cante
cantares nuevos,
sacame la fogata
y un par de huevos.

Para cuando te cases
te tengo ofrecido
un candil y una manita
y un borriquillo;
el candil sin aceite,
la manita rota,
el borriquillo ciego,
no ve una gota.

Menea ese cuerpo majo
y endereza esa joropa,
parece que llevas tienda
de Madrid a Barcelona.

No te quiero, no te quiero,
no te quiero y acabose
el amor que te tenía
era de cristal y rompióse.

Qué están haciendo los mozos
que bailan las mozas solas,
teniendo por las paredes
que se tienen ellas solas.

Qué están haciendo los mozos
que son unos mandilones,
que bailan las mozas solas
por falta de pantalones.

Si quieres que te quiera
dame huevos con tocino,
y muchas pesetas blancas
y buenos tragos de vino.

Si quieres que te quiera
cómprame un burro,
para andar de caballo
por todo el mundo.

No quiero que tú me quieras
que tu querer nada vale,
quiero que me quiera Dios
que es el querer más amable.

Una moza alta y fea
y con el pelo bien peinado,
parece una casa vieja
poniendo nuevo el tejado.

Ese mozo que va ahí
el del pantalón rayao,
es el novio de mi amiga,
miralo qué resalao.

Ese mozo que va ahí
le relumbran los botones,
también le relumbra el pelo
rohido de los ratones.

Aquel mozo que está arando
del sombrero retorcido,
hoy justamente hace un año
quiso casarse conmigo.

3.—Cantares del ramo

Cantar el ramo, tradición arraigadísima en esta tierra, constituía la nota más atrayente de la misa del gallo.

Con un mes de anticipación salían a pedir de casa en casa la limosna (ordinariamente de lino o grano) que vendían para comprar la cera y papel de colores con que hacían las flores, adornándolos muy vistosamente. Enseguida buscaban algún poeta o poetisa que les sacase los cantares; (por lo general se los hacían los del pueblo, pero algún año por no estar estos de humor hubieron de buscarlo fuera, dándoles las quejas por ello en esta forma:

En este pueblo no hubo
quien nos sacara los versos,
tuvimos que molestar
a las monjas del convento.

En este pueblo, señores,
todos nos dan calabazas,
a las monjas de Carrizo
las damos las muchas gracias.

También salían a pueblos forasteros y lejanos en busca de la música, pues era circunstancia de mucho mérito el que el ramo se cantase con un «son nuevo» y desconocido. Adquiriendo estos elementos comenzaban los ensayos para aprenderse de memoria tantos versos y sonos; estos ensayos se hacían con el mayor secreto para que no les suplantarán el son y los cantares los ensayadores de otros ramos. Porque es de advertir que se cantaban tres y hasta cinco ramos en las misas de Nochebuena y Navidad dedicados a San José, al Bendito Cristo, la Virgen del Carmen, Santa Lucía y San Antonio. Este último estaba a cargo de los pastores del rebaño ayudados, si no eran bastantes, por los mozos del pueblo.

Se ofrecían en la forma siguiente: el párroco revestido de capa pluvial se sentaba en un sillón de cara al pueblo en las gradas del altar mayor y entonces los cantores que estaban preparados en el pórtico, entraban en la iglesia formando dos coros, uno delante de otro, que cantaban alternativamente un verso cada uno, y entre verso y verso daban unos pasos hacia

el altar llevando el ramo delante de ellos; al llegar al final los delanteros (que llevaban el ramo), lo entregaban al mayordomo quien lo cuidaba durante el año, encendiéndolo mientras la misa de los días festivos. Los cantores se retiraban después de besar la mano al Sr. Cura dejando el lugar a los de otro ramo. En otro lugar va el texto de un ramo a San Roque y a Nuestra Señora de Camposagrado.

Para los que tengan una idea de los ramos las generaciones nuevas que ya no los alcanzaron y al mismo tiempo para que no se pierdan estas producciones de la musa popular, solo conservados en la memoria de los ancianos o en algún papel suelto difícil de entender se copian aquí algunos de los más antiguos.

He aquí uno del año 1.863 titulado «Cantar para el Nacimiento —Virgen del Rosario—».

Señor Cura tenga a bien
el concedernos licencia
para cantar este ramo
por el cuerpo de la iglesia.

Divino Espíritu Santo
guía nuestro entendimiento
para explicar con ternura
el misterio del nacimiento.

¡Oh noche grande y feliz!
consuelo de pecadores
que en ti ha nacido un Dios-Niño
y Redentor de los hombres.

A Belén pues han llegado
los dos casto peregrinos;
tratan de buscar posada
muy cansados del camino.

En más de cincuenta casas
han ido a buscar posada,
ni entre parientes ni amigos
han podido encontrarla.

Viendo pues que les repudian
sus parientes y amigos,
a un lado de Belén
los dos esposos han ido.

Y luego el casto José
advierde cerca un portal
que servía de albergue
a la gente pastoral.

Y en él se refugian
los dos muy castos esposos,
y dan infinitas gracias
al Dios Todopoderoso.

La bendita hora llega
de las doce de la noche,
en que nace el Niño-Dios
y Redentor de los hombres.

Gran música angelical
entonan al nacimiento,
y San José se descubre
lleno de gozo y contento.
Entre poca paja y hierba
y sin tener más haberes,
ha nacido el tierno Niño
que es Rey de todos los reyes.

Avisados por un ángel
vienen los pobres pastores,
a visitar al infante
y Redentor de los hombres.

Y llenos de admiración
por ver tan alto misterio,
se arrodillan y le adoran
como Rey de tierra y cielo.

Se despiden los pastores
del Niño, San José y la Virgen,
y dicen: "queden con Dios"
y gracia para servirles.

Tres monarcas de Oriente
se ponen luego en camino,
a visitar al infante
y recién nacido Niño.

Una estrella se presenta
y con una luz brillante,
les guía en trece jornadas
a donde estaba el infante.

Se arrodillan y le adoran
al infante Niño tierno,
y por oferta presentan
mirra, oro e incienso.

Tenían «los ramos» una parte cómica o mejor dicho satírica,
dedicada a los vecinos que por tacañería o indevoción negaban
su limosna cuando se la pedían los mozos o mozas, quienes to-
maban represalias sacándolos a la pública vergüenza con alguna
copla parecida las siguientes:

Este ramo te traemos
¡oh bendito San Antonio!
con la limosna que dió
la tía Cuca del tío Jeromo.

Cuando "fumos" a pedir
nos recibió haciendo guasa,
y nos dijo el tío Jeromo
que no estaba el ama en casa.
Nos ausentamos de allí
calle de la carretera,
no nos quiso dar limosna
Agustina la tabernera.

Cuando "fumos" a pedir,
solo supo responder

Se despiden estos reyes
del misterio singular,
y guiados por la estrella
para sus casas se van.

Nosotras tiernas doncellas
también pues nos despedimos,
de esta familia compuesta
de San José, María y el Niño.

Adiós Niño y adiós Madre,
adiós glorioso San José,
hasta la misa del día
que nos volvamos a ver.

Señor mayordomo tenga
a bien recibir el ramo,
y ponérselo en su altar
a la Virgen del Rosario.

Adiós Virgen bendita,
te pedimos nos concedas
en este mundo la gracia
y después la vida eterna.

que le llevarán el Santo
pues lo quiere mantener.

¡Oh Sñ Antonio bendito!
te lo encomendamos todos,
que le coman el caballo
docena y media de lobos.

¡Oh San Antonio bendito!
te queremos preguntar,
si Antón el tabernero
te dió de sobrecenar.

Oh San Antonio bendito!
te traemos un sombrero,
con la limosna que dió
Alejandro el panadero.

Oh San Antonio bendito!
que estás en el retablo "alante",
no nos quiso dar limosna
el tío Manuel comerciante.

Calle arriba, calle abajo,
calle del barrio Madral,
no nos quiso dar limosna
Maria la del Rural.

Oh San Antonio bendito!
te traemos un regalo,
con la limosna que dieron
Perico, Juan y Bernardo.

Oh San Antonio bendito!
nos quedaba por decir,
que no nos ha dado limosna
el señorito Martin.

Santa Lucia bendita
te traemos poca cera,
pues nos ha dicho Quicón
que no tenía panera.

Pasamos al otro lado
a casa del señor Blas,
y nos contestó Donato
que no entendia de dar.

¡Oh San Antonio bendito!
una cosa ha ocurrido,
le llevaron una oveja
al ti Bernardo del ti Higino.
El lobo era muy diestro
y al mismo tiempo valiente,
el armillón del candado,
se lo rompió con los dientes.

¡Oh San Antonio bendito!
encomiéndolo cada día,
que el lobo llevó la madre,
y ha de volver por la cría.

¡Oh San Antonio bendito!
te traemos un gorrito,
con la limosna que dieron
Bernardo, Juan y Perico.

4 — Bienvenida al Sr. Obispo

En la historia de los pueblos católicos uno de los acontecimientos más salientes lo constituye la visita pastoral, cuyo recuerdo nos quedó grabado por la viva impresión que nos produjo en nuestra infancia la vista primera del Obispo cuando fuimos presentados a él para recibir el Sacramento de la Confirmación.

En el solemne recibimiento que se le hacía a la entrada del pueblo nunca faltaba el saludo y la despedida que en nombre del vecindario le daban las jóvenes dedicándole unos versos como estos que en Espinosa le fueron cantados al de Oviedo

M. I. Sr. Martínez Vigil en 1.906.

I

A nuestro Sr. Obispo
humildes le saludamos
con sus dos acompañantes
mayordomo y secretario.

II

Pues ya vendrán molestados
de recorrer las montañas
buscando aquellas ovejas
que andaban extraviadas.

III

Algunos habrán traído
el camino verdadero
pues así lo quiere Dios
que anden por el del cielo.

IV

Vuestro anillo pastoral
con humildad besaremos

insignia es de autoridad
la cual todos acatemos.

V

Ya entra el Sr. Obispo
en la iglesia de Espinosa,
a visitar a Jesús
y a su Madre poderosa.

VI

Adiós, ¡oh Sr. Obispo!
ya dejáis vuestro rebaño,
tristes y desconsoladas
estas ovejas quedamos.

VII

Adiós, ¡oh Sr. Obispo!
decimo de corazón,
antes que os ausentéis
echadnos la bendición.

5 - Cantares a los Diputados

Un motivo que hacía soplar a las musas de las poetisas espinosanas hasta la dictadura de Primo de Rivera, fueron las en buena hora desaparecidas elecciones de diputados a Cortes que enfrentaban a los vecinos dividiéndolos en bandos hostiles que se peleaban con pasión y empeño dignos de mejor causa en obsequio de unos buenos señores que no se acordaban de ellos más que para sacarles el voto a cambio de promesas casi nunca cumplidas.

La llegada del diputado anunciada a campana volteada, hacía congregarse rápidamente a los de su partido que abandonando sus trabajos en el campo, corrían precipitados para llegar al pueblo con tiempo, a fin de que cuando el personaje se acercara a la entrada viese el arco portado por las mozas que, en cuanto el coche se detenía ante ellas, comenzaban los cantares por este estilo:

Somos hijas de electores
y venimos con agrado
a recibir la llegada
de este nuestro diputado.

Este nuestro diputado
cual valiente paladín
con honores ha de entrar
en las Cortes de Madrid.

A don Eduardo Dato
candidato isabelista
le hace la oposición
el partido canovista.

Espínosa la Rivera,
aprecia al señor Dato,
por la campaña que hizo
contra el testamento falso.

A don Eduardo Dato
y a don Francisco Silvela
todos le ofrecen el voto
en Espinosa la Ribera.

Hay poco recibimiento,
nos tiene que dispensar,
pues la gente está en el campo
porque es tiempo de escavar.

A don Octavio Carballo
saludan afectuosos,
en el pueblo de Espinosa
todas las mozas y mozos.

El partido colonista
hace rechiflas bastantes.
pero eso nada intimida
a sus seguros votantes.

Todos vuestros encargados andan con gran preocupación preparando muchos votos para ganar la elección.

Afirman los liberales tener la elección ganada; por entero se equivocan pues don Octavio la gana.

Desde lo alto de Babia a Cimanés del Tejar, tiene una gran mayoría, nadie le puede ganar.

Por la mucha antigüedad de los señores Carballos, en el distrito de Murias está usted muy acreditado.

No se fie de ninguno ni se puede confiar, pues se han cambiado el maestro y el alcalde popular.

Algo le vamos a hablar respecto a la carretera, que para ustedes también sería una cosa buena.

En todo nos ha servido y en nada nos ha faltado, el ramal de carretera otros pretenden quitárnoslo.

A su disposición queda puesto que tiene poder, si somos merecedores nos lo debe conceder.

Rodeado el automóvil de gente de su partido, todas esas simpatías usted las ha merecido.

A don Ricardo Hidalgo por ser un mozo soltero, que Dios le de una novia como la Reina del cielo.

Y también al señor chófer le haremos un encargo, que guie bien el automóvil, no le ocurra algún fracaso.

Retire usted la cartera, retirela con agrado, con nosotros ya ha cumplido bastante bien, don Octavio.

Como se desprende del último verso el acto terminaba con una espléndida propina y con un ¡Viva nuestro diputado y todo su acompañamiento! al que el homenajeado correspondía con un ¡Viva Espinosa! que lanzaba desde la ventanilla del coche mientras este arrancaba. Después por la noche, con el dinero de la propina se celebraba una gran función o cena a base de bacalao y arroz, y si la cantidad daba para ello se mataba una ternera, cuyas sobras se aprovechaban el día siguiente y subsiguiente, pues a veces duraba tres días la comilona seguida de rondas, baile y serenata para los del partido contrario. Estas funciones en que «sacaban la tripa de mal año» era el único provecho que obtenían de los diputados aquellas buenas gentes tan apasionadas por aquellas contiendas electorales, que, al llegarles a medianoche o de madrugada la noticia del escrutinio, saltaban de la cama y a la voz de: ¡hemos ganado! hacían despertar y levantarse a sus correligionarios haciendo una gran

manifestación de alegría con rechiflas y burlas para sus derrotados adversarios incluso a los de los pueblos limítrofes, hasta donde antes de amanecer llegaban los manifestantes cantando coplillas tan zaherientes para los vencidos como esta :

Con las barbas de Merino
tengo que hacer un cepillo,
para limpiar los zapatos
a don Octavio su amigo.

6.—Epístola riberana

Porque lo recitaban en el tono de la epístola, llamaban así nuestros abuelos el siguiente romance en que se hace una lista de los pueblos riberanos con los oficios o cualidades predominantes en cada uno. El de Cuberos que atribuye a los de Espinosa, parece relacionarse con el nombre del valle Madral o maderal, en el que sin duda había abundancia de robles corpulentos de donde sacaban buenas tablas para construir las cubas de las que parece fueron fabricantes nuestros antepasados. Otra versión que oí, dice: «Espinosa los urceros» y parece más verosímil que la primera a juzgar por los muchos carros de urces que a cambio de vino, se exportaban de nuestro monte para Chozas y los Antimios.

Trampas, trampas Azadón,
cepos, cepos Secarejo,
en Villarroquel cuatro ojos
Espinosa los cuberos,
Mataluenga los tableros,
Santiago los madreñeros.

Pajas, pajas Pedregal,
Las Omañas caparrota,
San Martino pica el clavo,
Villaviciosa los venteros,
San Román los Caballeros,

Llamas lindas campanas,
Quintanilla los cesteros.
Carrizo los panaderos,
La Milla gente pilla,
Armellada gente llarga,
Benavides quiebra barriles,
Santa Marina la gente alta y del-
Alcoba la gente boba, [gadina,
y Cimanés del Tejar
mira el diablo dónde lo vino a es-
[petar.

SEGUNDA PARTE



COLABORACIONES



SEGUNDA PARTE

COLABORACIONES

S

I

PINCELADAS

A.—Saludo a mis paisanos

B.—El pueblo de Espinosa

C.—Lo que fué y lo que es
Espinosa

D.—El carácter y la fé de sus
hijos

E.—Sus tradiciones, festividades
y devociones

PINCELADAS

A - Saludo a mis paisanos

B - El pueblo de Espinosa

C - Lo que tué y lo que es

Espinosa

D - El carácter y la fe de sus

hijos

E - Sus tradiciones, festividades

y devociones

A.—Saludo cordial a mis paisanos

(A los que están en y fuera de Espinosa)

Un opúsculo que sirva de lazo de unión entre los hijos de Espinosa, es idea que merece nuestro agradecimiento y parabién. Yo por mi parte la saludo estremecido de alegría y emoción.

Esperamos que el opúsculo nos relate la actuación presente y pasada de Espinosa en la región de la Ribera del Luna, sus orígenes, su desarrollo, su estado actual. Nos haga vivir con nuestros padres y abuelos que si partieron ellos, hijos fieles de la Iglesia Católica, viven, y viven en una vida feliz.

Nos dé a conocer los nombres, las faenas, las vicisitudes de los hijos de Espinosa, quienes, llevados de un deseo legítimo, de mejoramiento, abandonaron con el cuerpo su querido pueblo, pero llevaron siempre en el alma, cuanto este nombre sagrado de Espinosa representa y significa.

Representa lo primero esa tierra bendita en que se nació su cuna, en la que aprendieron a rezar y a invocar a la Virgen Santísima,, en todos los peligros cariñosa Madre. En segundo lugar representa el título glorioso de españoles y católicos, título que nos transmitió Espinosa por medio de nuestros padres, hijos de Espinosa también. Y en tercer lugar representa el noble afán de mejoramiento que nos transmitieran aquellos mismos hijos del pueblo, quienes muy a pesar suyo y llevando siempre bien ganado el recuerdo de su tierra, se vieron forzarlos a abandonarla.

Esto representa y significa Espinosa. Yo espero que nos diga ese opúsculo la gloriosa pléyade de hijos ilustres que, fuera de Espinosa, le prestan el esplendor de sus hazañas evangélicas, de sus virtudes religiosas y sacerdotales, de los méritos contraídos en el noble ejercicio de su profesión lucrativa, en un ambiente de familia cristiana.

Rompiendo esta ilustre legión, aparecerán los nombres que todos aclamamos orgullosos y sin envidia, de los dignísimos caballeros D. Isidro Fuertes, de feliz recuerdo, y don Leoncio Martínez, de nobles sentimientos cívicos y patrióticos e insigne benefactor.

Díganos también glorias desconocidas, hijos dignos de nuestro pueblo que estamos deseosos de conocer cuanto acrecientan el nombre de Espinosa.

Sobre todo anhelamos ponernos en contacto con la tierra que tiempo ha, dejamos muy contra nuestra voluntad. Querríamos saber la trayectoria seguida por Espinosa en la ascensión hasta el punto en que la vemos hoy, muy mejorada en vías de comunicación, en urbanización de viviendas, en comercio y métodos agrícolas.

Esto nos enorgullece. Sobre todo la vida católica, plenísima de devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen, cuyos cultos sobrepasan lo que vimos, los que hace tiempo perdimos el contacto material con nuestra parroquia.

Los hijos de Espinosa donde quiera que se encuentren, honran su nombre de católicos, y nunca desdichan de lo que aprendieron y practicaron en sus primeros años.

La nota de la auténtica Espinosa la constituye el levantamiento nacional del 18 de Julio de 1936, al cual ella se sumó en masa en pro de la Patria y de la Religión. Nada de escisiones de la nación; nada de cismas en materia de catolicismo. Con ojo certero y alma castizamente española, todo espinosano adivinó su posición en la contienda; esta posición no la abandonó ni en un momento. Ante la claudicación de tantos españoles por engado o por ceguera inexplicable, el ejemplo dictado por Espinosa tiene doble mérito y valor. Gloria a los hijos de este noble pueblo. Tuvieron en la acertada elección del puesto y en la tenaz adhesión a la causa sin títulos ni claudicaciones, la debida recompensa del triunfo final. Ahora, gracias a esos valientes gozamos de una España respetada en todos los confines, que se abre camino a pesar de mil dificultades, en todos los ramos del saber, de la cultura y de la vida de las naciones.

Sin odios ni rivalidades marcha, embistiendo la frente, viendo caer en su carrera a muchos que envidiosos se oponían a su

levantamiento. Espinosa reclama para sí la parte que le corresponde en esa cooperación a la grandeza de la Patria amada. Cuantos estábamos fuera de la Patria, en ningún modo al margen de la contienda, nos sumamos desde el primer momento, sin dudar por la nobleza de la causa, sin temor a sufrir una derrota, nos sumamos, digo, a la defensa de España católica y libre, pero mediante nuestro pueblo, alentado por nuestra influencia moral a los que abrazaron desde el principio el partido único que correspondía tomar.

Pero nuestros hermanos, amigos y paisanos, no necesitaban nuestro consejo. Tomaron su determinación, adelantándose a nuestro aviso, y después aunque agradecidos a nuestra adhesión, continuaron intrépidos en la posición tomada desde el principio.

Espinosa, la Patria agradece tu gesto; y los que estamos lejos de ti con el cuerpo, muy cerca con el alma y el corazón, te felicitamos, apreciando en su justo valor la colaboración a la causa de la Patria.

Siempre Espinosa del lado de la caballería y de la justicia. Mil veces Espinosa sea bendecida y sus nobles hijos lo sean también. Cuantos participaron en la Cruzada, todos salieron incólumes del peligro. ¿Quién no ve en este suceso la mano amorosa de Dios, que los salvó de la muerte? Así lo reconocieron los habitantes todos de Espinosa, los cuales, al final de la guerra, decretaron una función religiosa para dar gracias a Dios por tan señalado beneficio. Espinosa, pueblo de Dios y Dios, también de Espinosa.

(P. Clemente Lombó S. J.)

Habana y Febrero de 1950.

B.—El pueblo de Espinosa

Orgulloso me siento, en poder describir los encantos de mi pueblo y aunque lo hago sin ánimo de lucro y sin ansias de gloria (sería impertinente pretenderlo) sin embargo si gustas de sentirlos, encontrarás aquí costumbres, paisajes de tu tierra natal que serán muy de tu agrado.

Espinosa, situada en la fértil ribera del Orbigo, bañada por las cristalinas aguas del río Luna, es un pueblo pequeño asentado en un ribera feraz y abastada de todo lo necesario a la vida y al regalo. Se hallaba situada en el lugar llamado "El valle de la Iglesia" pero sus rústicas casas cubiertas de paja fueron incendiadas y hoy la encontramos en el fondo del valle a medio kilómetro más al norte.

Tiene de extensión cuatro leguas, y media de circunferencia; 2302 de este a oeste y 1104 de norte a sur, siendo sus límites al norte, Rioseco de Tapia, al sur, Cimanés y Secarejo, al este, Ferral y al oeste, Villanodrigo.

Aquí se vive en la calle con las ventanas y puertas bien abiertas, de suerte que todo el mundo sabe los garbanzos que come el vecino y las patatas que tiene el otro. Todo está a la vista de todos, cazuelas y sartenes, pots y calderos, aperos y monturas; todo al aire con la casa sola y bien abierta a disposición del que entrar quisiera; pero lo que es los pensamientos, las intenciones, los proyectos, eso sí que no hay quien los penetre.

Pueblo delicioso, de una diafanidad etérea, donde el sol brilla con todo su esplendor en medio de un limpio y purísimo cielo, vestido de un azul fuerte y maravilloso. Ni los habitantes, ni las costumbres, ni el paisaje pueden proporcionar mejores motivos de bienestar, dulzura y encanto para los veraneantes, que sentados en los muelles alfombrados, florecillas silvestres de los prados, tienen a Espinosa a sus pies, las montañas cubiertas de nieve al norte, la vetusta torre al frente y rodeada toda ella de ese incomparable e indescripti-

ble ambiente sutilísimo, impalpable, acariciador y refrigerante, que envuelve cuerpo y espíritu en ráfagas de vida y dulcedumbre.

Para los de Espinosa no hay más que un tiempo del verbo: el presente. El pasado y el futuro les tiene completamente sin cuidado. Aclaremoslo: En las cosas familiares, tratándose de reserva doméstica, se preocupan del porvenir. Sin ser avaro ni codiciosos, procuran con muy buen acierto ir aumentando su caudal y tener a recaudo las pesetas necesarias para hacer frente a la enfermedad, dotar a los hijos del patrimonio familiar y aun si las cosas van bien, añadir una finca más a las heredades de los ascendientes.

Sin cuidado los tiene la fundación de la villa, privilegios y exenciones que disfrutaba. Todo el arsenal de historia que conocen se reducen a unas cuantas leyendas de moros y cristianos, "Cordemoros", "Camposagrado", etc., por lo cual, si alguno ganoso de orientación, fuera a inquirir de los vecinos algo histórico, indefectiblemente se encontraría con la explicación universal: "Eso es de cuando los moros".

Y no es que no sientan el orgullo de la nobleza y el patriotismo, no; al contrario, compláceles oír y relatar su alcurnia y gustan mucho de escuchar a quien cuenta sus grandezas, no cambiándose por nadie del mundo y amando cual pocos a su misero rincón.

¿Y qué decir de sus trabajos? Delicioso y distraído es ver en tiempo de primavera las grandes cuadrillas de mujeres que vienen del campo de escabar y escoger el trigo; las mansas vacas y arrogantes novillos que vienen del monte, de "Valta- viernas", "Las Fuentes", aguijoneados por los niños, los cuales unos vienen con sus flores, otros con sus cestitas de salguero o piorno o con los berrones o chiflas o las mil inocentes chucherías hechas en los ociosos ratos del cuidado de las reses. Y no digo nada si a dos respetables señores se les antoja poner testud frente a testud y entablar una pelea. Después el carro de cepas o hierba, las labores del campo; cabras que saltan a su salida para el monte, los graciosos chivos que retozan, el pobre viejo que busca el sol, hasta los altivos gallos y los perros y qué sé yo, tantas y tantas cosas que distraen, negocian, embeliesan.

Mención especial merece el puente que sabe todos los secretos del vecindario. Allí las mozas se cuentan sus amores, las casadas se despellean mutuamente en los días de fiesta, los hombres zanjean sus cuestiones, tasan el ganado, auguran el resultado de la cosecha, los mozos descansan del trabajo, conciertan las rondas y allí a su lado mismo está el encanto de la juventud, la diversión favorita por la que los jóvenes abandonan casa y familia y... lo que es más admirable, lo que sucede en casi todos los pueblos de la Ribera leonesa, abandonan hasta la misma cantina.

Es por tanto este lugar el centro de reunión de todos los seres. Allí está el castro de holos y allí se juegan y con esto dicho se queda, a su alrededor, se abren las puertas de las dos cantinas, donde a más del vino y alguna otra bebida, se venden alpargatas, sogas, escobas, papel de escribir, etc. y todo lo que comprende el nombre de quincallería, paquetería, estanco. Allí se juntan por la mañana para llevar los ganados al campo y allí se dejan por la tarde las ovejas, vacas, caballos y todo lo que por riguroso turno va guardando en "cucera" cada día un vecino.

Y llegan los grandes trabajos. Meses de julio y agosto... ¡Qué mesecitos!... Menos mal que ya se acabán. Sin haber descansado los trabajadores un minuto, siquiera de las fatigas pasadas, puesto que si no se aprovecha el relativo descanso en los primeros días de junio, para nada había que pensar en un minuto de sosiego hasta octubre. Hubo ya por San Juan a transformar los carros con los armadillos de la hierba en larguísima camiones, que del prado a la tenada o al pajar, sostener pudieran la inmensa y rectangular falumba de heno, pausadamente por magnífica pareja de bueyes arrastrada.

Es ahora cuando salen a relucir herramientas de carpintería que en el invierno habían sido objeto del constante uso de los hombres, quienes en la portalina desbastaron la madera e hicieron desde el sencillo rastro hasta el complicado arado. Sacado el filo a la hoja picada de la guadaña, preparados la piedra y el cachapo... a segar. Allí a los prados se van todos los que poco o mucho segar pueden, sin reparar en edades y casi, casi en sexos. Des-

de el ricachón al jornalero, desde los que el bozo les apunta hasta los que ni rastro de pelo en la veneranda calva tienen, todos van a tumbar marallos. Son una bendición de Dios los prados ese año. Apenas terminado de segar ya vemos a la riberana dar vuelta a la hierba, apaándola, arrastrándola, distribuyendo las forcadas con maravilloso arte en el carro, donde se carga para recogerla en el pajar, desunciéndola, en fin, no teniendo un minuto de reposo durante la recolección.

Pero si dura es esta siega, ¿qué diremos de la del monte? Es increíble y admirable este trabajo. Durante estos días ni los hombres ni las mujeres se acuestan antes de las 24 ni se levantan después de las cuatro. Gracias que por entonces llegan legiones de asturianos a este país donde pueden "cobrar la parva" desayunar, tomar las diez, comer, merendar, cenar y sobre todo beber sin tasa al una, que si no es suficiente lo que en casa del amo les dan, ellos durante la noche se encargan de devengar el jornal en las pocas tabernas que hay. Ayudados por estos muchachos se logra terminar esta siega del monte, penosa y amarga para un lugar donde no se encuentra el menor indicio de una sembra, donde se pueda comer y dormir la siesta tranquilo. Así recogen todos los frutos en las eras donde los labriegos contentos recogerán sus abundantes y espléndidas cosechas.

Menos mal que ya tocaban a su fin faenas tan trabajosas y continuadas. Ni un solo día son interrumpidas por la lluvia y eso hace que las cosechas se recogieran en inmejorables condiciones, pero en cambio los labradores se quejan de la prolongada sequia que en peligro va poniendo la recolección de patatas, sin echar de ver que lo importante para ellos era el acopio de centeno y trigo, base única de su no mal pasado dado el precio que alcanza.

Pero... no todo es trabajo, si no que en este pueblo también hay días y diversión. Durante las vísperas todos los pacíficos vecinos de Espinosa están en perpétuo zarandeo e incesante movimiento. Las calles y sobre todo la plaza de la bolera hallanse cruzadas por mozas, chiquillas y mujeres que vuelven y al poco rato aparecen otra vez. Después a los corrales a por la oveja o el carnero y si está en casa a meterla, y partiría bajo la dirección del ama que quiere un

cuarto para asar, la otra pieza para salarla y lo demás para hacer fritos. Añádase a esto el acabar el trabajo del campo, limpiar la casa y para nadie faltan quehaceres en casa donde al día siguiente habían de entrar amigos, convecinos y forasteros.

Por fin llegó el día de la fiesta. Grupos de chicos acompañan a los músicos y redoblantes que en las primeras horas de la mañana dieron un alegre pasacalles. Hasta las diez ni un grito, ni una voz, ni muchísimo menos un cohete alteró más la tranquilidad de la villa. Al contrario parecía más pacífica que nunca. A dicha hora cambia algo la escena; empieza el toleo de campanas y todos van a misa como ardientes católicos. Primeramente sale la procesión, el mayordomo lleva la cruz y a su lado dos hombres llevan los faroles. Detrás de estos van portadas en hombros todas las imágenes que el pueblo posee sin que falte entre ellas la de la Santísima Virgen y la de San Roque, por quienes se conmemora la fiesta. Al salir del pórtico el sol besó con sus rayos las imágenes y rodeadas de luz parecían más blancas y más hermosas, sobre toda la de la Santísima Virgen, que no se había hecho para estar en una hornacina. Ya dentro de la iglesia comienza la misa cantada por los mozos. Después del sermón con ansiedad esperado y religiosidad oído terminó la misa solemne. Salves y Salves incesantemente fueron repetidas por los cuatro sacerdotes y sin parar hombres y mujeres devotamente se acercaban a depositar la perra gorda. Salidos de misa se juega una empeñada partida de bolos, muy notable, pues está formada por los mejores jugadores del pueblo, incluso los Sres. Curas, mezclados con los madrileños, que no por residir en la populosa capital, ni por allí tener sus negocios dejan de venir el día de Nuestra Señora. Numeroso público presencia el desafío y sigue con interés las peripecias del juego, abucheando las «cincas» o aplaudiendo las «once».

Terminada esta partida todo el mundo se retira a sus casas a gustar de los riquísimos pollos y manjares preparados para la fiesta. Comida hecha, conversación deshecha, dice un refrán leonés. Saborean el café cosa que no puede faltar y a «la huxta de las mocinas».

En el prado comienza a llegar la gente. La orquesta puesta en un carro que los mozos llevan hasta allí, tocan piezas inde-

finibles para esta juventud que con su distinguido ritmo, bailan todo lo que el indicador marque. Se organiza un gran baile a lo largo del prado y en dos filas, frente ellos a ellas: baile pacífico de la ribera y de la montaña. Esto es arte. De vez en cuando en los extremos de las filas oyes esta voz: «Vivan las puntas», a la que contestan los del centro: «Vivan los medios».

Al declinar la tarde todo el mundo se retira y aquí y allá en dirección del pueblo se oyen alegres cantares. Ni un solo borracho turba la serena tranquilidad y todos juntos gritan con estrepitosa y potentísima voz: ¡jujúy! ¡jujuuuu!.

Este es el carácter propio de los espinosinos, afable, cariñoso, alegre, divertido y que sabe mostrar y dar ejemplo tanto en su ahorro y trabajo material como en sus patriarcales y santas costumbres.

MANUEL TASCON

(Alumno de 5.º de Bachillerato)

C.—Lo que fué y es Espinosa

No estoy capacitado para citar datos y cifras, que noseo. Casi 30 años después de una rápida visita al amado pueblo, medio siglo desde que de él salí, a la tierna edad de 14 años, no me dá derecho esta mi actuación para enseñar a otros yo que no sé.

Sé en general, que el progreso de Espinosa es grande. No es aquel Espinosa que yo conocí y en que yo viví mis primeros 14 años; ni el que admiré bastante ha cambiado en dos fechas imborrables; en 1917, a raíz de celebrar mi primera misa y en 1922, poco antes de ir a China.

Es otro muy diferente, muy mejorado; y por lo mejorado, muy desconocido. De ello yo me alegro infinitamente. Doy a Dios N. S. las gracias por haber puesto en condiciones a los vecinos de Espinosa para ir levantando su pueblo.

De todo este progreso, nos informarán los que en el pueblo viven. Los que nos encontramos al margen de los acontecimientos, leeremos con avidez cuantas detalladas noticias nos den del estado presente de Espinosa. Desde ahora se lo agradecemos.

La diferenciá entre el pueblo de antaño y el de hoy, se la apreciaremos bien nosotros, los ausentes.

Creo que las crónicas, reporters, estadísticas y artículos referentes a diversas materias, que nos dé el libro, opúsculo esperado, cubrirán la laguna entre nuestro pasado de hace tantos años y el presente de hoy; claro que hay sucesos, que siendo de tan relevante magnitud, han rebasado las distancias y tenemos los ausentes bastantes noticias de lo que pasó, siempre con envidia de los que se hallaban presentes.

De entre estos acontecimientos, no es el menor, y desde luego, es el más reciente, la mejora llevada a cabo por el hijo predilecto del pueblo don Leoncio Martínez, en la torre o iglesia, mediante la colocación de un reloj gigante y de características que le hacen sumamente apreciable.

El costo de la preparación de la torre para la colocación del

magnífico regalo, fué algo que puso de manifiesto la decidida voluntad del donante, de no reparar en gastos, en razón de dotar a Espinosa de un adelanto de que todos nos gloriamos.

Por lo mismo, el gesto del pueblo en razón de mostrar a su distinguido hijo, el agradecimiento de que se hiciera acreedor, ha estado en su punto. Ambos a dos, pueblo y bienhechor, han desempeñado maravillosamente su papel en la gesta realizada.

Dos manos ungidas, y por lo mismo las más indicadas, don Saturnino, digno Venerable Párroco de Espinosa y don Antonio Rodríguez Díez, hijo ilustre del pueblo, son las que con competencia y destreza, a todas luces a tono con las exigencias del caso, han dirigido todo el negocio hacia un término feliz.

Intermediarios ambos entre ambas partes han sabido traducir los anhelos del pueblo y del bienhechor en magnífica realidad, sin estridencias de ningún género, sin envidias ni diferencias, sino en todo a gusto de todos.

La entrega del valioso documento en que se nombra a don Leoncio, hijo predilecto de Espinosa, fué una escena emocionante que puso digna corona al largo, histórico proceso del proyecto en buena hora realizado.

Y don Leoncio tuvo la dicha de ver a su pueblo, haciendo honor a la ofrenda que le presentaba uno de sus buenos agradecidos hijos.

Ese amor que sentimos todos hacia el pueblo inolvidable, se ha exteriorizado en don Leoncio, en el reloj que todos admiran.

Por mi parte, yo, recogiendo con amor y veneración las notas que acabo de insertar, quisiera que por este hecho, conocieran todos los hijos de mi pueblo la adhesión con que me uno a todos los actos, llevados a cabo en ese magno acontecimiento.

Ahora vamos a ver en lo que Espinosa no ha cambiado ni quiera Dios que cambie nunca.

D.—El carácter y la fé de sus hijos

Encuadrado en España, mediante la provincia de León, y en esta por la región ribereña del río Luna, tiene Espinosa, parte montaña, parte lleno y ribera, se mueve en un anfiteatro, rodeado de montes menos por el Sur. Al Norte, la imponente mole de una estribación pirenáica; al Este, la meseta alta montañosa, arbolada en algunos sitios, tierra de pan llevar en otros, en 29 kilómetros hasta la capital provinciana; por el Oeste, el monte de Villarodrigo, por el que en día claro se despidе el sol, rodeado de luz esplendente y rojiza.

Poco, pero fecundísimo terreno de regadío en la llanura, en el alto, inmensidad de tierra, en el que el centeno semeja en primavera la ondulante superficie del mar.

Hay notas, como se ve, en la naturaleza, que influyen en el carácter, dándole una mezcla de dulce y firme, suave y robusto a la vez.

Esto no cambia. Felizmente, los hijos de Espinosa, aunque se desplacen desde muy pequeños del suelo que los vio nacer, jamás dejarán de revelar esta sintonización de notas de suave y fuerte en su carácter, debido en parte al contraste del suelo natal.

En muchos siglos los hijos de esa región, sobrios y pacientes sometieron a un modo de vivir recio, viéndose obligados a sacar de la tierra el corto sustento, apenas necesario para vivir; más con los primeros años del siglo XX despertóse un ansia de mejoramiento; y no encontrando en el pequeño espacio que poseían suficiencia de medios para mejorarse, intentaron felizmente emigrar, resultando para muchos este medio, eficaz para el cumplimiento de sus propósitos.

Es una nota que honra a los espinosinos, derramados por América y España; que siempre llevaban profundamente grabada en el alma la imagen de su pueblo.

Todavía los gobiernos de principios de siglo con sus tributos hicieron más dura la vida; por fin, llegó un momento en que

la Patria hizo justicia al ciudadano honrado; y hacia el año 1915, empezó el reparto de parcelas en el monte, que labradas con constancia, fueron dando la sensación de un mejoramiento positivo.

El pueblo respiró; y todavía este fué el comlenzo.

Aunados los esfuerzos de los hijos del pueblo que trabajaron el campo con los de los que venían de fuera, dieron por resultado el Espinosa de que hoy nos gloriamos legítimamente.

Este elemento como que tiene sus raíces en la misma naturaleza, difícilmente se destruye, tampoco tiene mucho mérito conservarlo; reputaríase a una especie de monstruosidad hacer traición a su suelo nativo; en cambio la fé, la honradez, la religiosidad, el catolicismo integral, que muchos pueblos dejan perder, Espinosa siempre los ha conservado, más pujantes cada día a medida que pasan las edades.

A don Gregorio Rabanal manifesté yo en 1922 mi alegría, al ver que la fé y sobre todo la religiosidad de Espinosa habían aumentado, manifestadas especialmente en la mayor frecuencia de Sacramentos.

Es que no habla el Papa en vano, me respondió él; ha recomendado la comunión frecuente, y nosotros, los sacerdotes, aún a costa de nuestra comodidad la hemos implantado en nuestras Parroquias.

Así es. Espinosa es pueblo en que se reciben a menudo los Sacramentos y se honra con tierna devoción a la Stma. Virgen.

El mérito de mi pueblo consiste en esto principalmente: en que habiendo otros españoles desmerecido desgraciadamente de la fe y piedad de sus padres, los espinosinos en algunos aspectos los han aventajado, y desde luego conservando toda aquella sencillez de costumbres y las profundas convicciones religiosas de sus abuelos. ¡Qué procesiones tan fervientes las que se organizan en honra de Nuestra Señora!.

Sigúe por este camino, pueblo bendecido, que cuantos estamos lejos de tí, convivimos contigo en comunión de creencias.

E.- Sus tradiciones, festividades y devociones

Un pueblo, una familia con tradición es un pueblo asentado sobre firme base. Y esta es una característica de la Iglesia Católica, toda ella fundada en su sólida tradición, contra el protestantismo y comunismo que, no queriendo volver los ojos al pasado (¿será porque no es limpio?), tampoco pueden ver un porvenir seguro.

Las tradiciones espinosinas todas están basadas en su religiosidad. Así y todo, podemos distinguir algunas, cuya nota saliente es social, de otras cuya característica es casi exclusivamente religiosa.

Tradiciones sociales y de familia

1.º LAS BODAS.— Todas son en el templo, como Dios manda. Se elige generalmente un sábado para ser celebradas. Aunque en la ceremonia de la mañana, en el templo no se ve participar a todo el pueblo, tampoco se puede decir que está al margen de la fiesta religiosa, pues acude bastante público a la misa de velaciones y afirmación del contrato matrimonial ante el Sr. Cura Párroco. Sin este requisito no vale el matrimonio. Pero por la tarde vuélcase todo el pueblo en la plaza para asociarse a la alegría de los recién casados, sintiendo como propia cada cual la felicidad de sus paisanos con motivo de tan fausto suceso.

El domingo es también todo él consagrado a festejar a los nuevos esposos, quienes a su vez corresponden al afecto del pueblo, haciéndole partícipe de su dicha. Nada de lo que se llama luna de miel ni viajes precipitados de recién casados; sinó que la vida de familia se comienza con el doble festival religioso en el templo y el social en la calle, en la plaza y en la casa de los novios.

2.º **BAUTIZOS.**— Son menos solemnes, pero todavía se dejan destacar por una fiesta en familia, que sigue a la ceremonia sagrada, y de ordinario es por la tarde. Sintiendo católicamente, el bautismo se celebra de ordinario al otro día de haber nacido la criatura, la cual por lo mismo queda limpia de la mancha del pecado original y hermoseada con la gracia, se ve libertada de las garras del demonio, y es recibida en los brazos y abrazos de Dios.

3.º **FUNERALES.**— A ellos acude casi materialmente todo el pueblo; por obligación, los cofrades de las Animas; por devoción los demás fieles.

Todos tienen un funeral bastante solemne. Los actos que lo integran son los siguientes: conducción del cadáver desde su casa a la Iglesia, Canto de un Nocturno del Oficio de Difuntos con sus Secciones, Misa de Requiem cantada, responsos y conducción del cadáver al Cementerio con el rezo del Santo Rosario. En casa síguese una suculenta comida de vigilia para los parientes y los pobres; todo el año arden cirios en la iglesia los domingos durante la misa, y después de ella el Sr. Párroco con Alba estola negra reza responsos individuales ante el hachero de cada finado a petición de los parientes, representados en el acto por una o más personas.

4.º **SANTO VIÁTICO.**— Pero, como es natural, precede el Viático; ceremonia sencilla, solemne y devota la que se desarrolla en este supremo momento. Suele darse el Viático a boca de noche, acude todo el pueblo con cirios encendidos, restos sagrados de las velas ofrecidas al momento o en casos de devoción. Todos acompañan al Stmo. de vuelta a la iglesia.

La Extremaunción y Agonía son anunciadas por un pausado toque de campanas y por dobles rítmicos, la defunción y el estado de Cuerpo presente hasta el entierro.

5.º **NAVIDAD.**— Son clásicos los ofrecimientos de Ramos, hechos con galanura y arte, al Niño Jesús en la Nochebuena.

6.º **LOS REYES.**— Tienen en algunos años su celebración, representando al vivo y al natural todos los misterios de la Infancia del Señor.

Si es lícito comparar lo pequeño con lo grande, diríase que los Reyes de Espinosa son algo así como la Pasión en Oberamergán.

No menos de cuatro horas dura la representación, que preparaba con duro ensayo por espacio de tres meses, es ejecutada con artística precisión. La aceptación de los Reyes por parte del público es la mejor recompensa de los actores.

Sería injusto no recordar aquí el nombre del Sr. Mauricio, quien desde que se casó con una hija del pueblo, casi por seis lustros, dirigió con competencia la representación de los Reyes.

7.º **LOS HILANDEROS.**— Con todo detalle describe esos hilanderos Jesús Rodríguez en ruta de un viaje... Tradición social de un pueblo dado al cultivo del lino. Por la noche reúnen-se las mujeres en alguna casa, por turno, y allí en amena tertulia, entreverada casi a diario con el rezo del Santo Rosario, descargan la rueca de dos o tres copos y llenan el huso otras tantas veces, producto del torcido.

Hacia las 11 y media dispérsase la reunión. Esta a veces es amenizada por un baile, que presumo es todavía hoy lo que fué antes, o más moral todavía, en el que no era la vanidad la que motivaba la diversión, sino dar lugar a un honesto pasatiempo.

8.º **LOS POBRES.**— Son atendidos convenientemente, dándoles cena y alojamiento, según la suerte, repartida mediante la entrega de la señal convenida por la costumbre y legítima autoridad. Con motivo de alegres o tristes sucesos de familia, obsequiaseles a los pobres con una buena comida para que se asocien a la dicha de la casa bienhechora, o la pena por la muerte de un ser querido.

Tradiciones religiosas

9.º **ROGATIVAS Y FESTIVIDADES.**— En Mayo, cuando la lluvia escasea y tanta falta hace, se va en rogativa por los campos, implorando el agua, o al Santuario de Nuestra Señora de Camposagrado. Nunca se vieron defraudados los buenos vecinos del pueblo en sus esperanzas de obtener agua. Con esto la fe se aumenta y la confianza en Nuestra Señora y esta Reina y Madre compite en generosidad en dar a sus devotos lo que le piden.

10. **ES EL 8 DE SEPTIEMBRE.**— Entonces, cuando el cielo tibio, por las brisas del Norte, convida al descanso después

de la brega de recoger la cosecha, se acude a Camposagrado a dar a Nuestra Señora las debidas gracias por el beneficio de las mieses. Es un desbordamiento de fé y piedad de todos los pueblos de la comarca. Todos los Pendones flamean al viento en competencia, sostenidos por los brazos y la fé de jóvenes que se ufanan por haber sido honrados con tal distinción; y la Santísima Virgen paseada en triunfo por los alrededores contempla risueña a la multitud presente, que representa la población entera de los pueblos vecinos.

11 NUESTRA SEÑORA, 15 DE AGOSTO.— Es el día grande por excelencia de Espinosa, porque es el día de Nuestra Señora; no preguntéis más aún espinosinos. Es el día de la fiesta y basta. ,

Los preparativos son proporcionales a las grandes esperanzas de la gran solemnidad; no es fácil atender a todos los forasteros, porque cada casa tiene los suyos; forasteros, porque vienen de fuera, pero integran la familia.

Por Nuestra Señora se reúne infaliblemente todo el pueblo aunque tengan que venir del rincón más lejano de España. Algunos acuden del extranjero, siéndoles posible la realización de su deseo; y los que no pueden, sienten ese día más viva y honda la aforanza del pueblo amado y están en espiritual comunicación con todos sus paisanos.

En la misa a media mañana; en la procesión Sacramental que sigue a la misa por las calles recubiertas de espédañas y ramos de árboles, en la expansión popular por la tarde, reunidos todos los hijos del pueblo, no en la plaza de costumbre, sino en siguiente. Lo que más sobresale es la expansión de alegría por la larga huerta, lugar de cita para los regocijos de ese día y del verse todos reunidos.

Después sobreviene paulatinamente la separación de unos y otros en diversos días.

La víspera del «gran día» tiene el aire de una alborada; todo el día 15 de Agosto y el 16 ofrece el aspecto de fiesta plena, y los días siguientes presentan el tono triste de la tarde que va a ser invadida por la noche; pero todo el año vive el espinosino con la esperanza de la fiesta de Nuestra Señora y con la dicha que supone abrazar en ese día a sus hermanos y familiares.

Así pasan los años, así van con ellos los hombres; y en ese

ir y venir de generaciones, el pueblo sin ser nunca el mismo, nunca cambia de ser en las notas características-consubstanciales de las generaciones.

Espinosa tiene dos Cementerios, uno a la salida y otro a la entrada del pueblo, tomándolo de Sur Norte. Allí es donde el pueblo es más unido; allí yacen en comunión de una misma Fe los que han sido verdaderos hijos de Espinosa.

¡PAISANOS!. Nada nuevo os he dado en estas notas, pero sí he expresado lo que todos vivimos y sentimos.

Clemente Lauro 5.1.

II

SEMBLANZAS

- 1.—El P. Clemente
- 2.—Fr. Isidoro Rodríguez Díez

1.—El P. Clemente, S. J.

Entre los hijos más insignes y amantes de Espinosa es digno de especial mención el P. Clemente Lombó y Urbina S. J. Nacido en 1.885 fué el alumno más aventajado de su época en la escuela de doña Paca Valera.

Después de los estudios de latín y Humanidades en la «cátedra» de Villaviciosa (Omañas) pasó en 1.900 a hacer el noviciado en el convento de San Zoilo de Carrión de los Condes (Palencia). En 1.917 celebró su primera misa haciendo a continuación una visita al pueblo nativo, la que constituyó uno de los hechos más destacados de la historia religiosa de éste. El vecindario en pleno, precedido de las insignias parroquiales, salió procesionalmente a su encuentro hasta la «Huerta del Valle» a donde llegó ya anochecido, teniendo lugar una emocionante escena fácil de imaginar. En el trayecto le cantaron los jóvenes los siguientes versos de bienvenida.

Salimos a recibir
con muchísimo cariño
a nuestro Padre Clemente
representante de Cristo.

Representante de Cristo
humildes le saludamos,
y en el pueblo de Espinosa
la bienvenida le damos.

La bienvenida le damos
con muchísima alegría,
todo el personal del pueblo
a recibirle salía.

Un tío solo que tiene
tiernamente le abrazaba,
basta que sea un hermano
del padre de sus entrañas.

De treinta y tres años viene
persona muy ilustrada,
por la oración y el estudio
alta dignidad alcanza.

De su gente acompañado
a la iglesia se encamina,
haciéndoles un sermón
de elocuencia peregrina.

Luego a la casa paterna
se dirige con presteza,
y la anciana madre al hijo
entre sus brazos estrecha.

La Divina Providencia
Padre os ha concedido,
venir a ver las familias
del pueblo en que habéis nacido.

Aquella breve estancia en el pueblo fué para sus compaisa-

nos una intensa y fervorosa misión que ni ellos ni él han olvidado.

Con celo edificante ejerció su ministerio en distintas residencias de España hasta el año 1.913 en que fallecida su madre y después de una inolvidable visita de despedida a los suyos, embarcó para China, en cuya misión de Anking trabajó infatigable sin arredrarle los peligros y sacrificios del apostolado misionero y luchando como valeroso soldado de Cristo por cuya gloria dejó a jirones vida y salud en aquellas tierras incultas, hasta que en la pasada guerra, cayó prisionero de los japoneses en cuyos campos de concentración se acabó de quebrantar su ya minada salud, por lo cual sus superiores una vez puesto en libertad lo enviaron a Cuba en donde, recuperada parte de su salud sigue trabajando con empeño por sus amadas misiones siendo el alma y propulsor del movimiento misional cubano que fomenta con la pluma desde la revista «La Voz de Anking», que bajo su dirección se publica en La Habana.

Pero en medio de tantas fatigas, persecuciones y enfermedades nunca se olvidó de su idolatrada patria chica, de la que en todas sus cartas habla con cariño enamorado.

Si de lo que abunda el corazón, habla la lengua y escribe la pluma, sus artículos, que van en otro lugar son prueba elocuente de la pasión que siente por su terruño.

ANTONIO RODRIGUEZ.

Posteriormente ha sido nombrado Secretario Nacional de las Obras Misionales Pontificias de Cuba y Capellán de la Colonia Leonesa en La Habana.

Acerca de esto apareció en el núm. 16.068 de El Diario de León el siguiente artículo debido a la tan bien cortada y tan leonesista pluma de Guzmán en sus "Relieves".

"El P. Clemente Lombó, Jesuita, el que no hace mucho tiempo publicó en la primera página de El Diario de León una emocionante crónica sobre la devoción a la Virgen del Camino en La Habana, celebró el 19 de marzo las Bodas de Oro en la Compañía de Jesús.

De estos cincuenta años, el preclaro leonés pasó de misionero en Anking (China) nada menos que la mitad. Veinticinco años de misionero en China es como para que el Padre Lombó vaya al cielo con zapatos y todo.

El Padre Lombó no se desligó de las Misiones. Está ahora en el Colegio de Belén, en La Habana, en el que radica el Secretariado de la Misión de Anking. Continúa de misionero, aunque los superiores le hayan señalado ahora un puesto en la retaguardia.

Desde allí me envía una breve pero muy sabrosa carta. Me dice que ha visto en El Diario, con gusto y agradecimiento, su narración sobre la Virgen del Camino.

El agradecimiento es nuestro, queridísimo Padre Lombó, y el gusto fué nuestro y de los lectores que saborearon su emocionante relato con mieles de las más dulces en la boca. ¡No vé que se trata de su Virgencita tan amada!

Añade el Padre Clemente:

"Es un caso singular en el que todos los actores, quedaban desempeñando un buen papel. Gloria a nuestra Patrona, la Santísima Virgen del Camino. Me corresponde a mí, algo más cerca, por a conocer la vida de la Colonia Leonesa Habanera, ya que, por elección de sus socios, he sido designado su capellán».

Gran acierto el de aquellos buenos leoneses. ¡Qué mejor capellán podía tener la colonia que a un ilustre Jesuita, leonés, 25 años misionero, con una devoción a la Virgen del Camino tan intensa, tan sentida, tan tierna como la que se revelaba en la narración que publicó El Diario.

Felicito a la colonia por este soberano acierto en la elección de capellán.

El Padre Lombó tiene a su completa disposición las columnas de El Diario de León para dar a conocer la vida de la Colonia Leonesa Habanera y para todo lo que redunde en bien de los leoneses de aquende y allende los mares y en honor de su Virgencita tan amada la Santísima Virgen del Camino.

2.—Fr. Isidoro Rodríguez Díez

Aquella mañana de fines de septiembre, había no pequeño revuelo entre la gente menuda del Colegio-Seminario que los Padres Agustinos de la Provincia de Castilla tenían en Calahorra. Acababan de llegar una veintena de aspirantes y ello era gran novedad que sólo nos estaba permitido gozar apenas una vez al año. Porque no deja de ser curioso recibir en nuestra propia casa, y como hermanos, a esos muchachitos de aire tímido y cara un tanto asustada, como los del día en que me refiero y que se grabaron más intensamente en mi alma, por ser los primeros a quienes recibía.

Apenas realizados los saludos de rúbrica, comenzaron a formarse grupos diversos, a los que nos incorporamos algunos veteranos que, muy posesionados de nuestro interesantísimo papel de cicerones, los íbamos informando de lo que a partir de aquel día iba a ser su propia vida.

Recuerdo perfectamente que mi innata curiosidad no quedó plenamente satisfecha hasta averiguar el nombre, edad y lugar de nacimiento de cada uno de los que formaban un pequeño grupo, con el que recorriamos las dependencias del Colegio. No sin grata sorpresa pude enterarme de que aquel muchacho espigadito, delgado, con cara de alma buena, era casi paisano mío. Quizás por este dato, quizás por la bondad que se reflejaba en su rostro, es lo cierto que desde aquel primer día se trabó una amistad que sólo la muerte había de quebrar.

Había nacido en Espinosa de la Ribera, pueblecito de la provincia de León, situado en la ribera del río Luna, a pocos kilómetros de la confluencia de éste con el Omaña. Vió la primera luz el 21 de junio de 1914. El ambiente familiar, en que se desarrollaron sus primeros años, no pudo ser más propicio para su formación religiosa. La familia del Sr. Pedro era ejemplarísima en todo el amplio sentido de la palabra. Cristianos viejos a carta cabal, labrador hacendoso se

esmeró en hacer de sus hijos, ante todo buenos cristianos, y de su éxito dan testimonio palmario sus tres hijos sacerdotes: dos del clero secular y el tercero religioso agustino, y una religiosa también agustina, amén de nuestro Fr. Isidoro, a quien Dios escogió para sí en el cielo antes de que pudiera llegar a la meta del sacerdocio en la tierra.

El buen Sr. Pedro tenía ya dos hijos seminaristas y quiso que sus dos pequeños fueran religiosos. De aquí que, después de cursar los primeros estudios de Latin con el párroco del pueblo, a fines de septiembre de 1929, ingresaron en el Colegio-Seminario agustiniano de Calahorra.

Decir de Isidoro que desde el primer momento fué simplemente ejemplar es poco. Sin intención ninguna de prevenir los juicios de la Iglesia, único juez en este género de causas, podemos afirmar que el sentir unánime de cuantos fuimos sus compañeros, fué un verdadero santo. Por aquellos días había un ambiente de bondisima piedad entre los postulantes agustinos y a su cabeza en la práctica y el ejemplo podríamos colocar sin discusión a nuestro biografiado. Recuerdo aquellos coros misionales, que habíamos formado para ayudar espiritualmente a nuestras Misiones de China y el entusiasmo con que cooperábamos a ello con nuestras pequeñas mortificaciones y otros actos de piedad. Bien sabido es que la merienda del buen Isidoro jamás penetró en su estómago los días en que le correspondían orar por las Misiones. Algunos de sus compañeros llevábamos perfecta cuenta de ello, porque, menos mortificados que él, cogíamos por los pelos aquella oportunidad de beneficiarnos. Y recuerdo aquellas visitas a la Iglesia-capilla, de las que apenas si nos dábamos cuenta unos cuantos maliciosos y en las que bebía aquellas energías espirituales, que tan reciamente templaron su espíritu para los días de prueba que vinieron más tarde.

De su aplicación baste decir que jamás hubo necesidad de llamarle la atención en el salón de estudio, ni en clase. Era de verle, con los codos sobre el pupitre y la cabeza sobre ambas manos, estudiar en silencio y moviendo los labios en virtud de una costumbre adquirida en la escuela de su pueblo y que tuvo otra manifestación a la que he de referirme más

adelante. Y todo ello sin llamar jamás la atención de nadie, como la cosa más natural.

Terminados los estudios de Latin y Humanidades, vistió el santo hábito el día 22 de octubre de 1932. Tuve la suerte de haber convivido con él durante ese año y puedo por ello afirmar que en el Noviciado, la vida espiritual de Fr. Isidoro, ya robusta, adquirió una superior madurez. Principalmente aquella caridad, unida con el espíritu de santa alegría, patrimonio magnífico de la Orden agustiniana que tuvo en él un reflejo, o más que reflejo, manifestación viviente. Hubimos de pasear muchas veces juntos y en nuestras conversaciones nunca le oí juicios desfavorables para los compañeros o cualesquiera otras personas, por más que de intento le tilara de la lengua, como en aquella ocasión en que hallándonos sentados juntos en el comedor, me permití enjuiciar un tanto duramente el modo de proceder de un novicio, algo ligerillo de cascos, a lo que hubo de replicarme Fr. Isidoro: Sin embargo tiene un buen fondo. No pude menos de replicar vivamente que buen fondo lo tiene todo ser humano, mientras no se demuestre lo contrario, pero en mi interior reconfi y acepté aquella estupenda lección de caridad que me daba el amigo, que siempre tenía una disculpa para las faltas ajenas y no porque estuviera de acuerdo o contemporizara con él, sino porque decía que si nosotros nos viéramos en las circunstancias de ellos, tal vez fuéramos peores.

De su vida de piedad en esta época, podría decir mucho aquel cuadro de la Madre del Buen Consejo que presidía nuestra capilla. No puedo olvidar aquellas visitas en las que leíamos un novicio cada día y el recogimiento y fervor con que Fr. Isidoro repetía en voz baja, pero claramente perceptible, para los que estábamos a su lado, lo que nos leían en público. Y como alguien le replicara que no debía hacerlo, su contestación fué que ello le ayudaba a mantener mejor la atención, pero que, si molestaba a otros, lo dejaría inmediatamente. Por cierto que este recuerdo de nuestra capilla me trae a la mente otro caso que puso a prueba su espíritu de sacrificio y pobreza. Estaba encargado de arreglar la lamparilla del Santísimo y al tratar de encenderla o avivarla, tuvo la desgracia de que se le escurriera de entre las manos y se

hiciera añicos, con el consiguiente desperfecto para el entarimado desaguisado del que había sido causa bien inocente y se pasó larga temporada dejando de tomar el vino en las comidas y aprovechando en la ropa y calzado lo que sus compañeros dejaban por inservible, que él se esforzaba para poner en condiciones de serle útil a fuerza de costuras y recosturas.

Si hasta las suelas de las zapatillas, totalmente destrozadas, aprovechaba aquel bendito de Dios, haciendo con ellas verdaderos prodigios de arte manual para dejarlas en estado de servirle durante un par de días.

El 23 de octubre de 1932 hizo su profesión de votos simples. Durante su primer año de conista filósofo, continuó siendo el religioso sencillo y trabajador, tanto en lo concerniente al estudio, como en el trabajo que realizaba en la huerta durante los recreos, por estimarlo favorable para su salud aquejado de pequeñas dolencias. Y sobre todo fué fervoroso y humilde. Hubiera podido dar lecciones a los veteranos y sabía aceptarlas aún de los que estábamos claramente incapacitados para enseñarle. Alguien se permitió hacerle una observación harto inoportuna, que no pudo menos de molestarle seriamente, y pudimos ver la contracción de su rostro y aquel morderse los labios para vencer la tempestad, que una frase poco discreta había formado y que se apagó en su interior, dando paso a una sonrisa benévola, que fué una magistral lección para los que con él jugábamos.

Si no poseyó un talento extraordinario, tuvo sí, una tenacidad y perseverancia en el estudio, que le hizo figurar siempre entre los primeros y cumplir ante profesores y alumnos más que decorosamente. Todo ello no era más que la preparación a que Dios le sometió y con la que templó su espíritu para la gran prueba a que iba a verse sujeto.

Era alrededor del 15 de octubre 1933. Caba'mente acababa de llegar su padre para asistir a la profesión de su hermano Fr. Nicanor, hoy sacerdote agustino en el Brasil. Sintióse aquejado de un malestar en las piernas que hubo de postrarle en cama. Y al cabo de un día le vimos de nuevo levantarse, pero por unas horas nada más, para caer definitivamente. No tuvo ni el consuelo de ver profesar a su hermano. A partir

de aquel y durante ocho largos años, la historia de nuestro hermano puede resumirse en una sola frase: Fué una vida de paciencia heroica. Nadie pudo predecir en aquel primer momento la duración de su enfermedad.

Quizás fuera él mismo quien primero se percató de su importancia. Muy pronto comenzó la inmovilidad absoluta de medio cuerpo con la consiguiente paralización de órganos importantísimos. Se llenó de llagas, o más bien diríamos que se hizo una sola llaga, desde la cintura hasta los pies. Y en esa situación permaneció durante casi tres años en nuestro coristado de Calahorra y cinco más en su pueblo.

Por su habitación desfilábamos con frecuencia sus compañeros y nadie recuerda una palabra de queja, un ¡ay! de disconformidad. Siempre con la sonrisa en los labios, siempre con una palabra amable. Como ocurre en tales circunstancias con el dolor, su sensibilidad espiritual se agudizó notablemente.

Eran tiempos nada tranquilos a causa de los avatares políticos porque pasó España en aquellos años desdichados de la segunda República. A la habitación de Fr. Isidoro llegaban periódicos, a través de los cuales nos enterábamos de los sucesos que presagiaban lo que no se hizo esperar. Había entre nosotros un estudiante, que solía visitar con frecuencia a nuestro enfermo, por compañerismo y hasta quizá para enterarse por la prensa de lo que se guisaba en el mundo de la política, a la que era aficionado en demasia. Entregado también a lecturas un tantico racionalistas, eran de ver las polémicas religiosas y patrióticas en que se enzarzaban y el aplomo y serenidad con que le replicaba el enfermo, nada metido en politiquerías, pero religioso y patriótico mil por mil.

A mediados de Marzo de 1936, un mes justo después de las famosas elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, corrieron por Calahorra rumores amenazadores. Era domingo y en la tarde anterior habían sido entregadas a las llamas más de media docena de iglesias de la capital de provincia. Motivos muy serios aconsejaban precaverse, tanto más cuanto que había confidencias de lo que allí se tramaba. Nuestros superiores juzgaron oportuno trasladar al enfermo a la

Casa-Asilo de las Hermanitas de Ancianos Desamparados a la que de seguro habían de respetar los incendiarios. Afortunadamente la Divina Providencia hizo que todo quedara en mera amenaza; pero a pesar de ello, nuestro hermano fué morador de dicho Asilo durante una larga temporada. Aun recuerdan las religiosas al enfermo que durante su estancia con ellas fué la edificación de todos. Las buenas religiosas extremaron con él su caridad, pero Fr. Isidoro echaba de menos su convento y sus religiosos. Era de ver la alegría de su rostro cuando alguien de nosotros se llegaba a visitarlo.

En el mes de Abril del mismo año sus familiares solicitaban y obtuvieron permiso para llevarlo a su pueblo natal. En los últimos meses de Calahorra sentía con mayor intensidad que ninguno de nosotros la preocupación por el peligro religioso que significaba para España la política de entonces, quizás porque en sus largas horas de soledad meditaba con frecuencia sobre ello; y, ya en el pueblo, pudo percibir el amargor de los días turbios que precedieron al Movimiento Nacional, sin perder la serenidad propia del alma justa que fiaba ante todo en la Providencia de Dios. Por ello su gozo fué indescriptible cuando el Ejército acaudillado por Franco se alzó contra la jauria que destrozaba nuestra Patria y sobre todo al contemplar el triunfo religioso que ello trajo como consecuencia.

En los años de su permanencia en el pueblo fué sencillamente la admiración de sus paisanos. Siempre con aquella paciencia imperturbable, con aquella faz alegre, que sabía no solo sobreponerse a sus propios sufrimientos, sino también consolar y animar en los ajenos. Cabalmente durante su enfermedad fallecieron su padre, el buen Sr. Pedro, y su hermana Eudoxia; y en ambos casos él fué quien desde su lecho de dolor, —y aquí sí que está justificadísima la tan manida frase—, tuvo arrestos para vencer el sufrimiento propio, el producido por la pérdida de seres tan queridos y confortar a los demás. Cual otro Job sacó de la confianza en la Divina Providencia las energías para sobrenaturalizar sus lacerias corporales y aliviar las morales de los suyos.

Hizo la Profesión de Votos Solemnes desde su lecho en

1941, en manos del entonces Provincial de Castilla, P. Ambrosio de Arencibia.

Su cuerpo se iba consumiendo lentamente, pero su espíritu se agigantaba de día en día. Cuando lo vimos por última vez fué precisamente con ocasión de la primera misa de su hermano menor, el P. Nicanor, también agustino. Nos pareció encontrarlo más débil y más estilizado, pero más alegre. Su conformidad con la voluntad de Dios que tan duramente se le manifestaba, no fué mera conformidad forzada, sino la aceptación alegre de quien se ha entregado del todo al Señor y le sirve gozoso en cuanto El dispone por duro que parezca.

Por aquel cuarto bajo de la casa del Sr. Pedro desfilaron muchas personas para las que nunca faltó una palabra de aliento. Humanamente hablando él era el necesitado y en realidad prodigaba sin cesar salud espiritual a los sanos de cuerpo pero achacosos en el espíritu. Sólo una vez lo vimos con una leve tentación que se disipó velozmente. Un día llegó a pensar: ¿Será posible que con todo esto aún no cumpla yo la voluntad de Dios? Fué suficiente una frase de uno de sus hermanos sacerdotes para devolver la calma a aquella alma, que a medida que se desligaba de las ataduras de la carne, se unía más y más a su Dios con el que se abrazó para siempre el 21 de Marzo de 1942. Cuantos le trataban le miraban como a un santo y santamente entregó el espíritu al Señor, repitiendo el nombre de Jesús. Su ejemplo perdura vivo entre nosotros y al tributarle este homenaje póstumo, no hacemos otra cosa que cumplir un deber de justicia, largo tiempo demorado. Al terminar estos rasguños de semblanza, los dedicamos como ofrenda fervorosa al amigo del alma, hombre bueno y mártir del dolor, que nos ha hecho vivir momentos deliciosos y cuyo recuerdo ha de perdurar perennemente en la memoria de sus paisanos.

P. Petronilo Gutiérrez Morán, Agustino.

III

ANECDOTARIO

- 1.—Cultivo del lino
- 2.—Un día de siega
- 3.—La Nochebuena en Espinosa
- 4.—Ruta de un viaje Madrid-Espino-
nosa
- 5.—Impresiones de mis viajes a
Méjico

1. -Cultivo del lino

Una vez más, bondadoso lector, dejo escribir mi pluma para describirte y darte a conocer (porque quizá muchos no lo hayan conocido) este trabajo tan curioso y al mismo tiempo tan continuado, que en tiempo de nuestros abuelos ocupaba gran parte del año.

El lino, planta textil que todos conocemos, se vió extendido algún tiempo por todas las fértiles vegas del pueblo. Aquí vemos el cuidado y el mimo con que los labradores cuidan esta planta, sembrándola siempre en las mejores fincas. Durante todo el invierno y en continua trabajo se ocupaban los labradores en preparar la tierra todo lo mejor posible de tal forma que esta delicadísima planta pueda cultivarse en ella y logre alcanzar un resultado propicio.

Empiezan por abonarlo con el estiércol de las ovejas, único que reúne las cualidades necesarias. Una vez bien abonada la tierra, el labrador se entrega a la lucha con el barbecho; empieza a huncir el buey para tirar del arado y unos y otros le darán vueltas y más vueltas hasta hacer brillar la reja de tanto frotar contra el suco, y sin lamentar su trabajo rompe la aridez del suelo dejando la tierra deshecha en polvo y en perfecto estado laborable. Así pasan los fríos días de invierno hasta llegar el tiempo de sembrar la linaza, que lo hacían por aquellos días de "La Cruz" de mayo. Es ahora cuando vemos al sembrador por sus fértiles fincas de "los barriales" y "luengas" o "los sotillos" y "la senra" revolviendo nuevamente la tierra, la deja sufrir el sol y la escarcha y al día siguiente muy temprano, cuando se encuentra todavía cubierta de rocío, hacia ella se va con su saco al hombro, a distribuir con gran precisión los diminutos granitos de linaza por todo lo largo de la finca, cuidando siempre que ni uno solo de ellos caiga en terreno pedregoso y áspero y le ocurra lo que todos sabéis; aquello de la parábola del sembrador, que nos cuenta el evangelio. Esparcida la linaza en todas las partes, toma su arado que siempre, como

en este caso tiene que ir sin reja para abrir los surcos largos y derechos al mismo tiempo que una mujer va regando el terreno con un caldero. Todo este trabajo es el único medio para que produzca una cosecha abundante, pues si no la dejan con la humedad debida, a linaza se secará.

Aquellos surcos que parecen más bien hechos con un pínzel que con un áspero arado, por la acción de la "grada" o "cañizo", los vuelven a allanar nuevamente dejando el terreno en un verdadero plano horizontal. Y ahora uno de los detalles más curiosos y más interesantes que admira y llama la atención a cualquiera de los lectores que nunca lo hayan oído. Lo referiré en pocas palabras. Como anteriormente queda dicho, esta siembra suelen hacerla por La Cduz, fiesta que todos guardaron en aquel entonces. Pues bien, muchas veces ocurría que cuando el "vago" estaba lleno de parejas y gente, las campanas llamaban a los fieles a cumplir con el deber del culto religioso, y éstos, como buenos cristianos, abandonan tierra y pareja durante media hora y van todos a la iglesia a asistir al santo sacrificio de la Misa.

Viendo esto no podemos menos que alabar la vida del campo y a estos campesinos que afanosos en sus trabajos viven una vida moral, en contraposición a la corrupción e inmoralidad en que se precipitan las gentes de las urbes. En el campo no existen teatros, no hay cines, no hay lugares inmorales. Sólo la iglesia y el trabajo preocupan a los agricultores cuyo sentimiento moral y religioso le da la flerescencia de un ideal sano y alegre y de un incentivo perenne de la voluntad, dominada por la Madre Naturaleza.

Después que la linaza la tienen sembrada y dispuesto todo como queda dicho, hacen las "embelgas" cosa que no puede faltar, dividiendo la tierra en tres o cuatro partes con el fin de que más adelante en el tiempo de sequia, puedan regarla mejor y de forma que el agua no se detenga demasiao. Para hacer las "embelgas" amontonan un poco de tierra de cada lado y en la cresta de este surco plantas las "fabonas", la comida más exquisita en este tiempo en que sólo se sembraban titos y arbojos o guisantes.

A los ocho dias de la siembra ya vemos salir la caña del lino con su color verde, combinado con las diminutas e infinitas hojas que prenden a su alrededor. Estas flores verdes se

desprenden de la caña a los diez y ocho o veinte días, para dejar salir a otra mayor cantidad de flores moradas, que en gran variedad de colores motea caprichosamente el suelo, para dar las bellezas del campo. A las moradas corolas del lino únense los innumerables ramilletes de las delicadísimas florecillas color barquillo del sauco silvestre, el vino encarnado de una que otra amapola y mil y mil variadas florecillas de las más diversas formas y colores. Todo esto unido con el canto de los túisñores, codornices, jilgueros y demás pajarillos, hace que el hombre se recree y aspire el goce de lo inenarrable, envuelto en estos efluvios tan vitales y aromáticos.

Pero no todo es admiración de belleza y encanto en las mieses, sino que también, unido a esto, lleva hierbas malas que hace al labrador ocupar gran parte de su tiempo. Así, apenas la caña tiene tres dedos de altura, ya se encuentra mezclado con el verde de las cañas una gran variedad de hierbas malas que llaman "corriyuelas" las cuales, rodeándose a los delicados tallitos del lino, se apoderan de ellos como feroces víboras, impidiendo su crecimiento, hasta el punto de secarlos muchas de las veces. Unido esto a las otras hierbas como el cardo, la tiña y demás cizaña que se intercala entre el lino cuando éste echa su flor, junto con el alternativo riego que lleva otros ocho días, completamos el trabajo que esta semilla exige durante su desarrollo en estos días encantadores de la estación primaveral.

Y pasan los días de primavera, aquellas auroras y atardeceres suaves desaparecen y llega el verano con su luz y con su fuego que nos aplasta, nos enerva con el caliginoso abrasar de sus rayos. Por eso aquellas florecillas desaparecieron, se apagaron sus colores, se marcharon sus aromas, y ahora encontramos el lino con su caña dorada, sus flores moradas convertidas en ovarios y dentro de ellos la innumerable semilla o "baga" que tantas aplicaciones ha de tener.

Cuando el dorado de las mieses rompe en retazos desiguales la simetría de los verdes prados, es cuando vemos a todas las reberanas, las viejas con sus amplias y largas faldas negras, las jóvenes con su pañuelo rosado y unas y otras arancando el abundante y espeso lino, hasta terminar la "estaja" del día y atarlo en gavillas que llevarán a la era. Cuando estaba demasiado seco lo arrancaban de noche a la luz de la luna o de madrugada antes de el sol salir.

Allí lo tienden todo muy juntito por el suelo en "caibel", pero sin que por eso impida a los rayos del sol su penetrar radiante y enérgico a través de las últimas cañas. Así lo dejan durante cinco o seis días y cuando ya lo suponen en las condiciones necesarias, lo "devagan" con el terrible "maigo" o mazo a cuyo paso no quedaría un solo grano que se resistiera en su celda.

De esta forma el lino queda desgranado o "devagado", y lo que antes parecía increíble, lo vemos ahora muy claro. La linaza o semilla en un saco, el "jajo" o cáscara (que como su nombre indica es despreciado) en otro, y aquello, lo interesante del lino y de donde adquiere su nombre, la caña enterita y sana, nuevamente atada en "mañas" o fejes, que tanto tiempo ha de ocupar a los labradores en aquellos días tristes y monótonos del interminable invierno. Con este trabajo encontramos todas las partes del lino recogido y dispuestas para hacer de ellas el fin que cada uno tiene destinado. Así la linaza limpia y reluciente en sus costales, la llevan a los molinos que propósito para molerla había en los pueblos de Villarroquel y Secarejo y con los cuales la transforman en aceite de arder, que tantas aplicaciones tiene en pintura y tan sabrosísima es en las sopas de "ajo", y no digamos nada si recordamos aquellas rabanadas de pan untado que los rapaces comían ansiosos al salir de la escuela.

Aquello lo más interesante, la caña atada en las artísticas "mañas", lo llevan allí donde ninguno de los lectores que enterado no esté en el cultivo de esta planta, se puede imaginar; al mismísimo río a cocer en las frías aguas del "regacho" y "regachín" y con piedras encima cubierto de agua, lo tienen durante ocho o nueve días, o los suficientes, pues el labrador experto ya en esta, sabe muy bien el día que se halla cocido, ya sea con el olfato o tirando un puñado al agua, para ver si al fondo baja. Sacado del agua lo tienden nuevamente en la orilla del río y aquí en puñados derechos que llaman "señoritas" o "moñas" lo dejan secar durante dos o tres días, para que escurrida el agua, puedan cargarlo en el carro nuevamente y traerlo a casa. Después, en aquellos días de la estación placentera de otoño; en estos días de sol suave, lo extienden por todo lo largo de las paredes, dejando a la calles tan adornadas que parecen ser una obra de arte.

Cocido y seco, lo introducen en los desvanes y en octubre lo ponen al "majón" para romper la caña y sacar la hebra. Primeramente lo someten a un "majón" que ellos ocnstruyen de madera, compuesto de unos dientes que añ introducirse en sus respectivos canales habrán de machacar la caña y dejarla completamente flexible. Aunque la máquina no es muy complicada ni dispone de muchas piezas, no obstante ocupa constantemente a dos personas que por lo regular siempre son de distinto sexo. El hombre que en continuado movimiento salta sobre el referido majón para producirle el vaivén, y la mujer que sin descuidarse, hace girar el lino para que la caña no se rompa. Cuando está bastante flexible, la atan en puñaditos llamados "cerros" los cuales han de ser espadados con "espadilla y trebiezo", tabla inclinada para separar la hebra o parte fina de la otra más gruesa y áspera que da lugar a la estopa. Y un día y otro día se veían ocupados en esta faena que quizá sea la más pesada por la gran cantidad de polvo que despidе, el cual se haria insoportable a cualquiera que no fuera de estos de piel dura.

Tengo la garganta mala
con el polvo de espadar,
y los médicos me dicen
que la cure con cantar.

Y así animados por estos versos u otros semejantes que ellos componían, iban haciendo la "espadada".

Y comienzan los "filandones". Es ahora cuando quince o veinte mujeres reunidas todas ellas en una casa, hilan lino y estopa en las veladas del invierno, hasta sacar grandes madejas de hilos finos y gruesos, según los casos. Allí todas las mujeres cuyos rostros encogidos se vislumbran por las sombras que producía el candil "mantenido" cada día por una de ellas, según el molesto trabajo en aquellas cocinas de humo, que en todas las casas es la mejor habitación. Ocupa en su mayor parte el amplio "llar" que está en el suelo, sobre el que a un metro de altura se extiende el dilatado piso, llamado "trébede", por bajo del cual a sus anchas antes de salir por la gran chimenea, se explaya en todas direcciones el fuego de los troncos de roble o chopo, caldeándolo de tal manera que con razón llamaban también la gloria, a aquel codiciado lugar de las heladoras y largas noches invernales de filandón. Las paredes hallanse adorna-

das por alacenas y recubiertas de periódicos, complicadamente festoneados de agujeritos. Y así rodeando a los troncos que arden en el hogar, llorando la savia que hierve al salir, prosiguen hasta dar fin a aquellas veladas interrumpidas muchas veces por el molestísimo picar de garganta, el llorar de los ojos y la pertinaz tos que a todos producía el "fumiazo".

Convertido el lino en fuertes fibras de hilo, con otro instrumento de la misma fábrica que los anteriores, la «náspa» lo transforma en grandes madejas las cuales inmediatamente pasan a una caldera. Todas juntas y muy bien colocadas, mezcladas al mismo tiempo con diversas capas de «cernada» o ceniza de roble, aunque en esto interviniera la de otro árbol cualquiera, ya que no tenía las mismas propiedades en la blancura y hasta el punto de que por no ser buena la del pueblo, se desplazaban a la montaña, a Formigones y Villapodambre y con mucha precaución, pues de vez en cuando «les metían gato por liebre» y se la daban de «peornc». De esta manera lo hierven durante un largo rato hasta que se halla perfectamente cocido. Esto hará que al ser sometidas más tarde a los rayos del sol tomen el más envidiable color de las margaritas. Secas las madejas las devanan en una «devanadera» o «algadillo» (tabla gruesa con unos palos en forma de cruz) que puestas en continuo movimiento de rotación convierten a aquellas en ovillos grandes y redondos cual si fueran pelotas de nieve. Hechas las madejas y convertidos en blancos ovillos de hilo, ya se ven grandes caravanas de burros, que montados por otras tantas mujeres, caminan en dirección a la Utrera, Villayuste o Soto y Sanlúcar, donde se hallan los expertos tejedores. Estos con sus típicos telares les han de fabricar grandes y finas piezas de tela, no faltando entre ellas alguna que otra áspera y gruesa pieza de estopa. La época de esta aparición la señala el refrán: «La buena hilandera para San Andrés echa la tela, y la que no es tan allá, para la Navidad». Gozosas y contentas volvían a cabalgatas con sus pollinos cargados de lienzo, un poco descoloridos. Pero nada importa esto; el arroyo de Espinosa ofrece a sus administradores un agua limpia y cristalina, con la que han de quedar mejor que antes de su decoloración. Y en efecto, durante un mes seguido las huertas del valle se veían alfombradas con aquella blancura de las telas, tan bien colocadas sobre pie-

dras enlazadas unas a otras, que se confundían con el suelo de mosaico. Y no digo nada si tenemos en cuenta las porfías que había entre unas mujeres y otras sobre cual lo tenía mejor hecho.

Y ya tenemos después de tan complicados trabajos los granitos de linaza convertidos en finas telas. Desgraciadamente el cultivo de esta planta se ha perdido, debido a que su trabajo no era muy compensado por el precio a que lo pagaban. Hace unos veinte años se ha restaurado de nuevo este cultivo desaparecido por completo de la ribera del Orbigo: se instaló en Vega lina una fábrica linera de la cual se hizo mucha propaganda en aquellas coplas que fueron durante mucho tiempo la canción de moda de esta tierra:

La ribera de patatas,
habas, remolacha y vino,
también dá buenas muchachas,
pero sobre todo lino.

Vaya lino que produce la ribera,
hace el tejido más fino
que el de otro país cualquiera.

Y con esto amigo lector, doy fin a mi redacción después de haberte expresado sencilla y pobremente cómo en nuestro pueblo de Espinosa y cómo con su constante trabajo lograban nuestros antepasados vestir sus trajes finos y elegantes en aquellos tiempos atrasados. Y no nos olvidemos tampoco, de aquella aplicación tan peculiar que los guajes hacían con los «cerros» construyendo sus artísticas hondas o «arramales» para entablar aquellas temibles pedreas contra los rapaces enemigos de los pueblos inmediatos, siendo las más grandes las entabladas con el pueblo de Mataluenga, donde el río les ofrecía un campo de batalla cubierto de bombas inexplotables.

Espinosa 27 de Agosto de 1.950.

MANUEL TASCON.

2.—Un día de siega

El apacible pueblo de Espinosa, situado en la margen izquierda del río Luna, reposa en la ladera del monte constituido por unas no muy pronunciadas colinas. Aquí viven la mar de contentos y dichosos sus moradores, dedicados a las faenas del campo sin ser molestados por el continuo ajeteo de las ciudades, y no envidian la suerte de nadie, pues se hacen eco de aquellas palabras de S. S. el Papa: «En las ciudades se encuentran los valores humanos, pero en el campo se hallan los valores divinos».

Una de las calles del pueblo se interna por el valle siguiendo el arroyo, como si quisiera mostrar a los vecinos el camino a seguir hacia algún paraje fuente de riqueza. No en vano por cierto hace esta invitación la configuración del pueblo, pues sus moradores fieles a ella han seguido esta ruta que los conduce a campos hasta ahora sin explotar, donde se pasan una parte considerable del año: ya en la rálva, ya en la vina y no pocos hay que tercián para finalmente en la época estival, ver recompensados todos sus trabajos con uno más, y el más duro, que es la recolección, con sus distintas facetas de siega y acarreo.

Es el monte de Espinosa con sus hermosas explanadas de tierra parda, con sus graciosos altibajos, terreno muy apropiado y feracísimo para la siembra del centeno, quedando reservados la ribera para los demás cereales y otros frutos más delicados que necesitan mejor terreno y cuidados más exquisitos.

Nos vamos a ocupar de la última etapa, que suele ser la más agradable, sobre todo si la cosecha está a tono con las esperanzas..

LA SIEGA.— Es uno de los días del caluroso julio. La aurora anuncia la próxima llegada del día. Los gorriones compañeros inseparables de los campesinos revolotean alegres en los aleros de los tejados, y en las choperas vecinas, despertando con sus alegres trinos al vecindario. La voz grave de la campana

del reloj, nos dice desde la torre que son las cuatro de la madrugada. Enseguida las chimeneas de las casas empiezan a vomitar humo que serpentea hacia las nubes. Luego se oye el característico crujir de puertas que se abren. Por acá y por allá salen las muchachas con sus cubos camino de la fuente o del pozo vecino, para hacer las provisiones de agua, mientras los jóvenes canturreando una tonada ceban los ganados. Se ponen listas las hoces, se repara la correa rota de una abarca y están a punto todos los bártulos.

De pronto llega a nuestros oídos el sonido de las campanas de la iglesia, tañidas por las diestras manos del campanero, que parecen hacer hablar a los bronce y nos convidan a rezar: «El ángel del Señor anunció a María...».

EN MARCHA.—Después de desayunar se disponen a partir en cuadrillas los segadores. La caballería que nos acompaña lleva las alforjas bien repletas con las provisiones necesarias hasta el mediodía, donde no faltan como es natural, el clásico barril de vino del país, conceptuado como artículo de primera necesidad en la siega. Damos al lector una cayada para que le ayude a subir la cuesta y le invitamos a que nos acompañe. Todos los segadores llevan pendiente del hombro o del cinturón su hoz correspondiente y un elegante sombrero de paja, para quitar los rayos ultrarrojos del sol. Caminamos alegres y a buen paso, pues a ello convida la suave brisa de la mañana y en un dos por tres estamos en la salida del pueblo, en la «Huerta del Valle» donde nos encontramos con varios grupos de segadores que nisan con energía y ligereza el polvoriento camino. Algunos más madrugadores nos han ganado la delantera, aunque no son pocas las cuadrillas que nos siguen. Después de los «buenos días» de rúbrica, entablamos conversación y preguntamos a los más próximos: «Hacia dónde os encamináis hoy muchachos? A Valdaguas, contestan, nos quedó un poco ayer allí, pero para las diez lo tiraremos y a continuación pasaremos el «Cordel». Vosotros iréis muy adelantados ¿eh? —No lo creáis; vamos más despacio que vosotros, pues nos internaremos hoy por primera vez a los quifiones, todavía terminamos ayer en «lo viejo» y me parece que no hay quien os gane la delantera, según corréis... —¡Buen miedo os mete a vosotros la siega!, con la máquina no hay por qué apurarse, pero con la hoz se navega

poco, y si no el tiempo... Verás como termináis antes que nosotros. Fíate y no corras; hazte la cuenta que la máquina nos deje un buen día en la vega de la estocada, mejor dicho, en Valdesquillo o en la Vallina de la Zarza o donde tú quieras y...

Por eso no se nos olvidan nunca las hoces en casa. Bueno, ¿y qué tal está la cosecha por los quifiones?

—Como nunca. Hay una cantidad de paja... Na'ra, que te harta uno de darle a la hoz y parece que en vez de avanzar retrocede. Como que si no nos vienen refuerzos de otra parte me parece que vamos a tener siega para rato. Bueno, tengo un consuelo y es que cuando terminen las máquinas que comienzan a meter las narices por los quifiones, nos ayudarán a los demás. ¿No es eso?

—Pues no faltaba más. Claro que sí; el caso es que haya mucho. ¿No te parece que segarse ha de segarse?, ¿y qué tal de grano?

—Hombre, pues que te diría yo. Hay quien dice que está bastante salteado, y que no responde a las esperanzas, pero ya sabes que estos nunca están contentos. A mí ver, francamente lo digo, no debemos estar de queja, gracias a Dios. Aún más, debemos estar contentísimos, porque ¡cualquiera creía que íbamos a tener cosecha, con la primavera tan poco favorable que tuvimos! Creer que vamos a llenar las paneras.

EL PANORAMA.— En estas y otras conversaciones pasamos «los praos del Valle» y cuando nos damos cuenta estamos subiendo la «cuesta de la Cotada», que nos lo advierte la pendiente del atajo. Llegamos a la cumbre en el preciso y precioso momento en que el sol asomando en lontananza, comienza a iluminarlo todo con sus rayos. Tenemos que acortar el paso, pues la cuesta nos ha consumido buena parte de nuestras energías, pero poco a poco nos vamos recuperando y dejando atrás los «corrales del tío Bernabé». Llegamos a dar vista a un panorama verdaderamente hermoso. Se presenta ante nuestra vista una explanada blanca, con un matiz dorado, que aumenta su belleza al ser iluminada por los rayos del sol nascente. La monotonía de «las Vallinas» que descienden queda interrumpida por la graciosa y suave colina que se alza al fondo, denominada «la Corretilla» para volver a descender al valle del «guelmo». En el horizonte divisamos la silueta de una casa huérfa-

na: «la Venta la Cruz», que es como el vigía de estas tierras. Un poco más al norte apenas si alcanzamos a ver la vetusta torre del santuario de la Virgen de Camposagrado. Pasamos la vista por la llanura de los «quifiones», del «pozo de las cruces», «canto corto», «el colmenar», e inmediatamente tropezamos a lo lejos con la gigantesca cordillera de montañas, de cuyas cumbres desciende un agradable frescor. A nuestra espalda queda la frondosa ribera que ahora contemplamos cubierta con ligera neblina. Más allá por encima de «La Solana» vemos los alegres pueblos de Ordás, rezando al río unos, diseminados por la cuesta otros. Los segadores acostumbrados a verlos muchas veces, no se detienen y seguimos nuestro camino, ahora por entre las mieses pletóricas de rico fruto, cuyas espigas, no pudiendo aguantar tamaño peso en su posición vertical, se inclinan humildes hacia la tierra, mientras el viento se entretiene balanceándolas que parece quieren desplomarse.

¡Estupendo paisaje matinal! ¡Qué pena para estos labriegos si una nube maligna descargase su furia sobre este sazonado fruto! Pero... interrumpen nuestros despreocupado caminar los aullidos del perro que nos acompaña hasta entonces entretenido en corre detrás de los «engañapastores» que juguetones se dejaban caer perpendicularmente hasta cerca de su cabeza. Más ahora se había internado por los sembrados y sucedió lo que suponíamos. Nos colocamos estratégicamente, pero con amargo dolor vemos que la fiebre cruza el camino a bastante distancia de nosotros y se interna en los sembrados de la banda opuesta, dejándonos con las ganas.

En fin, las cuadrillas se van despidiendo y separando, pues unas toman el camino que divide «las Vallinas» y que va a «la Carretilla»; otras siguen por el de «Valtabiernas» pasando por las «Matonas» y los menos, todavía se quedan en las tierras viejas, tomando el camino hacia «la fuente del Vidul».

Seguimos a las «Matonas». Caminamos un buen rato por entre sembrados, salpicados a intervalos por viñas, saliendo nuevamente a descampado y seguimos el camino perfumado por el oloroso tomillo que se halla en abundancia a los lados del mismo y después de atravesar el «valle Valtabiernas», comenzamos la subida a los quifiones de «la Mata de las Vacas». A nuestra derecha quedan los corrales nuevos, que enseguida perdemos de

vista, quedando a nuestra espalda y seguimos nuevamente por entre las mieses. Divisamos enseguida el rastro de una máquina y un montón de manojos junto a esta. ¿Se habrá quedado alguien a dormir aquí? Efectivamente: nos acercamos y los perezosos estos, no se habían dado cuenta que los rayos del sol penetraban por las rendijas de su improvisada choza.

EN EL TAJO.— Por fin hemos llegado a nuestro destino e igualmente todas las demás cuadrillas. Ahora la inmensa mancha amarilla de los sembrados se encuentra salpicada y animada de máquinas y segadores dispuestos a comenzar la tarea. A nuestra derecha seis forzudos segadores, colocados en línea quebrada, hacen girar a sus hambrientas hoces con una rapidez pasmosa. Hace un momento comenzaban en un extremo del quifión y ahora los contemplamos dando fin al «sucaina». También la velocidad característica del siglo veinte, se ve palpablemente en los segadores de Espinosa. Ya pasaron a la historia aquellos tiempos en que se segaba a «estajo», que era un método bastante amparador de los remolones, a causa de lo tener cada segador su parcela determinada. Hoy día, sin embargo, se ha llegado a conseguir un máximo rendimiento en un tiempo relativamente corto. El primer segador que suele ser el mejor del grupo, se las entiende con el surco, que es lo que se denomina «sucaina», procurando de ir dejando la gavillera de tal forma, que el que le sigue, pueda cómodamente colocar sobre las mismas gavillas sus pufiados. Al segundo sucede el tercero y a este el cuarto, y así sucesivamente, todos con sus tres surcos, de tal manera que ninguno de ellos se puede detener, sin que impida la marcha de los que le siguen, pisándose los talones unos a otros. Si a esto añadimos que las tierras están perfectamente apadas, con los surcos bastante distanciados ya se puede suponer cuánto tiempo empleará una buena cuadrilla de segadores en tirar un quifión por grande que sea.

Las máquinas se disponen también a ponerse en funciones, puesto que el sol bastante avanzado ya, ha enjugado el rocío que durante la noche se había depositado en las cañas, y la paja ya caliente está en condiciones de ser cortada. No tarda en oírse de aquí y de allá su runrrureo característico, al mismo tiempo que contemplamos en acompasado movimiento de sus rastros, que a manera de aspas, van acercando las cañas a los cuchillos, mien-

tras van dejando tras de sí, el suelo cubierto de gavillas, que enseguida los segadores convierten en hermosos manojos, previa una atadura aplicada a cada uno de ellos, compuesta de unas pocas cañas del mismo cereal, denominada vulgarmente «venceja». La máquina sin darse punto de reposo, poco a poco va estrechando el cerco con sus reiteradas vueltas alrededor de la espesa mies. ¡Es de ver cómo las cañas que poco ha se erguían tiesas, se encuentran ahora tendidas en posición horizontal, tronchadas por la despiadada hoz del segador o por las cuchillas de la máquina!.

Puesto que el sol no molesta demasiado todavía y un vientecillo suave se deja correr, algunos segadores desentelanean sus gargantas y nos deleitan con sus canciones, haciendo llevadero el trabajo. Transcurre el tiempo y la labor también avanza sin interrupción alguna, pero han dado las diez, que marca con admirable precisión el sol, y es necesario tomar algo: “Tomar las cinco”, se decía de la merienda; y las diez “era tomar un taco” entre el almuerzo y la comida de mediodía, al mismo tiempo que se descansa un momento. Se toma asiento en el santo suelo y antes de nada el barril comienza a pasar de mano en mano, sin cesar de cantar su agradable y característica tonada. El jamón y el sabroso pan blanco restituyen con creces las fuerzas perdidas, y tras un chiste muy reído por la comparsa, se reanuda con nuevo brío la tarea. El sol ya se va poniendo en plan y el sombrero no se apea de la cabeza. Luego algunos nos abandonan por algún tiempo, porque es necesario volver al pueblo en busca de la comida, y cabalgando en sus respectivos pollinos, que lanzan al espacio sus estridentes desacordes, se alejan.

El quifón en su mejor parte se halla cubierto de manojos y a uno se le ocurre la siguiente propuesta:

—¿Qué os parece, muchachos?, debíamos atropar esta tendalera antes de terminar, porque si nos coge la siesta...

—Está bien pensado eso, contestan los demás; vamos a terminar de atar lo segado y acto seguido los atroparemos.

—Me parece bien —contestó el interlocutor— y manos a la obra.

Aun no había terminado éste de hablar, cuando oímos que

alguien nos llama de un quihón próximo, y pregunta si tenemos la llave inglesa.

—¿Qué, hay averías?

—Sí, pero es cosa de poco, contesta.

—Si hombre, ven por ella y por todo lo que te haga falta. ¡Pues no faltaba más!

Nuestro buen paisano salva la distancia que nos separa, y le entregamos la herramienta, al mismo tiempo que le invitamos a un trago de vino fresco, alargándole el barril. Acepta con franqueza y se va a poner en marcha su máquina, ofreciéndose cordialmente para lo que pudiéramos necesitarle.

La labor ha avanzado tanto, que ha superado nuestros augurios. Total, que tenemos el quihón segado, atado y amorenado, como dicen los labriegos.

Con la música a otra parte.—No hay tiempo que perder. Nos espera, no muy lejos de aquí, en "Valdaguas", otro quihón en admirables condiciones de ser trasquilado, y allá nos dirigimos rompiendo por la espesura, que apenas si deja ver algo de lindera. Por fin, llegamos a nuestra parcela y seguidamente se procede a deslindar el quihón. Los segadores admirados exclaman: ¡Está superior! Mira, tiene espigas de a cuarta. La máquina sigue los pasos de los deslindadores y poco tiempo después al aplicar la vencheja al manojo se percatan de que pican que se las pelan.

Nos distrae un tanto de nuestro trabajo, un pájaro de alas inmóviles, que viene de la próxima base de la Virgen del Camino, cuyas torres se divisan desde aquí, haciendo unas piruetas muy graciosas; nos deja alejándose hacia el horizonte.

Un segador, echando una mirada a los caminos de acceso a "Valdaguas", dice:

—¡Caramba! ¡Qué larga se ha hecho hoy la mañana! Pero no; momentos después vemos venir unos por "Valdaguas" abajo, otros por el camino de "Valtaviernas", grupos de caballerías en caravana, portadores de las viandas para la comida en sus blancas alforjas. Se acercan a sus respectivas cuadrillas y se hace alto en el trabajo a una voz del jefe. Es la hora de la refección del mediodía, que tiene lugar a campo raso, bajo un sol abrasador y sentados en el terreno caldeado, también más que regular, pues nos encontramos en

una esplanada de tierras de pan llevar, donde no se encuentran árboles en varios kilómetros a la redonda, excepto algún que otro roble aislado. Sin embargo cada uno se ingenia como puede para hacer un poco de sombra, bien auxiliados de una manta y cuatro estacas; pero bastantes se resignan a soportar el asfixiante calor, protegidos por sus amplios sombreros. El barril surtía sus efectos con su refrescante licor, puesto que la primera precaución al llegar al quihón es resguardarlo convenientemente, o enterrar si es preciso el barril para que no se caliente el vino.

Terminada la comida los segadores descansan un momento resguardándose la cabeza a la sombra de algún manojo puesto verticalmente, mientras las yuntas de ganado encargado de mover las máquinas se dirigen a saciar su sed a los abrevaderos más próximos que están en "Valtabiernas". Enseguida están de vuelta y la gente se incorpora para reanudar el trabajo. Previo un engrase de la máquina, los segadores se ponen en funciones animados por la abundancia del sazonado fruto, que en breve llenará sus graneros. Esto paga con creces todas las fatigas y protestas de los riñones, que se hallan un tanto molestos por la posición algo violenta a que se los tiene sometidos.

La paja, que ha soportado los perpendiculares rayos del sol durante el mediodía, hay que tratarla con mucho cuidado, especialmente para atar, pues rompe fácilmente y más fácilmente se introduce por las manos de los segadores, sin pararse a considerar que las tienen acorazadas con una piel dura y cubierta de callos efecto del continuo trato con las herramientas de trabajo.

Como el consumo de agua es bastante considerable, pronto se ve la falta, pero no hay por qué apurarse. Sin tiempo que perder, nuestro aguador sobre su cabalgadura toma rumbo a la fuente del "Barrio blanco" que a pesar de ser bastante distante bien se merece el camino por la exquisita calidad que tiene. Pero no es calma todo lo que nos rodea. Alguien divisa a pocos metros una remolino de viento, que se acerca con impetuosidad pasmosa en forma de columna vertical de varios metros, que se retuerce rabiosa, levantando una ingente polvoreda al pasar por las tierras aradas;

hace verdaderos estragos en las gavillas sueltas. La trilla que nos armó es indescriptible. Pero no sólo a nosotros, sino que oímos a nuestros vecinos dar gritos maldiciendo a la "bruja" o remolino que les iba haciendo la misma operación, y menos mal que un sombrero que arremató a uno de los segadores a duras penas pudo aterrizar a varios metros de distancia. Lo tomamos todo a risa y se arregla la tendalera para seguir con el mismo ánimo que antes. La tierra está a punto de quedar convertida en una amarilla rastrojera.

El sol ha bajado considerablemente y se permiten los segadores abandonar el sombrero, para airear un poco la cabeza.

Se determina terminar el quiñón para antes de las cinco y efectivamente no tardamos en verlo realizado, pues a la voz "que ya es nuestro" se anima el personal y desean ver cuanto antes el quiñón en "corros". No sólo enorros sino en morenas, dejamos el quiñón y nos trasladamos a la tercera pieza que estaba destinada para hoy. Corta es la distancia que nos separa al quiñón que nos dirigimos, sito en término de "Valdesquillo". Durante el trayecto encontramos cuadrillas de segadores entregadas de lleno al trabajo. Nos cruzamos unas palabras en las que no faltan: ¿Qué, acabáis ya? ¿Qué tal marchamos? ¿Dónde váis? ¿Queréis un trago?... Y seguimos nuestro camino cruzando sembrados hasta llegar al quiñón.

La merienda.—Estamos en "Valdesquillo". Se reconoce convenientemente el quiñón, cosa no muy fácil para un inexperto, por tratarse de parcelas absolutamente iguales, pero no para los labradores espinosanos, dotados de un exquisito sentido práctico.

Los aladores se proponen dar abasto a la máquina, y lo consiguen durante algún tiempo, pero es tal la abundancia de paja, que las gavillas menudean demasiado para conseguirlo.

Pero, ¿va a ser todo trabajo? ¡Qué caramba! El cuerpo también pide lo suyo. Además marca la pauta una cuadrilla que acaba de llegar al quiñón vecino y dice que hay que "tomar las cinco". Pues a merendar. Es el rato más agradable del día, pues el sol ya va declinando, a la par que refresca el ambiente, puesto que la cordillera norieña, se ha-

lla ahora coronada de espesa neblina y nos envía un agradable frescor. Todo mundo augura fuerte merienda. No sé lo que pasa, pero, al contrario de lo que lógicamente se podía esperar de los segadores cansados por la brega de todo el día, hay un derroche de humorismo y alegría de buen tono cuando llega la merienda. El merendero elegido es un "adil" que cabecea con otros quiñones, perfumado con el olor del tomillo, cuyas hermosas matas hacen las veces de lujosos divanes para algunos; otros se sientan en el verde césped o aderca un manojo el último que llega. La sabrosa tortilla y demás viandas fuertes, proporcionadas al trabajo, se brindan generosamente, mientras el barril recorre una vez más el corro. También los diversos corrillos, dedicados a la misma faena, se brindan mutuamente con el barril en alto.

Terminada la merienda, es cuando los distinguidos cantores espinosanos lanzan una ronda al aire y aquí es de ver el selecto repertorio que nos brindan. Francamente no merece en nada la fama que los cantantes de Espinosa tuvieron antaño, ahora y siempre. ¿Quizá sea efecto del agua de la fuente a que aludimos antes y otras muy buenas; digamos por ejemplo la "Fuente del Vidul", la agradable y afinada voz de los cantores espinosanos? No cabe duda que influye, lo mismo que el aire puro que aquí se respira.

La etapa que resta y que pone punto final al día, suele ser la más corta, aunque bien aprovechada. Sin embargo el sol parece que corre más que lo acostumbrado y avanza a pasos agigantados para descender y ocultarse tras las montañas de occidente. Los que han de regresar al pueblo, no pueden detenerse demasiado, pues la distancia que hay que salvar no es nada despreciable. Así pues el día ha terminado, el quiñón quedó próximo a su fin y los segadores satisfechos, se disponen a abandonar por unas horas el tajo.

Con el bastón nuevamente en la mano, abandonamos el monte, comenzando ya el crepúsculo vespertino. Enseguida más cuadrillas nos salen al paso y caminamos juntos, encontrando más durante el trayecto.

Pasamos por los corrales de Valtaviernas y bajamos la

cuesta ya bien de noche. Antiguamente, según refieren los más ancianos, había la costumbre de reunirse varias cuadrillas en la falda de la cuesta y bajar rezando el rosario para terminar con unas rondas que anunciaban al pueblo la llegada de los segadores. Hoy solamente queda algo de esto último, pues la velocidad de estos tiempos se ve harta en esto. Nadie espera o antes bien se apresura cada cuadrilla o cuadrillas que vienen juntas a llegar al silencioso pueblo, donde sólo se oye el ladrido de algún perro.

Pocos momentos después el lugar duerme tranquilo, sin ser perturbado por nadie hasta la mañana siguiente, en que todo recobra nuevamente movimiento y vida.

VICTORIANO ZAPICO

(Alumno de 3.ª de Teología)

Oviedo, agosto de 1950.

3. — La Nochebuena en Espinosa

Después de diez años pasados en su mayor parte fuera del hogar, alejado de mi querido pueblo de Espinosa, precisamente en esta estación del invierno, en que celebramos los grandes misterios navideños, apenas si guardo algún otro recuerdo de aquellos años de la infancia, en que, si bien es verdad que lo pasaba muy contento y satisfecho, por ser días de vacaciones, días eminentemente familiares y algún tanto golosillos para los niños; sin embargo era demasiado chico entonces, para comprender en su totalidad el significado de estas fiestas pletóricas de sabor cristiano. Con grato placer me encuentro este año en la parroquia para celebrar la Nochebuena en compañía de la familia y paisanos todos del pueblo.

Es un panorama completamente distinto el que nos presenta ahora la naturaleza, del que se contempla en meses del verano. Amanece el día claro y sereno, pero por la calle solamente se puede andar a prisa y poco tiempo, pues el frío de la helada obliga a replegarse pronto junto a la chimenea. Los prados se hallan completamente cubiertos de una escarcha blanquísima, que semejan estar nevados; los árboles se yerguen desnudos sin su follaje que les hace tan hermosos en la primavera y el verano; la naturaleza toda duerme aletargada y como enquistada para defenderse algo contra los rigores del invierno. Sin embargo sale el astro rey, y con él el calor que va comunicando a los campos que comienzan a despedir un espeso vaho, al par que va desapareciendo la blancura para dar paso al pálido verdor de los prados.

La gran festividad se acerca y es del caso preparar el nacimiento. No contamos con muchos elementos, pero si los suficientes para hacer un Belén sencillo, abrigando una esperanza de ampliarlo en años sucesivos.

Un buen grupo de chiquillos simpáticos y juguetones rodean la iglesia, y se divierten formando una enorme algárraba y ti-

nalmente acaban por interesarse por el Belén y todos quieren tomar parte en su obra.

—Muy bien. ¿De manera que queréis poner vuestro granito de arena también en el portal del Niño Dios?

—Sí, sí: contestan todos a una.

—Me gusta mucho eso. Pues mirad, vosotros dos váis a buscar musgo; tú y tú traéis unos piedras para hacer la cueva, y tú, Pepin, vas a casa de la molinera y le pides el cable que ella sabe. Los demás, con esta cesta, traéis arena del arroyo para trazar los caminos.

Unos momentos después tenemos todos los materiales necesarios para confeccionar nuestra obra de arte. El técnico electricista estudia la manera de hacer bien la instalación, mientras los demás colocan aquí unas tablas o traen las figuras que faltaban de casa de la señora Maestra.

Son las tres de la tarde. La noticia de que tenemos misa de gallo se difunde por los cuatro costados del pueblo, acogiendo a todos con gran entusiasmo, como no era menos de esperar en un pueblo como Espinosa de sólida raigambre cristiana. Constituye para el pueblo una cosa algo nueva, pues viene a interrumpir la serie de años en los que no había tenido la misa de medianoche. Este año, sin embargo, nuestro querido y anciano párroco va a celebrar la misa.

El ambiente es todo navideño. Se comienzan a oír las castañuelas y panderetas, que acompañan a las escogidas voces del coro de la parroquia y el aire pastoril de los villancicos regocija a todo el mundo. Las voces están en plena forma y la obra del nacimiento muy avanzada. La bien traída iluminación pone una nota de simpatía y atractivo en el Belén.

El pueblo acude a la llamada de la campana y se congrega a rezar el rosario a la iglesia en el preciso momento en que se pone fin al nacimiento. Momentos después la iglesia se cerraba, pero nada más por algún tiempo.

El pueblo que hasta entonces semejaba un hormiguero de gente por las calles acompañado del alboroto consiguiente de los chicos que juegan, ahora al atravesarlo hacia nuestras casas, lo encontramos callado, tranquilo; sus calles están desiertas; todo el lugar está en silencio. La luna en su cuarto creciente que brilla majestuosa en el firmamento raso y sin nubes, nos per-

mite augurar una plácida noche: "Noche de Dios, noche de paz" como aquella memorable de Belén de hace veinte siglos. En casa nos esperan para la típica relación de la Nochebuena, en que se dan cita los manjares más exquisitos que las diestras manos de las cocineras saben preparar; sin faltar la clásica compota, el turrón y mazapanes; rebozado todo ello con una santa alegría familiar, permitida y loable en las familias cristianas que celebran en esta noche el nacimiento del Redentor.

El gran promovedor de estas fiestas y casi fundador de los nacimientos plásticos, San Francisco "El pobrecillo de Asís" procuraba pasar estas fiestas con el mayor esplendor posible con sus monjes y aconsejaba que en este día se viese la alegría por todas partes.

Terminada que estuvo la cena, las familias se reúnen para pasar la velada y esperar la hora de la misa de gallo. Pero los jóvenes bulliciosos se echan a la calle calándose el abrigo y enseguida vienen a anunciarnos que el reloj de la torre de la iglesia, que cual vigia desde su atalaya, sigue hora a hora la vida del pueblo, va a dar las doce. No tardamos en ponernos en movimiento y nos lanzamos a la calle. La noche, más bien tibia que no fría, convida a meditar en el misterio que en breve vamos a celebrar, recorremos la distancia que nos separa de la iglesia y ya nuestro venerable párroco nos espera. El reloj marca en sus cuatro esferas las doce, sonando seguidamente otras tantas graves campanadas. Unos momentos y las campanas de la Iglesia propagan su mensaje de paz y alegría, mezclado en su broncineo sonido a través de las tinieblas de la noche. ¡Qué sonido más típico tiene esta noche de Navidad!

Fieles y puntuales a la llamada los espionsanos, se dirigen todos como uno solo hacia el templo parroquial. Divisamos grupos de gente que de todas partes convergen a la entrada de la iglesia, enbozada en sus mantos, abrigos o tapabocas para resguardarse de la escarcha que suavemente se deja caer. Divisamos en primer lugar a los hombres; estos honrados labriegos de Espinosa que saben muy bien lo que es trabajo y sacrificio, como lo demuestran sus encallecidas manos y el color moreno de su piel. Se acercan a continuación los jóvenes que educados en un ambiente neta y puramente cristiano, no se avergüenzan de confesar a Cristo, pues están convencidos de que este es su mejor amigo, guía y consejero en el continuo batallar de la vida.

No faltan las madres de familia con sus pequeños, un poco intriguados por lo desusado de la hora de venir a misa y por eso sus madres son objeto de reiteradas preguntas sobre el por qué de este acontecimiento, que ellas les explican satisfactoriamente. Finalmente, cerrando la procesión se acercan a la casa de Dios algunos ancianos con paso reposado y ayudados de su bastón, comentando aquella canción navideña: "La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más.

La primera mirada al entrar en la iglesia se la roba el Belén por su deslumbrante iluminación, en que se destaca la cueva confeccionada al natural, donde los dos esposos nazarenos adoran al recién nacido. Comienza la Santa Misa y con ella las melodías del introito: "El Señor me dijo: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado..."

El canto de alegría por excelencia, el exclusivo en otros tiempos de esta noche, aquel que los ángeles entonaron en aquella memorable noche, anunciándonos un mensaje de paz, aquel mismo, el Gloria, resuena de una manera muy especial en esta noche, en el templo repleto de fieles. Nos unimos a los ángeles cantando: "Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad". Eso mismo pedimos hoy con el Papa en su oración del Año Santo, que no hace muchas horas ha dado comienzo con la apertura de la Puerta Santa de la Basilica Vaticana: "Dad, Señor, la paz a nuestros días, paz a las almas, paz a las familias, paz a la patria, paz entre las naciones. Que el arco iris de la pacificación y de la reconciliación, cubra bajo la curva de su luz serena la tierra santificada con la vida y la pasión de tu Divino Hijo..." Suena la campanilla y todos, como uno solo, caemos de rodillas y adoramos reverentemente al Niño Dios, que hoy como entonces desciende a la tierra mediante unas maravillosas palabras del sacerdote. Nosotros, como los pastores entonces, lo adoramos ahora y ofrecemos el presente de nuestro corazón. No lo vemos con los ojos corporales, como lo vieron los pastores, pero nuestra fe atraviesa las envolturas de esas apariencias de pan y vemos al mismo que ellos adoraron, al par que nos hacemos eco de aquellas palabras dirigidas a Tomás: "Bienaventurados los que no vieron y creyeren".

La Santa Misa ha tocado ya su fin y comienza la adoración del Niño, que resulta verdaderamente emocionante. Se acercan

los hombres en fila con decisión y respeto, y estampan un fuerte beso en el pie desnudo del recién nacido.

Los villancicos se suceden y el ritmo pastoril hace vibrar a todos los circunstantes de alegría. Las voces blancas y argentinas de las chicas se confunden con las recias y timbradas de los jóvenes y nadie sale de la iglesia hasta que la adoración del Niño hubo terminado. Es un espectáculo verdaderamente consolador, el que presenta en esta noche el pueblo de Espinosa, congregado en el templo parroquial para celebrar este sublime misterio de nuestra sacrosanta religión. Por fin, el último villancico pone punto final al acto y los fieles se despiden del Niño y abandonan la iglesia, pero solamente se van con el cuerpo, pues las almas de todos se quedan aquí hasta la misa siguiente.

Oviedo y Enero de 1950.

VICTORIANO ZAPICO

(Alumno del Tcr. Curso de Teología)

4.—Ruta de un viaje Madrid-Española

Son las tres de la tarde. El coche de línea repleto de viajeros se desliza por la calle de Goya, cruza la plaza de Colón con la estatua del gran navegante alumbrador de nuevos mundos, que desde su gran pedestal parece vigilar el tráfico rodado de esta gran urbe, sube por la calle de Génova a una marcha moderada, enlazado entre tranvías, taxis y autobuses, hasta llegar a la calle de la Princesa, para descender por la ancha avenida de la Ciudad Universitaria, donde se formarán las nuevas generaciones en las distintas especialidades que abarca el anchuroso campo del saber humano. Está la Ciudad Universitaria elogiada con verdadera justicia por cuantos la visitan, (una ciudad hecha en el campo) a fin de que sus moradores saquen el mayor rendimiento, libres y aislados de la ciudad, aprisionadas sus aulas de estudio por los consabidos trastornos y ruidos estridentes de una gran ciudad. Cruzamos el Manzanares, aprendiz de río (como Lope de Vega lo denominaba) cargado de historia y ensalzado por famosos poetas y escritores y trasladados sus paisajes a cuadros preciosos, por renombrados pintores de feliz memoria. Así pues, dejamos a nuestra espalda este gran Madrid, con sus rascacielos, sus jardines y sus avenidas anchas y asfaltadas en una calurosa tarde, el trece de agosto de mil novecientos cincuenta.

Pero no te dejamos Madrid si no temporalmente, pues los viajeros que componen la expedición, al igual que yo, son gentes que van a disfrutar de unas vacaciones bien ganadas a su patria chica y que una vez estén terminadas, volverán con más fuerza y más optimismo a formar en el seno de tu vecindad, desarrollando de nuevo sus actividades. Por lo que a mí se refiere, Madrid, formas parte de mi vida, en ti he vivido desde los primeros años de mi adolescencia, dejándote mi juventud como tributo a tu inagotable hospitalidad; aquí he formado un

hogar y constituido una familia, aspiración suprema de mis años mozos y al verme con este ideal logrado, no puedo por menos de dedicarte estas líneas como prueba de la gratitud que te debo, Madrid.

EVOCACION DE ESPINOSA.— A requerimiento del ilustre/sacerdote, párroco en la actualidad de Rioseco de Tapia, don Antonio Rodríguez, nacido y criado en Espinosa, hombre dinámico y entusiasta de su pueblo natal, trazó estas líneas para en unión de otras tantas hechas por los que por vez primera vimos la luz en esta bendita tierra de Espinosa y que como yo se encuentran ausentes de ella, teniendo ya vida propia en lugares apartados; con esto piensa hacer un libro y que él como gran historiador nos detallará y nos hará recordar nuestra infancia, ¿habéis visto idea tan simpática?, proponiéndose que tenga un ejemplar cada uno de los que nos encontramos ausentes de nuestra querida patria chica. Yo he respondido a su llamamiento con gran interés y buena voluntad, supliendo en mí estas cualidades a la de literato que nunca fui, entre otras razones por que Dios no me ha dotado de esta gracia, haciendo esta relación de la ruta de mi viaje, que los que como yo están ausentes y especialmente los que vivís en América comprenderéis perfectamente. Y así pensando en la ciudad que dejé atrás y la meta que pienso alcanzar, Espinosa, se van sucediendo mis recuerdos desde mi infancia, siendo estos los más arraigados en mi pensamiento, sin duda por ser esta una de las épocas más fácil y alegre de mi vida; recordando nuestros juegos de niños, nuestros rincones predilectos, viene a mi cerebro mi vida de niño en el hogar paterno dirigida y amparada por la mano protectora de mi padre, siempre comprensivo en mis problemas de niño, duro y reprensivo cuando ya mayorcito me desviaba de lo que no fuera justo y honrado, propio del carácter leonés, y que por ser así ha contribuido a una formación en sus hijos de tenacidad y voluntad firme, luchadores en el trabajo y un temple de ánimo que jamás decae. Otra de las grandes virtudes de todo leonés es la honradez indispensable en el hombre para enfrentarse con la vida; pues bien, estas virtudes de que hacemos gala los leoneses, salvo alguna rara excepción, las heredamos de nuestros mayores; conservémoslas. Es precisamente donde las aprendimos y primeramente las practicamos en nuestras al-

deas, en nuestros hogares, en esa comunidad de concejos formados en los atrios de las iglesias después de haber oído la Santa Misa. ¿No os acordáis de chicos?: los domingos tocan a misa, acude el pueblo en masa, las mujeres ocupan la parte de adelante de la iglesia, los hombres la de atrás sin mezclarse los dos sexos, rindiendo así a Dios un culto de castidad en su divina casa; los mozos ocupan el coro amonestados por la autorizada voz de algún vecino de edad cuando no se reportan con la debida compostura; los chicos se reúnen en la parte superior junto a las gradas del altar bajo la vigilancia del Sr. Maestro y así todos oyen la santa misa con ese fervor religioso que nuestros abuelos vieron en sus mayores y que se va transmitiendo de generación en generación. Terminada la santa misa ~~emplea~~ el éxodo de fieles: los niños en un corro a comer la pedaza de la caridad; los mozos hacen su reunión aparte; las mujeres emprenden el regreso a sus hogares donde las aguardan múltiples obligaciones que cumplir y ordenar, puesto que como fiesta no se trabaja en el campo; los hombres reunidos en un gran corro charlan animadamente; llega el alcalde, máxima autoridad del lugar, forma parte de este corro. Están reunidos todos los vecinos, el alcalde se descubre, los vecinos le imitan dejando al descubierto sus cabezas, cesan las animadas charlas y un silencio sepulcral unido a sus figuras rígidas en actitud que se adopta en todos los actos grandes y solemnes el alcalde habla, se trata de los asuntos del pueblo para el bien común; ellos no entienden de leyes, pero distinguen perfectamente lo bueno de lo malo.

En la sierra.—El coche para y con él mis recuerdos. Estamos en la fuente de la Teja, corazón de la sierra del Guadarrama; el mecánico refresca el motor con el agua fría que con abundancia mana de la roca viva; los viajeros nos apeamos contemplando el espléndido paisaje serrano; al fondo se ven los pueblos de Guadarrama, Villalba, Los Molinos, Cercedilla, Tablada, enclavados en una pequeña meseta, verdadero mirador de estos maravillosos paisajes protegidos en la parte norte por la cordillera que divide las dos Castillas. Aquí se queda la Nueva y con la frase del gran Arcipreste de Hita de que "al llegar a Tablada, la sierra pasada", entramos en Castilla la Vieja. El coche corona el Alto de los Leones de Cas-

tilla, se inicia la bajada del puerto, la carretera va escondida entre frondosos pinares hasta llegar al pueblo de San Rafael. Son las cinco de la tarde; las terrazas de los cafés enclavados a uno y otro lado de la carretera están llenas de veraneantes; el coche sigue su marcha dejando atrás la sierra con sus pueblos pintorescos, sus verdes praderas, sus bosques de pinos y entramos en las tierras pardas de Castilla, tierras de pan llevar; la carretera se sucede en rectas que parecen que no se van a terminar nunca; a un lado y otro de la carretera sigue siempre el mismo paisaje; sus pueblos pardos también al igual de sus tierras se agrupan en caseríos alrededor de la iglesia, elevándose la torre por encima de sus tejados y erigiéndose en faro de la inmensa llanura. Son las siete y media de la tarde cuando entramos en Valladolid; el coche para a la puerta de un café situado frente al Campo Grande, hermoso parque lleno de niños que lo animan y alegran con sus juegos infantiles; tras una parada de media hora reanudamos la marcha lenta hasta salir a la carretera, cruzando el río Pisuerga por un antiguo puente, dejando atrás esta vieja ciudad castellana, corte que fué de la España imperial de Carlos V. Aquí acudían los grandes capitanes que partían para Indias a recibir órdenes del gran César. El paisaje se nos presenta de iguales características; siempre la llanura inmensa con sus barbecheras, graneros de España. Llegamos a Albires, primer pueblo leonés, igual que los anteriores todos los que pasamos hasta llegar a Mansilla de las Mulas, es que cambia el paisaje radicalmente, convirtiéndose este en fértiles vegas, con grandes prados regados por el río Tago, el más importante de la provincia, puesto que a él afluyen todos los ríos que nacen en las montañas leonesas. Pasamos el Puente Villarente, último situado en esta hermosa vega y el coche sube lento la pendiente suave de esta región denominada de la Sobarrriba, una de las que aún conserva algo de sus tradiciones antiguas, coronando la cumbre que dá a nuestra vista a León; una inmensa emoción se apodera de mí ante esta vieja ciudad, donde hace dos mil años acamparon en sus sotos los soldados de la Legión VII, a la que se atribuye su fundación; la carretera que continúa a Oviedo, cruza la ciudad, Aquí termina la primera etapa de nuestro viaje y como

son las once de la noche y un poco cansado del viaje me retiro a descansar.

EN LEÓN.—Son las nueve de la mañana de este catorce de agosto; luce el sol en un cielo azul de intenso color, el día es caluroso soltándose esas ráfagas de viento fresco debido a la proximidad de la montaña, lo que unido a su altura, 550 metros aproximadamente, resulta un clima ideal para verano. El viajero que no haya visto León desde los años 1910 a 1920, se encuentra con una ciudad moderna, una de las que más han progresado en España, en este lapso de tiempo, con sus bien trazadas calles, sus edificios de seis y siete pisos, sus autobuses de fuel-oil, que transporta viajeros a los barrios apartados, sus innumerables coches de línea a los distintos pueblos de su provincia, desde donde acuden sus labriegos, que con sus transacciones comerciales dan vida a la ciudad cambiando este medio de locomoción por el de antaño cuando al igual que hoy invadian sus calles y plazas en días de mercado o feria utilizando como garage para sus cabalgaduras aquel famoso Mesón del Pico y otros similares donde se servía a sus huéspedes en mesa redonda; todo esto ha desaparecido de esta ciudad moderna; pero al lado de ésta conserva León lo que verdaderamente cautiva y emociona la vista del turista; una Catedral gótica de incomparable belleza con sus cristalerías y su gran bóveda sostenida por unas columnas flexionadas como cañas; San Isidoro, con su artística portada del siglo IX, tumba de reyes; el Palacio de los Guzmánes, descendiente de aquel gran leonés que inmoló a su hijo en defensa de su honor y de su Patria; San Marcos, verdadera fortaleza de aquellos tiempos, situado en la margen derecha, aguas arriba, del Bernesga, sirviendo ora como hospital y convento, ora como prisión; bellos rincones como la Plaza de Torres de Omaña y otros muchos que forman parte de su historia.

EN LA VIRGEN DEL CAMINO.—Y tras esta visita obligada a estos monumentos, en coche particular, emprendo mi viaje por la carretera de Astorga, pasando por el pueblo de Trobajo, llego al Santuario de Nuestra Señora del Camino, cuna de todo buen leonés; entro en el templo y me postro ante la

Santa Imagen que sostiene en sus brazos a Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo amantísimo con su cuerpo torturado por la incuria y crueldad de los hombres, y que El sufrió con dulzura para redención de la humanidad; entro en su camerino y toco su sagrado manto; pienso en estos momentos lo que este santuario representa para los que hemos nacido en estas tierras y se hallan ausente de ella desde su infancia y prueba de ello son las innumerables ofertas que se conservan en una sala que tiene acceso por la sacristia; en ésta contemplo todas las paredes decoradas con fotografías de niños y personas mayores de ambos sexos; abundan muchas de militares y todas ellas firmadas dando gracias a la Virgen Santísima por haberles concedido la gracia que le pedían en un momento grave de su vida; hay muchas firmadas en Cuba, México, Argentina y diversos puntos de España. De su pecho cuelgan como péndulo de relojes, brazos y piernas hechos de cera. Por fin contemplo el arca y una gruesa cadena clavada en la pared en la parte izquierda de la iglesia; una pintura en su muro del moro y el cristiano que se conserva bien a pesar de los años, haciéndonos recordar el milagro que hizo la Virgen y que nuestros mayores nos explicaron cuando éramos niños. La Virgen del Camino ha sido y sigue siendo muy venerada de todo leonés y a su santuario acuden a rendirle tributo el día 29 de septiembre de toda la provincia; yo recuerdo lo que esta romería era en mi niñez, antes de existir el automóvil; interminables filas de carros tirados por caballerías; coches de caballos afluyan repletos de leoneses desde la plaza de San Marcelo; típicas carretas de Burgos adornadas con vistosas colchias y ramos; montañeses montando briosos corceles; labriegos de la vega del Orbigo de tez curtida y camisas de lino blancas y brillantes como copos de nieve de Peña Ubiña. En la madrugada de este día salen los romeros de Espinosa en alegre caravana; hombres y mujeres cabalgando en sus jumentos, caballería muy usada en el país mezcla de raza garraones, duros y resistentes como la tierra que los alimenta, enjaezados con sus típicas albardas y con unas grandes alforjas de tela casera cultivada en el "bago" o en "los sotilos". Algunos llevan a su grupa alguno de su numerosa prole como premio a su buen comportamiento; entre animada charla re-

firiendo algún hecho acaecido años atrás o comentando si tal cosecha fué buena o la otra se presenta regular; suben por el valle, toman el camino o rodiera de Valle Oscuro, por Rodería Fonda o Valtaviernas; al paso de tan animada caravana por Los Corrales, las cabras y las ovejas se levantan asustadas oyéndose un tintineo de esquilas y cencerros; cruzan el fresco valle y las caballerías abrevan en sus limpias fuentes resarciéndose de la sed que les produjo el abundante pienso que horas antes les dieron sus dueños. Por la Mata de Valdalligas y Campar Redondo, monte abajo, cruzan las Tres Murias, entrando en las tierras de Montejos, llanos desde donde se divisa ya las torres de La Virgen; llegan a la cuesta del Humilladero, parada obligada; descabalgan todos cesando su animada charla. En esta cuesta del Humilladero que está sita a unos quinientos metros del Santuario por la parte del norte y de éste a un lado y otro del camino, se levantan catorce cruces de piedra, terminando la última en la ermita del Bendito Cristo del Humilladero enclavada encima del cerro y ante ellas, cuando se celebraban novenarios a la Santísima Virgen, se reza el Viacrucis, recorriendo este trayecto hasta terminar en la ermita; esta cuesta la suben los romeros lentamente y llevan del roncal sus caballerías empezando sus rezos a la Santísima Virgen; muchas mujeres se arrodillan y santiguándose besan el suelo fervorosamente y empiezan la ascensión de rodillas hasta llegar a la ermita con verdadero fervor sin mirar el sacrificio que supone, puesto que es una cuesta de tierra rojiza mezclada con grijo, pequeños cantos redondos adheridos al escabroso terreno luciendo como trofeo al llegar a la ermita sus desechas rodillas que manan abundantemente sangre, mezclada con girones de sus gruesas medias de lana negras. En este parage fué la aparición de la Santísima Virgen.

El día 2 de julio de 1505 se encontraba un pastor llamado Simón Gómez Fernández, natural de Valle de la Reina apacentando su rebaño, en el sitio que hoy se eleva la capilla del Cristo del Humilladero, cuando apareció la Virgen rodeada de celestia claridad en medio de aquel inmenso despoblado. Fácil es comprender el aturdimiento del pastor y más cuando oyó a la Virgen que le decía: "Ve a la ciudad y avisa al Obispo que

venga a este sitio y coloque en lugar decente esta mi imagen". No podía el pastor articular palabra poseído del espanto y llevado de la admiración. Volviendo en sí respondió a la Virgen Santísima y la dijo: "Señora, ¿cómo me creerán si no llevo alguna señal de que vos sois la que me enviáis? Al lo que respondió la Virgen: "Dame esa honda que tienes en la mano, y tomándola en la suya la Soberana Señora, cogiendo una pequeña piedra, la arrojó con la honda y dijo: "Dile al Obispo que venga y encontrará esa piedra tan grande, que será señal que yo te envío y en el mismo sitio que estuviere es voluntad de mi Hijo y mía, que se coloque esta imagen". En esto desapareció la visión y partiendo el pastor a León, dió cuenta al Obispo de lo sucedido. Acudió el prelado a convencerse de las afirmaciones del pastor y vieron en efecto a la sagrada imagen ante quien se postraron de hinojos. Fueron después a ver la piedra dada como señal de milagro y la encontraron de gran tamaño. Debido a los esfuerzos del prelado y a la caridad de los fieles, se comenzó la edificación de una modesta ermita, que la caridad de los devotos ha transformado en el Santuario que hoy existe.

En este lugar, antes de llegar al santuario y tras esta primera demostración de devoción a la Virgen del Camino, entran en el pueblo buscando aposento para sus caballerías y poniendo sus alforjas a salvo de posible extravío en las casas de sus moradores, convertidas todas ellas en tal día en posada, siendo estas insuficientes para dar cabida a tanta gente, llenas sus cuadras de caballerías así como sus amplios corrales. Las campanas del santuario echadas al vuelo anuncian la misa mayor y a su iglesia acuden temerosos de quedarse sin sitio, oyen la santa misa con verdadera devoción, deleitándose con las notas musicales del órgano, que acompaña a las bien timbradas voces del coro que cantan la misa mayor, sin perder ápice del orador sagrado que ocupa el púlpito, que sabe decir cosas tan bellas, casi siempre a cargo de un reverendo padre capuchino de León; después acompañan la procesión que recorre los alrededores del santuario; abren marcha dieciocho o veinte pendones pertenecientes a otras tantas parroquias y que los mozos de estas llevan con verdadero orgullo; banderas de hasta ocho metros de alto, algunas

de un rico brochado de seda natural de vivos colores posiblemente fabricados en las antiguas fábricas valencianas de fama universal por el siglo XVII. Van adheridos a una varagüesa de madera con estrías, terminando en una pequeña cruz de metal, de las que cuelgan dos cordones largos de igual material que el pendón y que otro mozo gobierna con verdadero arte según la orientación del viento que facilita eno meramente al que lo porta; interminables filas de hombres siguen detrás de una cruz y dos faroles llevados por dos vecinos; detrás del Santísimo infinidad de mujeres de todas clases sociales, codeándose la señorita ataviada con su clásica mantilla con la robusta aldeana luciendo su traje regional, único atuendo en aquella época; muchas descalzas portando velas hasta de cinco libras, oferta que dejarán a la Virgen, detrás de la imagen que luce un rico manto y joyas donadas por sus devotos, van también una pareja de tamboriteros, tocando sus instrumentos, dulzaina y tamboril, y así con igual solemnidad retorna la procesión al santuario, terminando la fiesta religiosa. A derecha e izquierda de la iglesia, hay dos grandes explanadas, una cruzando la carretera a la parte sur de la iglesia detrás de la fila de casas que se alinean al borde de la carretera otra al norte en la que está enclavado el vía crucis que ya mencioné. Este campo aparece en el característico día de feria exhibiendo todos los útiles que necesita la agricultura y sus derivados: carros de ambas clases, ya sean arrastrados por bueyes ya por mulas; yugos, bielas para aventar en la era, forcas y forcones hechos de resistentes maderas, albardas y cabezadas todo en gran cantidad y profusión; cayadas, varas largas y ahijadas de fresno y avellano, cornales, sobeos y mullitas para uncir las yuntas y además de todo esto a un lado y otro del camino puestos cubiertos con toldos donde hay instalados fogones, viéndose guisar muchas mujeres robustas, limpias y remangadas hasta el codo; en unos guisan carne con pimienta de los pueblos bajos de la Ribera del Orbigo y que van depositando en cazuelas de barro, sobre unos tableros que hacen las veces de escaparate y que clasifican de menor a mayor para facilitar su venta y elección del comprador que los adquieren de dos a veinte reales según tamaño y según el número de los comensa-

les; en otros y en la misma forma se guisa bacalao con huevocos cocidos con una salsa colorada, acusando su picantillo y por último en otros se frien morcillas; puestos de avellanas, caramelos y confites, peras y manzanas y las clásicas uvas negras de los Antimios, próximos a estos lugares, de paladar agri dulce; carros de Villamañán y Valdevimbre cargados de orondos pellejos de vino tinto que venden en medida de barro de a cántaro; panaderos de Astorga con su mercancía seleccionada de mantecadas y de pan candeal desde los molletes de cuarto de kilo hasta las hogaras de ocho libras, grandes como ruedas de carro. Así va transcurriendo la mañana en alegre vocerío de los que pregonan su mercancía y el comprador que la demanda; unas parejas de la Guardia Civil encargadas de mantener el orden y velar por la seguridad personal de todos, recorren el recinto de un lado para otro con su porte sereno y grave, haciéndose muy visibles por sus relucientes tricórnios negros, sus bien caladas armas y sus correaes de amarillo intenso. Los mediodía y los estómagos van reclamando alimento; la gente de la ciudad adquiere en los puestos cuanto necesita para su ágape y son los mejores clientes de estos restaurantes ambulantes, puesto que vienen en su mayoría desprovistos de merienda; no así los romeros que hemos seguido desde Espinosa esta madrugada y como ellos todos los de los demás pueblos. Estos se reúnen todos los del pueblo para comer, previa cita de hora y lugar que antes se habrían dado, puesto que al terminar la misa se disponen para hacer sus compras.

Ya reunidos y ante la imposibilidad de encontrar un techo con mesa donde cobijarse, requieren sus alforjas, de ellas extraen el morral lleno de cebada que con una cuerda sujeto lo cuelgan de la cabeza de sus caballerías, sirviendo este de pesabre portátil y que necesariamente ha de aguantar la bestia aunque termine su contenido hasta que se lo quite su dueño; en el otro lado de la alforja se halla la merienda y así, de un lado el morral y de otro la merienda, guarda equilibrio la alforja que va terciada sobre la albarda de la caballería, único equipaje usado por el campesino y que vaciado su contenido vuelve a llenar de la mercancía que haya comprado, guardando el mismo equilibrio que antes tenía. Formando corro más o menos gran-

de, según los que se reúnan del mismo pueblo, se disponen a comer; van sacando de la alforja la merienda que depositan en el suelo; sale a la luz la clásica fiamblera de madera que es un recipiente en forma de cazuela redonda con una tapa igualmente de madera que cierra a rosca con un saliente en la tapa semejando a un bolliche de las camas antiguas, por donde se agarran; estas suelen ser, por regla general, grandes, para llenar todas las necesidades. Dos de los hombres que forman el grupo son elegidos para que compren el pan tierno de mollete y el vino tinto de la tierra en cantidad suficiente para todos, y una vez que estos regresan con tal aprovisionamiento empieza la comida que transcurre animadísima, cediéndose o trocando parte de sus viandas por otras de la que forman en esta mesa campera; un hombre, del cántaro de vino situado en el centro, va dando de beber en otro jarro más pequeño a cada uno de los comensales y cuando este se retrasa algo en su cometido pronto le amonestan: ¡chacho, escanciá! y así termina la comida saciando todos su buen apetito. Sobra más de la mitad de la merienda que en unión de las avellanas, peras, uvas, y los confites que compran, harán las delicias de los miembros de la familia que quedaron en casa, cuando regresen por la noche contandoles cuanto en la jornada hizo y vió. Antes de levantarse pagan a escote el costo del pan y vino y con la alforja a hombro van comprando diversas chucherías para los rapaces, cintas de vivos colores, pendientes, alfileres, todo ello, bisutería de tres o cuatro personas; suelen rellenar las grandes fiambres de escabeche de rueda que venden en unos redondos tinós de madera; los hombres tantean algún utensilio de labranza que adquirir después en debatido regateo entre comprador y vendedor. Una vez realizadas las compras las depositan de nuevo en la posada donde tienen las caballerías y libres de toda carga entran de nuevo en el santuario, abierto todo el día para que puedan orar los fieles. Se arrodillan ante la Virgen en cuyo altar lucen velas y achones en gran cantidad; una vez terminado el rezo se dirigen al campo situado a la parte sur, donde se celebra la fiesta profana; hay unos caballitos denominados del "lio vivo", que dan vueltas in parar; unas barcas, columpios que se mueven en el aire de un lado al otro al impulso de sus ocupantes, un organillo dando vueltas a su manubrio, un pequenuelo que demuestra en su indumentaria el golfillo de la ciudad y unas

parejas, chicos y chicas con porte de capital, que marcan los pasos de baile de un pasodoble o de un vals, ante el asombro de nuestros romeros; oyense exclamaciones de las mujeres: ¡dulce nombre de Jesús!, ¡estos son bailes del pecado!, ¡pues no se agarran para bailar! En otro extremo del campo, cuatro filas de mozas y mozos bailan el baile típico del país al son de la dulzaina y tamboril que tañe con verdadera maestría una pareja de tamboriteros, así se les denomina. Otras dos filas del baile lo hacen al son de dos panderetas grandes con profusión de sonajeras de lata que tocan dos mozas y cantan al son de ellas; verdaderas artistas del antiquísimo folklore leonés y digo verdaderas artistas porque únicamente tocaban y cantaban las que estaban seguras de agradar a tan numerosa concurrencia. Este baile era una prueba más de la hermandad de este pueblo y en él se admiraba la mocedad paramesa, la maragata, la de la Ribera, la de la Sobarriba de Collanza, toda ella mezclada con regocijo y alegría solazando su espíritu en tan honesta diversión después de haber cumplido su deber religioso. Por regla general de cada grupo de romeros que acudían al Santuario de los diversos pueblos en él, algunos mozos o mozas; éstas se agregaban por parejas a la fila del baile empezando a danzar solas hasta que dos mozos se acercaban y con el requisito que entonces usabas de ¿Hay permiso? y previo consentimiento de las mozas, bailaban con ellas. Estos bailes estaban animadísimos hasta mediada la tarde, hora en que los romeros, después de rezar una Salve a la Virgen y despidiéndose de Ella hasta el próximo año pidiéndole salud para ellos y sus deudos emprendían el retorno a sus hogares, todos juntos es alegre caravana; esta típica romería se volvía a celebrar el 5 de Octubre, San Froilán, acudiendo al santuario mucha gente especialmente de la ciudad de León y muchos asturianos. Pero la más importante en aquella época por su clasicismo era la que describo celebrata el 29 de Septiembre, día en que terminaba el novenario a la Virgen que era otra de las costumbres más típicas de aquella época; concurrían a este novenario infinidad de fieles de toda la provincia, estableciéndose en las casas de los vecinos del pueblo ocho o diez personas, según la capacidad de ésta; dormían en sacas de paja y tenían derecho a cocinar. Estas

gentes venían acompañadas de un miembro de la familia portando cuanto necesitaban para su alimentación y que una vez instada regresaban a su lugar. La gente del pueblo de La Virgen las denominaban "las novenarias" pues aunque había hombres dominaban más las mujeres; estas personas eran de ideas sanas y costumbres patriarcales y su única ocupación en estos nueve días era rezar el Calvario de madrugada, el Rosario por la tarde y la novena por la noche; trababan amistad íntima con otras novenarias que la conservaban toda su vida transmitiéndose al resto de ambas familias que se honraban luego al transcurrir los años asistiendo a la fiesta mayor del pueblo en uno y otro lugar indistintamente: hermosa tradición que no debiera de desaparecer. Y yo, como los romeros de aquella época, me despidí también de la Virgen, acordándome del popular romance leonés:

"La Virgen del Camino no está muy lejos;
está en un campo raso y junto a Montejos".

Y en efecto, aunque todo leonés viva lejos de este lugar, unos en nuestra querida Patria, otros allende los mares, la Virgen del Camino está siempre muy cerca de sus corazones.

CAMINO DE ESPINOSA.—El coche emprende su marcha por el lado de la ermita del Bendito Cristo del Humilladero, que en la actualidad se conserva como yo lo conocí en mi infancia; no así la cuesta de este nombre que antes describí, convertida hoy en hermosa pista que une al pueblo de La Virgen, desde la carretera general, al campo de Aviación Militar, y prolongándose ésta hasta el pueblo de Montejos, enlazan con la otra carretera que desde León, cruzando los pueblos de San Andrés y Ferral, termina en Villanueva de Carriazo, ruta que utilizan los vecinos de Espinosa en coche de línea, abandonando el antiguo camino por el monte, que aun utilizan cuando realizan el viaje en caballería. Cruzamos el pueblo de Montejos, llamado de la "rastrea". Este nombre le viene de que sus vecinos desde tiempo inmemorial se dedican a la compra de ganado vacuno abasteciendo en parte de ganado el Matadero de León; para realizar sus compras se desplazan a grandes distancias. Cuando las carreteras eran poco frecuentes en este país, utilizaban para sus viajes unos borricos garañones, grandes, de paso ligero, que se metían

por atajos y rastrojeras y de ahí su nombre. Cuando hacían sus compras de ganado en el valle de Omaña, zona muy ganadera, parte noroeste de la montaña leonesa, traían los reses en pearas de treinta o cuarenta, lo que llamaban una vacada; siempre paraban con estas vacadas en Espinosa por ser paso obligado para ir a León y mientras ellos comían y descansaban en las tabernas del pueblo, buscaban tres o cuatro chicos que mediante dos reales que les daban, les conducían el ganado hasta el valle de Valtabiernas, donde las reses pastaban hasta que llegaban sus dueños y como esto era muy frecuente raro es el chico que viviera en aquella época en Espinosa que no arreara alguna vacada. El camino es monte bajo, en parte roturado, árido y seco y poco agradable a la vista del viajero hasta llegar al alto del Trobanillo.

Paramos el coche y tenemos a nuestra vista la gran Ribera del Orbigo, que en contraste con el árido monte que dejamos atrás nos parece un paraíso; dominamos su ancha vega de tierras bien cultivadas; un bosque de chopos corpulentos y de mucha altura en uniforme formación se alinean a derecha e izquierda del ancho río en cuyas orillas pastan tranquilas vacas y potros; siguiendo la vista aguas abajo, libre de obstáculos la Ribera, se va dibujando el paisaje que se pierde lejos del alcance de nuestra retina; siguiendo aguas arriba el valle se va estrechando y ganando altura paulatinamente; sus laderas convertidas en verdes viñedos; alcanzamos a ver los pueblos de Villanueva, Azadón, Cimanés y Secarejo; en su término las laderas son monte alto que siguen cerrando el valle y en su cima admiramos la ermita de Santa Catalina con sus paredes blancas sobre un fondo pardo de monte bajo de urz cual si fuera una paloma que desde su atalaya vigila la alta y baja Ribera. Reanudamos la marcha cruzando el pueblo de Villanueva con su edificación de casas pardas de tierra a un lado y otro de la carretera en contraste con su hermosa vega verde emporro de riqueza agrícola; dejamos a nuestra espalda a Cimanés del Tejar, Azadón, Secarejo y Villarroquel, todos fundidos en el mismo paisaje, hasta Las Barreras, monte de tierra roja, dura como la roca que se levanta vertical a gran altura formando una muralla; el río

Luna, de agua clara y transparente como un cristal, discurre manso y reposado lamiendo la gran obra de piedra que al hacer la carretera robaron a su cauce salvando el angosto paso de río y carretera.

EN TIERRA ESPINOSANA.—Al terminar el muro paramos de nuevo por el gusto de pisar tierra, por fin, de Espinosa; el campo de entre los ríos convertidas sus praderas en esta época del año en éras; vemos a la gente del pueblo recoger en parvas sus trillas y guardar todos sus utensilios de labor puesto que no han de utilizarlos hasta pasadas las fiestas. Mi vista queda fija en el río... ¡Cuánta historia se acumula en tus márgenes, en tus noventa kilómetros desde tu nacimiento en el campo de Mora, del pueblo de Quintanilla, tierras del Alta Babia! Tus transparentes aguas se confunden con una cinta de plata que va festoneando tu paso entre sotos y praderas frescas donde pastan yeguas de vientre abundante, anca ancha trotando desmelenadas como la yegua madre del caballo Babieca que se immortalizó en la historia. Cuenta la tradición que en el pueblo de Huergas de Babia era donde se provía de caballos para sus mesnadas "Ruiz Díaz de Vivar", "Cid Campeador" llegando a aquel lugar dos de sus intendentes o secretarios a este fin un día del mes de noviembre, época en que ya es invierno en aquella región de abundantes nieves; el ganado permanece siempre en el campo hasta que el suelo queda cubierto de nieve y ha de ser trasladado a tierras extremeñas, lo que llaman los naturales "llevarlos a invernar" y que en nuestros días siguen practicando lo mismo. Acompañados de los pastores se dirigieron los del Cid a la vega del Moriscal, en las márgenes del río; el día era oscuro de viento helador y un cierzo de nieve hacía intrasitables los caminos; los caballos para librarse en parte de este cierzo, formaban una gran rueda o círculo dejando sus cabezas dentro de él, pero en sentido contrario, con la cabeza erguida y cara al cierzo, desafiaba con bravura los elementos del tiempo; este fué el que eligieron para su Señor los comisionados del Cid y como el bruto nació en Babia le pusieron por nombre Babieca. Esta es la leyenda o tradición que se cuenta y se transmite de generación en generación y dejó quieta la historia; lo que si forma parte de tu historia, ¡oh río Luna!

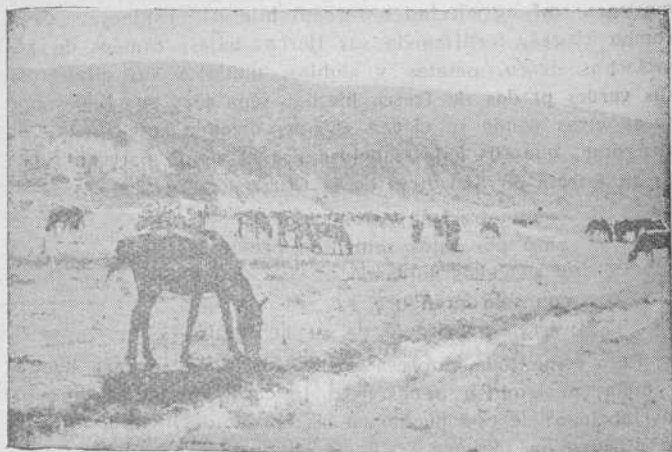
son los castillos que en sitios abruptos se levantan en tus márgenes, cerrando el paso de los caminos que corrían paralelos a tus aguas y que nadie podía pasar sin ser descubiertos y darles el visto bueno los magnates que los ocupaban; miles de acequias acuden a tu cauce, alimentándose de tu precioso líquido, que tú cedés generoso para que fecunden las tierras que forman tu Ribera, y aún te sobra caudal para fundirte en fraternal abrazo con tu hermano gemelo, el Omaña, en Santiago del Molinillo, cambiando tu nombre por Orbigo. Varios amigos míos y de mis familiares que algún año han compartido la jornada veraniega con nosotros, lo que les ha cautivado de este maravilloso país de interminables paisajes de tanta belleza, es el río, y por si fuera poca tu fama, pones como testimonio tur truchas que hacen las delicias de la mesa de gusto y paladar exquisito, añorándolas siempre quien las haya gustado. Yo quiero en estas líneas, río Luna, mostrarte mi agradecimiento como hijo de Espinosa, cuyo campo riegas, fertilizando sus tierras bajas, campos de remolachas, trigo, patatas y alubias, unido a sus alfalfares, sus verdes prados de fresca hierba, separadas sus lindes por setes vivas donde se elevan chopos, oteando sus cúpulas el horizonte, que sus hojas movidas por el viento parecen repetir la estrofa de San Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Pero como toda empresa en la vida tiene su cara buena y mala, tú también tienes la mala cara, río Luna; digánte los labriegos de este pueblo en las épocas de invierno cuando se produce un régimen de lluvias, fundiéndose la gran cantidad de nieves acumulada en las montañas, cuando te contemplan desde los altos de Valdevacas y valle de la Fuente. Consternados e impotentes para luchar con tu bravura viendo cómo invades sus tierras, dejando algunas convertidas en pedregal de caños redondos e inservibles para cultivarlas, derribando a tu paso árboles hermosos que dieron frescor y lozanía a sus prados; pero hasta en esto eres diferente de los

de más ríos, siempre sus aguas limpias y transparentes en estas grandes crecidas se toman por un color de gris plomo, que al impetu de la corriente se producen en sus orillas burbujas como pompas de refinado tocador, acusando tu paso de río desbordado en las noches oscuras, cargado su cielo de negros nubarrones, dejando oír tu eco cual mar embravecido; en la actualidad se construye un pantano próximo a quedar terminado en Los Barrios de Luna, distante de Espinosa 23 kilómetros, donde se almacenarán las aguas en once kilómetros de longitud, desapareciendo estos desbordamientos que tanto daño han causado en esta Ribera.

Por el campo de **ENTRE LOS RÍOS** se pasean dos cigüeñas buscando codiciosas su alimentación, limpiando el suelo de reptiles y parásitos; estas aves de porte majestuoso están ve-



Vecera de ganado en el pasto de Entre los Ríos

dadas por las leyes a la mano del hombre en atención al beneficio que reportan a la agricultura. Las campanas empiezan a tocar en alegre volteo cuyo eco se oye potente como campanas de gran Catedral, anunciando la fiesta; la emoción que

experimento en estos momentos es enorme porque las campanas forman parte de la historia del pueblo y con su sonido hacen reír y llorar; reír cuando anuncian fiesta; llorar cuando con sonido triste doblan por la desaparición de algún ser querido. Con su voz llaman a los feligreses de la parroquia para cumplir las obligaciones de cristianos. También se usan cuando el alcalde tiene necesidad de reunir los vecinos para tratar de asuntos administrativos o realizar algún trabajo mancomunadamente; esto es lo que llaman toques de Concejo y Facendera. Al amanecer, al mediodía y cuando oscurece tocan la oración que los vecinos rezan, bien se hallen en las faenas del campo, bien en sus casas. Tocan a rebato cuando hay algún incendio o calamidad pública, acudiendo el pueblo en masa tan de prisa como su apremiante toque. Pero el toque que más me impresionaba en mis años tiernos era cuando había grandes tormentas y oscurecido el cielo por grandes nubarrones, rasgando el firmamento en brillante zig-zag, las chispas eléctricas dirigían sus descargas a los chopos más altos que servían como pararrayos, quedando inutilizados al finalizar la tormenta, cayendo abundante agua y otras veces granido en tal cantidad que amenazaba dejar las cosechas arrasadas. El estupor de los labradores es grande en estos momentos en que en media hora puede verse malogrado el trabajo de todo un año. El campanero sube al campanario y toca de las cuatro campanas que hay, las dos más pequeñas; la familia reunida enciende la vela que sirvió para alumbrar en la iglesia el día de Jueves Santo en un gran monumento que forman adornado con vistosas colchas y pañuelos y al que cada vecino lleva una vela; pues bien está, es la que encienden y la llaman la vela del Santísimo; así la familia reunida reza temiendo por la suerte que puede correr a algún miembro de la familia, al que le haya sorprendido en el campo la tempestad; las campanas dejan oír su agudo eco y las familias van repitiendo al compás de las campanas: "Tente nube, tente tú, que más puede Dios que tú". Y así continúan hasta que cesa la tormenta.

Cruzamos las tierras llamadas "Los Calcajares", tierras centenales en mi niñez y hoy convertidas en hermosas huertas merced a un caudal de agua que las fecunda. A la trepidación

del motor cruza rápidamente la carretera un bando de perdices internándose en el monte; desde el valle de "Las Llameras" hasta el de la Iglesia, pasta apacible un rebaño de cabras y ovejas bajo la vigilancia del pastor que paulatinamente marcha a orilla de la carretera; un gran mastín castroa el monte, de arriba a abajo, a la vanguardia del ganado como queriendo limpiar de alimañas el terreno. Paso frente al cementerio dedicando una oración a la memoria de seres queridos que en unión de otros, reposan tranquilos el sueño eterno de los justos y por fin tengo ante mi vista el pueblo de Espinosa.

ENIRADA EN ESPINOSA.—Las casas en esta parte se alinean en una sola fila a la parte de la derecha, ocupando la izquierda huertas de árboles frutales cargados de sabrosos frutos; estas huertas son llamadas de San Roque; y siguiendo la línea del camino de este nombre, observo unas huertas hermosas en lo que años atrás eran simples berbechos que únicamente producían centeno, que segaban en verde, o ferrén para los ganados; hoy se riegan debido a la buena iniciativa de sus dueños, abriendo un cauce subterráneo desde "El Reguero de la Fragua" que la recoge en un gran pozo enclavado a la altura de lo que fué casa de "la Pastorina", montando una noria, cuyos canjilones van vaciando el precioso líquido, fertilizando estas tierras; así pues el viajero que entre en Espinosa por el sur, en el barrio del Arrabal, se encuentra con unas bonitas casas de piedra o ladrillo, de hechura moderna, a las que dan frente las mencionadas huertas formando un bello conjunto. A este respecto me viene a la memoria cómo en tiempos atrás no existían unas huertas con árboles frutales que las llamaban del "tío Fernandín", a la que acudíamos los chicos cometiendo la fechoría de robar las manzanas, y que su dueño, hombre corto de estatura y vivo de genio, la emprendiera detrás de nosotros a golpes y pedradas para defender su legítima propiedad, librándonos de su justificada furia por la agilidad de nuestras piernas, corriendo por "Las Lluengas" abajo. Hoy todos los vecinos tienen sus árboles frutales y como abunda la fruta se terminó la rapiña de la desvergonzada rapacería. Por fin llego al centro del pueblo, al puente que cruza el arroyo que viene del Valle, punto de reunión de

los mozos donde celebran sus animadas charlas por las noches después de dejar sus labores; unos sentados sobre los pretiles, otros recostados en sus barandillas de hierro; desde aquí se ve la iglesia con su gran torre de ladrillo rojo, dotada de un magnífico reloj de cuatro esferas, una a cada lado de la torre, se levanta airosa con su veleta en forma de cruz marcando la dirección del viento por encima de los tejados dominando el espacio; el reloj de potente campana da en estos momentos las ocho de la tarde. Los hombres son hijos de sus obras, y cuando éstas son buenas se traducen en agradecimiento, por eso tu nombre, Leoncio Martínez Alonso, y el de tu señora, compañera de tu vida y posible animadora de tus empresas, figuran esculpidas en letras de mármol en esta gran torre, la mejor entre las mejores de esta Ribera.

Tras un saludo constante de familiares y amigos de mi infancia, entro en mi casa, solar de mis mayores, siendo toda ella un relicario de recuerdos de mis primeros años, considerándome dichoso con la familia que yo he formado, mujer y cuatro hijos juntamente con mi madre, anciana de noventa años cumplidos; dos sobrinas huérfanas de madre y mi hermano mayor, José María, erigido en jefe de familia a quien quiero y respeto como al padre que hace años perdí cuando aún era yo un joven imberbe y que, con acierto, condujo mi vida hasta mi emancipación.

LAS FIESTAS.— Con la alegría de verme entre los míos después de haber realizado un feliz viaje, doy por terminados estos breves apuntes sobre el mismo y paso como modesto cronista a narrar las fiestas que han de celebrarse en honor de la Asunción de Nuestra Señera y de San Roque. Vienen a mi memoria aquellos años atrás precisamente en esta hora en que me dispongo al retiro metiéndome en el lecho donde descansa mi cuerpo, pero no mi cerebro que, en retroceso al tiempo, me sitúa en el año 1909 cuando toda la juventud masculina, desde los chicos de ocho años hasta los mozos ya pasados de quintas, charlaban en animados corrillos a la cimera del barrio "Madral" oteando con su vista el camino del valle por donde habían de llegar los tamborileros que alegraban las fiestas con su melodía de dulzaina y tamboril, melodías poco usadas en aquel tiempo en esta ribera, y como todo lo nuevo constituía una gran expectación;

Estos tamboriteros venían, al decir de las gentes, de la Terruca, pasando por la ciudad de León. Nunca pude yo averiguar que existiera en la provincia una región que se llamara así. Es muy corriente en España cuando una persona vive lejos de su tierra natal y va a visitarla, emplear el dicho siguiente: "Voy a la tierruca"; este dicho quedó crónico en Espinosa y creo se edba a un maestro que en el primer tercio del siglo pasadose estableció en Espinosa y que cuando iba a su pueblo diría: "Voy a ver la tierruca", creyéndose la gente que en efecto así se denominaba aquella región que no es otra que los pueblos de Valdefresno, Valdelafuente o Arcahueja situados al este de la ciudad de León, llamados de la Sobarriba. El tiempo transcurría haciéndose aburrido y monótono para los que esperaban hasta que los músicos en la "Huerta del Valle", teniendo ante su vista las primeras casa del pueblo, empiezan a tocar sus instrumentos, ya fueran las diez, once o doce horas de la noche, que por regla general eran las de llegada de tan deseados artistas; la alegría y júbilo eran enormes y rodeando los mozos a los tamboriteros entre los clásicos gritos del juju ujú! recorrían las calles y callejas del pueblo; mas en esta noche, vispera de Nuestra Señora, no se oye el eco d gaitá y tamboril; me quedo profundamente dormido, despertándome a la mañana siguiente las noisa musicales de una charanga compuesta de una flauta, un saxofón y un tambor; me tiro de la cama creyendo ya bien entrada la mañana a juzgar por la claridad y sol que invade la estancia; miro al reloj, son las seis de la mañana; una mañana de sol radiante, de un cielo limpio sin el menor nublado; por delante de la casa pasan los músicos soplando sus instrumentos con aire grave, como el que tiene la responsabilidad contraída de cumplir fielmente su empresa; les acompañan cuatro mozos marcándoles la ruta que han de seguir, disparando éstos potentes cohetes que estallan en el aire; un enjambre de chicos marchan detrás en alborotada alegría, corriendo y saltando y reflejan en sus infantiles rostros la alegría que les embarga. Otros mozos conducen una yunta de bueyes que cachazudamente arrastran un carro cargado de espadañas que van derramando en las calles por donde ha de pasar la procesión, convirtiéndolas en verdes alfombras, rematadas sus orillas por ramas de fresno y chopo, tapando las paredes de las casas. Todo es animación y dinamis-

mo en estas primeras horas de la mañana; un vecino conduce su ganado al prado que ofrezca más seguridad de la permanencia de éste durante las fiestas; otros acarrean en sus caballerías abultadas cargas de alfalfa y así transcurre el tiempo hasta que un volteo de campanas nuncia la misa mayor. La gente acude a la iglesia vistiendo sus mejores galas; aquí se ve el traje de hechura irreprochable, confeccionado con buenos materiales por satres de la ciudad; y en efecto, esta juventud campesina, en tal día no se distingue en nada del hombre de la ciudad en cuanto a su atuendo personal, y no sólo la juventud, pues esto se prolonga hasta los hombres maduros de cuarenta o cincuenta años; así pues, únicamente vemos algún anciano lucir su anticuada chaqueta y pantalón de pana con alguna indiscreta arruga y olor a naftalina que acusa su salida del arca recientemente; igual lo observo en el elemento femenino. La gente forma animados corrillos enfrente de la iglesia, bajo la sombra de unas frondosas acacias, saludando a sus invitados, deudos o familiares que acuden de otros lugares; la campana anuncia con su última seña que va a comenzar la misa; los hombres entran en el templo buscando acomodo en la parte posterior; la parte de adelante, hasta la mitad, está ocupada por mujeres.

El altar mayor adornado con profusión de ramos de fresno en consonancia con el lugar, con sus hojas formando cruz; maceteros repletos de flores naturales; las filas de hachones encendidos a la memoria de seres queridos, cuidando de ellos mujeres enlutadas, testimonio de que también ellos formaron parte al igual que hoy nosotros, honrando con su presencia otras Nuestras Señoras. Los sacerdotes hacen su aparición en el altar luciendo las mejores vestiduras sagradas del ropero de la sacristía; desde el coro, las bien timbradas voces de mozos y casados, dirigidos por la voz más autorizada, van siguiendo los pasajes de la Santa Misa hasta que ésta termina, verificándose acto seguido la procesión, en la que abre marcha la cruz alzada que lleva el mayordomo de la iglesia, vecino que el concejo designa para la limpieza y conservación de ésta y que suele elegirse al que tiene mujer e hijas mayores para que se ocupen de este menester, cargo que no rehúsa ningún vecino al ser nombrado; los faroles que acompañan a la Cruz son llevados por dos vecinos cualesquiera indistintamente; detrás, en correcta formación, van los niños a

cargo del Sr. Maestro; después marchan los hombres en dos filas de a uno; en medio de estas dos filas son portadas las imágenes a hombros de las mozas; las varas del palio son llevadas por vecinos de alguna edad mezclados con algún hijo del pueblo que faltó de él desde su infancia y que le invitan a llevarlas como una distinción que le hacen; detrás de Su Divina Majestad van las mozas que quedan libres de portar las imágenes, las que en unión de los sacerdotes entonan cantos en honor al Santísimo; detrás va un grupo de niñas a cargo de la señora Maestra y cerrando la marcha todas las mujeres del pueblo.

Confieso que esta procesión según queda descrita y que recorre los alrededores de la iglesia pasando por la angosta calleja situada al este, marchando carretera adelante hasta cruzar el puente y subiendo por el camino paralelo al arroyo, cruza este hasta la mitad del barrio «madral» bajando por este hasta entrar de nuevo en la iglesia con un recogimiento y silencio interrumpido por el volteo de campanas, por los cánticos de los Sres. Curas y mozas; en sus descansos se oyen las notas musicales de una marcha religiosa que hace vibrar el alma de cuantos la presencian. Al siguiente día fiesta de San Roque, uno de los santos más venerados en esta parroquia: ¡Bendito San Roque, tuviste tu linaje en tierras francesas, siendo el solar de tus mayores próspero en caudales, que tú, santo desde la cuna trocaste por tu vara, conchas y calabazas de peregrino, convirtiéndote en abogado de los humanos mortales que padecen peste o enfermedades!. A tí, acudimos ¡Bendito Santo! los hijos de esta parroquia presentes y ausentes a pedirte remedio para nuestros males corporales, tranción que vimos de nuestros abuelos, primero, de nuestros padres después, y que enseñamos a nuestros hijos. Así pues la fiesta religiosa de San Roque es igual que la del primer día celebrando la procesión primero que la misa, y siguiendo esta un orden distinto para llevar la imagen de San Roque hasta las huertas de su nombre. Anoto que ví más gente en la misa de hoy que en la del primer día, pues aparte de los invitados acuden muchos devotos de San Roque de todos los pueblos limítrofes a Espinosa. En la procesión, detrás del santo, van personas de ambos sexos y edades; muchos iban descalzes; y aquí termina mi narración de la fies-

ta religiosa de Nuestra Señora y San Roque (que se conservan en su más pura tradición y siendo la hora de comr nos dirigimos a casa, que también la mesa conserva la tradición de sus abundantes platos y su repostería de roscas, mazapanes y las grandes fuentes de arroz con leche, roclando todo ello con abundante vino, café y copas de licor a elegir, todo ello a excepción de las bebidas, hecho con gran esmero, por las amas de casa, presentado a la mesa en tal cantidad capaz de saciar el apetito del doble de comensales de los que reúne. La comida transcurre con gran animación, prolongadamente se canta y se ríe alegremente después de tomar el café alrededor a las botellas de coñac y anís y ante la perspectiva de una laboriosa digestión los hombres se dirigen al juego de los bolos, mientras las mujeres ponen un poco en orden la casa y las jóvenes empiezan a retocarse para el baile. Yo siguiendo el sexo fuerte me dirijo también al juego de los bolos; este viril deporte que se conserva en nuestros días igual que lo jugaban nuestros antepasados. Como hay concurrencia de jugadores, hay dos bolearas situadas a las puertas de las dos tabernas que hay en el pueblo; una a la parte norte del puente y otra en la plaza en la parte sus de éste y como se ven perfectamente desde un mismo sitio, presentan un aspecto concurredísimo. En la imposibilidad de presenciar los dos castros a la vez opto por dirigirme a el de la parte sur donde es mayor la expectación, motivada a que se juega una refida partida entre jugadores del pueblo de un bando, y jugadores forasteros de otro; la expectación es enorme, los contendientes tiran sus bolas con precisión matemática ante la exclamación de los espectadores que exclaman en su entusiasmo: ¡buena bola! ¡once! ¡esta la ví yó venir desde la mon! Termina la partida con ventaja para los del pueblo, que se les nota satisfechos de su utriunfo; no menos satisfechos quedan los del pueblo que no juegan y siguen el curso del partido animando a los suyos y llegando incluso a ceder su puesto a otro jugador que lo haga mejor que él, por el solo prurito de ganar en un día tan señalado para la afición. Este noble juego de técnica y también de fuerza que entretiene como espectadores a los viejos que añoran sus años mozos, distrae a los jóvenes ceplando a los buenos jugadores para ver si los pueden imitar y así se pasa una tarde entera de la fiesta divirtiéndose todos mer-

ced a unas jarras de vino, único valor que se ventila en la partida ya que únicamente lo que tiene valor es el prurito de ganar. Infinidad de chicos forasteros llegan en bicicleta utilizando como garage para ellas las dos tabernas del pueblo; bicicletas y más bicicletas, estamos como si digéramos en el siglo de este vehículo por este país. Por fin en «la huerta de las mocinas» se oye música y allí me dirijo sobre una plataforma formada por tablas sostenidas por unos postes, cuatro músicos tocan música de jazz-band que suena a lata; la juventud danza o trata de danzar los complicados pasos de los bailes modernos; los espectadores, hombres y mujeres contemplan sin pena ni gloria esta fiesta desprovista de colorido en un bonito marco campestre, cual es «la huerta de las mocinas», de olor a heno fresco y recuerdos de romerías, auténticas del más puro estilo regional. Aquellas rondas de los mozos que afluyan a la huerta por uno u otro camino según del pueblo donde vinieran; aquellas mozas ataviadas no con rodados, pues yo no los conocí ya sino en las mujeres de media y avanzada edad, pero sí con unas faldas de merino finísimo muy tableadas, un mandil de moaré negro, todo seda natural, cuajado de abalorios; una blusa blanca o de color que únicamente lucían sus mangas camiseras cubiertas hasta el talle con los mantos que denominaban del ramo, de crespón negro de China bordados de ramos en colores, de ahí su nombre; sus pañuelos de seda de vistosos colores; aquellos pendientes largos, llamados arrecadas, algunos de oro de ley. Estas mozas bailaban en dos, tres o cuatro filas el baile y la jota al son de la dulzaina y tamboril de los tamboriteros que la víspera vimos entrar por «la Huerta del Valle» dando un colorido tan intenso a la fiesta, imposible de describir para mi pluma. Aquellas tardes de San Roque, los casados en pugna con la mocedad bailaban los bailes usados en el país; las casadas en algunos bailes prescindiendo de los tamboriteros cantaban y tocaban ajueñas panderetas grandes acompañando las balladoras con profusión de pitos y castañuelas. Aquellos enormes corros que al finalizar cada baile formaban los casados, hasta viejos inclusive, cantando la ronda más típica de esta ribera:

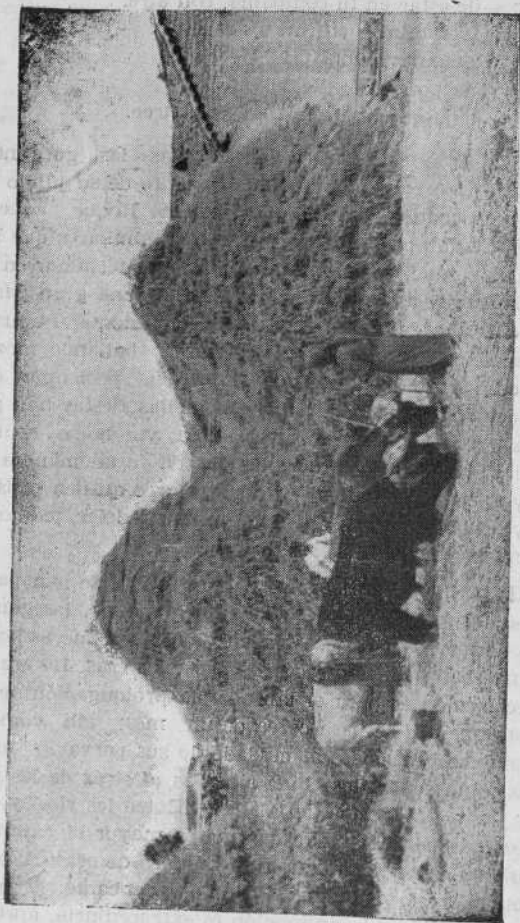
Deja que ruende la bola,
que ella sola se divierte
también me divierto yo
las noches que voy a verte, con aire.

Las noches que voy a verte,
todas voy con alegría
porque llevo la esperanza
de estar en tu compañía, con aire.

A la mar entran los ríos,
paloma revoladora
no pongas el pie delante
deja que ruede la bola, con airee.

Con un griterío de ¡ujú ujú! alido de todas las gargantas que formaban el corro como expresión patente de su júbilo y regocijo, aquella madrugada del día de San Roque, aquella ronda provista de almireces u otros utensilios similares que recorrían el pueblo entero en alegre alborada para terminar en la plaza cuando estaba amaneciendo, formándose una gran partida de bolos a la luz de un farol de mano, jugándose el aguardiente y las tiernas mantecadas de Astorga, bailando mozas y mozos al compás de la dulzaina y tamboril, prolongán ose bolos y baile hasta que tocan a misa. Aquellas fiestas han pasado a formar parte de tu historia Espinosa, ya no se estilan por anticualas; hoy las juventudes las hacen a la manera de sus gustos y época; si en ellas se divierten creo queden satisfechos, pero yo digo para mis adentros, justificándolos, ¿como no han conocido cosa mejor!...

LAS TRILLAS.— Día diecisiete de agosto. Ya se han pasado las fiestas, el pueblo aparece tranquilo y sereno, las gentes han vestido de nuevo su traje de faena y en las primeras horas de la mañana en un constante desfile hacia las eras. La era en época de recolección es para el labrador la prolongación de su hogar, puesto que allí se pasa cerca de un mes; allí como y duerme en muchas ocasiones al cuidado de sus parvas o muelos; las eras están separadas; bien situadas «Detrás de las Casas», «en el Vago», «Huertas del Valle», «Entre los ríos» y «las Eras», así, comúnmente llamadas porque es mayor el campo y por consiguiente es mayor también el número de eras. A éstas eras hago mi primera visita en calidad de varaneante; la gente está dedicada a trillar y la animación es extraordinaria, aprovechando cuantos animales poseen. Allí vemos la potente yunta de bueyes, las ligeras vacas que dan leche, los novillos y nov-



Un día de trilla

llas domadas para tal menester; a la vaca vieja ya matrona, que se queda sin pareja de su raza, uncida con el humilde y paciente borriquillo que alarga su pescuezo dos cuartas adelante de su compañera de trabajo; todo da vueltas en una ruta que no tiene fin bajo la vigilancia del jefe de la familia que con una forca de madera dá vueltas a la paja, amonestando a los rapaces que trillan: ¡pica escs bueis por dentro, rapaz!, ¡arrea esas vacas Bartolo! hasta que llega la hora ansiada de atroparla con los cambicios y emparvarla con los rastros y viendas.

MEJORAMIENTO DE ESPINOSA.— Ten en cuenta lector que emigraste a América en el primer tercio del siglo que corremos, que el producto del centeno es el que ha hecho subir nivel de vida de aquel pueblo que dejaste mísero y arruinado por lo que muchos de sus hijos tuvimos que apelar a la emigración, los más a América y los menos a otras tierras de nuestra querida España y que hoy te invito si puedes a que lo visites, para que tú mismo lo compruebes, si acaso dudas de estas líneas que pudieran ser producto de mi exacervado interés hacia nuestra patria chica. Mi único interés es reflejar cual veracidad corresponde a mi carácter, ya te lo advertí en mis primera spáginas, que Dios no me ha dotado de la gracia de la literatura y faltándome esta apelo a la verdad y realeza describiéndote cuanto veo. Sentado este precedente te diré que hoy te encuentras con un pueblo nuevo, de una generación contenta y satisfecha, cubiertas sus necesidades merced a su iniciativa y trabajo, que si este no va unido a la otra no surte los frutos apetecidos; esta fué la que les faltó a nuestros antepasados que muy buenos y trabajadores pero faltos de iniciativa se conformaban con nada; así hoy admirarías, como yo las estoy admirando, fincas eriales, que no tenían valor, convertidas en huertas hermosas, cuales te describí al hacer mi entrada en Espinosa. Las vegas bien cultivadas; como buenos agricultores que son, saben sacar el mayor rendimiento posible de sus tierras; no se conforman como los antiguos al cultivo siempre tradicional de trigo, patatas, habas y algo de lino sino que hoy cultivan también alubias, patatas y trigo pero hacen un detenido estudio antes de sembrar, sembrando únicamente para el gasto de sus casas aquellos productos indispensables, dedicando el resto a los productos que les han de dar más rendimiento como la remola-

cha que tú no conociste y que hoy cultivan sacando buen rendimiento. La grana de la remolacha denominada «plantón» muy apetecida, la que se cultiva en esta ribera para la siembra de este tubérculo en tierras de Aragón y que les pagan a buen precio. Y esto unido a que aquel inmenso monte que conocimos cargado de brezo y alguna débil mata de roble que únicamente producía leña, con la incomodidad de ir un vecino diariamente a guardarlo para que los pueblos colindantes no robaran la leña y que conocíamos por «fulano le tocó el palo», ya sabíamos que estaba en el monte desempeñando por un día el oficio de guardia. Pues bien, este monte está roturado el ochenta por ciento, sin reparar la distancia que media de estos terrenos al pueblo para eso disponen de hermosas yuntas de bueyes, recrían más ganado de todas clases incluyendo el de cerda que crían verdaderos ejemplares, y todo esto se lo deben a la harina que se cría en «Valdesquillo», unido, claro está, a lo que ya se cultivaba y que heredaron de sus padres. También se han preocupado mucho de sus viviendas; a este respecto, llamé a uno de los maestros «canteros», como los denominan, para que me diera datos exactos de los edificios que se habían construido desde 1934 hasta la fecha, entregándome una nota con el nombre de todos los vecinos que en el tiempo mencionado habían edificado casa; mas como mi propósito es no citar nombres, enumero las casas nuevas que se han hecho en número de cuarenta y seis casas, muchas de ellas de piedra, otras de ladrillo, algunas de tierra, todas amplias y bien construidas y con el confort adecuado para la vida humana, estos cuarenta y seis edificios, unidos a los que había y que los han reformado, éstos no cuentan en un pueblo de noventa y cinco vecinos, comprenderéis que se trata, como antes dije, de un nuevo pueblo.

Unidos a los agricultores hay algunos especialistas: tres carpinteros, tres canteros, un herrero. Una de las cosas que más me ha satisfecho es la cultura de la nueva generación que se está formando, merced a los dignos maestros don Dámaso Campo y doña Julia Suárez. Así, pues, narrando la vida actual de Espinosa, juntamente con algún pasaje de cómo era en nuestra infancia, sacaréis fácilmente el balance con marcado progreso.

HILANDEROS.—Otro de los trabajos que ya no existen y que llenaba la vida del pueblo gran parte del año, era el cultivo del lino y su transformación en blanco y resistente tejido. Hago caso omiso de su cultivo, el cual os describen en otras páginas de este libro; pero si tratamos de recordar nuestros primeros años de nuestra existencia, no puedo menos de haceros recordar aquellas espadadoras reunidas en un portal o cuadra, que con su espadilla en ristre, cual antiguo guerrero su tizona de templado acero, se pasaban los días entre alegres cantáridas dando golpes a la fibra del lino que sujetaban con la mano izquierda a una tabla de madera sostenida en el suelo por una ancha peana también de madera, y a fuerza de golpes iban limpiando de impurezas hasta dejarla convertida en madejas finas y sedosas como los cabellos de un ángel de Rubens; esta impureza que sacaban del lino se llamaba «tascos», y cuando un mozo acudía adonde espadaban, gastán oles alguna broma, ya podía ganar por piernas la puerta, so pena de ser entascado por las mozas, que con fuerza varonil le sujetaban y sus carnes sufrían la aspereza de los tascos, nada suaves por cierto. Una vez realizada la espadadera, estas madejas de lino eran pasadas por una carda y ya quedaba una fibra finísima, o sea el lino purísimo; los residuos que quedaban de la carda se llaman estopa, de que se hacían sogas y para lo que todos los años venían los sogueros provistos de su rueda y demás accesorios, instalando su fábrica portátil en la plaza o en la calle; solían traer un muchacho alegre al que hacían despabilar con esta frase: «Dale a la roda, murgueiro, que el zoquete bien lo triscas» Una vez limpio el lino, allá por noviembre, mes de Todos los Santos, vemos a todo el elemento femenino, desde los catorce años hasta las mujeres ancianas, armarse de rueca y huso, vulgarmente llamado «fuso», preparadas para hilarlo. A fin de que las veladas resultasen mas amenas, se reunían todas las del barrio en una cocina, siendo obligación de permanecer en cada cocina de la asociada ocho días, con la obligación de poner leña y luz; esto es lo que conocíamos por «filandero», puesto que todas las que componían este grupo la única finalidad que tenían era hilar; de estos «filanderos» había cada invierno tres, uno en

cada barrio: Madral, el de Abajo y el de Santa Colomba. El filandero se celebraba todos los días laborables y los días de fiesta y Navidades, éstos no para hilar sino para bailar. Como la vida en invierno se hace más de noche, a las ocho de la noche ya estaba el filandero lleno de hiladoras que tomaban posiciones en la cocina, realizando su trabajo entre animada charla, contando las ancianas proezas de su mocedad, pues siempre los viejos fueron buenos para contar romances y cuentos. Era también el sitio de diversión de los mozos, y como en todos había mozas, les hacían baile, venciendo la resistencia de las madres que se oponían porque desperdiciaban un tiempo muy hermoso para hilar, asociándose siempre los mozos en su petición, y cuando éstos comprendían que las madres de las mozas tenían razón, en el lado de la cocina jugaban a «cuchillo tejerojo» o a «la jostra». El primero consistía en ponerse un mozo con la espalda doblada y la mano derecha vuelta la palma sobre ella y la cabeza metida entre las piernas de uno que estaba sentado y los otros pegar fuerte en la mano, preguntando: ¿Tijeras, ojo o cuchillo? Y si no acertaba seguía recibiendo golpes hasta que acertase. Para el de la «jostra» se sentaban en una fila en el suelo recostados en la pared, y una zapatilla iba recorriendo la fila por detrás; uno la buscaba con gran empeño y los de la fila repetían: ¡Ahí va la jostra! Y cuando la encontraba en poder de uno, éste recibe los golpes; inocentes juegos que servían para distraer hombres hechos y derechos. Los rapaces pululaban en los alrededores del filandero; el más atrevido entraba de puntillas escudriñando lo que había dentro; los de fuera esperaban con ansiedad; cuando el atrevido salía, exclamaba con voz de triunfo: «Pasar, que no están los mozos». Y entonces pasaban al filandero echando también su cuarto a espadas, pero pobres de ellos si eran sorprendidos por los mozos; la emprendían tras de ellos a cintazos y mosquilonos y muchas veces tenían que refugiarse debajo de las sayas o rodados de las hilanderas unos, otros en el horno, muchas veces en presencia de sus madres que no rechistaban ante tamaña agresión; aquí viene bien la frase de que las costumbres se hacen leyes, y esta ley era de los mozos y alcanzaba a todos los rapaces hasta que tenían la edad de pa-

gar la entrada, pagando dos reales a los mozos, cuando éstos estaban reunidos, gastándolos en vino; únicamente es cuando quedaban autorizados para alternar con ellos y tener libre acceso al hilandero, único obstáculo, pues la puerta donde se celebraba permanecía abierta hasta que éste terminaba, pudiendo entrar todo el que quisiera. También frecuentaban los filanderos los mozos forasteros y a éstos se les obsequiaba con baile en toda regla, cumpliendo la buena costumbre de agasajar bien al huésped.

ANTRUEJO.—Otra nota pintoresca y de tradición era la época de los carnavales o antruejo, como se le llamaba. En las veladas de Antruejo acudían los mozos vestidos de guirrios; constaba el traje de un pantalón largo blanco con una enagua muy corta encima, una blanca camisa con una banda o cinta de seda del mismo color, un cinto cargado de cencerros, una careta en forma de caperuza terminando en una aguda punta de la que colgaban cintas de seda o papel de varios colores; esta careta era de piel y les cubría cabeza y cuello; llevaban en la mano una especie de vergajo hecho de tela; como eran varios los que aparecían disfrazados de esta forma, llamaban una guirriada; estos bailaban con las mozas entre el ruido ensordecedor de los cencerros y al terminar el baile rebrincaban a las mozas dando saltos como corzos, buscando éstas el refugio de las madres que también eran rebrincadas dando gritos. Así transcurría el invierno hasta el mes de marzo; mediado éste empezaba la escaba del trigo, pero para finalizar el filandero se reunían todas las componentas a cenar en la última casa que se celebraba; la cena consistía en la clásica olla; todas llevaban algo; unas patas de cerdo, otras juanico (huesos adobados de cerdo metidos en tripa), otras jamón, tocino de papada, chorizos, poniéndose antes de acuerdo de lo que había de llevar cada una para no coincidir en lo mismo; cenaban en alegre camaradería, traían uno o dos cántaros de vino que pagaban a escote y a esto le llamaban el convite, aunque en realidad se convidaban ellas solas. Antes de cenar este día trancaban la puerta para no ser molestadas, abriéndola cuando terminaba la cena para hacer un baile en que todas bailaban, madres e hijas, dando por terminado el filandero por aquel año. Este

hilo, finísimo producto de su trabajo en el filandero, lo daban a tejer a primitivos tejedores de Santa Marina del Rey. Este tejedor les entregaba las piezas de tela en un ancho de cincuenta centímetros y el blanco purísimo que vimos el lino cuando salía del rastrillo se tornó una vez tejido en áspero y de color moreno que a fuerza de coladas, sol y agua pura y limpia tomaba un blanco brillante cual las camisas que vimos a nuestros romeros en La Virgen del Camino y tras esta narración histórica en cuyo trabajo se ocuparon largos años generación tras generación, volvemos a ocuparnos de los tiempos presentes.

PASEO POR EL MONTE.—Encaminando mis pasos valle arriba, a la derecha "las huertas del valle" convertidas hoy en hermosas viñas; noto la falta de aquel frondoso castaño bajo cuyas sombras manaba una fuentecita de agua cristalina donde abrevaban todas las caballerías que por allí pasaban; a la derecha los valles de Robladiel y Valle Oscuro "el Maderal", nombres derivados de valle de robles uno, y maderal el otro, presumiendo la existencia de grandes bosques en tiempos atrás y que la mano del hombre fué talando sin preocuparse de volverlos a repoblar apareciendo hoy monte pelado así como sus laderas que los circundan; el único error grave que encuentro en Espinosa en el campo de su término, pues con mi habitual franqueza elogio lo bueno y censuro lo malo, como ya dejó descrito; si estas laderas incluyendo el arroyo estuvieran pobladas de árboles convertirían estos parajes en amenos paisajes, con el beneficio de que las raíces de los árboles sujetarían el terreno discurriendo las aguas mansas y reposadas, evitando el perjuicio de el arrastre de piedra y tierra que a veces inunda la hermosa vega del "Pago". Desde estas líneas invito a los vecinos de Espinosa a que empiecen a repoblar de árboles estos terrenos por varias razones: la primera en beneficio de sus intereses evitando el corrimiento de tierras; la segunda en beneficio de su ganadería que lo que es hoy terreno de aluvión se convertiría en fértiles pastos, y la tercera la satisfacción del deber cumplido puesto que todos sabéis y estáis de acuerdo en lo necesario de esta empresa; iniciativas las tenéis como se comprueba, amáis el trabajo, tenéis los elementos en vuestras

manos, a realizar pues. A mi izquierda queda la Solana, mata de roble y escaso pasto denominado "Llamargo"; la cuesta cierra el valle dejando únicamente una garganta que baja desde los campos de los corrales del tío Bernabé, derruidos ya; a la derecha de esta garganta existe un camino que en suave pendiente va ganando altura hasta coronar la cuesta: es el que utilizan hoy día para subir y bajar del monte, desterrando los antiguos de vueltas y revueltas; tomo el camino de "as Vallinas" convertidas sus tierras a derecha e izquierda en verdes viñedos que unidos a los que existen en las laderas del pueblo desde "El Valle de la Iglesia" hasta "Las Llanezas", quedan los vecinos de Espinosa libreados de algunos desaprensivos taberneros que donde bebían cuatro, apuntaban ocho. Estoy situado en el alto de "La Corretilla"; mi vista domina la gran extensión del monte de Espinosa enclavado en las cabeceras del gran páramo leonés; sus tierras fueron teatro de grandes luchas en la época de la Reconquista; en su ondulante terreno ganó su primera batalla la cristiandad capitaneada por Don Pelayo y en conmemoración a tal heroica gesta se levanta altiva y tranquila en la soledad del monte en tierras de Rioseco y Benllera, la torre de la iglesia de Camposagrado. A la parte del este se dibuja la silueta de la Venta de la Cruz. Esta venta hace años estuvo situada unos cien metros más al norte, en tierras de Rioseco, al borde del camino que conduce a León, distante una legua que decían los antiguos de Espinosa, legua que se traduce en seis kilómetros largos. Este camino, paso obligado para ir a León de todos los pueblos de la alta Ribera y parte de la Montaña, bien subieran por los valles de Villarroquel, Espinosa o Rioseco, cuyos caminos se fusionaban en uno solo en la Venta la Cruz, camino de mucho tránsito cuando no existían carreteras ni coches de línea. En esta venta se refugiaban y ansiaban llegar a ella como puerto de salvación, los caminantes que desde León cruzaban estos montes rasos, sin árboles ni fuentes para mitigar su sed en los calurosos días del estío, o bien para refugiarse del cierzo helador con ventisca de nieve, haciéndolo intransitable. Sus venteros acogían a los caminantes con verdadera fraternidad instalándolos en su amplia cocina al estilo de aquella época. En su "llar" ardían chispoterrean-

do un corro de cepas que alegran la estancia con su llama; cedían los mejores puestos de sus escaños calentando sus entumecidos cuerpos. Esta venta pertenecía al pueblo de Rioseco, o algunos vecinos de este pueblo, y por no sé qué pleito con el ventero a causa del ganado cabrio o leña del monte, la derruyeron refugiándose el ventero con su familia en Rioseco; pero este hombre, acostumbrado a vivir en su venta desde su niñez, no se aclimató a la vida como un vecino más, pidiendo permiso a los vecinos del pueblo de Ferral para construir por su cuenta una nueva venta; terreno que le fueron concedidos por dicho pueblo, edificando una nueva venta instalándose en ella con su familia, prefiriendo la soledad del monte, libre de todo prejuicio social que inevitablemente existe en pueblos o ciudades. La actual venta dista a unos cuarenta metros del monte de Espinosa, cuyos terrenos denominados "Val de la Villa" están roturados. Siguiendo monte abajo y dejando el valle del "Guelmo" en el medio hasta el "Vallin del Hurz" y hasta mitad de "Valdesquilo", todo "Valdesquilin" lindante con terrenos del pueblo de Secarejo y siguiendo monte arriba hasta el camino lindante con el monte de Rioseco, todo este monte como ya mencioné antes, es el ochenta por ciento de su término y hoy está convertido en campos centenales, produciendo éste en abundancia. Quién sabe si algún día merced al pantano que se está construyendo puedan ser regadas sus sedientas tierras, convirtiéndolas en fértiles huertas. Cruzando la "Mata de Valdáligas" descendiendo al "Valle de Valtavernas" me siento al borde de su fuente que mana agua en abundancia; existen los "Corrales" como los conocimos, si bien muchos reformados y retejados, de tierra roja, haciéndose muy visibles. Esta pradera me recuerda mis juegos de niño cuando en unión de otros chavales apacentábamos el ganado en época de primavera y mientras éste pastaba tranquilo, entreteníamos nuestro ocio jugando a "La Calva" con nuestros resistentes cayados de roble, e improvisando una redonda piedra, juego que no es otro que el elegante golf que tanto se practica en las ciudades, bien reglamentado. Como entonces tomo mi merienda en sitio tan evocador y tras breve descanso ranudo mi marcha por "Rodra Fonda" hasta el camino que conduce a Villarroquel; extendiendo la vista hasta "Valdeventana"

y viene a mi memoria la leyenda del molino de la "Griega". Según dicha leyenda una señora griega construyó un molino en estos parajes siendo muy costoso el cauce de agua y ya terminado exclamó con júbilo: "Mañana molerá el molino", objetando una vecina del lugar: "Si Dios quiere", y la extranjera, que no debía entender de catolicismo, replicó con ener-



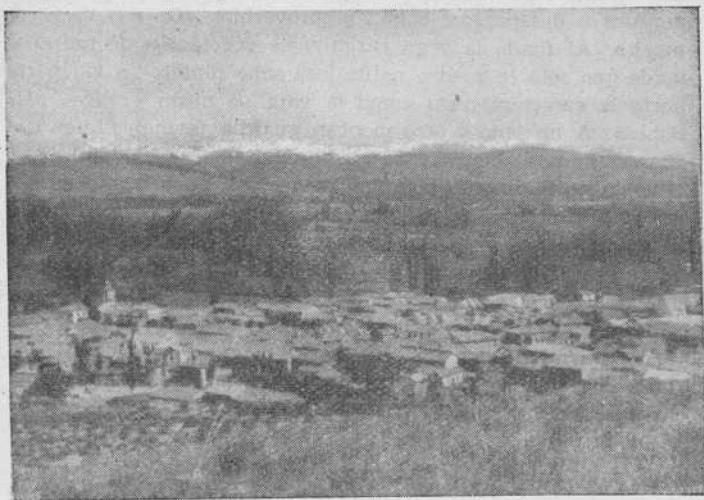
Los corrales de Espinosa

gía: "Quiera Dios o no quiera ha de moler el molino de la griega", reriocediendo las aguas como casigo a tal injuria. Esto, como digo, es una leyenda conocida de los habitantes de estos lugares, pero lo más verosímil es que se estableció en esta comarca una colonia de griegos al fin de explotar yacimientos que había de oro; en efecto en este paraje, en término de Espinosa, próximo al valle de Villarroquel, vemos una honda esplanada y vestigios de cimientos de una casa; la hondonada a semejanza de un estanque pudo ser un depósito de agua alimentado por un cauce que la tomaba en Santiago

las Villas, pasa por término de Olleros, Carrocera, Benllera, Tapia, Rioseco y Espinosa; este canal se llama comúnmente la "Guinea". Aún se distingue en la "Vallina de las tres cruces" como especie de camino, con bordes a sus lados y cubierto de urz; este debió de ser el cauce hasta el depósito que de hecho existió y desde el estanque, en camino vertical, caería el agua al valle de Villarroquel, terreno de alubión donde existían pepitas de oro y con estas aguas era lavado y separado de la tierra el precioso metal. En la dominación romana hubo grandes explotaciones en toda la región incluyendo el valle de Villarroquel, las laderas del monte de Villaviciosa o médulas explotadas en la misma forma que la que nos ocupa, así como el cruce del río Omaña. Este aún en el año 1937, una compañía inglesa tenía montada una enorme draga en el río a este fin; explotación que duró desde 1920 abandonando la empresa que no debió ser fructífera. Aún vemos frente al pueblo de Santiago montañas de tierras removidas y restos de maquinaria abandonada. A pesar de tan cuantiosos tesoros, aquellos moradores encerrados en sus castros y dominados por el invasor eran más desgraciados que nuestros labriegos. Y dejando lo histórico tomo el camino de Villarroquel, camino hacia el norte, situándome detrás de los corrales del tío Bernabé que como ya mencioné están derruidos; busco la fuente del "Barro blanco", existente en la solana; en un pequeño barranco un hilillo de agua mana de debajo de una piedra, cuyo chorro es impulsado por una gruesa munda de roble a quisa de caño; el terreno que rodea la fuente es de tierra blanquecina, pegajosa y humedecida por el manantial.

En esta fuente se surtían de agua y sigue surtiéndose la gente de Espinosa durante la siega. Su agua es fina y fría. Abandono estos solitarios parajes y saliendo al camino que conduce a «la cuesta de la tía Maruja»; yo no la he conocido con otro nombre y sin dudas debe este a que a el fin de la cuesta, próximo al pueblo había una casa habitada por una mujer que se llamaba María. Mientras desciendo por la cuesta paulatinamente, recuerdo cómo bajaba por este mismo lugar la gente de Espinosa que venía de la rogativa de Camposagrado, rogativa que se celebra en el mes de mayo y a la

que forzosamente han de asistir dos personas de cada casa, del Ayuntamiento formado por los pueblos de Tapia, Rioseco y Espinosa, sin perjuicio de ir cuantos quieran como así acontecía. Tengo ante mi vista el pueblo; seguramente mi figura no será observada por nadie en contraste con las de aquellos romeros que ensiosamente eran esperados y cuando se vislumbraban en la cumbre eran recibidos por los que ha-



Espinosa.—Otra vista del pueblo

bían quedado en el pueblo con volteo de campanas formándose una procesión que los esperaba al terminar la cuesta: abría marcha el pendón de elevada altura con sus paños desplegados, flameados por el viento; detrás la cruz alzada, el sacerdote revestido cantando la letanía oyéndose el coreado «ora pro nobis» de los romeros que descubiertos ellos y la cabeza tocada con pañuelo ellas, descendían con lentitud llevando de su diestra el ronzal de sus caballerías que atemperaban su paso al de sus dueños; hermosa estampa digna de ser trasladada a un cuadro por hábiles pinceles. Me siento en

un diminuto campo del que arranca el «Carcabón de porras», observo desde esta atalaya el pueblo, sus casas con los tejados de teja roja, otros de un rojo más apagado, oscureció su color por la acción del tiempo, algún derruido caserón en el que morara otra generación, resistiéndose esos trozos de tapia a desplomarse de una vez, empeñados en seguir figurando entre el nuevo caserío, faltos de asistencia por sus dueños de una dinastía posiblemente extinguida, pero están condenados a desaparecer según el proverbio: «O renovarse o morir». Al fondo la vega cargada de vegetación de un color verde que sólo la madre naturaleza sabe pintar; a la parte norte la carretera recta como la vara de medir cruza «La Senra». A un lado y otro montan guardia permanente en dos filas frondosos chopos y acacias dando sombra al caminante. ¡Pueblo de Espinosa! ¡cuántos recuerdos! Yo te visito no como el hijo pródigo, sino como el hijo bien nacido que ama a su madre y por serlo con toda su razón de su existencia, así yo te amo Espinosa. Salí de tus lares cuando más se añora la tierra que nos vió nacer, casi en mi adolescencia, pero tu recuerdo ¡oh pueblo querido y amado! no se borrará de mi mente mientras viva.

Agosto de mil novecientos cincuenta.

JESUS RODRIGUEZ ALONSO.

5.—Impresiones de mis viajes a Méjico

(Espinosa de la Ribera no te olvido hasta que muera).

Aunque no soy escritor ni poeta mucho menos, esto escribo por cariño que le tengo a nuestro pueblo.

Y pido a los que esto lean me perdonen lo atrevido, sólo lo hago porque es "para casa" el contenido.

Ni otra cosa se pretende con este libro primero que de Espinosa se escribe, porque sirva de recuerdo a los que fuera de él viven.

Rogándole al que reciba de este libro un ejemplar que lo lea con cariño y lo enseñe a los demás familiares y paisanos pues a todos gustará.

Nos recuerda lo que un día todos dejamos atrás al marcharnos por el mundo con afán de mejorar ansiando llegue la hora de verarlo a contemplar.

Aprovecho la ocasión de este libro costado por el hijo predilecto de nuestro pueblo nombrado,

contándoos las impresiones de los años de mi vida pasada en el extranjero pensando en la patria chica.

Era poco más que un niño catorce años aún no tenía, y una noche a mis hermanos en la cama despedía, y mi madre me dejaba en León al otro día.

En Coruña me embarqué para Méjico un buen día, despidiendo a nuestras costas, ¡cuando a verlas volvería!

Cuatro apellidados "Fuertes" conmigo se embarcaban, y el listero nos decía: —"Sin fuertes se queda España".

Diez años allí pasé dedicados al comercio, pues el pueblo mejicano nos trata con mucho aprecio.

Es la colonia española muy honrada y laboriosa, de la que formamos parte los que somos de Espinosa.

Nuestra Señora y San Roque, Nochebuena y Año Nuevo, como si fuese en el pueblo, celebramos todos juntos,

A Tampico me traslado con el fin de embarcar

en un buque americano
para España visitar.

Fué en Vigo donde tocamos
la hermosa tierra gallega
que recibe a los viajeros
como a los buenos hermanos.

Después de otra breve estancia
nos volvemos a embarcar,
yo me bajo en La Coruña
diciéndole adiós a la mar.

Tomo el tren hacia León
para ver a mis hermanos,
que por entonces vivían
en La Pola de Gordón.

Hermanos y familiares,
me están todos a esperar
que entre besos y abrazos
mucho me hicieron llorar.

Días después me decido
a Espinosa visitar,
y con mi hermano Benigno
me encamino hacia allá.

En La Magdalena entramos
a saludar varios amigos,
que quieren acompañarnos
y en un coche a la andaluza,
salimos de allí cantando.

Buena bota con buen vino
era nuestra compañera,
comenzando a alegrarnos
en el "Alto la Friería"
desde donde se divisa
la simpática Ribera.

Llegamos luego a Rioseco
que es de nuestro Ayuntamiento.
donde tomamos "un taco"
que nos da muchos alientos;
vamos entrando en la "senra"
que está de trigo sembrada

recordando aquellos tiempos
cuando yo en ella escavaba.

Las "Llanezas", "Vadela Laguna",
y el "Valle del Cormansin",
el "Corzo" y "los Barbatones"
me parecen un jardín.

Veo las primeras casas
de este pueblo singular,
al que todo en él nacido
nunca lo debe olvidar.

Todos los que vivís fuera
procurad venir a verlo,
pues será vuestra presencia
la que sirva de consuelo
a todas vuestras familias
que con pena os despidieron.

Al primero que encontramos
fue a "Ángelón el "campanero"
que toca las oraciones
y las horas del almuerzo;
¡Qué alegría recibió el hombre
cuando me reconoció!,
recordando que de niño
alguna vez me enseñó
a repicar las campanas
al toque de la oración.

Era el tiempo de la siega
y el pueblo estaba desierto,
solo niños que jugaban
nos salían al encuentro,
repartiéndoles nosotros
paquetes de caramelos
y de galletas comprados
en la tienda de Demetrio.

Satisfecho me sentía
de estar nuevamente allí,
pero una honda pena
me comenzaba a invadir,
pues de casa de mis padres
nadie sale a recibir

al hijo a quien una noche de ella le vieron partir.

La casa está cerrada desde que ellos fallecieron, y a los hermanos menores nuestros los recogieron viviendo en su compañía hasta que mayores fueron.

Es la vida que nos trae alegrías y sinsabores, mezclados con el recuerdo de estos queridos rincones.

Una persona muy buena a merendar nos convida, doña Evelia; si hoy viviese sería mi madre política.

Saludamos las familias y los amigos de la infancia y recorrimos las calles donde de niño jugaba.

Están próximas las fiestas de mayor solemnidad, Nuestra Señora y San Roque, a ellas no quiero faltar.

Mucho gocé en esos días, y volviendo a ver las fiestas comprendí que mucho vale lo que de niño se deja.

Cuando echaron la "derrota" del rastrojo en los "Sotillos", uno quisiera volver a la época de niño.

De nuevo vuelvo a La Pola yo con toda la familia, con la que estoy algún tiempo mientras llegan las vendimias.

Muy alegres días se pasan al tiempo de vendimiar, está la gente tan contenta que no cesa de cantar.

Como español voy soldado me incorporo al Regimiento donde sirvo todo el tiempo que me marca el reglamento.

Llega el tiempo de embarcar para México de nuevo, y a la mar me hago en Vigo un día de Año Nuevo.

En México ya me esperan los quchaceros que dejé, en los que paso ocho años que sumados a los otros componen los dieciocho que en Nueva España pasé.

Es toda mi juventud que se pasó sin sentir, y al cabo de tanto tiempo vuelvo a España a residir.

Es Madrid en donde vivo desde el año veintinueve, aumentando esta colonia que también es numerosa, pues sumamos más de veinte los que somos de Espinosa.

Desde aquí todos los años voy a mi pueblo natal, y me siento satisfecho de verlo así pro resar.

Sus casas que son palacios hechas casi todas de nuevo, son buenas para vivir más cómodos los abuelos.

Una cosa ya no es como era en otros tiempos, los biles ya no se hacen en las plazas de los pueblos.

Las madres si quieren ver a sus hijas en el baile, han de hacerlo por ventanas que casi nunca se abren.

La "Huerta de las Mocinas" Ya no se oye el tamboril
ha perdido su sabor, y están mudas las panderetas,
pues los bailes de las fiestas que daban gana de bailar
ya no se hacen con sol. hasta a los viejos y viejas.

Y ya para terminar
un saludo a los paisanos
que estáis por el extranjero;
no dejéis de venir pronto
a nuestro querido pueblo.

Pues a todos nos reciben
con cariño y alegría,
procurad que sea luego
porque se acaba la vida.

JOSE A. FUERTES
Madrid y diciembre de 1950.

IV

ESPINOSA FORASTERA

- 1.—En Roma
- 2.—En Méjico
- 3.—En la Argentina
- 4.—En Madrid

1. -En Roma

I.—MOTIVO DE ESTAS LINEAS.—Inesperadamente fui invitado a tomar parte en esta obra portentosa, no tanto en verdad, por su contenido y amplitud, pues como ven su sencillez y brevedad no pasan de lo ordinario; pero dado el noble fin con que fué concebida, esto es, unir espiritualmente a todos los españoles espinosanos que vivimos fuera de nuestra tierra madre, no puedo menos de aceptar. El cariño y el amor no conocen distancias, pues cual águila voladora se remonta a las más extremadas lejanías donde han percibido fragancia de cosas y personas en otros tiempos pábulo de su amor y gratitud. Este cariño y gratitud deben sentirlo todos aquellos que, recibiendo un día su existencia y formación de seres generosos que han sabido cumplir con su deber, actualmente disfrutan en otros mundos de Dios de dicha formación, causa remota y esencial de su porvenir moral y material. Lo contrario sería un desorden e ingratitud, cosa que desdice de quien se considera creado para más altos destinos.

Un cordial saludo de felicitación para aquellos que hayan dado inicio a esta obra, pues sin duda es un avance científico de un pueblo que comienza a resurgir.

II.—IDEAS Y RECUERDOS.—Ocho años quedan sepultados en la tumba del pasado desde que dejé de respirar el ambiente pacífico de las tierras espinosanas. Si; en estos momentos no puedo recordarlo sin nostalgia, pues si ahora estoy en la Capital del Cristianismo (Roma), participando de lo más santo y sublime que puede presenciarse en este mundo, es porque en otros tiempos una tierra madre acogió y guió mis primeros pasos hasta introducirme en la ruta que la divina Providencia me tenía reservada; por eso no puedo olvidar los beneficios allí recibidos por lo que la tendré presente en todos los instantes de mi vida, como también a los que en ella residen juntamente con aquellos que se hallan fuera de ella en diversas partes de la tierra por conseguir fortuna. A éstos dirijo yo mi palabra como eco de la voz del Vicario de Cristo que llega a los confi-

nes de la tierra a fin de que no se olviden en medio del afán por conseguir riquezas, de su destino a más altas aspiraciones; que las riquezas terrenas no son eternas, pues algún día tendrán que dejarlas para comenzar a disfrutar las del cielo que son eternas. ¿Qué será de aquel que haya abusado de la fuente de bienes celestiales que el Señor le ha otorgado, colocándole en otros mundos de Dios, donde la fortuna por decirlo así, ha comenzado a favorecerlo cambiando su posición social a un plano superior, de "pobre" a "rico"? En la hora de la muerte ¡qué amargura y desesperación! Quizá digan ustedes: dejemos por ahora estas cosas, pues impiden el disfrute de las riquezas. ¿Qué dirían ustedes de un boxeador que, debiendo sostener un combate con su adversario, no quisiera entrenarse, porque acordándose de la lucha, teme la derrota y esto le vuelve intranquilo? ¿Qué insensato quien así obra! responderán ustedes. Pues he aquí el modo de obrar de aquellos que viviendo en medio de riquezas, se olvidan de que algún día tendrán que dejarlas, y de que si son lo que son es porque la Providencia los ha conducido hasta allí. Tan verdadero y real es esto, como su existencia e infelices aquellos que no lo entiendan mientras vivan en la tierra.

Con esto, carísimos hermanos de tierra espinosana, no intento reprobar las riquezas adquiridas con vuestro trabajo, pues evidentemente tenéis derecho a disfrutarlas, sino más bien el que sean la causa de vuestro alejamiento de Dios, de vuestros padres y de la cuna de vuestra infancia (Espinosa).

Son dignos de compasión aquellos que se rían de los días en que asistían a misa en su tierra madre y comulgaban por Pascua, porque lo que rien temporalmente, tendrán que llorarlo eternamente. Pero... dejemos esto; pues a ustedes todos les creo fervientes cristianos y hasta misioneros que habéis llevado vuestra fe a otras partes del mundo. Y por último os saluda cordialmente vuestro hermano de tierra espinosana que no les olvida en sus oraciones y que al mismo tiempo se encomienda a las vuestras.

(Fr. Perfecto Fontano O.S.A.).

Roma, Abril 1950.

2.-En Méjico

La Colonia de Espinosa de la Ribera provincia de León en Méjico. Colonia Leonesa. Colonia General Española. Méjico.

(Por Leoncio Martínez Alonso)

COLONIA DE ESPINOSA.— Primer emigrante con Isidro Fuertes fundador de ella y por cuya mediación llegamos en diferentes etapas varios hasta completar 25; con su dirección y apoyo logramos emprender algunos negocios dedicados a comercio y la industria con más o menos éxito, pero todos nos hemos formado un hogar donde se venera y a ora a España; y con el recuerdo perenne fijo en la tierra que nos vió nacer y con el deseo siempre de volver a ella aun cuando sea nada más para visitarla y ver los seres queridos. Algunos no han podido realizar ese deseo por circunstancias especiales pero siempre con la esperanza de poderlo realizar algún día y a ello tienden todos sus esfuerzos y afanes, hasta ver lograda esa gran ilusión que como una llama viva se mantiene en la mente constantemente sin que las más adversas circunstancias de la vida puedan apagarla; el destino árbitro de los destinos del hombre decidirá.

El día de Nuestra Señora de tan grata recordación para nosotros, solemos reunirnos y hacer un día de campo donde cantamos y bailamos como lo hicimos en nuestro querido pueblo. Residentes en la actualidad somos catorce hombres y cuatro mujeres todos en perfecto estado de salud y bienestar. Dedicamos también un piadoso recuerdo a los desaparecidos, cuyos restos reposan en el Panteón Español de Méjico, perpetuando su memoria con bellas lápidas donde familiares y amigos periódicamente les hacemos visitas, llevándoles flores y orando por su eterno descanso; los nombres de los desaparecidos son los siguientes: Domingo Martínez, José Alvarez, Orcsia Martínez y Elvira Fuertes. Descansen todos en paz.

COLONIA LEONESA.— Está unida en una agrupación que lleva su nombre; su objeto es celebrar reuniones y fiestas, sobre todo la de la Virgen del Camino, que se celebra espléndidamente. En la mañana gran misa solemne, después un banquete de más de mil cubiertos y por la tarde gran romería. Con las hijas e hijos de leoneses se ha formado un cuadro artístico, que vestidos con los trajes típicos de la región, bailan los bailes también regionales, teniendo gran aceptación su actuación en cuantas ocasiones se presentan al público. Las recaudaciones que por este concepto se hacen, después de cubrir los gastos, son entregadas al Sanatorio Español para los asilados que en él están acogidos.

COLONIA GENERAL ESPAÑOLA.— Goza de gran aprecio y estimación en México. Sus componetes abarcan todas las actividades: comercio, industria agricultura, profesiones, banca, etc. Tenemos un Sanatorio que es sin duda el mejor de la América Hispana, construido en una superficie de doscientos cincuenta mil metros cuadrados, con grandes pabellones rodeados de hermosos jardines y calzadas. Su valor actual es de diez millones de pesos (treinta millones de pesetas). Los vencidos en la vida por su edad o que por diversas circunstancias no han podido formarse un porvenir para la vejez, en él son acogidos, donde viven con toda clase de atenciones y comodidades sin carecer de nada. Ningún español anda mendigando por la calle, pues nos hemos impuesto la obligación de que así sea. Son atendidos por los mejores médicos y enfermeras que hay, Las salas de distinción donde se internan los que tienen medios para ello pagan una cuota elevada que sirve de ayuda para sostener las generales. El personal médico y de laboratorio pasa de cien el total de empleados en general es de seiscientos. Es una obra maravillosa de la que nos sentimos orgullosos siendo la admiración de cuantos la visitan. Está dirigida por una junta que se remueve cada dos años, siendo el empeño de todas superarse unas a otras para que nuestros enfermos y asilados no carezcan de nada.

MEXICO.— País maravilloso que nos acogió con cariño, al cual correspondemos; donde hemos tenido y tenemos toda clase de garantías y facilidades para trabajar. Estamos completamente identificados con su pueblo, sintiendo sus penas y

alegrías como propias. La huella que dejaron nuestros conquistadores y misioneros son imborrables; sus templos y catedrales son magníficos; su fé es tan grande que es quizá el pueblo más católico del mundo.

El culto a la Virgen de Guadalupe es enorme; peregrinaciones de grandes distancias a pie vienen a rendir homenaje continuamente a su Excelsa Patrona, sin importarles las molestias ni fatigas físicas que esto les ocasiona. La ancha y bella calzada que une la capital con el Santuario, el día de la Virgen es insuficiente para los cientos de miles de fieles que en río interminable van a postrarse a sus plantas y a orar. La capital es magnífica con sus tres millones de habitantes; las colonias residenciales son bellísimas; todas las casas rodeadas de espléndidos jardines con flores todo el año, así como el legendario bosque de Chapultepec tal vez de los mejores del mundo. En este ambiente viven y trabajan los hijos de Espinosa poniendo su grano de arena para el bien personal y de las dos naciones a las que amamos.

Estas cuartillas destinadas al libro de Espinosa quiero que sean portadoras del cariñoso saludo y fuerte abrazo que los residentes en esta tierra colonizada por Hernán Cortés envían por mi conducto a los connaturales que viven en Espinosa y Argentina, especialmente a estos últimos que comparan con nosotros las penas y alegrías de la emigración.

¡Viva España! ¡Viva México!.

México y Abril de 1.950.

3.— En la Argentina

Bendita sea la rama que al tronco sale, dice un adagio que como otros muchos refranes datan de muchos siglos atrás y que nos demuestran de que ya en los tiempos pasados los hombres tenían inspiración y sabían pensar y sobre todo amaban todo aquello que de alguna manera les había pertenecido o les pertenecía, pues las leyendas y la historia nos lo enseñan y por lo tanto no seré yo quien jamás pueda poner en duda las enseñanzas de nuestros mayores, ni creo que pueda haber quien lo haga, y si así no fuese el tiempo será quien se encargará de aclarar su inexplicable error.

Pues bien, seamos nosotros el ejemplo de nuestros hijos de nuestros nietos y de otras generaciones venideras. ¿Y cómo conseguirlo? Pues lo explicaré. Demostraremos a nuestros sucesores que sabemos pensar y que amamos a lo que de alguna manera nos pertenece, haciendo obras imperecederas, por ejemplo: la obra donada por nuestro coterráneo residente en Méjico don Leoncio Martínez Alonso y su seyora esposa, cuyos nombres vivirán eternamente grabados en el frente de la iglesia de nuestro querido pueblo, donde brilla día y noche la esfera luminosa del reloj a cuatro caras con una campana fácilmente oída desde el monte de Villarroquel. Mataluenga, Villarrodrigo, Santa María de Ordás y Rioseco. Este simpático y valioso gesto puede ser fácilmente imitado individual o colectivamente en otras obras que, como esta, serán siempre el fiel reflejo del amor y patriotismo a nuestra tierra y sobre todo a nuestra patria chica, el pueblo tan querido donde hemos nacido y al que no podemos culpar de nuestra buena o mala suerte y el que jamás podremos olvidar, pues aún el que peor piense de ese rinconcito de nuestra Patria, no podrá jamás borrar de la memoria momentos que por típicos y propios de su edad tienen un lugar privilegiado en su corazón y nunca podré creer que pueda haber un solo hijo de Espinosa que se atreva a poner esto en duda,

diciendo que él no se acuerda cuando pagó los derechos de mozo, de las partidas de bolos jugadas en la plaza, de las esperas a la salida del Rosario para acompañar a las mozas, de las porfías para llevar el pendón en las procesiones, y de esta costumbre tan típica y tradicional en nuestro querido pueblo, la de subir a tocar las campanas y otras muchas costumbres y momentos vividos en aquel nuestro pueblo natal, aquel que primero nos vió nacer, crecer, correr, saltar y nos proporcionó nuestras primeras tristezas y alegrías, el que después de depararnos tantas emociones y ratos felices no nos pide nada a pesar de necesitar tantas cosas que yo podría enumerar pero que en cambio me reservo para hacerlo verbalmente a todo aquel que, como buen hijo de Espinosa de la Ribera, esté dispuesto a ponerse en contacto conmigo y de esta forma haremos la obra que nos ha de identificar con la posteridad y que como dije antes demostrará a nuestros sucesores que también nosotros, como nuestros antepasados, sabemos pensar y amamos a todo aquello que de alguna manera nos pertenece, esto es: nuestra tradición, nuestra religiosidad y nuestra honradez que constituye la más rica herencia legada por nuestros abuelos.

- Estas cuatro líneas son escritas por Eduardo Salguero hijo natal de Espinosa, el que de la edad de cinco años abandonó su pueblo, siendo llevado a Galicia por sus padres que habiendo recorrido casi toda España ganándose la vida, siempre con el sudor de su frente desde los trece años y sintiendo siempre grandes deseos de volver a su pueblo querido, pues quería conocer aquel pedacito de nuestra patria donde había aprendido a dar los primeros pasos y fué así como en el año 1926, y habiendo ya regresado su querida madre, la Sra. Irene Salguero, a su también pueblo natal, Espinosa, le impulsó más a su hijo Eduardo a visitar como dije antes su pueblo y conocer sus costumbres donde compartió con sus contemporáneos ratos alegres de la mocedad y fué así también cómo a pesar de haber conocido muchos chicas de su clase, prefirió casarse con una de su pueblo, habiéndolo hecho con la entonces señorita Amada Fernández, con la que en el año 1931 se trasladó a la República Argentina, donde viven en compañía de su hijo mayor Francisco, su hija Irene, su hijo

Eduardo y su sobrina María Esther García dedicándose al comercio, y los que hacen votos por la prosperidad y bienestar de todos sus coterráneos y en especial de la patria chica, nuestro inolvidable pueblo natal.

EDUARDO SALGUERO (Buenos Aires.—1.950,

4.—En Madrid

Aunque nada tengo de escritor me parece obligado aceptar la invitación que se me hace para que escriba unos renglones de saludo a las colonias mejicana y argentina, en nombre de la madrileña a la que pertenezco desde 1.928.

Lo hago con el mayor agrado tanto por colaborar con mi granito de arena a esta publicación fomentadora de la fraternidad espinosana, como por el placer que me proporciona de dirigirme a los hermanos de Argentina y México, especialmente a estos últimos con quienes me unen más estrechos lazos por haber convivido y trabajado con ellos durante los mejores dieciocho años de mi vida. Entre ellos y los demás que viven en el Continente americano, está llamado a producir excelentes frutos patrióticos este libro, que hará llegar a nuestros hogares los queridos alres de aquel bendito pedazo de tierra en que se meció nuestra cuna y donde reposan nuestros padres de quienes heredamos dos cosas: nuestra fe y nuestro españolismo.

¿Qué os puedo decir yo de esta colonia madrileña? Por ser la más antigua no es fácil hacer su historia ni concretar sus orígenes dando el nombre de su fundador y primeros miembros, como podría hacerlo con la de México, por ejemplo. En mi niñez conocí a Joaquín (el ciego) de quien oí que había perdido la vista en Madrid sirviendo de cochero a una marquesa; recuerdo que hacía un viaje mensual a León para cobrar un subsidio que le abonaba el gremio de cocheros, lo que sumado a la pensión que le pagaba su antigua ama, le proporcionaban una vejez desahogada. Por aquel entonces residía en Madrid también María Zapico, madre de Pepe «el Madrileño», y de la misma época fué Pedro Alvarez, a quien Dato colocó en el Ministerio de Gobernación, del que llegó a ser portero mayor. En la actualidad, componemos la colonia veinticinco individuos, dedicados en su mayoría a la industria y comercio y otras actividades en las que con nues-

tra laboriosidad y honradez dejamos bien para'o el nombre del lugar en que nacimos. Nuestra proximidad al pueblo nos permite estar más en contacto con él y le hacemos al menos una visita anual en verano, coincidiendo con las faenas estivales de recolección, siega, maja, etc. y dando realce con nuestra presencia y cooperación a las fiestas de Nuestra Señora y San Roque, que durante los años 1928 a 1935 alcanzaron su mayor esplendor, gracias en parte principal a la dirección entusiasta de algunos elementos madrileños organizadores de aquellos programas impresos, los primeros que se vieron en nuestra comarca, y en los que a continuación de las solemnes misas y procesiones de costumbre, se anunciaban concursos de bolos, carreras en sacos y de burros, los primeros fuegos artificiales y, como remate, aquellos emocionantes e inolvidables concursos de bailes del país, celebrados en la tarde del día de San Roque, compitiendo mozos y casados en el manejo de castañuelas y panderetas, en los que de ordinario ganaban los premios los más ancianos, como en 1935 se lo llevó el Tío Leonardón y su esposa, de edad superior a los setenta años.

Desde aquel año, las fiestas de Nuestra Señora han venido decaendo hasta el punto de no ser ya ni una sombra de aquéllas han perdido el sabor de la tierra; lo que tenían de nuestro, es sustituido por cosas extravagantes y místicas estridentes que, no sólo han desplazado las alegres panderetas y castañuelas, sino también los castizos tamborileros; y al dejar lo nuestro por lo extraño, nos pasa lo que a aquel que se pone un traje no hecho a su medida, o sea hacer el ridículo. No vayáis por la tarde a la Huerta de las Mocinas esperando recrearos con el espectáculo de un baile artístico y divertido; os llevaréis un chasco. Allí no encontráis que ver hasta la puesta del sol, que es la hora en que comienzan el baile los jóvenes de hoy, la misma en que lo terminaban sus abuelos.

No será muy recomendable en el sentido moral y artístico un baile que no quiere ser visto y huye de la luz del sol. A los que por vivir fuera añoramos con mayor cariño y nos duele la pérdida de esta tradición, nos corresponde prevenir a nuestros coterráneos contra la invasión de estas co-

rrientes extranjerizantes que desnaturalizan a los pueblos haciéndoles perder su carácter y rebajándolos en vez de elevarlos.

En la invitación se me pide que exponga iniciativas y sugerencias acerca de las colonias. A mi juicio, los emigrantes debiéramos tener una comunicación más frecuente e íntima entre nosotros mismos y con el pueblo, porque siendo hermanos de una gran familia, es un pecado grave el que pasemos años y años sin saber unos de los otros, desconociendo hasta el respectivo paradero. A remediar este mal ayudará no poco el presente libro, dando los nombres y direcciones de los que vivimos fuera. Pero esto no es bastante. Hay que fomentar la fraternidad entre nosotros con reuniones, siquiera anuales, de cada colonia: la fecha más indicada para ello es el día de Nuestra Señora y San Roque, como hace años lo vienen practicando mis antiguos colegas de México que, dicho sea en honor de la verdad, han sido y siguen siendo los que mantienen más vivo y encendido el fuego del patriotismo.

Ese día, que pasamos con el pensamiento puesto en Esnoynosa, debiéramos declararlo festivo para los emigrados, y a las once de la mañana, hora en que los del pueblo alfombradas las calles con espadafias y las paredes con ramos de chocho, se van a mudar para «ir a misa», también nosotros debiéramos congregarnos en alguna iglesia céntrica para oír una misa que sería aplicada por los fallecidos de la colonia, participando a continuación en un banquete guisado al estilo de Esnoynosa, sin faltar el mazapán, ni las rosquillas después del cual tendríamos la partida de bolos y el baile regional, imaginándonos hallarnos en la plaza o en la Huerta de las Mocinas. Estimenda ocasión nos darían esas concentraciones para refrescar nuestra memoria con tiernos, gratos y ya lejanos recuerdos de personas y sucesos tan queridos, haciendo intercambio de noticias, ora tristes, ora alegres, sobre familias de emigrados o desaparecidos, de los que hace mucho tiempo nada sabíamos. De esta manera no se daría el caso lamentable de que, conviviendo en la misma ciudad dos paisanos, no se hayan visto en cuatro o seis años. Para aquellos que por circunstancias de salud o de familia o económicas no puedan realizar la ansiada visita al terruño, es-

tas reuniones serán como un viaje en espíritu. Aun los de Madrid debiéramos celebrar esta reunión, que no pudiendo hacerse en agosto a causa del veraneo, podíamos tenerla en otro día muy madrileño y también muy espinosano: el 15 de mayo, fiesta de San Isidro. ¡Cuánto bien harían estas asambleas en orden a mantener viva la llama de la fraternidad chicopatriótica, y cuántas iniciativas y sugerencias podrían nacer en ellas de gran utilidad y provecho, así espiritual como material, de Espinosa y sus moradores!

Aquí queda la idea expuesta; a ver si cuaja en realidades, y después de esto permitidme que, asumiendo inmerecidamente la representación de esta colonia madrileña, os envíe a todos los que vivís allende los mares un colectivo y fraternal abrazo.

JOSE ALONSO FUERTES

Madrid y diciembre 1950.



ESPINOSA DE LA RIBERA, aldea leonesa al Oeste de la ciudad, Ayuntamiento de Riaseco de Tapia, partido judicial de León, dista a veinte kilómetros, por el monte, de la ciudad; situada a la orilla del río Luna, con hermosas vegas regadas con las aguas de dicho río. Tiene bello paisaje, muy frondoso, y tierras muy fértiles, donde está muy bien repartida la propiedad; pero es poco terreno para sus habitantes. Estos son gentes laboriosas y buenas personas; sólo viven de la labranza de sus tierras. En tiempo medieval perteneció al Condado de Luna, donde se domina el valle con los restos de su castillo feudal de Ordás, de cuyo castillo sólo queda la torre del homenaje, enclavado en un montículo desde donde se ve toda la vega del Orbigo, con una maravillosa vista.

Soy descendiente del pueblo de Espinosa, aunque no nací en él; siento por él gran simpatía y suelo ir en la época estival a pasar temporadas cortas.

Sus hijos emigrados a América lo recuerdan siempre con cariño y hay algunos que han venido con frecuencia a visitarlo, dejando gratos recuerdos para toda la vida. Uno de ellos, residente en Méjico, donó un magnífico reloj, que instalaron en la torre de la iglesia, donde los habitantes no so-

lamente los del pueblo sino los de todo el contorno, pueden oír las horas.

Sus costumbres son distintas a las de antes; en fiestas y romerías se ha perdido lo típico y regional del país por completo; en las fiestas de Nuestra Señora y San Roque sigue la fiesta de la iglesia afortunadamente.

Los bailes, las rondallas, las carreras de roscas y demás diversiones antiguas fueron reemplazas por un salón con radio y discos modernos, desterrando bailes y atuendos antiguos; solamente se conserva el milenario juego de bolos.

Un saludo cordial a los residentes en el pueblo y fuera de él, de su affmo. s. s.,

JOSE MARIA RODRIGUEZ

Madrid y agosto de 1950.

V

DIRECCIONES

1. — Nomenclátor

1.—Nomenclátor

A.—RELACION DE LOS HIJOS DE ESPINOSA RADICA- DOS EN LA REPUBLICA MEJICANA, CON SUS RES- PECTIVAS DIRECCIONES

Leoncio Martinez, Newton núm. 256, Méjico, Industrial.
Gerardo Fuerte, Avda. Hidalgo y Soto, Méjico, Comerciante.
Secundino Martinez, E. Ancona y Ciprés, Méjico, Comerciante.
Leonardo Martinez, San Antonio Abad núm. 316, Méjico, Co-
merciante.

Jesús Martinez, Comercio núm. 78, Méjico, Comerciante.
Heliodoro Martinez, Esmeralda núm. 7, Méjico, Comerciante.
Antonio Zapico, Allende núm. 68, Méjico, Comerciante.
Blas Zapico, San Antonio Abad núm. 316, Méjico, Comerciante
Francisco Fontano, San Antonio Abad núm. 316, Méjico, Co-
merciante.

Victoria Martinez, Rousseau núm. 14, Méjico, Empleada.
Clotilde Martinez, Rousseau núm. 14, Méjico, Empleada.
Ascensión Zapico, Allende, núm. 68, Méjico, Empleada.
Antonio Valle, Cuernavaca, Morelos, Comerciante.
Agustín Fernández, Tlacotalpa, Veracruz, Comerciante.

Domingo Fontano, Puebla, Fabricante.

Benigno Alonso, Puebla, Fabricante.

Salustiana Alonso de F., Puebla, Su casa.

Tomás Labrador, F.C. de Cintura N.º 90, Méjico, Comerciante.

B.—EN ARGENTINA

Pablo Martinez, Brasil 1.305, V. Alsina, Buenos Aires.

Crisanta Alonso, Directorio 877, Buenos Aires.

Maria Alonso, Moreno 3.251, Buenos Aires.

Leoncio Martinez Gómez, San Blas 3.922, Buenos Aires.

Isidoro Lombó Tascón, Punta Arenas 1.914, Buenos Aires.

Victoriana Alonso de Lombó, Punta Arenas 1.914, Buenos Aires

Jesús Garcia, Máximo Paz 1.356, Lanús, Buenos Aires.

Jesús Garcia, Oeste de de Junio, Buenos Aires.

Alvaro Zapico Garcia, Sarmiento 144, Buenos Aires.

- Victoria Diez Fontano, Vélez Sospica 2.911, Buenos Aires.
Natividad Arias Losada, San Juan 87, Buenos Aires.
Leopoldo Arias Losada, Aranguren 1.324, Buenos Aires.
José Fuertes Fontano, Centenera 3.599, Buenos Aires.
Iluminada García, Buenos Aires.
Aurelio García, Humberto 3.990, 4 de Junio, Buenos Aires.
Antonio Álvarez, Tolabartería "La Perla", General Villegas F.C.O., Buenos Aires.
Rosario Álvarez, Tolabartería "La Perla", General Villegas F.C.O., Buenos Aires.
Emilio Diez Fontano (El Perdido) ¿.....?
Serafina Fuertes Fontano.
Ascensión Fernández F., Reconquista 1.110, Buenos Aires.
Soledad Fernández, Aridorena Olivos F.C.N.B.M., Buenos Aires.
Eduardo Salguero, Godoy Cruz 2.724, Buenos Aires.
Amada Fernández de Salguero, Godoy Cruz 2.724, Buenos Aires.
Arturo Fernández Rodríguez, Callao 1.011, Rincón de Mendoza, Buenos Aires.
Jesús Fernández Rodríguez, Callao 1.011, Rincón de Mendoza, Buenos Aires.
Alfredo García Álvarez, Oliden 1.985, Avellaneda, Buenos Aires.
Saturnina García Álvarez, Oliden 1.985, Avellaneda (Villavestelino), Buenos Aires.
María García Álvarez, Entre Ríos 401, Avellaneda, Buenos Aires.
Liria García Blanco, C. Vidal 1.586, Pasaje Emeric, Villarreal, Buenos Aires.
María García Blanco, Pasaje Emeric, C. Vidal 1.586, Villarreal, Buenos Aires.
María Martínez Gómez de A., Luján 2.985, Buenos Aires.
María Alonso Álvarez, de Diez, Parroquia de S. José - Bahía Blanca, Buenos Aires.
Esther María Diez Alonso de Badoloni, Parroquia de S. José - Bahía Blanca, Buenos Aires.
Donatila Fernández F. y Eloina Fernández, Buenos Aires.
Consuelo Fernández Ordás, S. Lorenzo 3.449 F.C.S., Mar de Plata, Buenos Aires.

Miguel Martínez Arias, Roca y San Lorenzo, Buenos Aires.
Miguel Martínez Arias, San Miguel F.C.G.S.M., Buenos Aires.
Miguel Román, Castelli 2.732, Mar de Plata, Buenos Aires.
Donat Martínez, San Lorenzo 2.669, Mar de Plata, Buenos Aires.

Emilia Martínez, Juggi, Mar de Plata, Buenos Aires.

Antonino Fernández, Juggi, Mar del Plata, Buenos Aires.

Serafina Vega Martínez, Chile y los Andes F. C. C. A., Venado Tuerto, Buenos Aires.

Primitiva Fernández Ordás, Saavedra, 3.468, Mar del Plata, Buenos Aires.

Gerardo Martínez, Isla El Confite, Arroyo Seco, Tigre, Buenos Aires.

Domitila Alonso, Juan Alberdi, 1.373, Villa Mitre, Bahía Blanca, Buenos Aires.

Benjamina Alonso de F., Catón 321 (Villa Mitre), Bahía Blanca, Buenos Aires.

Emeterio Alonso, Corrientes 1.037, Bahía Blanca, Buenos Aires.

Antonia Alonso de A., Alberdi 1.373 (Villa Mitre), Bahía Blanca, Buenos Aires.

Manuel García Álvarez, Francisco Deiro 267, Marcos Juárez, Córdoba.

Juan A. Fuertes Lobo, C. 35, núm. 719, La Plata, Buenos Aires.

Federico Fuertes Lobo, C. 35, núm. 719, La Plata, Buenos Aires.

Emilia Fuertes Lobo, C. 35, núm. 719, La Plata, Buenos Aires.

Laudelino Arias Campelo, C. 37 núm. 120, La Plata, Buenos Aires.

Joaquín, Felipe y Aurora Arias Campelo (igual que el anterior).

C.—EN OTRAS PARTES DEL EXTRANJERO

Fd. Perfecto Álvarez Fontano, Collegio Sta. Mónica, Via S. Ufficio 25, Roma.

P. Nicanor Rodríguez Díez O. S. A., Gynasio de S. Lourenço, Bragança Paollista, Sao Paulo Brasil.

P. Anacleto Álvarez Fontano O. S. A. Gynasio de S. Lourenço,

Bragança Paolista, Sao Paulo Brasil.

Sor Amelia Rodríguez Lombó, Puerto del Perú, Lima Perú
Fr. Alvaro de Espinosa, Tucupita, Venezuela.

Primitivo García Fontano, Caracas, Venezuela.

P. Clemente Lombó Urbina S. J. Colegio de Belén, Aparta-
do 221, La Habana, Cuba.

Higinio Fernández Valle, Martí Entre Ríos N. López y Pa-
seo, Guantamano, Cuba.

Valeriana Fernández Valle, Martí Entre Ríos N. López y
Paseo, Guantamano, Cuba.

D — EN ESPAÑA

Basilia Alonso Carbajo, Pavia, 4, Madrid..

Soledad Fernández Rodríguez, Pavia, 4, Madrid.

Benjamina Fernández Rodríguez Pavia, 4, Madrid.

Adolfo Garcia, Colonia de la Virgen del Pilar, Hoyo de Manza-
nares, Madrid.

Aquilina Martinez Garcia, Menéndez y Pelayo, 52. Madrid.

Bernardo Garcia, Azcona, 10, Madrid.

Constantino Garcia, Núñez de Balboa, 98, Madrid.

Celso Garcia y Dolores Garcia, Núñez de Balboa, 98, Madrid.

Casimira Fuertes, S. Raymundo, 21, Madrid.

Lucinda Alonso Fuertes de Garcia, Margaritas, 47, Madrid.

José Alonso Fuertes, Francos Rodríguez, 54. Madrid.

Nieves Rodriguez de Alonso, Francos Rodriguez, 54, Madrid.

José Maria Rodríguez Alonso, Serrano, 2. Madrid.

Jesús Rodriguez Alonso, Pavia, 4, Madrid.

Filomena Garcia Rodriguez, Pavia 4, Madrid.

Felicísimo Garcia Rodriguez, Romanones, 7, Madrid.

Sor Soledad Rodriguez Díez, Colegio del Buen Consejo, Aparta-
do 3.038, Madrid.

Sor Isolina Zajico Garcia, Religiosas Terciarias Franciscanas.
Madrid.

Teodora Garcia Dos Amigos, 5 (Porteria), Madrid.

Estelita Alvarez Rodriguez, Villamanrique del Tajo, Madrid.

Ricardo Llamazares Alvarez y Pilar Freudes (igual que el an-
terior).

Rogelio Tascón, Calebria, 62-2.º, Barcelona.

Obdulia Alonso, Adoración Alonso, Serafin Alonso y Camilo
, Alonso, Cabañas, 115 (Bajos), Barcelona.

Visitación Fontano, Fuenteceso, Coruña.

- Sor Josefa Díez, Agustinas Recoletas, Medina de Sidonia, Cádiz.
Apolonia Labrados, Torquemada, Palencia.
Emilio Arias, Turón, Asturias.
Timoteo Arias Lombó, Rgto. Infantería Simancas, Plaza Mayor,
Gijón.
Victoriano Zapico García, Seminario Diocesano, Oviedo.
Jesús Álvarez Fontano, Domitilo Zapico García, Rogello Lombó
Tascón, Eliseo Vega Pérez y Faustino Román Martínez, Se-
minario de Valdediós, Oviedo.
Secundino Rodríguez Martínez, Fráncos Rodríguez, 54, Madrid.
Sor Ignacia Rodríguez Lombó, Hospital de San Antonio Orozco,
Vizcaya.
Heliodoro Rodríguez Martínez, Marqués de Estella, 1, Dos Ca-
minos, Vizcaya.
Fr. Santos Álvarez Fontano, Guernica, Vizcaya.
Apolinar Martínez, Huerta Arenales, 1, Zamora.
Adolfo de Celis y Doradia de Celis, Burgo de Ebro, Zaragoza.
Perfecto Tascón Martínez, Padilla, 34, Zaragoza.
Dolores Tascón Lombó y María, Padilla 34, Zaragoza.
Aurora Zapico de Lancha, Av. Borbolla, Manuel Pacheco, 1, Se-
villa.
Aquilino Fernández Lombó, Carretera de Caboalles, León.
María Santos Fuertes, Calle Descalzos, 6, León.
Modesto García Román, Calle de La Corredera, 32, León.
Cecilia Martínez Martínez, Burgo Nuevo, 12, León.
Antonio Martínez Martínez, Burgo Nuevo, 12, León.
Consuelo Martínez Román, Barrio Canseco, 12, Armunia, León.
Joaquín Álvarez, Serranos, 13, León.
José Álvarez Martínez, Calle del Medio, Barrio San Esteban,
León.
Pedro Díez Román, Calle Particular de Aviación, 2, León.
Rosa Díez Román, Calle Particular de Aviación, 2, León.
Sor Susana Díez Román, MM. Franciscana, Ayllon, Segovia.
M. Soleda Zapico, Calle Palomera, 10, León.
Ángel García Álvarez, Bar Turón, Paloma, 14, León.
Antonio Labrador, Calle Rastro, León.
Adela Martínez Ramón, Travesía Sana Marina, 16-3.º, León.
Alicia Martínez Román, Calle la Cuesta, 2, B.º S. Esteban, León.
Beatriz Román Martínez, Solares de Picón, 11, León.
Amparo García Rodríguez, Ordoño II, 20, León.

Baudillo Martínez Román, Legión Cóndor, 3, León.
Abilio García, Carretera de Caboalles, León.
María Román Martínez, Genralísimo Franco, 5, León.
Cayetano López Fuertes, Carretera de Caboalles, 15, León.
Clemente Zapico Díez, Barrio de la Panadería, 10, León.
Francisco Fuertes Fontano, Beneficencia Provincial, León.
Filomena, Ancianos Desamparados, Astorga.

E.—LEON Y PROVINCIA

Delfina Zapico Díez, Aralla.
Vincio Alvarez Fontano, Callejo.
Emiliano Alvarez Fernández, Bemibre.
Hermógenes Tascón Lombó, Benllera.
Angeles Martínez Labrador, Benllera.
Ulpiano Martínez García, Llamas de la Ribera.
Emilio Díez González, Llamas de la Ribera.
Miguel Rodríguez Díez (Párroco), Mataluenga.
Claudia Rodríguez Díez, Mataluenga.
José García, Mataluenga.
Antonio Rodríguez Díez (Párroco), Rioseco.
Alipio Labrador Martínez, Rioseco.
Hermínio Alvarez Villalba, Rioseco.
Amador Alvarez Villalba, Rioseco de Tapla.
Higinio Alvarez, Rioseco de Tapla.
María Martínez, Rioseco de Tapla.
Policarpo Zapico García, Rioseco de Tapla.
Purificación Zapico García, Rioseco de Tapla.
Rosalino García Fontano, Rioseco de Tapla.
Teresa Rodríguez Díez, Rioseco de Tapla.
Ascensión Martínez García, Garamiela.
Fernando Alvarez García, La Robla.
Carolina, Lo Robla.
Regino Rodríguez Martínez, San Andrés del Rabanedo.
Gaspara Rodríguez Román, San Andrés del Rabanedo.
Cesáreo García Díez, Selga.
Federico Fontano, Santiago del Molinillo.
Sergio Alorso, Santiago del Molinillo.
Popecinio García, Santiago del Molinillo.
Leoncio Alvarez Alvarez, Secorejo.
Rosalina Alvarez, Cimanés del Tejar.
Teodoro Alonso Carbajo, Santibáñez de Orcás.

Rosa Diez González, Santibáñez de Ordás.
Esperanza Zapico García, Santa María de Ordás.
Marcelino Fuertes, San Martín de la Falamosa.
José Fernández Lombó, San Martín de la Falamosa.
Victorina Diez Román, La Magdalena.
Pilar García Alvarez, Otero de las Dueñas.
Socorro Fernández Valle, Tapia de la Ribera.
Celina Fernández Arias, Tapia de la Ribera.
Felicidad Martínez, Carrizo.
Felicidad Fernández Valle, Carrizo.
Pilar María García, Carrizo.
Antonia Fontano, Carrizo.
María Fontano, Villanueva.
Eutiquio Vélez Gómez, Veguellina.
Victoriano Martínez Gómez, Villaseca.
Emiliano Martínez Gómez, Villaseca.
Victoriano Zapico García, Villaseca.
Isidoro García, Villaobispo.
Trinidad Fernández Valle, Villabalter.
Paulino García Diez, Villafeliz.
Benilda Fontano, Villager.
Conagración Alvarez Rodríguez, Villarrodrigo.
Arturo Diez González, Villarrodrigo.
Pablo García Blanco, Villares.

This hand-drawn map illustrates the Ferral region, characterized by its extensive green valleys and red-highlighted road network. The map includes numerous place names such as Barcelada, La Mata de Valdalgas, Valle Valtabiernas, and Tierras del Llano. It also depicts major roads like the Camino de León and Camino de Ourense, along with various rivers and smaller streams. Key landmarks include the Muria de los Tres Obispos and the Muria de Azadon y Secarejo. The map is a detailed representation of the local geography and infrastructure.

✚ MURIA DE
AZADON Y
CIMANES

MURIA DE
AZADON Y
SECAREJO

MURIA DE
VILLARROBUELY
SECAREJO

MURIA DE
VILLARROQUEL

Término Municipal de Rioseco de Tapia

A la mayoría de nuestros lectores les agradecerá conocer expresada en cifras la superficie comprendida dentro de los límites de nuestro Ayuntamiento, a cuyo digno secretario, D. Pedro Menéndez, damos las gracias por su gentileza al facilitarnos el siguiente cuadro estadístico:

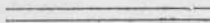
	Espinoso		Rioseco		Tapia		Forasteros
Montes	1796	Hcts	2961	Hcts.	558	Hcts.	
Huerta	2	»	3	»	1,63	»	1,37 Hcts.
Regadío (linar y prado)	146,40	»	160	»	80,10	»	113,80 »
Secanc (certeno y trigo)	297,26	»	331,30	»	202	»	170,20 »
Viñas	11,2	»	11,3	»	7	»	0,95 »
Eras	3,30	»	4,12	»	3,30	»	0,52 »
Altura sobre el nivel del mar	936	Mts.	972	Mts	968	Mts.	
Población	426	Habs.	735	Habs	490	Habs	

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Léase
30	5	Tonsico	Tomico
46	9	1616	1716
37	10	1883	1833
101	32	Poéticos	Poetisas
106	29	Madre de la Igle- sia	La Madre Iglesia
127	30	un poco	un foco
136	8	para los	para que
153	7	reserva domés- tica	re doméstica
159	1	no seo	no poseo
159	4	yo que no se	lo que no se
165	12	aun	a los
170	4	1913	1923
171	17	por conocer	dar a conocer
209	15	de su pecho	de su techo
210	34	Valle de la Reina	Velilla de la Reina
34	4	Después de la palabra bajero se ha omitido: «de la iglesia. Aparecen datos tan originales como ésta:	
64	La línea 11 corresponde a la página 72 después de la línea 4.		
95	El contenido de esta página y la siguiente hasta el epígrafe <i>Los Reyes</i> , corresponde al final de la página 98.		
118	Texto latino del siglo XIII con numerosas erratas		
194	En la nota donde dice página, añádase 162.		

Índice de Fotograbados

	<u>Página</u>
Espinosa. Vista general.....	22
Plano del pueblo....	26
Estado de las obras el día de la inauguración del reloj.....	38
Procesión de San Roque.....	50
Santuario de Camposagrado....	64
Padre Clemente Lombó.....	67
Nuestra Señora de Camposagrado.....	68
Un día de maja.....	92
Un homenaje.....	100
Presentación de regalos.....	102
Entrega del pergamino.....	109
Descubrimiento de la lápida dedicada a don Leoncio y señora.....	114
Tribuna presidencial del homenaje.....	116
Fotocopia de un documento del siglo XIII.....	120
Vecera de ganado Entrelosríos.....	220
Un día de trilla.....	230
Los corrales de Valtabiernas....	239
Otra vista del pueblo.....	241
Mapa de Espinosa.....	272



Índice de Fotografías

Página

22	Esquina. Vista general
26	Plano del pueblo
38	Estado de las obras el día de la inauguración del reloj
50	Procesión de San Roque
64	Santuario de Camposagrado
67	Padre Clemente Lombé
68	Nuestra Señora de Camposagrado
72	Un día de misa
100	Un homenaje
102	Presentación de regalos
109	Entrega del pergamino
	Descubrimiento de la lápida dedicada a don
114	Leónido y señora
116	Tribuna presidencial del homenaje
120	Fotografía de un documento del siglo XIII
220	Venera de rapada Entreríos
230	Un día de trilla
230	Los corrales de Vallabiermas
241	Otra vista del pueblo
272	Mapa de Espinosa

INDICE DE MATERIAS

	Páginas
Prólogo.....	5
Preámbulo	11
 Capít. I. - Datos históricos y estadísticos	
Espinosa Villa Real.....	17
Catastro del año 1752.....	24
Numeración de las casas según el plano.....	28
 Capt. II. - Instituciones Locales.	
Iglesia parroquial.....	34
Retablo Mayor	41
Imágenes	43
Ermita de Santa Colomba.. ..	45
Ermita de San Roque.....	46
 Capít. III. - Cofradías y Asociaciones.	
Cofradía de Santa Colomba	53
Del Carmen	54
Del Rosario	55
De Animas	55
Asociación de Hijas de María	61
Del Apostolado de la Oración	61
 Capít. IV. Devociones.	
Espinosa y Nuestra Señora de Cam- posagrado	65
Espinosa y San Isidro Labrador....	74

Capít. V. - **Otras entidades.**

Cementerio	79
Escuela	81

Capít. VI. - **Miscelánea.**

El Toque de Oración	89
Un día de Maja	90
Los Reyes	95
Dos fechas memorables	99
Un testamento del siglo XIX	115
Texto de un pergamino del siglo XIII	118

Capít. VII. - **Musa popular.**

Cantares de boda	123
Cantares de baile	126
Cantares del ramo	135
Bienvenida al Sr. Obispo	139
Cantares a los Diputados	140
Epístola riberana	143

SEGUNDA PARTE - Colaboraciones

Capít. I. - **Pinceladas.**

Saludo a mis paisanos	149
El pueblo de Espinosa	152
Lo que fué y es Espinosa	158
El carácter y la fe de sus hijos	160
Sus tradiciones, festividades y devociones	162

Capít. II. - **Semblanzas.**

El P. Clemente, S. J.	169
Fr. Isidoro Rodríguez Díez	172

Capít. III - **Anecdótico.**

Cultivo del lino.....	181
Un día de siega.....	188
La Nochebuena en Espinosa.....	199
Ruta de un viaje Madrid-Espinosa..	204
Impresiones de mis viajes a Méjico.	243

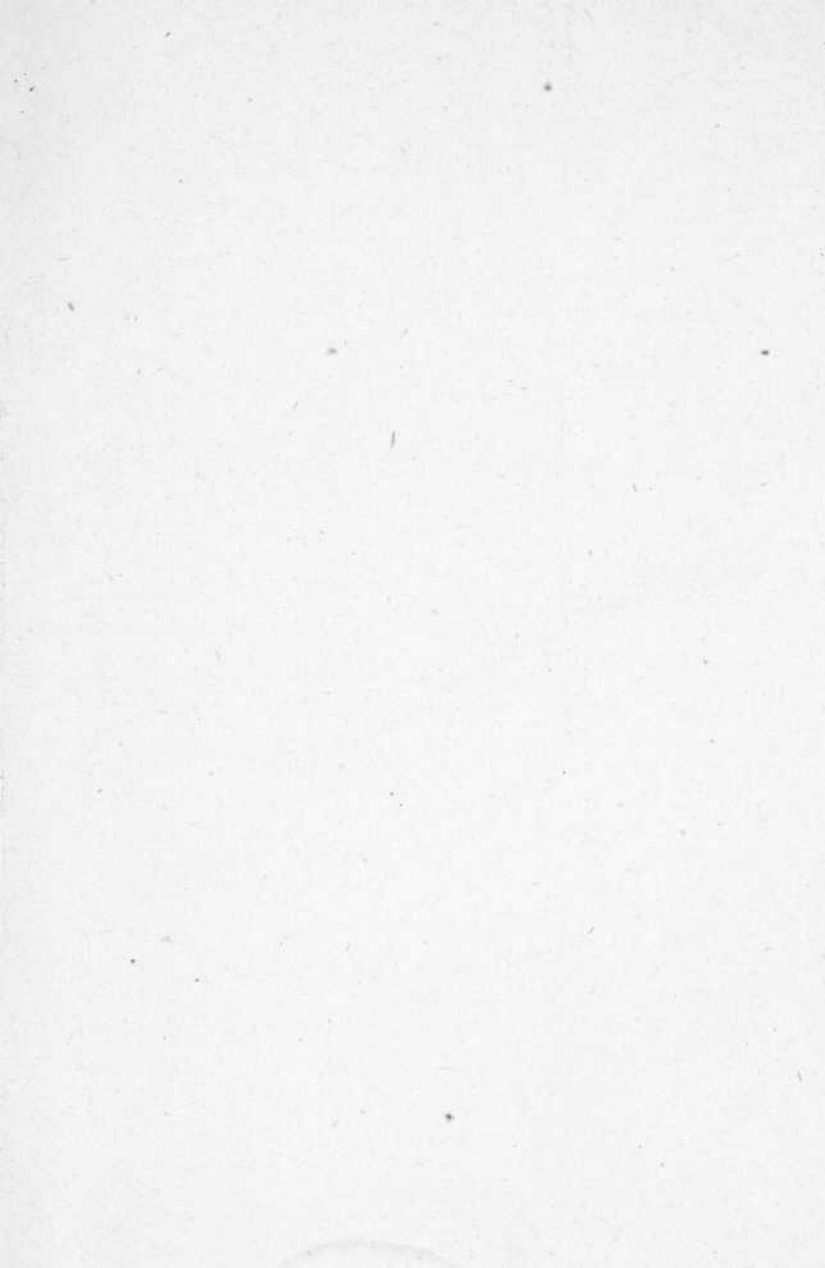
Capít. IV. - **Espinosa Forastera.**

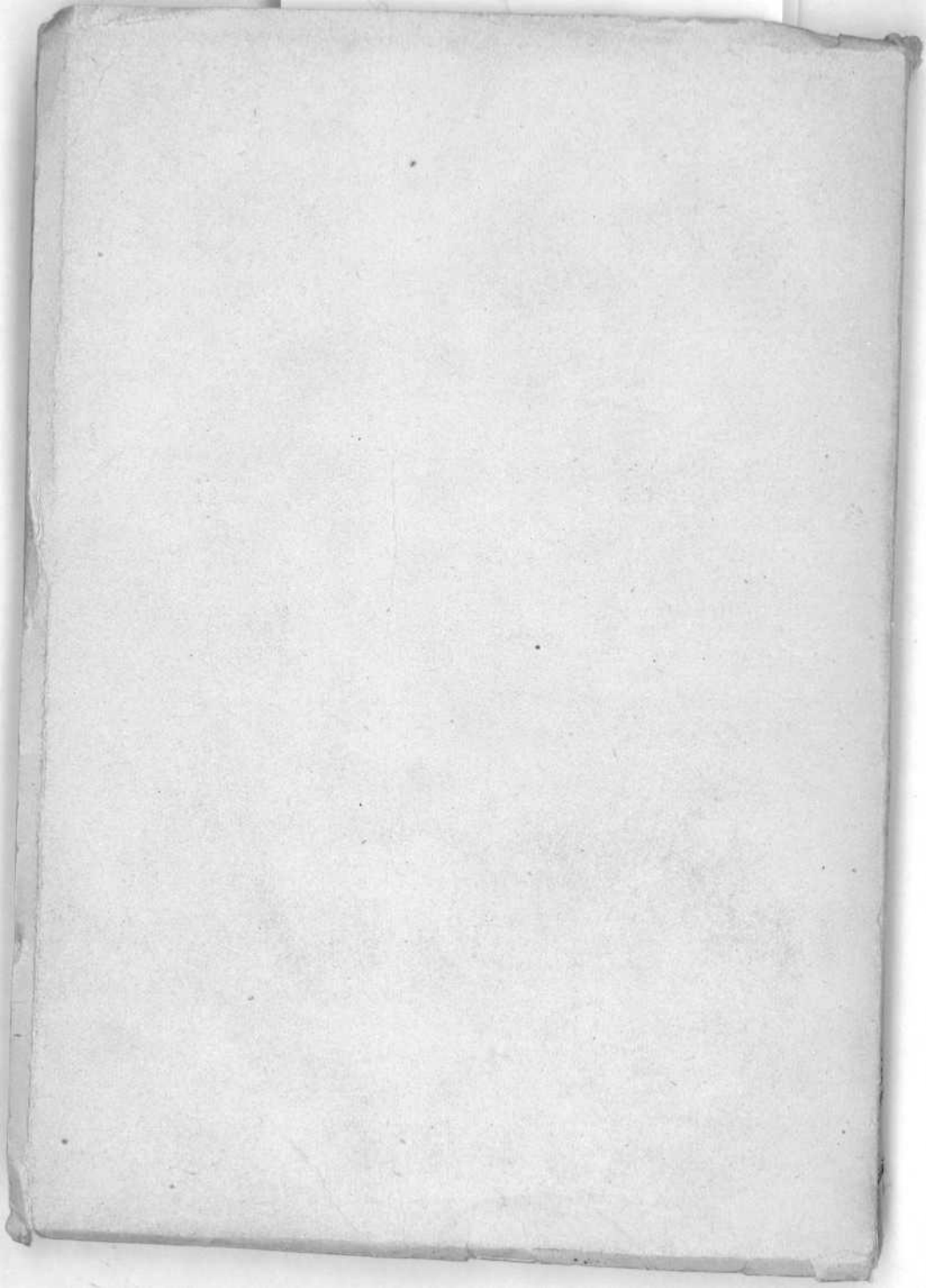
En Roma.....	249
En Méjico.....	251
En la Argentina	254
En Madrid	257

Capt. V - **Direcciones.**

Nomenclátor)	265
--------------------	-----







LIBRARY

OF THE

CONGRESS

OF THE

UNITED STATES

OF AMERICA

WASHINGTON

1854

NO. 1

1854

1854